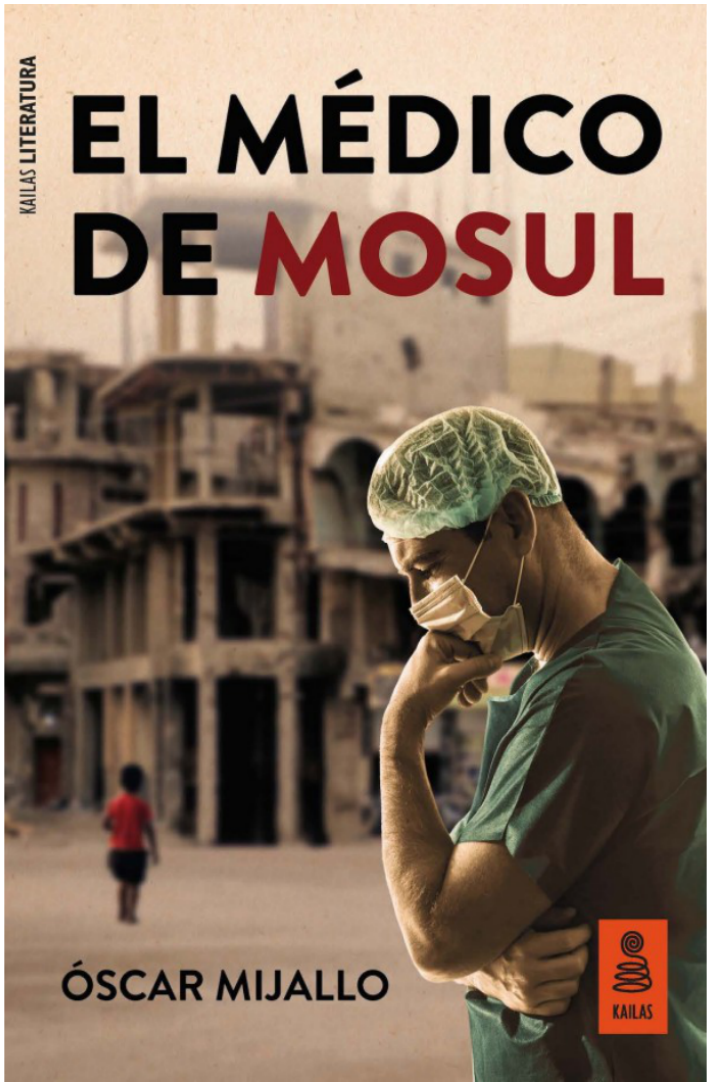
KAILAS LITERATURA
EL MÉDICO DE MOSUL
ÓSCAR MIJALLO
KAILAS

ÓSCAR MIJALLO

EL MÉDICO DE MOSUL

KLT5

En esta novela hay menciones a algunas prestigiosas instituciones,
pero las relaciones de algunos personajescon ellas son fruto de la imaginación del autor.

El médico de Mosul
© 2021, Óscar Mijallo
© 2021, Kailas Editorial, S. L.
www.kailas.es

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

ISBN: 978-84-17248-95-6

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

A los fallecidos durante la pandemia.
A las risas y los juegos de mis hijos al otro lado de
la puerta de mi habitación de confinamiento.
En el primero de esos encierros terminé de escribir
esta novela, que también va por los sanitarios
y por todos los que nos han cuidado.

1

Enterrada bajo montañas de escombros yace la perla del norte, Mosul. Sobre sus edificios en ruinas se levantan, imponentes, varias columnas de humo gris y negro que parecen pilares colosales a punto de derrumbarse y dejar que el cielo se precipite sobre la ciudad y quienes habitan en ella. La guerra ha soltado a sus perros.

Mosul, Irak. Enero de 2017

Hace un par de horas que los bombardeos han parado, pero aún se escuchan explosiones en los barrios del norte. Ahora, los alrededores de la Universidad de Mosul, la capital del califato del Estado Islámico de Irak y Levante, el grupo terrorista más peligroso de los últimos tiempos, están algo más tranquilos. Por la mañana temprano, los aviones de la coalición liderada por Estados Unidos han atacado el campus, cercano al hospital pediátrico al Azahar, en la mitad oriental de la tercera ciudad más importante de Irak. El centro médico también ha sufrido graves daños porque los yihadistas han colocado francotiradores en el ala en construcción que hay junto al edificio principal. Desde su azotea, los hombres del DAESH dominan cualquier avance sobre las facultades universitarias, muchas convertidas en centros de mando y fábricas de armamento. Por eso, la coalición no se lo pensó mucho a la hora de bombardearlos, aunque al lado había uno de los bloques del hospital pediátrico. Luego, claro, pidió disculpas.

Sentado en la mesa de su despacho, el doctor Ayash trata de terminar su trabajo a toda prisa. Anochece y, aunque todavía hay suministro eléctrico, los cortes de luz son aún más frecuentes que los de agua. Agua corriente y electricidad. Dos de los avances que mejor simbolizan el progreso de la humanidad se han ido a la mierda hace tiempo en Mosul. «Y eso significa mucho», piensa Ayash, que es un hombre cabal. Es el jefe del laboratorio de análisis del Hospital al Azahar desde hace más de una década. A sus sesenta años, es un hombre metódico y ordenado, porque un departamento como el suyo no se puede llevar sin un estricto sentido del orden. Es imposible; cada cosa debe estar en su sitio, y más cuando la sombra del Estado Islámico planea sobre cada minuto de la vida cotidiana. Unos lo llaman Dawla, que significa «Estado» en árabe; otros, ISIS, por sus siglas en inglés, y otros, DAESH, su acrónimo en la lengua del profeta, el que menos gusta a los yihadistas. Cualquier cosa, por insignificante que parezca, puede traer consecuencias fatales. De hecho, hace unos meses, los yihadistas estuvieron a punto de ejecutarle, pero no lo hicieron porque no tenían a nadie para reemplazarlo. A los que no habían asesinado ellos, habían muerto en los combates.

Sí, sin duda, si por ese malnacido de Abu Mohamed hubiera sido, ahora estaría muerto y enterrado en un sudario blanco, sin caja, en contacto con la madre tierra. Pero

gracias al Todopoderoso todavía le quedaban un puñado de amigos en puestos de alguna influencia. No muchos, cada vez menos, pero algunos. Gente con coraje que no le abandonó en el momento más difícil. Y ello se debe a que el doctor Ayash es un hombre que cae bien. Un tipo amable, con una educación ejemplar, de los que rara vez montan en cólera o gritan a sus subordinados. Y su carácter bondadoso se corresponde con un aspecto afable, gracias en gran parte a una mirada sincera, de ojos claros, ocultos tras unas gafas que los agrandan.

A esta hora de la tarde, cuando los últimos rayos del sol de invierno iraquí entran en su despacho a través de una gran ventana, Ayash, con cara de fastidio, repasa los análisis de sangre de un bebé de poco más de un año. Los test han dado positivo y, en unos días, cuando sus padres vengan a la consulta, les darán el resultado: talasemia. Eso si el niño sigue vivo para entonces, porque la guerra golpea cada vez más fuerte. El ejército iraquí ya controla varios barrios de Mosul este y, aunque los yihadistas luchan con fiereza, no dejan de perder terreno. Mucha gente cuchichea, cuando están seguros de que los barbudos del DAESH no los oyen, que el Estado Islámico no tiene capacidad de contraataque y que es cuestión de días que se retiren a la mitad occidental de la ciudad. Pero tienen que susurrarlo, porque eso es traición, y si lo escucha alguien que no debe, puede significar la muerte. Los delatores están en cada esquina, y ahora el DAESH no se anda con chiquitas. Sus hombres son como un lobo malherido. Si alguien te acusa, te torturan; ante la menor sospecha, te matan. Nadie está a salvo, no hacen falta evidencias. ¿Pruebas? ¿Para qué? Un buen creyente se ocupa de que no haya dudas sobre él o sobre su fe y, además, Alá lo protege.

El sol del ocaso, que antes creaba un curioso juego de luces y sombras al pasar por los cristales rotos de la ventana, ha dejado su lugar a un anochecer espectral que lo envuelve todo con una luz fría y grisácea, se diría que mortecina. Un ambiente vacío en el que se abre paso un murmullo cada vez más audible que llega desde el patio del hospital. El doctor Ayash va a levantarse cuando escucha los pasos de alguien que avanza a la carrera por el pasillo, hacia a su despacho. Nada bueno en estos tiempos de muerte y miedo.

—¡Se van! —exclama Hassan, el ayudante del doctor Ayash, cuando abre la puerta del despacho—. ¡Se están marchando!

—¿Quiénes? —pregunta Ayash, algo más tranquilo al ver que no es un yihadista.

—El DAESH —responde Hassan susurrando, con los ojos muy abiertos.

—*¡Alahu akbar!* —exclama el doctor —. Eso es una gran noticia.

—Sí, pero se están llevando el material de nuestro laboratorio —anuncia el joven—. Los equipos para análisis y transfusiones.

—¡Vamos! —ordena el doctor, que se incorpora apresuradamente para coger su abrigo.

—Debe tener cuidado —le advierte Hassan con tono funesto—. Abu Mohamed está aquí.

—¡Vamos! —repite Ayash sin hacer caso. Pocos en el hospital conocen las razones del odio que el yihadista profesa al médico, pero todos saben que es a muerte.

Llegan al laboratorio a la carrera, donde varios milicianos vestidos de negro, con pobladas barbas sin arreglar, meten bruscamente en cajas los aparatos médicos ante la mirada impotente de dos trabajadores.

—¿Qué hacen? ¡Dejen esos instrumentos ahora mismo! —ordena Ayash, que intenta mostrar autoridad—. ¡Y trátenlos con más cuidado!

Los cinco yihadistas levantan la cabeza amenazadoramente. Uno de ellos, el más joven, lleva su mano al fusil de asalto que le cuelga del hombro.

—Nos llevamos este equipo para atender nuestros heridos en combate —explica, molesto, el líder del grupo—. Hombres que están dando su vida por el islam.

—Ese material —objeta el doctor— pertenece a este hospital.

—Son órdenes de Abu Mohamed —responde el yihadista con desprecio—. Si quieres, puedes ir a decirle que no estás de acuerdo, pero yo que tú no lo haría. Consiguió que te cortaran la mano por ladrón y está deseando cortarte el cuello.

Ayash hace un esfuerzo para no mirar el muñón de su muñeca derecha mientras los yihadistas ríen. Él los observa impotente hasta que escucha unos gritos en el exterior. Por la ventana, en la semioscuridad, es fácil percibir el resplandor anaranjado que proviene del edificio que hay a poca distancia, hacia la entrada del hospital.

—Fuego —afirma Hassan con los ojos muy abiertos—. Y parece que es en…

—Neonatos —afirma Ayash, preocupado—. ¡Vamos!

Ayash y Hassan corren hacia la salida, pero de repente la puerta se abre para dejar paso a un gigantón de dos metros que viste pantalones y casaca negra. Es tan grande que el fusil *kalashnikov* que lleva al hombro, asido con una sola mano, parece una simple pistola. Cuando ve a Ayash, Abu Mohamed arquea una ceja.

—Te estaba buscando, Ayash —dice el yihadista tras unos segundos de silencio tenso —. Hoy ajustaremos cuentas.

Abu Mohamed disfruta como un lobo ante su presa indefensa. Lleva la otra mano al mango del gran cuchillo que tiene en su cinturón. Duda si disparar o degollar como a un cordero al hombre que más daño le ha hecho jamás. Le mira y sonríe.

LA NOCHE Y LA NIEVE

Erbil, Kurdistán iraquí. Un mes después del incendio del Hospital al Azahar

Una vuelta en la cama, un respigo, otro giro más. Nada de sueño, a pesar del cansancio del viaje desde Amman, donde Alex ha trabajado los últimos seis meses. Resopla y, de nuevo, se gira sobre sí mismo. La excitación de estar en Irak, a poco más de 100 kilómetros de la batalla de Mosul, no le deja dormir. Tiene un poco de miedo, pero la emoción de estar allí ha podido con todos sus temores, que son muchos. Y su meta está aún más allá, en la propia Mosul, donde late el corazón del DAESH. Eso sí que le asusta, porque le han hablado de asesinatos y secuestros de occidentales, especialmente de estadounidenses como él.

—A mi no me pillarán —dice en voz alta, en la oscuridad de la habitación de su hotel de cinco estrellas—. Ni en broma, antes salgo corriendo y que me peguen dos tiros.

Otro soplido y otro giro en la cama para colocarse bocarriba. Se incorpora. La boca reseca, sudor en el cuello. «¡Vaya mierda! Un secuestro, eso sí que es una putada». Busca la botella de agua «regalo de la casa» que alguien le ha dejado en la mesilla de noche y le mete un trago interminable que produce un gorgoteo largo e intenso. «Eso sí que no», repite. No quiere pasar meses o quizá años en poder de los yihadistas porque Washington, que apoya al gobierno chií de Bagdad, los bombardea desde hace tiempo y, durante la cena, le han

contado que los integristas dan terribles palizas a los rehenes estadounidenses cada vez que sus aviones los atacan. Sí, eso le asusta, pero ha ocultado sus temores a sus compañeros porque le preocupaba que intuyeran su miedo, especialmente Lola, una cooperante franco-española que le ha impresionado.

—Eres idiota —se dice así mismo en voz alta, mientras se levanta de la cama para dirigirse al baño—. ¿Qué te importa lo que piense esa tía?

—Tú sí que eres idiota —se responde, también a viva voz, al tiempo que da la luz y se mira al espejo. Es guapo. Facciones estilizadas, pómulos marcados, aunque no mucho, y labios gruesos. Su pelo, rizado y oscuro, tiene brillos que se parecen a los del azabache cuando refleja la luz de la luna.

Del grifo sale agua fresca que Alex recoge con un cuenco que fabrica con las manos para echársela en la cara. Al incorporarse, gotitas trasparentes escurren por su pecho hasta el abdomen, donde se marcan unos abdominales poderosos, como sus hombros, anchos y bien formados. La sensación es agradable porque en la habitación hace mucho calor. Fuera nieva y la calefacción está muy alta. ¡Nieve en Irak! Pues sí, en el Kurdistán iraquí hace un frío de cojones en invierno. Mañana lo comentará en el desayuno. O mejor no, no sea que ella piense que es idiota.

—¡Otra vez con esa tía! —dice en voz alta. La costumbre que tiene de hablar consigo mismo le irrita, pero no puede evitarlo. A veces, cuando concentra mucho en algo, le sucede delante de la gente. Entonces sí que le da vergüenza.

—Sí, otra vez. ¿Qué pasa? —y lo que más le jode de ese hábito de hablar solo es que a menudo se responde, también en voz alta—. Me parece muy atractiva.

—Ya —continúa—. Es mucho mayor que tú. ¿Qué pensaría tu madre?

Un gruñido. Ya no se responde. Le importa un pimiento lo que pensara su madre. Por eso se fue de casa antes de terminar, de manera brillante, la universidad. Va hacia la ventana. Detrás de su reflejo sigue nevando. Los copos no son grandes, pero se precipitan, infinitos, sobre el asfalto. No cuajan en la carretera, pero sí en el jardincillo que hay en la plaza de enfrente del hotel Classy. ¿Durará hasta que amanezca? Ojalá. Mira el reloj. Las tres y sigue sin poder dormir.

LA NOVIA YAZIDÍ

Sinyar, Irak. Primavera de 2014

Aysha estaba radiante. Hermosa como un atardecer de otoño, luminosa, fresca, joven, feliz. Sus labios carnosos dibujaban una pequeña sonrisa que ella se esforzaba por contener para aparentar la serenidad que había perdido hacía ya un buen rato. Junto a Sefan, su prometido, y frente al prestigioso *sheikh* Moah, un buen amigo de su respetado padre que había aceptado oficiar el casamiento, disfrutaba de cada momento. Su joven corazón palpitaba con fuerza dentro de su pecho, cubierto por un hermoso vestido que dejaba intuir una figura esbelta, quizá algo voluptuosa, porque a sus diecisiete años, su cuerpo de mujer estaba ya en todo su esplendor. Cualquier hombre en su sano juicio querría desposarse con ella a pesar de que no era la más bella de las tres hermanas. Rezal, que la seguía en edad, se le parecía mucho, pero podía decirse que las facciones de su rostro, puras y estilizadas, fueron esculpidas por el mismísimo Tawûsê Melek, el principal de los siete ángeles al que

el dios de los yazidíes encomendó el cuidado de su Creación. Solo él pudo ser quien depositó en Rezal la medida exacta de las proporciones perfectas, de la total armonía. Pero como tanta belleza parecía insuperable, el Creador Supremo decidió emplearse a fondo para mejorar la obra de su ángel favorito y, un día de otoño, oscuro y desapacible, nació Nashira. Sus ojos, claros y grises, estaban hechos de la misma perla de la que la tradición yazidí cuenta que Dios hizo la tierra, los planetas y las estrellas del firmamento. Al mirarlos, uno parecía flotar sobre las aguas del océano cósmico, allí donde comenzó todo, en la noche de los tiempos en la que se pierde la milenaria fe de los yazidíes. Por eso, muchos miembros de la casta s*heikh*, superior a la de los *pir*, a la que pertenecía el padre de las tres muchachas, maldecían el día en el que la transmutación de las almas les hizo nacer en su grupo y, con ello, los privó de poder aspirar a poseer la belleza de cualquiera de las tres. Nada que hacer. Aysha y sus hermanas amaban las tradiciones de su pueblo y les horrorizaban esos jóvenes heterodoxos que se las saltaban para casarse entre castas o, incluso, con gente de otras religiones. No, esa no era la educación que habían recibido en su acomodada familia. Para ellas la casta era la casta. Un *sheikh* debía casarse con un *sheikh*; un *pir* con un *pir*; un *murid* con un *murid*. Así lo dictaban sus antiguas leyes y así debía hacerse. Por eso Aysha se sentía muy dichosa, ya que el hombre al que amaba era de su casta.

Todos sus parientes de Sinyar, la ciudad donde la familia de Aysha había vivido durante generaciones estaban allí, y también había invitados de otras poblaciones yazidíes cercanas. Sefan, su prometido, estaba tan enamorado que no había reparado en gastos para una ceremonia que estaba saliendo mejor de lo que ella había imaginado. Además, estaba en tratos para comprar una casa grande y bonita en Lalish, la ciudad sagrada a la que el ángel Tawûsê Melek descendió en forma de pavo real para ordenar el caos que reinaba en la Tierra al comienzo de los tiempos. Todos los colores del mundo proceden de los tonos de su maravillosa cola. Aysha y Sefan pensaban reformar esa casa para ir a allí con una multitud de hijos a pasar el año nuevo y las fiestas religiosas. Al pensar en ello, la joven sonrió con tanta felicidad que no se dio cuenta de que el *sheikh* tomó su mano y la colocó sobre la de su prometido.

—¿Quién eres? —Un largo silencio angustió al novio hasta que el *sheikh* volvió a preguntar y devolvió a Aysha al mundo real.

—Soy Aysha Ismail, hija de Resho Ismail y de su mujer, Fátima.

—¿Quieres a este hombre como tu esposo?

Ella pronunció un «sí» casi imperceptible antes de que el *sheikh* se dirigiera al novio.

—¿Quién eres?

—Sefan Faris, hijo de Ali Faris y de su mujer, Jalila.

—¿Quieres a esta mujer como tu esposa?

Él asintió y ella no puedo contenerse. Parpadeó y sus pestañas dejaron escapar dos lágrimas que formaron dos ríos de alegría en sus mejillas. Aysha se sentía el centro del universo porque su boda se parecía mucho a aquellos casamientos yazidíes de los que había oído hablar a sus abuelas, con la tinta roja sobre la cara y los hombros, los trajes antiguos y los tres días encerrada en una habitación de la casa de su prometido en semioscuridad, protegida solo por cortinas, sin ver al novio hasta la ceremonia. No todo fue así, pero lo cierto es que no podía quejarse, porque sí que disfrutó de muchas esas cosas. Se lo pidió a su padre y a su prometido, que trataron de recrear las tradiciones yazidíes más ancestrales,

algunas todavía en uso, para complacerla. Disfrutó de la comitiva de familiares del novio, que fue a reclamarla a casa de su padre y dispararon armas de fuego al aire y bailaron y cantaron con alegría. Algunos vinieron a caballo con sus hijos a la grupa y, tras ellos, los músicos, tocando las melodías antiguas que solo los yazidíes conocen y saben interpretar. Sí, todo fue muy bonito, como ella había imaginado: la piedra con la que aceptó la sumisión a su marido o el palo de madera que les entregó el *sheikh* y que ellos partieron con al unísono, con decisión.

—Ahora los dos sois uno —anunció el *sheikh*—, hasta que la muerte os rompa en pedazos.

Y entonces más lágrimas y una alegría incontenible. Aysha no recuerda cómo, pero de repente ya estaba en el exterior junto a su marido. Sus familiares los rodeaban y cantaban y bailaban cogidos de la mano, con los meñiques entrelazados. Hombres y mujeres danzaban juntos un llamativo baile en el que daban pequeños pasos laterales a la vez que subían y bajaban los hombros al ritmo de la melodía. Los niños correteaban entre risas, flores y juegos, pero no todos sentían esa felicidad. Uday, serio como una estatua, miraba la fiesta a través de las puertas abiertas del amplio patio ajardinado de la casa del padre del novio. Creció en ese barrio, donde musulmanes y yazidíes vivían puerta con puerta y en el que a menudo había tensiones que casi siempre se solucionaban. Sin embargo, últimamente había más, en especial en las aldeas, lejos de las ciudades, donde las tribus suníes cada vez eran más agresivas.

De pequeños, Uday y los hermanos de Aysha jugaban juntos en la escuela o en la calle. Luego crecieron y él se enamoró de la muchacha, pero Aysha nunca le prestó atención. Eso precisamente, su indiferencia absoluta, era lo que más le enfurecía. Esa orgullosa yazidí jamás se había fijado en él porque era musulmán. Nunca, a pesar de que Uday hubiera hecho cualquier cosa por ella, incluso abandonar el islam, aunque su alma se hubiera perdido en el infierno, aunque lo hubieran condenado a muerte. Pero no podía ser, porque yazidí se nace; no hay conversión posible.

—Hola, Uday —saludó Mahma, el hermano mediano del novio—. ¿Cómo estás? Te invitaría a pasar, pero ya sé que no sueles participar en nuestras celebraciones.

—No te preocupes —respondió Uday con una sonrisa falsa—. Mi fe no me permite disfrutar de ellas, pero mi familia os desea mucha felicidad. Mi padre me ha pedido que os lo transmita, porque él está enfermo.

—¿Quieres pasar tú mismo a decírselo al mío? Ya sabes que le aprecia mucho.

—Oh, no —rechazó el musulmán con un gesto de cortesía exagerada—. Hoy estará muy ocupado y no quiero molestarle. Sé que tú le trasmitirás el mensaje.

—Gracias —asintió Mahma mientras se despedía.

—Que el viento de levante os traiga todo lo que merecéis. *As-Salamu alaykum* —dijo Uday mientras se daba la vuelta. El joven musulmán era hijo de un buen albañil que mantenía a su familia gracias a los trabajos que le encomendaba el padre de Mahma y de Sefan, Ali Faris, un rico comerciante de Sinyar. Era un obrero agradecido que sentía un afecto sincero hacia su patrón, al contrario que Uday, que odiaba ser el hijo de un empleado menor y, además, amaba a Aysha. Durante mucho tiempo, había tenido que aceptar la situación, pero ahora las cosas estaban cambiando. El Estado Islámico se movía en el desierto, en las aldeas, en la frontera, en la vecina Siria. Hacía ya tiempo que los suníes estaban hartos de vivir bajo la bota del gobierno chií de Bagdad, pero por fin, se veía

luz al final del túnel. Cada vez eran más los que llegaban de todas partes. De Arabia, Pakistán, Túnez, el Cáucaso, Filipinas e, incluso, de Europa. Buenos musulmanes que venían a defender el islam. Algunos habían combatido en Siria, otros en Chechenia, otros en Libia. Una marea que se movía bajo las arenas y que pronto sería incontenible. Ellos decidirían cuándo y él estaría en el lado ganador, porque el Estado Islámico sabía ser generoso. Al Bilawi, el comandante de Mosul, les había prometido recompensas si hacían bien su trabajo. A él y a todos los informadores que el DAESH tenía en el norte de Irak. Dinero, poder, mujeres. Faltaba poco; pronto, los verdaderos creyentes borrarían de la faz de la tierra a esos malditos yazidíes que adoraban a Tawûsê Melek, a Shaitan. Esos malditos herejes, adoradores del diablo que se creían superiores, recibirían su merecido. «Ni siquiera se les puede considerar humanos», le habían dicho. Conversión o muerte, era su destino inevitable. Algunos vivirían si abrazaban el islam, aunque perderán la libertad; ellas se convertirían en *sabaya,* en esclavas a su entera disposición. Sí, ese era el futuro reservado al oscuro pueblo de los yazidíes. Así lo mandaba Alá y así debía cumplirse.

EL CAMINO

Carretera de Erbil a Mosul, Irak. Principios de 2017

La carretera entre Erbil, la capital del Kurdistán iraquí y Mosul, donde en junio de 2014 Abu Bakr al Baghdadi proclamó el califato del DAESH, es ancha y muy transitada. A los lados hay escarcha y los charcos de agua están cubiertos por una fina capa de hielo que, por la mañana temprano, el sol débil del invierno aún no ha logrado derretir. ¿Hielo en Irak? Sí, y escarcha blanca muy bonita, que nunca sale en las películas.

Ahora que el ejército iraquí y la coalición internacional han liberado la mitad oriental de Mosul, los desplazados comienzan a volver y necesitan productos de primera necesidad y materiales para reparar sus casas, dañadas por los combates. El gobierno quiere demostrar cuanto antes que ha restaurado su autoridad sobre la parte reconquistada.

El coche blindado avanza deprisa. Dyar, conductor impulsivo, va pegado a un convoy oficial escoltado por varios vehículos militares que elude a toque de sirena los atascos. En la parte de atrás, varias camionetas *pick-up* llevan soldados armados que sonríen y hacen el signo de la victoria cuando Alex les hace fotos con su *smartphone* desde el asiento del copiloto.

—Tenga cuidado —advierte Dyar—, sobre todo si hace fotografías en los controles. Ahora los militares están muy nerviosos porque el DAESH usa coches bomba y terroristas suicidas que se lanzan contra ellos. No quieren fotos.

Dyar es un joven alto y delgado, con una poblada barba roja que le hace parecer islamista, pero que lleva, en realidad, porque es *hipster*. Sí, *hipster* en Irak, aunque suene raro. Bueno, en el Kurdistán iraquí. Es un kurdo cristiano y pelirrojo que a sus veintitrés años hace de guía-traductor al grupo de cooperantes que se dirige a Mosul. Estudia Gestión y Dirección de Empresas en la universidad de Erbil y habla kurdo, árabe e inglés. Un tipo listo que se gana la vida como intérprete para agencias humanitarias extranjeras o medios de comunicación. Cobra al día lo que para gran parte de sus compatriotas, e incluso para muchos occidentales, es una fortuna: más de quinientos dólares por llevar a los periodistas o cooperantes al frente o cerca de él. Casi no conoce Mosul y ni siquiera

tiene buenos contactos, pero la guerra ha brindado una oportunidad de oro a cualquiera que esté dispuesto a arriesgar el pellejo y tenga el valor o la inconsciencia necesarios para ir a primera línea. Los combates han atraído a centenares de informadores y trabajadores humanitarios, y casi todos necesitan un traductor. Dyar forma parte de una generación de buscavidas, de veinteañeros que dominan idiomas y que emplean multitud de argucias para atravesar los controles del ejército. A Mosul o a las trincheras, lo mismo da si hay dinero por delante. Unos tienen amigos en las Fuerzas Especiales o en la División Dorada, las tropas de élite iraquíes que mandan en los controles; otros se han juntado y, entre varios, reúnen un dinero para sobornar a los mandos de esas unidades y que les dejen pasar. Los menos han conseguido legalmente los permisos para transitar por Mosul y sus alrededores.

—No se preocupe —responde Alex—, tendré cuidado.

—Haga lo que le dice —interviene Lola, que lleva varios años en Irak. Su tono es neutro y sin empatía—. No queremos problemas.

—Naturalmente —asiente el joven estadounidense, que no puede evitar sentirse amilanado cuando Lola habla. Además de ser muy atractiva, parece una mujer decidida y con experiencia, por lo que, con treinta y siete años, la cooperante puede dar muchas lecciones sobre cómo comportarse en zona de riesgo a la mayoría de militares, diplomáticos, periodistas y trabajadores humanitarios que revolotean a su alrededor.

—¿Su primera vez en Irak? —pregunta ella.

—Sí —contesta el joven que, al volverse hacia atrás, siente un fuerte picor en el cuello.

—La ropa nueva molesta —observa Lola con ironía—, sobre todo si no quitas la etiqueta.

—¡Oh, vaya! —exclama el estadounidense, algo ruborizado, mientras echa mano a la parte posterior del cuello de su jersey e intenta romper el cordón de la etiqueta.

—Déjeme a mí —dice Lola mientras saca un afilado bisturí de su bolso.

—¿Un bisturí? —pregunta Alex extrañado.

—Sí —asiente Lola mientras corta el cordón—. Antes ejercía la medicina. Es como un souvenir, y muy útil, como puede ver.

—¿Y por qué dejó usted de ejercer?

Lola borra la sonrisa de su cara y cambia de tema.

—Me decía usted que era su primera vez en Irak, ¿no?

—Así es. Impresiona estar en una guerra, pero no asusta tanto como había pensado.

—Créame —interviene Khaled, el iraquí que acompaña a Lola en el asiento trasero. Es el director local de la ONG para la que trabaja ella. Un hombre apuesto, aunque, a los ojos de un occidental, lleva un aspecto descuidado por su barba de tres días, al estilo árabe —, Irak parece tranquilo, pero cuando se pone feo, asusta. Ya lo creo que asusta.

Dyar y Lola sonríen y Alex, que iba a decir algo, calla al fijarse en las finísimas arrugas que la edad ha comenzado a dibujar en los ojos de Lola. Pequeños surcos que señalan hacia sus pupilas, de color verde claro, casi azulado, que la hacen aún más atractiva.

—Dígame, Alex —se interesa la mujer—, ¿por qué le han enviado a usted?

—Supongo que no había otro que quisiera venir. La fundación del señor O'Connell no trabaja en Irak, solo en Jordania y, de los que estábamos allí, yo era el único voluntario.

—¿Y cuánto tiempo ha estado en Jordania? —Lola lanza su pregunta sin mirar a Alex.

—Unos meses —al joven le gustaría tener un extenso currículum en países de riesgo con el que impresionarla, pero no es así.

Lola sonríe. La respuesta le traslada años atrás, cuando comenzó a trabajar en cooperación y deseaba cambiar el mundo de arriba abajo.

—¿Y por qué quería venir? —pregunta Dyar, el joven conductor.

—El señor Alex Ros —interviene Lola— está aquí para evaluar la viabilidad económica de nuestra misión humanitaria. Él decidirá si su fundación nos da los fondos que necesitamos para la reconstrucción del hospital pediátrico al Azahar, en Mosul.

—Estamos estudiando colaborar con Acción Urgente, su ONG —afirma Alex.

El estadounidense se gira hacia atrás y comprueba, con cierto malestar, que Lola ya no le presta atención. La mujer observa a través de la ventanilla la interminable cola de camiones que esperan en el control de al Khasar el permiso de las autoridades kurdas para llegar a la parte liberada de Mosul. La carretera está totalmente atascada, así que el chófer se desvía a la derecha y frena para hablar con un soldado que indica que aparque junto a los contenedores de obras convertidos en improvisadas oficinas donde se expiden los permisos. Frente a ellos hay largas filas de civiles que esperan su turno. Una legión de parias, de desgraciados sin nombre que no tienen conocidos influyentes o no han pagado a quien debían. Así es la vida en la guerra. Todo se resume en tener dinero o amigos, y si no, nada: mierda, miseria y largas esperas para no conseguir nada.

—Solo serán unos minutos, conozco al comandante —dice Dyar.

Un cuarto de hora más tarde, el grupo reanuda su viaje mientras los otros esperan. Atraviesan cada uno de los controles que salpican el camino: Sham, Bashirtan y, por supuesto, el de Hamdaniya, donde la espera es algo más larga y las comprobaciones más exhaustivas. Sobre el asfalto desgastado, un chaval de unos siete u ocho años vende plátanos a los viajeros. En cuclillas, apoyado sobre la parte delantera de sus pies, limpia afanosamente la fruta que guarda en una caja de plástico negro para que no se vuelva a llenar de polvo. Como no tiene agua, escupe sobre las bananas y luego frota el salivazo con un trapo porque, al fin y al cabo, se comen peladas y así están más bonitas.

A medida que se acercan a Mosul, los edificios están más dañados por los bombardeos, porque echar de allí al DAESH no ha sido fácil. Al lado de la carretera hay pequeños puestos militares en los que ondean banderas verdes en con la cara del imán Alí.

—*¿Al-Hashd al Sha'abi?* —pregunta Lola con extrañeza—. ¿Tan al norte?

—No —niega Dyar con la cabeza—. Las milicias chiíes no están aquí, es el ejército. Lo que pasa es que hay muchos chiíes del sur en esas unidades y ponen sus banderas.

Alex intenta seguir la conversación, pero se distrae cuando ve que se aproximan a una columna de cinco Humvees acorazados de la División Dorada. El estadounidense no puede evitar sacar su teléfono móvil para hacer un vídeo que colgar en todas sus redes sociales en cuanto pille Internet. Así, las chicas y sus amigos de la universidad, que años atrás le consideraban un ratón de biblioteca, van a flipar con sus aventuras en Irak. Ya casi va a detener la filmación cuando una gran columna de polvo y humo se levanta delante, en la cuneta derecha, a la altura del tercer vehículo militar que les precede.

—*¡Ala u akbar!* —grita Khaled mientras Dyar se echa violentamente a la izquierda y aminora la velocidad. Las luces de freno de los Humvees se encienden, histéricas y rojas, pero no se detienen a pesar de que los cascotes caen sobre ellos y, al hacerlo, producen un sonido metálico aterrador. Algo a gran velocidad golpea el cristal delantero del *jeep* de los cooperantes, que se raja, pero el blindaje resiste el impacto.

—*¡IED! ¡IED!* —vocifera Khaled —. ¡Cuidado, Dyar, podría haber más bombas! ¡Es

un ataque contra esos blindados! *¡Jalla, jalla!* ¡Acelera!

Por el retrovisor, Dyar ve que los vehículos que se aproximan reducen la velocidad y no quiere quedar bloqueado entre ellos y los militares. Los disparos, su juventud y ese instinto que solo tienen quienes han crecido en guerra le hacen pisar con fuerza el acelerador. En unos segundos atraviesan la nube de polvo y humo. Delante, los Humvees también aceleran a fondo y disparan las ametralladoras de sus torretas.

—¡Alto! —Ordena Lola con un fuerte grito. Al lado derecho de la carretera, una mujer joven con un niño en brazos corre pidiendo ayuda, pero Dyar, que no está acostumbrado a recibir órdenes de una mujer, no hace caso a la cooperante—. ¡He dicho que pares!

—¡Es una locura! —responde Dyar, que rebasa a la chica.

—¡Quiero recoger a esa joven! —insiste la cooperante— ¡El niño está herido!

—¡Es demasiado peligroso! —grita el conductor, sin hacer caso.

—¡Khaled! —Lola habla a su colega iraquí, en tono autoritario pero sereno—. Que pare.

—¡Dyar! —vocifera Khaled—, ¡haz lo que dice, maldito idiota! ¡Ahora! ¡Y recógela!

El conductor detiene el vehículo violentamente y da marcha atrás durante unos metros eternos en los que las ruedas chirrían. Los vehículos militares siguen disparando a quién sabe dónde. Al llegar a la altura de la mujer, Lola abre apresuradamente la pesada puerta blindada y, en árabe, le dice que entre. Ella le tiende al niño, que llora de dolor por la herida de su pierna. Khaled salta al maletero y coge el botiquín al tiempo que reanudan la marcha a toda prisa, con el acelerador en la tabla.

—No es grave —dice Lola tras cortar el pantalón del niño con unas tijeras y examinar la herida. Hace años que no practica la medicina, porque ha pasado a hacer labores de organización en su ONG, pero aún conserva la destreza.

—No era muy grande —dice Dyar.

—Pero ha estado cerca —observa Lola, que ya se ha repuesto del susto. La cooperante está muy molesta con el conductor por no haberla obedecido, pero su experiencia en Oriente Próximo le dice que tenga calma. Esta tan enfadada que le gustaría despedirle allí mismo, pero le necesita porque él tiene los permisos para llegar a Mosul. Sabe que tiene que esperar el momento apropiado porque allí, muchos hombres no acepan reprimendas de una mujer en público y son capaces de despedirse en el acto si se consideran humillados. Ahora no, pero en cuanto pueda pondrá las cosas en su sitio. Le costó hacérselo entender a Khaled, pero lo hizo y sabe cómo hacerlo.

—U… u… un ataque —tartamudea Alex, que tiene la vista puesta en la carretera, que se extiende ante él, interminable y recta. Lo que antes era la ruta hacia una excitante aventura ahora se ha convertido en el camino hacia un peligro desconocido.

—Sí —responde Khaled—. Son bombas caseras del DAESH. Rellenan bombonas de gas con explosivos, las ponen en la carretera y las detonan con el teléfono móvil.

—Hemos tenido suerte —afirma Dyar mientras señala el impacto en la luna delantera —. Nuestro blindaje ha resistido porque estábamos lejos. La piel de estos coches no es tan gruesa como la de los Humvees. ¿Están todos bien?

Lola y Khaled responden que sí, pero Alex está muy nervioso y no puede hablar. De pronto, la inmensa bola de angustia, tensión y miedo que tiene dentro revienta en forma de violenta arcada. Intenta abrir la ventanilla para vomitar, pero en ese coche blindado las lunas no pueden bajarse. El joven siente una profunda vergüenza al pensar que Lola le está

viendo echar el desayuno contra el salpicadero.

MALDITO TATUAJE

Mosul, Irak. Primavera de 2014

Cada día que pasa, Mohammed maldice la hora en la que decidió tatuarse aquel nombre sobre su hombro adolescente. Tenía quince o dieciséis años, mucha inocencia y nada de malicia. Solo faltaban un par de meses para que el DAESH tomara Mosul, pero claro, él no lo sabía. Estaba más preocupado por su mundo interior, que navegaba sobre un mar de dudas que comenzaban a disiparse lenta e inexorablemente. Miedos infundidos por la familia y por su círculo social que iban y venían, especialmente cuando se quedaba a solas con su amigo Ali, un muchacho delgado y guapo, como él.

A Ali, como a muchos iraquíes, le apasionaba el fútbol. Era del Real Madrid, por Benzema, igual que Mohammed. Aquella noche fresca de primavera, antes de que el calor del verano se posara sobre las tierras que rodean Mosul para convertirlas en un desierto yermo y polvoriento, los dos muchachos regresaban junto a otros tres o cuatro amigos de ver el partido por televisión.

—¡Qué gran partido! —le espetó Ali, excitado por la victoria madridista, al grandullón de Ahmed, que era del Barcelona—. Este año ganamos la liga.

—¡Tonterías! —respondió el chaval—. Aún queda mucho campeonato.

—¡Bah! —intervino Mohammed, en favor de Ali— Los del Barcelona sí que sois tontos.

—¡Tú cállate, chaquetero! —respondió Ahmed, indignado—. Antes eras del Manchester y ahora te has pasado al Madrid porque Ali es madridista. Siempre juntitos. Parecéis dos maricas, como todos los del Real Madrid.

El muchacho y los otros chicos rieron al unísono. Ali y Mohammed también esbozaron una sonrisa y, cuando iban contestar, una voz les interrumpió desde la acera de enfrente.

—¡Ali, hemos ganado! —chilló el tío del chico, que caminaba por la acera de enfrente.

—¡Sí! —Ali cogió la mano de Mohammed y la levantó en señal de victoria.

Cuando los brazos de los dos chicos volvieron a su posición, sus dedos no se separaron. Durante unos segundos se mantuvieron unidos y sus corazones latieron con fuerza, al galope. Ni siquiera se miraron porque el contacto de sus manos, de las yemas de sus dedos entrelazados, era eléctrico, sedoso, abrumador. Fue en ese momento cuando Mohammed tomó aquella maldita decisión, pero necesitaba una excusa, una coartada.

Minutos después, ya solo, mientras volvía a casa tras dejar a sus amigos, Mohammed se sumió en una agradable nebulosa de pensamientos que lo envolvía todo, incluido el mar de dudas en el que vivía a diario. Paseaba con aire ausente, con una pequeña sonrisa dibujada en sus labios, despacio, automáticamente, por un camino repetido mil y una veces. La frutería donde compraba su madre, la casa de su tío, y el café de Yossif, siempre abierto hasta bien tarde, con ese inconfundible olor al tabaco de frutas del que se fuma en las pipas de agua.

El café de Yossif era viejo y tenía una terraza cuyo suelo era de cemento, sin baldosines, con ocho o diez mesas de plástico blanco, sucias y deslucidas por el sol. Sentados en ellas,

decenas de hombres de todas las edades pasaban horas y horas. Unos jugaban al dominó o al backgamon; otros charlaban y otros veían la televisión que el propietario ponía en el exterior con el volumen a todo trapo, estridente y perturbadora. Partidos de fútbol, alguna serie de televisión y, a veces, vídeos musicales. Sonaba el de Zaid al Habib, un tipo moreno, con americana ajustada, camisa y corbata negras. En la pantalla se alternaban planos del cantante con otros de las fértiles orillas de un río, quizá el Tigris y con algunos más del ejército iraquí. Todo al ritmo de *Irak osmak hibah,* «el nombre de Irak es grande», una canción pegadiza. Al muchacho no le gustaba ni la música ni el vídeo, pero se fijó en una de las frases de la letra, que hablaba del país y sus provincias: «Irak tiene la valentía de Ali, y la virtud de Abbas». Sí, eso era. Ahí estaba. Se tatuaría esa frase y nadie sospecharía de un eslogan patriótico sobre la unidad de la nación, aunque a él lo que le importaba era llevar el nombre de Ali, ese muchacho que le quitaba el sueño, tatuado en su cuerpo. Sonrió y echó a andar arropado de nuevo por aquella brisa sugerente, como la voz de su amigo, fresca como su risa.

DESPEDIDO

Mosul, Irak. Principios de 2017

El niño no ha dejado de llorar durante todo el camino por la herida que le causó la explosión. Lola le ha hecho una cura de emergencia y después le han dejado con su madre en las urgencias del hospital pediátrico al Azahar, al que se dirigían. La cooperante sigue enfadada con Dyar, el conductor, porque le revientan los tíos que no aceptan su autoridad simplemente por ser mujer. Sabe que no acabará con el machismo de Oriente Próximo, pero está deseando poner las cosas en su sitio.

—Khaled, por favor —dice Lola al regresar al coche blindado, junto al conductor—, paga Dyar y que te dé nuestros permisos. Tú conducirás de vuelta a Mosul. Si él quiere, puede volver con nosotros.

—No entiendo —dice Dyar sorprendido—. ¿He hecho algo malo?

—Veras, Dyar —explica Lola sin alterar su tono de voz—, antes, tras la explosión en la carretera, te pedí que pararas el coche para recoger a esa joven, pero no lo hiciste. Como no quiero que se repita, estás despedido.

—Pero —objeta el joven— detenerse tras la bomba era muy peligroso. Por eso lo hice.

—¿Era peligroso cuando te lo ordené yo, pero no cuando te lo ordenó Khaled?

—Eh… —Dyar se muestra indeciso mientras Khaled le tiende el dinero—. No, no es eso.

—Te pagamos un buen sueldo para que cumplas las órdenes del jefe del equipo, que soy yo. Si tienes algún problema en obedecer a una mujer, márchate.

—Eh… no —dice Dyar que se considera un joven universitario moderno y nada machista—. No volverá a ocurrir, solo quería proteger al grupo.

—Bien —acepta Lola, que realmente pensaba despedir a Dyar. No sabe por qué, pero ha cambiado de opinión en el último momento, así que hace una seña a Khaled para que guarde el dinero—. Ahora vamos a reunirnos con el director del hospital. Tú aparca el coche y espéranos en él. Tardaremos.

INSUFICIENCIA

Mosul, Irak. Junio de 2014

¡Qué olor tan maravilloso! El aroma de las especias se mezclaba con el del arroz y el del pollo e inundaba todos los rincones de la casa. Los hijos de Mariam gritaban que tenían hambre, mientras su madre, con tono de falso enfado, les respondía que nadie probaría bocado hasta que su padre y Hannan, su hermana pequeña, volvieran del hospital. Ellos, resignados, se pusieron a jugar sobre las alfombras del salón con unos soldaditos de plástico verdes. «Ta, ta, ta. Pum, pum». Al verlos jugar a la guerra, a Mariam se la encogió el estómago.

—¡Niños, ya están aquí! —chilló Mariam al escuchar que llamaban a la puerta—. ¡Voy!

—Mariam, ¿has escuchado las noticias? —Casi no había abierto cuando Houda, su suegra, entró atropelladamente. La mujer, ya entrada en años y bastante gorda, había subido las escaleras a toda prisa y parecía que el corazón se le iba a salir por la boca.

—No, estaba preparando la comida mientras Raed y Hannan vuelven del médico.

—¿Aún no han llegado? —preguntó Houda con los ojos muy abiertos.

—No, aún no. Pero, dime, ¿qué ha pasado? Me tienes en ascuas.

—Ellos —susurró la suegra con la frente arrugada, remarcando la palabra—, ya están aquí. Dicen que han roto las líneas de defensa. He oído disparos al venir del mercado.

—No puede ser —dijo Mariam con preocupación—, el gobernador dijo que solo eran escaramuzas con el DAESH en los barrios del oeste.

—¡Shhssss! Que nadie te oiga llamarlos así —advierte la suegra—. Pues ya ves, era mentira. Dicen que han cruzado el río y que están conquistando la ciudad.

De nuevo, golpes en la puerta: «Abre, Mariam, debe ser mi hijo, con la niña». «*Inshallah*, voy corriendo». «*Jalla, Jalla, Habibti*». Prisas, angustia, miedo y, luego, decepción al ver a Salma, la esposa del policía que vivía al lado. Arrastraba a su hijo, un muchacho de unos cuatro años, de la mano.

—He hablado con mi marido por teléfono —dijo con mucha preocupación—. Me ha dicho que me encierre en casa, pero yo quería avisaros.

—Cuéntanos, ¿qué te ha dicho?

—Que recoja lo imprescindible para marcharnos. Parece que «ellos» —Salma también remarcó la palabra en voz baja— van a conquistar la ciudad.

—¿Y el ejército?

—Huyen —dijo Salma— o se les han unido. Tienen miedo. Dicen que han degollado y quemado vivos a muchos militares.

—¿Y nos van a dejar solos? —preguntó Mariam, visiblemente atemorizada.

—No lo sé —contestó Salma—. Aunque yo no creo que sean tan malos. Son buenos musulmanes suníes, no como esos malvados chiíes del gobierno que nos tratan como a perros. Mi marido dice que es una catástrofe, pero si son suníes, son de los nuestros.

—Tu marido tiene razón —dijo Houda, preocupada pero en tono condescendiente—. «Ellos» no pueden traer nada bueno. Anda, vete a casa.

La mujer del policía se giró y dio un tirón enérgico de la mano de su hijo que, con sus minúsculas piernecillas, la siguió a pasos cortos y apresurados.

—Voy a llamar a Raed —anunció Mariam —, esta angustia me está matando.

—Sí. Llama a mi hijo, corre, corre.

Pero Raed no respondía. El teléfono, apagado o fuera de cobertura; Mariam, al borde de un ataque de nervios, lo intentó varias veces, pero nada, solo una voz impersonal que le sacaba de sus casillas y que le repetía una y otra vez que la conexión era imposible. Encendió la tele, miró a su suegra y rompió a llorar. Los niños, mientras, gritaban que tenían hambre y jugaban incansables a las batallas con sus soldaditos de plástico verdes: «¡Pum, pum! ¡Ta, ta, ta!». Hombrecillos monocolores que disparaban y morían uno tras otro. Y así hasta que la puerta se abrió y entró Hannan, regordeta y torpe, también amarilla. La pequeña avanzó hasta su madre con pasitos erráticos y ella la recibió con un fuerte abrazo, mientras se secaba las lágrimas con los dedos.

—Hay disparos —anunció Raed muy serio— y columnas de humo. En el camino de vuelta he visto un coche de policía ardiendo y vehículos del ejército abandonados.

—Salma nos ha dicho que el ejército se retira —dijo Mariam.

—He hablado con su marido por teléfono —el tono de Raed arrastraba al pesimismo — hasta que me quedé sin batería. Dice que el ejército no puede con ellos porque no dejan de llegarles refuerzos desde Siria. Me ha contado que esta madrugada han lanzado un camión bomba contra el cuartel general, en el Hotel Mosul. Además, ya sabes, muchos soldados no están en su puesto porque les pagan la mitad de su saliario a sus superiores para que hagan la vista gorda mientras ellos están en sus casas, trabajando en otras cosas. Pero dime, ¿qué dicen en la tele?

—No sé, pero Salma y Yasser van a marcharse —anunció Mariam.

—Lo sé —asintió Raed—. Él es policía y la policía es el cuerpo que más resistencia ha puesto al avance de DAESH. Si le pillan, lo pasará mal.

—¿Y si nos marchamos nosotros también? —preguntó Mariam.

—No sé —Raed se frotaba la cara, pensativo—. Marcharse también es muy peligroso. Hay combates y controles. Dicen que si el DAESH te coge intentando huir, te detienen.

—Además —intervino la abuela—, la niña está enferma, y en el Hospital al Azahar la están tratando muy bien, y gratis.

—Sí —admitió el padre—, el doctor Ayash se ha portado muy bien con nosotros.

—Por cierto —la madre de Raed cambió de tema al darse cuenta de que no ha preguntado por la visita de su nieta al hospital—, ¿qué te han dicho de la niña?

—Lo que nos temíamos: la insuficiencia renal se ha agravado —respondió el padre cabizbajo—. Parece que la infección en las vías urinarias la ha dañado los riñones.

—¿Y eso es grave, hijo?

—Sí. Necesitará diálisis, pero pueden dársela aquí, en Mosul.

—¡Mi niña! —La abuela lloraba mientras cubría a Hannan con un mar de besos y abrazos.

ELLOS SON ASÍ

Mosul, Irak. Principios de 2017

—Pueden esperar aquí, el doctor Nawfah los recibirá enseguida —dice el asistente del director del Hospital al Azahar mientras abre la sala de espera del despacho. Cuando se marcha, Lola, Alex y Khaled pueden escuchar, tras la puerta, las súplicas de una mujer.

—¿Qué pasa ahí dentro? —pregunta Alex.

—Alguien pide ayuda para encontrar a su padre, que parece que trabajaba aquí —responde Lola.

Minutos después, una mujer de unos treinta años, cuyos ojos vidriosos muestran que ha llorado, sale de la estancia. Lleva el pelo cubierto por un pañuelo que cae sobre un abrigo de paño marrón, claro y ajustado, que marca una figura esbelta. Antes de despedirse, el director le promete que hará todo lo que esté en su mano.

—Por favor —el médico invita a pasar a su despacho al grupo de cooperantes en un inglés con marcado acento árabe—. Siéntense. Enseguida nos traerán té. Permítanme que me presente. Soy el doctor Nawfah, el director. Disculpen que les haya hecho esperar, pero el problema de esta señorita es grave. Su padre era, eh… bueno… —el director balbucea y se corrige a sí mismo—, quiero decir que su padre es el doctor Ayash, el jefe de nuestro laboratorio de análisis. Desapareció la noche en la que el DAESH incendió el hospital. Hay quien dice que estaba herido, pero no sabemos qué le ha pasado. Todos los trabajadores le respetaban y apreciaban porque en varias ocasiones se enfrentó a los yihadistas para defenderlos a ellos y a los pacientes. Especialmente a los que no tenían dinero.

—¿A los pobres? —pregunta Lola, sorprendida—, creí que los islamistas los favorecían para ganarse su apoyo.

—Bueno, en realidad el DAESH ayuda a los pobres que se hacen del DAESH, a los demás, no —responde el doctor Nawfah, que no puede evitar fijarse en los llamativos ojos verdes de Lola. La cooperante heredó la tez blanca y los ojos claros de su padre, un tipo apuesto de una localidad costera del norte de Francia. Su madre, española, dejó un llamativo cabello negro que, según reciba la luz, desprende brillos muy hermosos—. Cuando el DAESH se hizo cargo de la administración del hospital, aumentaron el canon que se pagaba por los tratamientos. Pasaron de costar poco más de un dólar a unos veinte. Para un occidental eso es poco, pero para muchas familias iraquíes es imposible pagarlo. Si no tienen para comer, ¿cómo van a pagar un tratamiento o por las medicinas que necesitan? Piense que un trabajador de este hospital, que está bien pagado, cobra menos de doscientos dólares al mes. Cuando ellos llegaron, mucha gente les apoyó porque decían que luchaban contra la opresión de los chiíes y la corrupción del gobierno y de los jueces. Impusieron la *sharia*, la ley islámica, de forma muy estricta, pero al menos era una ley porque, antes, la mayoría de los jueces eran unos corruptos que favorecían a quienes les pagaban. Por eso muchos jóvenes se unieron al DAESH.

—¿Y ellos también pagaban por la atención médica? —pregunta Alex.

—Pagaba todo el mundo —responde el doctor—, pero había trampa. El hospital entregaba un recibo que, luego, quienes eran del DAESH, canjeaban en las oficinas del grupo por dinero en efectivo, con lo que, en realidad, les salía gratis. El doctor Ayash no estaba de acuerdo, así que atendió sin cobrar a varios pacientes y por ello se enfrentó a juicio, porque ellos entendieron que robanba dinero al islam. Le condenaron y le cortaron una mano, pero eso no le amilanó. Empezó a recaudar dinero para los que no podían pagar el tratamiento. Sus amigos le advertimos de que podían matarle por ello, pues eso también era delito para el DAESH. Créanme —añade Nawfah con admiración—, Ayash merece todos los honores porque se jugó la vida y casi la pierde.

—No entiendo —interviene Lola—. ¿Recaudar limosna para los necesitados puede

costarle a uno la vida? El *Zaqat* es uno de los preceptos del islam.

—Ah, señorita —observa Nawfah —, veo que conoce nuestras costumbres, pero no al Estado Islámico. El DAESH tiene sus propias interpretaciones para hacerse con el dinero. Afirman que ellos son los únicos legitimados para administrar la limosna, y por eso cualquiera que lo haga en su lugar roba al islam. Y ya saben cuál es su castigo por robar —dice el médico haciendo como si se cortara la mano derecha—, pero la reiteración puede suponer la pena capital. Bueno, si no les importa, luego podemos seguir hablando del doctor Ayash. Ahora me gustaría conocer sus nombres para poder dirigirme a ustedes con propiedad.

—Bueno, a mí ya me conoce —interviene Khaled —. La señorita es Lola Allamand, coordinadora de nuestra organización para Irak, y este caballero es Alexander Ros, que trabaja para la fundación del señor O'Connell. Es quien debe elaborar el informe según el cual su fundación asumirá, o no, la mayor parte de la reconstrucción del hospital.

—Vaya —dice el director mientras sonríe al estadounidense—, así que usted, señor Ros, es a quien debemos convencer. ¿No es así?

—Bueno —responde el joven—, yo solo elaboraré un informe, pero puedo adelantarles que el señor O'Connell está muy sensibilizado con la labor que ustedes hacen contra la talasemia porque su hija padece la enfermedad, aunque en grado leve.

—Lo lamentamos mucho —observa Nawfah con gesto serio— y necesitamos su ayuda porque, como les enseñaré ahora, el centro ha sufrido daños graves. No solo por los bombardeos, también por el terrible incendio que esos desalmados causaron antes de abandonar Mosul este. Además, se llevaron gran parte del material médico.

—Y dígame —interrumpe Alex—, ¿por qué hicieron eso?

—Supongo —el médico se encoge de hombros— que no querían dejar al enemigo un centro médico operativo tan cerca del frente, a solo un par de kilómetros. Pensarían que si destruían o dañaban el hospital sería más difícil para el ejército atender a sus heridos. En cuanto al material que se llevaron, la mayoría era del laboratorio y de la Unidad de Talasemia pues, para tratarla, hace falta equipo para transfusiones, igual que para los heridos del frente. Para ellos todo gira alrededor de sus combatientes, por eso robaron el material. Lo necesitan para analizar sangre y transfundirla sus heridos. Y aquí volvemos al doctor Ayash que, la noche del incendio, intentó impedirlo.

—Vaya —interviene Lola sin ocultar su admiración.

—Yo tuve la suerte de ser su amigo —continúa el doctor—, de colaborar con él, y en alguna ocasión le ayudé a esquivar los ataques de Abu Mohamed, su principal enemigo.

—Ese Ayash nos sería muy útil —afirma la cooperante—, porque reconstruir su departamento es muy importante. Es una pena su desaparición, especialmente para su hija.

—Veo que han escuchado nuestra conversación —observa Nawfah—. Intentaré ayudar a Zaida para que encuentre a su padre vivo o muerto, porque Ayash es como un hermano para mí. Juntos hicimos grandes cosas, aunque he de reconocer que él era el motor de todo. Lamentablemente, yo solo soy un médico, no un policía.

—Eso le honra —observa Lola.

—Luego les contaré todo lo que deseen sobre el doctor Ayash —dice el médico, que se sonroja ligeramente porque le halaga que una mujer tan bella como Lola sienta admiración por él—, pero antes quiero enseñarles cómo ha quedado el hospital después de que esos salvajes le pegaran fuego y la coalición lo bombardeara. Los daños en el sistema de

suministro de oxígeno son especialmente importantes.

2

ME QUEDO

Mosul, Irak. Junio de 2014

—No vayas hoy a trabajar, Salah —suplicó Muna, la esposa del doctor Ayash. Temo que te hagan algo. El DAESH no bromea.

—Que no te oigan llamarlos así, *habibti*.

Ayash se levantó de la cama una hora antes que de costumbre. Estaba preocupado y confuso, como todos, pero no quería ni por asomo que su mujer lo notara. La huida de la policía y el ejército, la caída de la ciudad en manos de los yihadistas, el hospital, los enfermos, su familia… Demasiadas cosas en la cabeza. Y a su edad, que ya no era un chaval. Aún no era un viejo, pero tampoco el joven impetuoso que fue y que, para lograr sus metas, compensaba su poca corpulencia con una voluntad de hierro.

—Tengo que hacerlo. En el hospital hay mucho trabajo.

—Pero tengo miedo —insistió ella, que se incorporó, con cierta dificultad y se sentó en la cama. Algo más joven que su marido, Muna estaba regordeta, aunque no obesa, y ya no conservaba ni la forma física ni la belleza de las que pudo presumir de joven. Su enorme atractivo se fue esfumando poco a poco, sin que ella pudiera hacer nada por impedirlo. Se lo llevaron a tirones sus despiadados embarazos, todos ellos complicados de principio a fin. En parte, por tardíos, y, por otro lado, debido la mala salud que había heredado de la familia de su madre, en la que las mujeres eran bellas, pero frágiles como las alas de una mariposa. De ahí los tres abortos naturales que le sobrevinieron. Así es la vida, tan huraña que, a veces, ni siquiera nos deja conocer lo que más queremos, lo que se ha llevado dentro durante meses. Sin embargo, ella se consideraba más afortunada que los que habían visto nacer a sus hijos y, luego, por la guerra o las enfermedades, los habían perdido. «Al menos —se decía cuando los recuerdos venían a desgarrarle el alma— las dos hijas que yo he parido siguen en este mundo, vivas». Y la buena mujer se compadecía de los otros y rezaba para morir antes que ellas o sus nietos.

Mucha culpa de sus malogrados embarazos la tuvo la maldita guerra contra Irán, en los años ochenta. La vivieron en el sur, en Basora, donde Ayash estaba destinado como médico militar. Los combates castigaron mucho la ciudad, especialmente al final, durante la operación *Kerbala 5*, cuando los iraníes llegaron a tan solo doce kilómetros del centro. A pesar de que los bombardeos fueron muy intensos, Muna, embarazada de seis meses, se negó a marcharse sin su marido porque estaba recién casada y no quería dejarlo solo. Tres buenas razones que acabarían torturándola hasta el infinito. Se lo dijeron muchas veces y mucha gente, pero ella resistió. Y, convencida, se mantuvo firme hasta que no le quedó otro remedio, hasta el final, hasta que el gobierno ordenó evacuar a los civiles. La consecuencia fue terrible: perdió su primer hijo antes de que naciera, el día de la

evacuación. ¡Cuánto dolor y cuánta pena! Aquella maldita mañana, al despuntar el alba, tuvo un mal presentimiento, igual que lo tenía en aquel momento.

—No pasará nada —Ayash, con voz cariñosa y sonrisa forzada, la intentaba tranquilizar—. Ayer, unos hombres armados trajeron unos heridos y los curamos. Sin más. Dijeron que venían a librarnos de los abusos de los chiíes con la ayuda de Alá y de la fe verdadera. Ya sabes… Además, debo llevar a Osama la comida que le preparaste.

—Quieres mucho a ese niño —dijo ella con una sonrisa.

—Me da mucha pena. En estos tiempos y sin padre… necesita ayuda. El DAESH ha matado a mucha gente y van a imponer la *sharia*. No me gusta pedirte esto —dijo Ayash con cara de circunstancias—, pero desde ahora no salgáis sin *hijab* a la calle. Ni tú ni Zaida, y llama a Nuraan para que no venga a vernos.

—Pero nuestra hija lleva mucho tiempo preparando su viaje y quería traernos a los niños.

—No debe hacerlo bajo ningún concepto. Es peligroso —dijo Ayash con los ojos clavados en su esposa.

—¡Claro que es peligroso! —exclamó Muna muy preocupada—. ¿Por qué crees que no quiero que vayas al hospital?

—*Habibti* —contestó él en tono cariñoso—, ¿y qué crees que pasaría si no voy a trabajar? Pensarían que no les apoyo y vendrían a buscarme, sería peor.

—Quizá deberíamos huir a Bagdad antes de que sea tarde. Mucha gente se ha ido.

—Pero ellos no son médicos. Yo no puedo dejar el hospital sin más. Quizá deberíamos hablar con Zaida para que se vaya ella. Aún es joven. Solo tiene treinta años y es una gran maestra. Podría rehacer su vida.

—¿Viuda, con treinta años y sin poder tener hijos? —preguntó Muna, como si su marido estuviera loco de remate—. ¿En qué país vives, Ayash? Aquí tiene su trabajo en la escuela de niñas. ¿Dónde iba a estar mejor que con nosotros? Ella está a gusto y no quiere irse —dijo Muna mientras su esposo se acercaba para darle un beso de despedida. Ella, nerviosa, le agarró la cara con las manos y le besó varias veces en los labios, en las mejillas, como si no fuera a verle más.

Cuando Ayash llegó al hospital, todo eran nervios y preguntas. Los médicos, las enfermeras, los pacientes… «¿Qué va a pasar? ¿Te has enterado? No sé quién ha muerto y se han llevado a tal o a cuál. ¿Y el director? ¿Le han destituido o ha huido? ¿Quién le reemplazará? ¿Y los que no han venido? ¿No sería mejor irnos a casa?». Y no había respuestas. Solo vaguedades, especulación, miedo.

—No sabemos nada del director —anunció preocupado el doctor Nawfah, que entonces era el director de oncología del Hospital al Azahar, desde su silla de la sala de juntas. Ayash asintió con la cabeza, igual que el subdirector, el doctor Aklouk, un hombre de unos sesenta años, corpulento, moreno y con un poblado bigote. Los tres habían reunido a los responsables de todos los departamentos en comité de urgencia—. O hacemos algo o nos enfrentaremos a un caos absoluto.

—Tarek —le dijo Ayash al doctor Aklouk—, el hospital debe seguir funcionando. Además de nuestros pacientes habituales, han llegado heridos de los combates. No tenemos noticias del director así que tú, como subdirector, debes ocupar su puesto hasta que nos digan otra cosa. He hablado con todos —el doctor miró a su alrededor buscando la aprobación de los presentes— y estamos de acuerdo.

Aklouk, el vicedirector, miró hacia el sillón vacío de su superior, en la cabecera de la gran mesa de madera. Después se giró hacia los presentes.

—¿Están todos de acuerdo? —preguntó mientras los escudriñaba uno a uno—. Bien, entonces, y hasta el regreso del director o el nombramiento de uno nuevo, debemos garantizar el funcionamiento del hospital. Hay que ponerse en contacto con quienes no han venido a trabajar. Sospechamos que algunos han sido detenidos o algo peor.

—Perdón —interrumpió, visiblemente nervioso, Said, el jefe de administración, un hombre muy calvo para su edad—. La situación es muy peligrosa. Un tercio del personal no ha venido a trabajar y sabemos que está habiendo detenciones y ejecuciones. ¿No sería más prudente mandar a todo el mundo a casa hasta que sepamos algo más? Un médico arrestado o muerto no puede curar pacientes.

—Nuestra misión —interrumpió el doctor Ayash— es salvar vidas, y por ahora no hemos recibido orden de reducir los servicios del hospital. No creo que nadie viera con buenos ojos que dejáramos de hacerlo. Ni el Estado Islámico ni el gobierno. Hasta que recibamos otras instrucciones, debemos seguir funcionando.

—En estas circunstancias, Said —intervino el doctor Aklouk tras hacer un gesto de agradecimiento a Ayash—, no puedo exigir a nadie que se quede en su puesto; sin embargo, quisiera recordarles a todos lo necesarios que son para este hospital.

—Gracias —dijo Said—. Me gustaría ayudar, pero yo no soy médico. Tengo mujer, tres hijos y no quiero que les pase nada. Los sacaré de aquí antes de que pongan más controles. Lo siento —se disculpó mirando a Aklouk con una expresión que tenía una mezcla de vergüenza y miedo—, pero solo soy un contable.

Said se levantó sin recoger si quiera la carpeta de documentos que había llevado y se dirigió a la puerta. Al pasar frente a Fuad, el responsable de mantenimiento del hospital, se detuvo un instante.

—¿No vienes?

—He cambiado de opinión —contestó Fuad—. Si algo falla, aquí hago falta. Me quedo.

LA BOCA DEL LOBO

Sinyar, Irak. Verano de 2014

Cuando los primeros disparos comenzaron a escucharse, Uday esbozó una sonrisa amplia y hedionda. Sonaban muy a lo lejos, demasiado como para que nadie pudiera imaginarse que el peor de los infernos estaba a punto de ascender a la tierra de los yazidíes. Apoyado en uno de los pilares sin terminar de la azotea de la casa de su padre, el joven sonreía con la mirada clavada en los edificios de enfrente. Allí, a unos centenares de metros, estaba la casa de los Faris. En el segundo piso vivía el primogénito, Sefan, que todavía disfrutaba junto a Aysha, su esposa, de los primeros meses de matrimonio. Las luces estaban encendidas y varios coches habían entrado y salido del patio apresuradamente. Dentro, los hombres de la familia colocaron las armas de la casa sobre la mesa del salón.

—Sefan, ¿de verdad es necesario esto? —preguntó Aysha, que estaba junto a su cuñada y su suegra, a un lado de la habitación. Los *peshmerga* y el ejército son quienes deben detener al Estado Islámico.

—Los *peshmerga* se están retirando —contestó Sefan con cara de preocupación.

—Entonces —dijo Aysha— sería mejor que nos fuéramos todos a Erbil.

—Sí —respondió Sefan mientras repartía las armas. Él cogió un *kalashnikov*, igual que Mahma, el hermano mediano. Al más pequeño, Tahsyn, le entregó una escopeta de caza, de las de cartuchos del calibre doce y, a su padre, un viejo rifle y un revólver del treinta y ocho—, pero dicen que han cortado las carreteras y rodeado el monte Sinyar. Os diré lo que haremos: Aysha,tú, mi madre y mi hermana recoged lo imprescindible y algo de comida y agua. También el dinero y las joyas, pero esconded algo, por si nos quitan lo que llevamos y tenemos que volver. Iréis en el coche de mi padre, con Tahsyn —dijo mirando a su hermano, de unos quince años, al que entregó una caja de munición—. Mahma y yo iremos delante, en el todoterreno. Y cargad los teléfonos móviles.

—Un momento —objetó Mahma—. ¿Y vamos a marcharnos y dejar que el DAESH entre en la ciudad y masacre a nuestra gente?

—¿No has visto lo que han hecho en Mosul? —le gritó su padre muy alterado—. Matan a todos los que no quieren convertirse al islam. ¡Y nosotros somos yazidíes, estúpido! ¡Nos consideran adoradores del diablo! ¡Herejes! ¡Nos matarán a todos!

—¡Por eso no podemos abandonarlos! —replicó Mahma aún más enfadado.

—Escúchame, Mahma —le respondió su padre, en tono autoritario—. Nuestro primer deber es proteger a la familia, ¿o es que no sabes lo que hacen con las mujeres? Las violan o las matan. Hay que llevarlas a un lugar seguro y, luego —dijo mirando a su hijo con una terrible expresión de reprobación grabada en la cara—, si quieres volver para combatir, hazlo o alístate en los *peshmerga*, pero ahora, hay que salvar a la familia.

Mahma estaba a punto de responder cuando se escucharon unos golpes en la puerta. Los hombres amartillaron las armas y apuntaron a la entrada.

—Soy yo, Uday. Abrid.

Mahma miró a su padre, indeciso. El cabeza de familia asintió, pero no bajó su arma hasta cerciorarse de que el visitante venía solo.

—Me envía mi padre —mintió Uday, consciente del respeto los Faris tenían por su progenitor—. Quiere que os avise de que el Estado Islámico ha tomado la ciudad. Sinyar está rodeada por el DAESH, que está deteniendo a quienes huyen. Si queréis salvaros, podéis venir a nuestra casa hasta que las cosas se calmen. Nosotros somos musulmanes y no nos harán daño. Intentaremos protegeros, pero no hay tiempo que perder.

Todos callaron y se miraron los unos a los otros, sin saber qué responder.

—¡Padre! —exclamó Mahma furioso—, ¡vete tú con las mujeres! Nosotros lucharemos.

—¿Con eso? —preguntó Uday señalando la vieja escopeta y el rifle antiguo de los yazidíes—. Amigo, ellos tienen armas modernas, lanzagranadas y blindados que abandonó el ejército en Mosul. ¿De verdad crees que podéis hacerles frente? Os harán picadillo y su venganza será peor. Si queréis huir, hacedlo ya, pero yo me lo pensaría dos veces, especialmente… —el joven hizo una pausa y miró a las mujeres— por ellas.

—¡No le hagáis caso! —chilló Mahma— ¡Es musulmán, como ellos! ¡Nos traicionará!

Por un momento los ojos de Uday emitieron un destello fruto de la ira que se abría paso en su interior. De nuevo, esos malditos yazidíes le menospreciaban. Pensó en marcharse y dejarles a su suerte, pero tenía tan cerca la presa que más deseaba que hizo un esfuerzo titánico por controlarse. Solo debía evitar que huyeran, convencerlos de que se refugiaran en su casa hasta que el Estado Islámico controlara del todo la ciudad.

—¡Ya basta Mahma! —gritó el padre—. ¡No seas insolente! Uday nos está ofreciendo ayuda y, quizá, poniéndose en peligro. ¡Deberías pedirle disculpas!

—Tranquilo —Uday hizo como si no se sintiera ofendido—, tu hijo está muy nervioso.

—Perdona a mi hermano, Uday —intervino Sefan—. Tal vez lo más prudente sería aceptar el ofrecimiento de tu padre y poner a las mujeres a salvo.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Mahma, completamente fuera de sus casillas—. ¡No solo no vamos a luchar por nuestra gente, además nos vamos a esconder como corderos en casa de un musulmán! Padre, o nos quedamos y luchamos o nos vamos, pero escondernos en casa de uno de ellos es una locura y una cobardía.

El muchacho se volvió y, rojo de ira, salió de la casa sin atender a razones. Sefan miró a Tahsyn, el hermano menor y le hizo una seña. «Ve con tu hermano, a ver si le calmas».

—Corren tiempos difíciles —la voz de Uday sonaba comprensiva, pero era falsamente sincera—. Entiendo vuestras dudas, pero debéis decidir rápido, porque ellos se acercan.

—Tiene razón —aceptó el cabeza de familia—. Quedarnos y luchar es un suicidio y aventurarnos a una huida sería muy peligroso, especialmente para las mujeres. Puede que donde mejor estemos sea en casa de algún buen musulmán que nos proteja.

Las mujeres asintieron al unísono porque les aterrorizaba ponerse en camino, aún de noche, por carreteras plagadas de hombres del DAESH. Apenas habían comenzado a prepararse cuando Tahsyn entró de golpe.

—¡Mahma se ha marchado! —exclamó el joven con la respiración agitada—. ¡Ha cogido un coche y ha dicho que se iba con un grupo que va a combatir a los yihadistas!

—¡No! —se quejó el padre—. ¡Justo en el peor momento! ¿Sabes adónde iban?

—Han dicho que se reunirían en el Palacio de Justicia, en al Nasr y que juntos marcharían a la carretera 47. Parece que allí hay enfrentamientos.

—Yo iré a buscarle —afirmó Sefan, resuelto—. A mí me hará más caso.

—*Inshallah* —dijo Uday, complacido ante la idea de que los dos hermanos mayores fueran a primera línea. Con suerte, morirían allí—. Ve y lleva mucho cuidado.

Cuando Sefan se marchó, las mujeres recogieron el dinero y las joyas y escondieron una parte mientras los hombres colocaban sábanas blancas en las ventanas.

—Solo una cosa más —dijo Uday, que había esperado el momento justo para su última objeción—. No quisiera que el Estado Islámico me acusara de esconder hombres armados. Eso nos puede traer problemas. Si no os importa, me gustaría que dejarais aquí vuestras armas. Es más seguro para todos.

—Vaya —respondió Ali, visiblemente contrariado—. No me gusta, pero tiene sentido.

—Es lo único que os pido —insistió Uday.

—Está bien —aceptó el padre.

—Un momento —interrumpió Aysha en el tono más agradable que pudo—. Uday, me gustaría pedirte algo.

—Naturalmente —el confidente del DAESH sonrió. Le encantaba ver cómo aquella altiva yazidí que antes le ignoraba ahora le pedía ayuda—. Si está en mi mano…

—¿Podrías ayudar también a mi familia? —preguntó Aysha sin andarse por las ramas.

Uday no se lo esperaba. Durante unos instantes no supo qué contestar, pero de pronto lo vio claro. Tenía ante sí la oportunidad de hacerse no solo con las propiedades y las mujeres de la familia Faris, también con las de los Ismail.

—Lo intentaré —dijo mientras el corazón le latía a toda velocidad y salían de la casa

—, pero no hay tiempo que perder porque los combates están muy cerca. Llama a tu padre, dile que recoja las cosas de valor y que vengan a mi casa. Tienen que ser muy rápidos.

La muchacha asintió mientras cogía su teléfono. «Gracias, muchas gracias».

LA SEMILLA DE LA DUDA

Mosul, Irak. Principios de 2017

—Buenas tardes —Zaida se dirige a Lola en un inglés muy correcto. La cooperante, que está a punto de subirse al coche blindado, reconoce a la hija del doctor Ayash—. Perdone que le moleste, me llamo Zaida, quisiera hablar con usted. Soy la…

—Sé quién es usted —interrumpe Lola —. Es la hija de ese médico tan admirable.

—El doctor Salah Ayash —dice la mujer.

—Así es. El doctor Nawfah me ha hablado muy bien de su padre. Le tiene mucha estima.

—Discúlpeme —contesta Zaida con humildad—, pero yo no estoy tan convencida.

—No entiendo —dice Lola—. A nosotros nos ha hablado maravillas de él y nos ha prometido que hará todo posible para encontrarlo.

—No sé qué decirle —Zaida menea la cabeza—. Verá, es cierto que ellos eran amigos, pero el doctor Nawfah se niega a darme información sobre Hassan, el ayudante de mi padre, que fue herido la noche del incendio. Le evacuaron a un hospital de Erbil. He intentado que me ponga en contacto con él, pero no ha querido.

—¿Y por qué? —pregunta Lola.

—Dice que está muy grave y que su mujer no quiere que vea a nadie hasta que mejore, pero yo no estoy segura.

—¿Insinúa que Nawfah no quiere encontrar a su padre? —pregunta Lola sin ocultar su sorpresa—. Debe usted entender que él no es un policía. No creo que pueda hacer más que pedir información o algún favor a alguien influyente.

—Verá —explica Zaida con resignación —, pasan los días y nadie me da una respuesta. Mire, el cadáver de mi padre aún no ha aparecido porque está vivo; sin embargo, nadie lo ha encontrado ni parece querer hacerlo. Yo ya no sé qué pensar.

—¿Ha buscado usted en todos los hospitales? —pregunta la cooperante.

—En muchos, pero no he podido ir a los que están muy cerca del frente porque nadie quiere llevarme. Le he pedido a Nawfah que me deje ir con las ambulancias, pero dice que es demasiado peligroso para una mujer. Sin embargo, si pudiera hablar con ese Hassan, sabría qué pasó esa noche. Quizá usted podría ayudarme.

—Haré lo que pueda —acepta Lola —. De momento, si quiere, podemos llevarla a casa.

MEAR EN EL AGUJERO

Mosul, Irak. Verano de 2014

—Mírale, es como un perro.

Ali no podía apartar la mirada del niño, que no tendría más de cinco o seis años.

Estaba sucio, despeinado y se posaba sobre el suelo en cuclillas. La cara del pequeño Osama no mostraba expresión alguna mientras que su hucha, la raja de su culo, algo más claro que el resto de su cuerpecillo moreno y lleno de mierda, asomaba entre sus pantalones y su camiseta. Tenía la mirada clavada en centenares de hormigas que, en ordenada hilera, iban y venían sin descanso, frenéticas, en una carrera interminable de su hormiguero al cadáver de un gato atropellado y gris que yacía despanzurrado cerca de la carretera. Iban de un lado a otro incansables, negras y culonas. Un viaje, uno más, dale que dale. De repente, Osama levantó el palo de madera que tenía en su mano derecha, apuntó al sol abrasador del mediodía como si fuera una espada y lo acercó a la fila. Una, dos, tres rayas que la cortaron. Los insectos se desorientaron, pero poco a poco, volvieron a encontrar el rastro en la arena reseca de aquel descampado polvoriento en el que solo había basura y bolsas de plástico que el aire había enredado en las ramas peladas de los arbustos resecos. Todo giraba como si fuera un pequeño universo independiente alrededor de un gato muerto, lleno de hormigas y a un niño de cinco años que, sin expresión en el rostro, las miraba con atención.

—No es un perro, solo es autista —observó Mohammed, que estaba junto a Ali, sentado sobre un murete de bloques de hormigón que delimitaba la parcela sin construir en la que solía juntarse su grupo amigos. La pared medía lo justo para dar cierta intimidad cuando se ponían en la parte interior, con la espalda recostada y también servía para sentarse encima con las piernas colgando. Pero lo mejor era la higuera. Una higuera vieja que había nacido en el exterior del muro y había crecido, vigorosa y sana junto a él. Y no era estupenda porque diera higos, que los daba, sino por su sombra, tan fresquita cuando picaba el Lorenzo. Allí, junto al árbol, los dos muchachos observaban al niño, que parecía más pequeño, quizá por la falta de alimentación—. No me gusta que le llames perro, Ali.

—Es muy raro —dijo Ali, que no dejaba de observar cómo Osama miraba atentamente, con cara de bobo, varias hormigas que se han subido a su palo.

—Hombre —reconoció Mohammed al tiempo que tiraba su cigarrillo terminado al suelo—, los autistas son un poco raros.

—No es que sea autista —insistió Ali—, es que habla con los muertos. Por eso es tan raro.

—¡Venga, hombre! —replico Mohammed con desprecio—. Que un bruto como Ahmed diga esas tonterías, vale, pero tú… El niño solo es autista, nada más.

—¡No le defiendas! —exclamó Ali mientras daba un manotazo, no demasiado fuerte, en el hombro de su compañero.

—¡Ay! —chilló Mohammed, llevándose la mano al lugar del golpe.

—¡Eh! ¡Qué no te he dado tan fuerte! ¡Quejica!

—Es por el tatuaje. Aún me duele.

—A ver —le pidió Ali, mientras comienza a leer—: «Irak tiene el coraje de Ali».

Los ojos del muchacho se iluminaron, pero luego su expresión se ensombreció porque Ali tenía muchas más dudas que Mohammed. Le encantaba estar a solas con él e incluso le agradaba su contacto físico, pero le daba pánico pensar en que sucediera algo más. Muchas veces había estado a punto de ocurrir, él lo sabía, pero siempre se había detenido antes de traspasar los límites en los que se encontraba seguro. Y eso que había veces que, con una simple mirada, un roce o un abrazo, su corazón se ponía a latir como un caballo desbocado. Pasaba de vez en cuando, como ahora, al ver su nombre tatuado en la piel de su amigo,

bronceada y brillante, a punto de empezar sudar bajo el sol del verano.

—¿Te gusta?

—Sí —dijo secamente Ali. Luego calló y pasaron unos segundos en silencio. Después, con los ojos clavados en las hermosas letras árabes—. ¿Por qué mi nombre?

—¿De verdad no lo sabes? —Mohammed tenía la mirada fija en su compañero, que no levantaba los ojos. Luego, Ali alzó la vista hasta posarla en su amigo. No hablaron, ni se tocaron, ni se sonrieron. Solo se miraban. Mohammed se creía en el cielo, frente al más bello de los ángeles del firmamento, y Ali, a las puertas del oscuro túnel de una gran montaña rusa, lleno de miedo y de vértigo. Y así pasaron unos segundos, hasta que una voz ronca y desagradable martilleó en el espacio.

—¡Eh! ¡Mohammed, Ali! —exclamó el grandullón de Ahmed, que se aproximaba a la carrera—, ¿dónde os habíais metido? ¡Vamos! El partido está a punto de empezar.

—*Jalla* —respondió Mohammed, que olvidó cubrir su tatuaje.

—¿Qué es eso? —preguntó Ahmed con su voz ronca. La pubertad había hecho su trabajo y dotado a sus cuerdas vocales de un sonido gutural y agresivo que se correspondía con su aspecto rudo pues, a sus quince años, era grande y tenía una poblada barba oscura que subía hasta los pómulos—. ¿Un tatuaje? ¿Me lo enseñas?

—No —respondió Mohammed secamente, mientras se tapaba a toda prisa.

—¡Déjame verlo! —exclamó el gigantón, que utilizó su gran fuerza para agarrar a su amigo por el brazo y descubrirle el hombro.

—¡Quita, bestia! —gritó Mohammed fuera de sí. El chaval no quería, bajo ningún concepto, que su compañero, al que le gustaba hacer burla de todo, viera que llevaba tatuado el nombre de Ali—. ¡Nooo!

—¡Irak tiene la fuerza de Ali! —exclamó el grandullón. Primero, su cara dibujó una mueca de extrañeza que se convirtió en una amplia sonrisa. Mohammed y Ali enrojecieron azotados por una vergüenza incontenible—. ¡Irak tiene la fuerza de Ali y la virtud de Abbas! —continuó el muchacho mientras empezaba a cantar con mucho entusiasmo, pero terriblemente mal—. ¡Me encanta esa canción! ¿A ti también? Es *Irak osmak hibah,* ¿verdad? ¡Y el vídeo es buenísimo! Con tantos tanques y esas imágenes de soldados tan bonitas. Hombre, yo no me tatuaría la letra, pero también me gusta mucho Zaid al Habib. Es un gran cantante.

—Eh… Sí, sí —respondió Mohammed descolocado, pero muy aliviado.

—Bueno —continuó Ahmed—, ¿qué hacéis aquí? ¡Ah! Ya veo. Estáis mirando a Osama. Es un niño muy raro. ¿Sabéis qué? Dicen que está poseído y que habla con los muertos.

—¿Ves? —insistió Ali —. Te lo dije, Mohammed.

—¡Qué tontería es esa! ¡No me vengas con supersticiones, Ali! Yo le conozco. No habla, pero es muy listo. Solo es autista, te lo aseguro.

—¿Y cómo te explicas que haya sobrevivido todo este tiempo con lo que está ocurriendo en Mosul, sin un padre que le cuide y con una madre que se pasa el día trabajando en el hospital? —intervino Ahmed—. Nadie le da de comer y nadie cuida de él. Hace ya un par de meses que DAESH ha tomado la ciudad y todos los días detienen y matan a gente. Ha habido combates y han muerto hombres hechos y derechos, pero a él, tan pequeño y que está siempre en la calle, no le ha pasado nada. Yo te diré cómo lo hace: como habla con los muertos, sabe lo que va a pasar y evita los peligros.

—Mi madre me ha dicho —anunció Ali en voz baja, con tono de historia de terror— que siempre está solo, en la calle. Y te contaré más, amigo: le han visto en el cementerio, entre las tumbas, hablando con los muertos.

—Eso son habladurías —insistió Mohammed—. Es tan raro porque, además de autista, es huérfano de padre y está en la calle porque su madre tiene que trabajar para mantenerle.

—Ali tiene razón —Ahmed utilizaba el mismo tono de suspense que su amigo y, para realzar su relato, mostró su antebrazo para enseñar que tenía la piel de gallina—. ¿No conocéis la historia? Yo os la contaré, porque se la he oído a mi tía, la comadrona. Ocurrió durante el embarazo de su madre, que iba a tener gemelos. Uno de ellos murió a los cinco meses, dentro del vientre materno y Osama tuvo que convivir hasta el parto con su hermano muerto. ¿Os imagináis lo que tiene que ser eso? ¿Estar día y noche junto al cadáver de tu hermano durante tanto tiempo?

—¿Y eso puede ocurrir? —preguntó Mohammed con incredulidad.

—Claro —asintió Ahmed con seguridad—. Mi tía me lo explicó, pero yo no lo entendí. El caso es que como en su pueblo no tenían máquinas de esas de ver a los bebés dentro de la madre, los doctores no se dieron cuenta de que uno de los gemelos había palmado y dejaron a los dos hermanos, uno muerto y otro vivo, dentro de su madre. Osama tuvo que convivir con el cadáver de su gemelo, durante meses, hasta el parto. Por eso —continuó con el mismo tono tétrico— puede hablar con él, aunque esté muerto. Es su hermano quien le cuenta lo que le dicen los otros.

—¿Qué otros? —preguntó Mohammed, a pesar de que se temía la respuesta.

—Los otros muertos —contestó Ahmed.

—¡Uff! —exclamó Mohammed—. La verdad es que da un poco de miedo, y eso que yo no creo en brujerías.

—Lo que os he contado es cierto —dijo Ahmed totalmente convencido—. Por eso es tan raro. Mirad, mirad lo que está haciendo ahora.

Osama dejó de molestar a las hormigas para seguir la hilera de insectos hasta el hormiguero. Al llegar acercó el palo, al que se habían subido unas cuantas, al agujero y esperó. Durante unos segundos contempló como los bichitos que correteaban por la corteza, se bajaban y se refugiaban a salvo en su guarida. Después, sin hacerles daño, se marchó rascándose la hucha de su culo con la punta del palito, ya sin hormigas.

—¿Veis? —peguntó Ahmed mientras señalaba a Osama—. Os lo dije. Es muy raro.

—No entiendo —observó Mohammed—. ¿Qué hay de extraño? Solo ha dejado las hormigas en su hormiguero. ¿Tú qué hubieras hecho?

—Pues lo normal —contestó el bruto de Ahmed con rotundidad—, mear en el agujero.

LAS NUEVAS NORMAS

Mosul, Irak. Principios de 2017

El té está servido en pequeños vasitos de cristal sobre los que bailan nubecitas de vapor que se contonean en el aire, elegantes y graciosas. Alex coge uno y se lo pasa a Lola, que está sentada, como Zaida y Khaled, en los amplios sofás que rodean la mesa de centro del salón

de la casa de los Ayash. Ansiosa por saber más sobre el médico, la cooperante no ha podido rechazar la invitación de su hija para tomar un té con su madre.

—Verá, Lola —dice Zaida—, lo que quiero decir es que dudo mucho de que el doctor Nawfah se esté implicando totalmente en la búsqueda de mi padre.

—Lo que mi hija quiere decir —interrumpe Muna, la mujer del doctor Ayash, que acaba de entrar en la habitación— es que está aturdida y no sabe lo que dice.

—Pero, madre —responde la joven, alterada—, la policía no hace nada. Está ocupada buscando a los que quedan del DAESH en Mosul o aceptando sobornos. Nadie hace nada. Un hombre me ha dicho que la noche del incendio vio a mi padre en una ambulancia. Lola, quizá ustedes podrían hablar con los encargados de las ambulancias.

—Claro —asiente Lola—. Khaled se ocupará mañana. Además, preguntaremos al director del hospital por ese ayudante de su padre que supuestamente está herido en Erbil.

—No creo que Nawfah intente engañarnos —dice Khaled, que da un sorbo de té con menta y continúa—. Si se lo pedimos, colaborará, porque quiere agradarnos para convencernos de que financiemos la reconstrucción del hospital.

—Por favor —ruega Zaida, mientras coge la mano de la cooperante—. Se lo suplico.

—No se preocupe, Zaida —la tranquiliza Lola —. Conozco a un general de las Fuerzas Especiales de la base de Bazwaya. Él nos ayudará con los permisos para ir cerca del frente. Pero, por favor, querría saber por qué se enfrentó su padre con los yihadistas.

—Todo empezó… —dice Zaida que intenta abrir un bote de plástico de azúcar sin éxito.

—Déjeme a mí —dice Lola, que rebusca en el bolso y saca el bisturí que lleva dentro. Corta el precinto de plástico, abre el bote y se lo tiende a Zaida, que la mira extrañada. Al verla, Lola sonríe—. Es un recuerdo de cuando ejercía la medicina. Me vale de navaja y para estirarme las pestañas cuando me maquillo —bromea la cooperante.

—Qué curioso —interrumpe Zaida—. Como le decía, todo empezó cuando el DAESH nombró un nuevo director del hospital cuyo equipo era afín a a ellos, pero sin formación médica.

—Y su padre se opuso, ¿no? —interviene Alex.

—En absoluto —interviene Muna, la esposa del doctor Ayash—. Mi marido no es estúpido. Sabía que no podía enfrentarse al DAESH, pero no quería aceptarlo. A él no le importaba demasiado quién dirigiera el hospital, si lo hacía bien. Lo que no le gustaron fueron las nuevas normas, basadas en el islam radical. Reglas absurdas que tenían poco que ver con el correcto funcionamiento de un centro médico. Ya sabe, obligación de asistir al rezo, segregación de sexos, que las doctoras no pudieran atender a niños mayores, normas de vestimenta o sobre cómo llevar la barba. Comenzaron a controlar todo, desde el comportamiento de los empleados hasta el pago por los servicios médicos, que fue lo que más molestó a Salah. Él no estaba dispuesto a aceptar que todos aquellos que no tuvieran recursos para pagarse los tratamientos no pudieran recibirlos.

—¿A qué se refiere concretamente? —pregunta la cooperante.

—Verá —explica Muna—, todo comenzó con una mujer viuda que tenía un niño, Osama, muy enfermo, que además era autista. Los médicos no sabían qué le pasaba, pero creían que podía ser anemia o algún tipo de talasemia. ¡Fíjese! —se lamenta la esposa del doctor Ayash—. Como si no tuviéramos bastante con la guerra y con el DAESH para que encima a algunos les toquen esas enfermedades raras. Mi marido, que es un pedazo de pan,

se dejó conmover por la situación de aquel niño, porque su padre había muerto en un atentado y su madre no tiene familia que la ayude. Primero, le hizo los análisis gratis y luego la consiguió trabajo de limpiadora en el hospital.

—¿Y que tenía el niño? —pregunta Alex, que sigue atentamente la conversación.

—Nunca llegaron a saberlo con exactitud —contesta Muna extrañada—, porque además es autista. Yo creo que solo estaba desnutrido, porque cuando la madre empezó a cobrar un salario y pudo alimentarlo como es debido, el muchacho mejoró. A partir de entonces, mi esposo continuó ayudando a todos los enfermos que podía, pero eran demasiados. En estos tiempos de guerra y pobreza casi nadie podía pagar. ¡Demasiado tiene la gente con conseguir algo que llevarse a la boca como para gastar en medicinas!

—Y lo que más le indignaba —interviene Zaida, enfadada— era ese maldito sistema de preferencia en la atención médica.

—¿Qué sistema? —pregunta Alex, contagiado del interés de Lola por el doctor Ayash.

—Los yihadistas extranjeros —continúa Zaida— tenían preferencia para los tratamientos; luego iban los combatientes sirios e iraquíes y sus familias y, por último, el resto de la población. Los milicianos heridos también tenían prioridad para las transfusiones de sangre sobre los civiles, y si alguno pretendía casarse con una muchacha, sus análisis de compatibilidad genética se priorizaban sobre otros diagnósticos, incluso urgentes.

—¿Se hacían análisis de compatibilidad en cada matrimonio? —pregunta Alex extrañado.

—En todos en los que la elegida para casarse no era una simple esclava sexual de las que usaban para aliviarse, porque sus leyes les permiten esos matrimonios ficticios, ya sabe. Pero cuando elegían una muchacha para un matrimonio algo más serio, los yihadistas no querían que sus hijos tuvieran enfermedades genéticas. Los horrorizaba tanto que, hace dos años, un clérigo llamado Abu Said al Jazrawi promulgó una *fatwa* que permitía matar a niños con síndrome de Down. Dicen que mataron a treinta y ocho.

SABÍA QUE VENDRÍAS

Sinyar, Irak. Verano de 2014

A medida que Sefan se acercaba a la carretera, los disparos se escuchaban más fuertes. Casi todas las casas tenían las luces encendidas y en sus puertas se veía a las familias cargar apresuradamente en los coches sus pertenencias para huir. El joven preguntaba por su hermano aquí y allá, todo el que creía que podía conocerle.

—Está en la carretera —le dijo un amigo que metía sus cosas en un coche cargado de colchones—, el Estado Islámico la ha cortado y es imposible huir. He visto a Mahma en un grupo que iba hacia allí para intentar romper el cerco.

Una oración en voz baja y un agradecimiento apresurado antes de pisar el acelerador. Al llegar al lugar indicado, los disparos aislados que se oían en la oscuridad pusieron un nudo en la garganta a Sefan.

—Allí —le indicó un hombre señalando una barricada que una excavadora había improvisado moviendo tierra. Sefan distinguió a su hermano, que apuntaba con su arma a ninguna parte, junto a otros hombres. A cada poco disparaban hacia la oscuridad.

—¡Sefan! —exclamó Mahma, y su cara se iluminó—. Sabía que vendrías. Los *peshmerga* se han marchado. Estamos solos. Nos han abandonado a nuestra suerte.

—¿Y cómo está la cosa?

—Mal. Han cortado la carretera. Estamos atrapados. El alcalde ha pedido refuerzos y reclamado a los comandantes de los *peshmerga* que vuelvan. Hay que resistir hasta que lleguen o nos matarán a todos.

—Padre me envía para llevarte de vuelta —dijo Sefan apesadumbrado—. Dice que nos refugiaremos en la casa de Uday hasta que podamos huir.

—Yo me quedo —sentenció Mahma—. No me fío nada de ese maldito Uday.

Un grito que llegó de ninguna parte dio la voz de alarma. En la distancia, a unos centenares de metros, empezaban a distinguirse decenas de siluetas oscuras que avanzaban hacia donde se encontraban ellos. Estaban fuera del alcance de sus armas ligeras, pero los inexpertos voluntarios yazidíes comenzaron a disparar y descubrieron su posición sin causar bajas enemigas. Segundos más tarde, las ametralladoras pesadas que el DAESH monta sobre sus camionetas vomitaban como locas su fuego asesino.

Mahma y Sefan olvidaron su discusión y comenzaron a disparar. A cada disparo, la culata golpeaba con fuerza sus mejillas, pero la adrenalina que libera el miedo no dejaba sentir los impactos. Cada vez estaban más cerca. A la derecha de su posición, a unos doscientos metros, los combates ya eran muy duros. De allí, avanzando trabajosamente, llegaron unos compañeros que cargaban un herido cuyos quejidos eran propios de un dolor inhumano.

—¡Disparad! —chilló un hombre vestido de policía, erigido en líder del grupo—. ¡Ya están aquí! ¡Resistid! ¡Ya sabéis lo que nos harán si nos pillan vivos! ¡Esos hijos de puta vienen a por nuestras familias! ¡A por nuestras mujeres y a por nuestros hijos!

Sefan se incorporó. Necesitaba ver al enemigo para apuntar. Clavó su rodilla en la tierra y dirigió su fusil al frente. Allí corrían dos de aquellas siniestras sombras oscuras que avanzaban encorvadas para protegerse. Apretó el gatillo. Una, dos, tres veces. Y cayeron. Durante ocho o diez minutos el tiroteo continuó. Los dos hermanos disparaban y se escondían mientras se daban ánimos. Era duro, pero las sombras detuvieron su avance ante la resistencia desesperada de los yazidíes.

—No ha sido tan difícil —dijo Mahma, que se tumbó bocarriba para recargar su arma.

—Sí que lo ha sido —replicó Sefan, que observaba arrodillado la sonrisa de triunfo de Mahma. Ese rostro de satisfacción fue lo último que vio porque, en aquel instante, el cielo cayó sobre sus cabezas. Ninguno escuchó la primera de las grandes explosiones. Una lluvia de proyectiles de mortero de 80 milímetros se precipitó sobre ellos. Sefan salió disparado hacia atrás, mientras Mahma se protegió en el suelo. Aún aturdido, se arrodillo para buscar a su hermano casi a tientas. Tardó unos segundos en encontrar su cuerpo, aún caliente. Sin preocuparse de las explosiones, lo levantó como pudo e imploró ayuda. Lloraba y pedía perdón a Sefan por arrastrarle a aquella batalla perdida.

—¡Hay que llevarlo al hospital! —exclamó Mahma cuando sintió que alguien la ayudaba a evacuar a su hermano.

ABU LEILA

Mosul, Irak. Principios de 2017

—Abu Leila —anuncia Khaled al bajarse del choche de los cooperantes—, este es el restaurante. Es comida local, les gustará. Además, Lola, te presentaré al propietario. El director del hospital me ha contado que era un buen amigo de Ayash. Huyó de la ciudad para escapar del Estado Islámico y ha regresado hace poco para reabrir su negocio.

—Estupendo —dice la cooperante—. Será un placer.

El restaurante de Abu Leila, en Mosul oriental, no es lujoso, ni moderno, ni grande y ni siquiera se encuentra en un lugar bonito. Está a unos metros de un taller mecánico cuyo propietario deja neumáticos apilados en torres en el exterior, junto a su entrada, sobre el suelo de cemento, sin baldosas ni adoquines. La calle es ancha y deslucida, pero Abu Leila cocina tan bien que todos los que pasan por su casa la recuerdan. Por eso tiene tantos clientes. Por el boca a boca y porque es un tipo al que le gusta cuidar su negocio y su clientela. El local está bien pintado y hace años se gastó un buen dinero en poner losetas en su pequeña terraza. Ya lucen algo viejas, pero al menos no es un simple suelo de cemento. Y no solo eso, para comodidad de sus comensales, sujeto por dos estrechas columnas de hierro pintadas de rosa, Abu Leila mandó poner un porche de chapa galvanizada del que cuelgan varias bombillas de colores. Al encenderlas, cuando cae la tarde, le dan al local aspecto agradable, como de verbena antigua.

Abu Leila es un tipo afable, gordo y con el pelo rapado al uno. Su éxito, en gran medida, se lo debe a su padre, un panadero que le enseñó cómo hacer la mejor masa para cocinar el *laham bil ayin* de Mosul y sus alrededores. Después de muchos años había aprendido a mezclar en su medida exacta los ingredientes de aquella receta tradicional y no le importaba contárselos a todo el mundo porque sabía que no podrían reproducirla. Cuando le preguntaban por lo que utilizaba, no tenía reparos en confesarlo: agua, harina, levadura y sal para la base y carne de ternera picada, tomate y un poquito de cebolla cortada fina para poner encima. «¿Nada más?», le preguntaban. «Nada más» respondía el padre de Abu Leila. «No puede ser, a mí no me sale tan rica. Seguro que le pones algo más». «Nada más, y en esas cantidades. Te lo juro». Y el viejo panadero no mentía, porque el último ingrediente, que se guardaba para transmitírselo a su hijo no era un producto, era el tiempo. El tiempo que debía amasar y dejar reposar la masa. «Recuerda, chaval —le decía mientras mezclaba agua y harina—, el tiempo es lo importante, porque el pan es como un hijo. Las cosas materiales que tengamos para darle importan, pero el tiempo que dediquemos a estar con él, aún más. Cuanto más tiempo dedique un hombre a amasar su pan o a educar a su hijo mejor saldrá el pan o la persona. Por eso hay panes buenos y malos y hombres buenos y malos. Así de sencillo». Y por eso el padre de Abu Leila dedicó tanto tiempo a estar con su único hijo varón y a enseñarle todo lo que pudo: a ser un hombre honrado, a actuar con justicia y también a hacer aquel delicioso *laham bil ayin*.

Lo primero, por supuesto, era la masa, pero había más. La cortaba en pedazos pequeños; los dejaba reposar; les daba forma como de una pequeña pizza y colocaba encima una mezcla salsa de tomate y carne picada que introducía en un horno de ladrillo. Una vez cocinada, aquella especie pizza de Mosul quedaba tan buena, con la masa tan fina y tan crujiente y la cobertura tan sabrosa, que era casi imposible parar de comer. ¡Qué rico estaba, por Dios!

Pero no todo era mérito de su padre. Abu Leila tenía olfato para los negocios, y cuando heredó la panadería, dio un vuelco a la empresa. Compró una máquina de asar

pollos, de esas altas, con hierros que giran cerca del fuego e hizo una parrilla metálica, alargada y estrecha, a la que acopló un ventilador eléctrico de metal que expulsaba aire para mantener las ascuas al rojo vivo. Sobre ellas, despacito, despacito, asaba brochetas de cordero con vegetales, también muy ricas.

—Y dígame, Leila —Abu Leila pone la más amable de sus sonrisas cuando se dirige a Lola—, concretamente, ¿qué es lo que quiere usted saber de Ayash?

—Lola —le corrige la cooperante con una sonrisa amable—, me llamo Lola, no Leila.

—Perdone —se excusa el propietario —. Es que mi hija se llama así…

—No se preocupe, me pasa mucho. Verá, me han dicho que el doctor Ayash solía venir por aquí con Aklouk y Nawfah. Quisiera saber cómo era la relación entre ellos.

—¡Ah! —exclama Abu Leila. El hombre entorna los ojos recordando tiempos mejores antes de continuar—. Los tres eran muy amigos, y siempre que podían venían a comer aquí. Si tenían prisa, pedían *laham bil ayin* y si no, *bacha*, uno de los platos favoritos de Nawfah y de Aklouk, pero que a Ayash no le gustaba tanto, porque lleva cabeza de cordero, aunque yo lo cocino de fábula. Si quieren, se lo puedo preparar, pero de encargo —dice el hombre, uno de esos tipos dicharacheros que tienden a enrollarse sin medida—. Como le digo, éramos… bueno —se corrige— los cuatro somos, muy buenos amigos y solíamos sentarnos juntos a comer o cenar. Hablábamos de la familia, del trabajo y de los problemas que causaba DAESH en el hospital. Eso era lo que más les preocupaba. ¡Y qué razón tenía Ayash! —Abu Leila recuerda con la mirada perdida y hace una pausa, porque le parece ver a su amigo, sentado en la mesa de enfrente, comiendo *bacha* y encurtidos con los otros doctores, como antes de la desaparición.

—Digan lo que digan —advirtió Ayash en tono preocupado—, no podemos cobrar a los pacientes sin recursos.

—Estoy de acuerdo —dijo Nawfah mientras Aklouk, que no hablaba para no dejar de comer *bacha*, asentía—, pero es peligroso. Ya nos lo han advertido.

—¿Y qué van a hacer? —preguntó Ayash—. No estamos robando dinero.

—No creo que pase nada —intervino Aklouk, tragando con dificultad—, pero Nawfah tiene razón. Es mejor que el DAESH no se entere. Si alguno hacéis un tratamiento o unos análisis gratis, que no lo sepa nadie. Y menos el nuevo director, que es de los suyos. Yo, como subdirector, intentaré encubrirlo, pero que no quede nada por escrito. Han dicho que el hospital necesita fondos para seguir comprando medicinas y que no puede atenderse gratis. Cuanta más discreción, mejor.

—Y si necesitan medicinas —intervino Nawfah—, las cogeremos nosotros de la farmacia.

—¿Y las operaciones? —preguntó Ayash—, no podemos dejar de operar a enfermos urgentes porque no tengan dinero.

—Eso será mucho más difícil —admitió Aklouk con el ceño fruncido—. No sé cómo lo solucionaremos, pero tendremos que hacer solo las imprescindibles.

—Pero —intervino Abu Leila— ¿tan mal está la situación?

—Quién sabe —dijo Ayash muy preocupado—. Parece que van a ser muy estrictos. Han empezado a sancionar a los que no respetan la segregación de sexos, a los que llegan tarde, a los que rompen las normas de vestimenta, a quienes fuman.

—Cuidado —advirtió Abu Leila cuando vio que dos camionetas pintadas de beis paraban en su local y se bajaban varios hombres vestidos de negro, con armas de fuego

colgando de sus hombros. Uno de ellos, el que parecía el líder del grupo, llamaba la atención por su tremenda corpulencia—, será mejor que cambiemos de tema.

—*As-salamu aláikúm* —saludó Abu Mohammed, con la actitud arrogante propia de un comandante del DAESH—. ¿Es este el restaurante de Abu Leila?

—*Wa aláikúm as-salam* —respondió Abu Leila en tono amable, aunque sin su habitual sonrisa—. Sí, yo soy. ¿En qué puedo servirle?

—Dicen que haces la mejor *laham bil ayin* de Mosul —contestó el yihadista—. Mis hombres y yo estamos hambrientos. Pon para todos. Estoy harto de *kebab*.

—Padre —dijo una voz femenina detrás de Abu Leila. La muchacha, de unos dieciocho años, había permanecido en silencio hasta estar segura de no interrumpir la conversación—. Madre me manda con tu teléfono, que te lo has dejado en casa. Toma.

Leila ocultaba su cabello, largo y cuidado, bajo el tradicional *hijab*. Era una chica alta, quizá algo rellenita, pero tenía una atractiva sonrisa y unos ojos preciosos, grandes como platos. Como estaba educada según los cánones tradicionales de su madre, instintivamente, bajó la mirada al toparse con la de Abu Mohamed.

—Gracias —respondió Abu Leila mientras agarraba el teléfono.

—Padre, ¿necesitas algo o puedo marcharme a casa?

—No, gracias —respondió Abu Leila mientras hacía una seña a uno de sus empleados para que preparara una mesa a los yihadistas—. Puedes marcharte.

—Una mujer bien educada —observó Abu Mohamed cuando Leila hubo desaparecido.

—Gracias —respondió el padre, visiblemente incómodo.

—Una pena —puntualizó Abu Mohammed— que vista con colores tan llamativos. Un vestido islámico sería más apropiado. Sin duda, es por la edad. A veces, las mujeres cometen esos errores cuando son jóvenes, pero no es nada que no pueda corregirse con un poco de disciplina.

—Naturalmente —respondió Abu Mohamed, mientras se marchaba para pedir la comida.

—¿Casada? —preguntó directamente Abu Mohamed.

Abu Leila se detuvo como si las palabras del miliciano le hubieran helado el espinazo.

—No, soltera —respondió con un nudo en la garganta.

3

FÚTBOL Y TABACO

Mosul, Irak. Verano de 2014

—Estoy pensando —anuncio Ahmed que estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en el murete de la parcela donde los amigos solían reunirse para charlar y fumar a escondidas— en unirme al DAESH, como Hamada.

—Vamos, Ahmed —le reprochó Mohammed, que hablaba mientras expulsaba el humo de un cigarrillo—, ¿estás loco? Hamada es un idiota. Además, son unos salvajes. ¿No has visto los castigos que reparten? Dan latigazos. ¡Latigazos!

—Son suníes, buenos musulmanes y, sobre todo —objetó el grandullón—, muy valientes. Han conquistado Mosul y conquistarán Bagdad. Ya controlan un tercio de Irak y están derrotando a esos malditos chiíes que quieren entregar el país a los ayatolás de Irán.

—Pues si quieres ser uno de ellos —le advirtió Ali—, tendrás que dejar de fumar, porque van a prohibirlo en toda la ciudad.

—¡Qué tontería! —exclamó Ahmed en tono despectivo—. ¿Crees que pueden prohibir fumar? ¿Y los narguiles? Habría una revuelta popular si no dejan fumar en los cafés.

—Y no solo fumar —advirtió Mohammed—. También prohibirán el fútbol, la música y la tele. Y, con lo que te gusta el fútbol y el tabaco, recibirás latigazos a diario.

—¡Tonterías! —exclamó Ahmed—. Un buen musulmán no puede prohibir el Real Madrid-Barcelona o la Champions. Estoy seguro de que el Corán lo dice en algún sitio.

La broma arrancó una carcajada a los amigos que, aunque se consideraban buenos musulmanes, presumían de ser jóvenes modernos alejados del radicalismo religioso.

—Ten cuidado —advirtió Ali—. Si te escuchan decir eso, te castigarán.

—¿Y qué me van a hacer? —preguntó el gigantón en tono desafiante—. No me dan miedo. Ni ellos ni el idiota de Hamada. Si me dice algo le sacudo.

—Hamada no te dirá nada —advirtió Mohammed—, solo te denunciará.

—¡Bah! Si me denuncia, lo mato a golpes —dijo el joven haciendo un gesto de desprecio. Además, no tengo nada que temer, porque yo soy un musulmán ejemplar.

—¡Sí! —exclamó Ali en tono de burla—. Eres el típico buen musulmán. Tabaco, fútbol, música y chicas. Te gusta todo lo que ellos aman. ¡Seguro que prosperarás en la organización y llegarías a ser emir de Mosul! Anda, vamos a ver el fútbol.

El grupo de amigos se levantó entre risas para encaminarse al café de Yossif. El propietario, que adoraba el fútbol, les dejaba sentarse a ver los partidos aunque no consumieran nada. Cuando llegaron, ocuparon una de las mesas.

—¿Se te ha roto la tele Yossif? —preguntó Ahmed, extrañado, al ver la televisión de la terraza apagada—. Enciéndela, que el partido ya ha empezado.

—No —Yossif se acercó meneando la cabeza. En su respuesta había una mezcla de

impotencia, resignación y enfado—. Se acabó el fútbol, y también los narguiles. Han venido y me lo han dejado bien claro: a partir de ahora nada de televisión ni de tabaco.

—¿El Estado Islámico? —preguntó Ahmed con los ojos muy abiertos.

—Sí —contestó el propietario—. Dicen que apartan a los buenos musulmanes del camino recto y esparcen las mentiras occidentales. ¡Ochenta latigazos por ver fútbol! ¡Cincuenta fustazos por encender un cigarrillo! Según ellos, es contrario al islam porque hace daño al cuerpo. ¡Vamos, que me han obligado a retirar las pipas de agua y los televisores!

—Claro —intervino Ali—, por eso tienes tan pocos clientes hoy.

—Así es —afirmó Yossif malhumorado—. Esto perjudica mucho mi negocio.

—¿Y no te has quejado? —preguntó el grandullón.

—¡Claro! —exclamó el dueño del café—. Pero me han amenazado con azotarme.

—Lo siento mucho, Yossif —dijo Ahmed muy enfadado—. En fin, me voy a casa, que quiero ver el fútbol. ¡Menuda gentuza!

—Mirad —bromeó Mohammed—, el que estaba pensando unirse al Estado Islámico.

UNA BUENA AMIGA

Erbil, Kurdistán iraquí. Invierno de 2017

—Pues a mí me parece muy guapo, Lola —insiste Amy mientras pone más azúcar en su café. Las dos cooperantes, antiguas amigas, han coincidido en varias misiones y hoy desayunan en el hotel Classy, en la populosa Ankawa, a la que muchos llaman el barrio asirio de Erbil, por los muchos cristianos que viven allí.

—No sabía que te gustaran los pelirrojos —observa Lola, que se ha fijado en cómo mira su amiga a Dyar, el conductor, que espera tomando café en una mesa cercana.

—Los que más —afirma Amy con rotundidad—. Además, un *hipster* pelirrojo en Irak es un trofeo de caza súper exótico. Si no te lo tiras tú, lo haré yo.

—Ni loca. Me queda mucho tiempo en la ciudad y no quiero tener revoloteando a mi conductor alrededor mío durante todo el proyecto. Ya sabes cómo son los iraquíes.

—No es mi caso —observa Amy sin quitar ojo a Diyar que, sentado en otra mesa, se distrae con su *smartphone*—. Yo me voy en tres semanas y no trabaja para mí. Además, no es árabe, es kurdo y está en la universidad. Seguro que es un chico moderno.

—Disculpen —les interrumpe Alex—. ¿Les importa que desayune con ustedes?

—Naturalmente que no —dice Amy al tiempo que observa al recién llegado de arriba abajo y pone una sonrisa de complacencia.

—Hola, soy Amy Gossard, de Acción Internacional por la Paz, otra ONG. Encantada.

—Alex Martin, un placer. Colaboro con Lola. Por cierto —dice Alex mirando a Lola —, tengo buenas noticias. Con la excusa de evaluar mejor las necesidades del hospital, he hablado con el doctor Nawfah y le he preguntado por Hassan, el ayudante del doctor Ayash que se está recuperando en el hospital de Erbil. Espero que no te moleste.

—Oh, no. Al contrario. ¿Qué te ha dicho?

—Efectivamente, Hassan está aquí, en Erbil. Nawfah ha accedido a interceder ante su esposa para que podamos verle.

—¡Bien! Se lo diré a Zaida. ¿Tienes más datos?

—Sí. Te lo cuento en cuanto coja el desayuno, que estoy muerto de hambre —dice el joven mientras se da la vuelta para dirigirse al bufé.

—¡Vaya! —observa Amy arqueando una ceja, con malicia—. ¡Qué mono! Y se ve que está encantado de agradarte.

—¿Este también te gusta?

—Me encanta. Es alto y fuerte. ¿Has visto que hombros tan anchos? Y la tripa plana.

—Creí que te gustaban los pelirrojos —observa Lola—, no los negros.

—Como solías decir tú en tus buenos tiempos: me gustan los guapos, y este tío es muy guapo. Me recuerda a Will Smith, pero más mono.

—Demasiado joven para mí.

—Pero no para mí.

—Claro —responde Lola en tono de burla—. Todavía estás buena, aunque tengas cuarenta y tantos y se te hayan empezado a caer las tetas.

—¡Ja! —dice Amy con fingida indiferencia ante la puya de su amiga—. Sabes que no.

—Pues adelante con él —insiste Lola —. Yo tengo cosas más importantes que hacer.

—Ya. ¿Cómo la búsqueda de ese doctor? —pregunta Amy con preocupación—. ¿No te estarás obsesionando? Irak no es país para obsesionarse con nada, y Mosul, menos.

—Solo quiero ayudar a su hija —responde Lola—, que está destrozada. Imagínate que no supieras si tu padre está vivo, muerto o secuestrado por los yihadistas.

—Si pudiera —replica Amy con cara de enfado— y supiera dónde está, yo misma entregaría al hijo de puta de mi padre al DAESH para que le cortaran los huevos y le devolvieran, uno a uno, todos los golpes que le dio a mi madre.

—Bueno —acepta Lola—, no es el ejemplo adecuado, pero créeme, ese tío arriesgó su vida por mucha gente. Merece que alguien se preocupe por él.

—Ten cuidado —advierte Amy—. Por cierto, ¿cuándo salimos a tomar algo?

—El jueves. Iremos a cenar al Teachers.

QUE NO SOSPECHEN NADA

Sinyar, Irak. Verano de 2014

Aysha rompió a llorar cuando le dieron la noticia: Sefan, su esposo, estaba herido y parecía que grave. Se lo contó su suegro, nada más recibir una llamada de teléfono de Mahma desde el hospital. «¿Qué le ha pasado? ¿Está vivo? ¿Dónde lo tienen?». Preguntas que le salían a borbotones, como sus lágrimas. Y no había contestación. Su suegra y sus cuñadas intentaban consolarla, como sus hermanas, Reshal y Nashira, que acababan de llegar acompañadas de sus padres y su hermano pequeño, Halo, de nueve años, que parecía algo más mayor porque estaba muy alto. Como le pidió Uday, ella les había dicho que fueran a su casa a esconderse del Estado Islámico, y ellos, asustados, aceptaron.

—¡Ali! —exclamó Resho Ismail, al entrar en la casa. El padre de Aysha se fundió en un abrazo con su con su consuegro—. ¿Estás bien? ¿Tienes noticias de tu hijo? Aysha me lo ha contado por teléfono. Por cierto, tu empleado ha sido muy amable al ayudarnos, quisiera darle las gracias, porque hay noticias de combates por todo Sinyar.

—Les ruego que le disculpen —intervino Uday mientras terminaba de mandar un

mensaje de texto con su móvil—, pero mi padre está muy enfermo y necesita descanso.

—Claro —respondió el yazidí, agradecido—. Lo último que deseamos es importunarle.

—Ahora —continuó Uday en tono cortés—, que las mujeres dejen sus cosas en la habitación de mi hermana. Los hombres pueden hacerlo en la mía. La casa no es muy grande, pero será suficiente para todos hasta que pase lo peor y puedan regresar a la suya. Mi padre la construyó con sus propias manos.

—Será suficiente, Uday —agradeció el padre de Aysha—. Nunca podremos pagarte esto.

Uday sonrío y asintió sin contestar. «Claro que me pagaréis», pensó mientras su odio crecía como un monstruo que sometía cualquier otro sentimiento y lo devoraba todo: el miedo de sus huéspedes, su agradecimiento, el dolor de Aysha por su marido herido…

—¿Estás seguro de lo que haces, Uday? —preguntó la madre del árabe cuando los demás marcharon a instalarse y se quedaron solos—. No sé si tu padre lo aprobaría.

—Mi padre lleva más de dos meses en coma —respondió Uday, ahora, sin molestarse en ocultar una rabia—, sin hablar, sin moverse y su jefe, ese Resho Ismail, ni siquiera se ha enterado. No te preocupes, madre. Solo faltan unas horas. Prepárales algo de comer. Que no sospechen nada.

BLASFEMIA

Mosul, Irak. Verano de 2014

Cuando las sombras de la mañana son alargadas y el calor del mediodía aún no lo abrasa todo, hacen falta pocas cosas para sentirse a gusto. Un pitillo encendido, un bloque de cemento sobre el que posar el culo y un murete para apoyar la espalda son suficientes. Y así estaban Mohammed y Ahmed, mirando en silencio las bolsas de plástico enredadas en los arbustos de su descampado, en el centro de su pequeño universo. Con la cabeza apoyada en la tapia, en silencio, fumaban y se dejaban acariciar por el aire, todavía fresco, que intentaba arrancar de las ramas de las plantas resecas decenas de bolsas de plástico de colores que bailaban y hacían ruiditos. De vez en cuando, alguna ramita se rompía y alguna bolsa, inflada por el aire, se escapaba y bailaba un ratito sobre el descampado y sobre sus compañeras que permanecían en el suelo, con su soniquete plástico, como si la corearan al elevarse hasta perderse de vista.

—¡Qué suerte! —exclamó Mohammed mientras exhalaba el humo de su cigarrillo y miraba una bolsa roja a la que una ráfaga había elevado diez o quince metros—. Mira, se marcha de este horrible sitio.

—Y cada vez está peor —admitió Ahmed, a quien unos meses atrás Mosul le parecía el mejor lugar del mundo. Su padre tenía un buen puesto en una sucursal bancaria, con un buen sueldo, por lo que las únicas preocupaciones del joven en aquel entonces eran el fútbol y las chicas—. Espero que pronto todo vuelva la calma.

—¡Eh, amigos! —La voz de Ali, al otro lado del murete, hizo que los dos muchachos miraran un poco hacia arriba. ¿De qué habláis?

—Del DAESH —contestó Ahmed—. ¿Quieres un cigarrillo?

—No —respondió Ali —. He visto a un grupo de ellos venir hacia aquí. Si la *Hisbah* te

pilla fumando, te la cargas. Las patrullas religiosas no se andan con bromas.

—Me da lo mismo —respondió Ahmed con desprecio—. Estoy harto del DAESH. Decían que venían a liberarnos, pero solo han prohibido cosas.

—Cállate —le advirtió Ali—. Si te oyen hablar así, estarás en un lío.

—¡Me da igual! —insistió el grandullón—. No me gusta el DAESH. Pueden irse a la mierda con su *sharia* y sus prohibiciones en nombre de Alá. Alá por aquí, Alá por allí…

—¡Eh vosotros! —gritó un hombre joven de unos veinticinco años, que vestía de negro y se estaba encaramado a la higuera que crecía junto al murete.

—Mierda —dijo Ali en voz baja.

—¡Qué demonios quieres! —exclamó Ahmed en tono desafiante. Alterado por su enfado, no se había dado cuenta de que estaba gritando a un miembro de la *Hisbah,* la policía religiosa del DAESH.

—¡Venid! —ordenó el miliciano a sus hombres mientras saltaba desde la higuera al interior del descampado. Era un tipo delgado y alto, con una poblada barba morena, que caminaba a grandes pasos. Se detuvo a unos centímetros de Ahmed y le observó de arriba abajo, desafiante, sin pronunciar palabra. El muchacho era un adolescente enorme, pero no tanto como para amedrentar a un yihadista armado y curtido en combate que, mirándole fijamente, con los ojos entreabiertos lanzó su pregunta—. ¿Crees que puedes ensuciar el nombre de Alá y a su ley divina de la forma que lo has hecho?

Enfadado como estaba, Ahmed se dejó llevar por el calentón y respondió sin pensar.

—¡No he dicho nada malo! Solo es que no me gusta tanta prohibición. No es para tanto.

—Este muchacho es tonto —le dijo Ali en voz baja a Mohammed, mientras movía la cabeza de un lado a otro, resignado—. Nos la hemos cargado.

—Además, estabais fumando —dijo el yihadista, ya rodeado de cinco o seis compañeros—. Fumando y blasfemando. ¿Sabes cuál es el castigo por blasfemar?

—Perdón, pero yo no estaba blasfemando —se excusó Ahmed, que empezaba a comprender la gravedad de la situación—. Fumando sí, pero blasfemando no.

—El castigo por blasfemar es la muerte —dijo el miliciano pausadamente.

—No, no —imploraba Ahmed, ahora totalmente descompuesto—. Le juro que yo no…

—¡Ya es suficiente! ¡Basta de perjurios! ¿Y vosotros? —preguntó el yihadista a Ali y a Mohamed, que estaban callados como muertos. Estabais fumando, ¿no? Porque veo que esto está lleno de cigarrillos apagados. Supongo que venís aquí a esconderos y fumar. ¿No es así? Fumar está prohibido, es *Haram,* porque perjudica al cuerpo y el Profeta Mahoma dijo: «No seáis de los comenten daño contra otros o contra vosotros mismos».

—Yo era el único que fumaba —dijo Ahmed quien, aunque ya había perdido la compostura, conservaba su fondo noble y quería libar a sus amigos de cualquier castigo. El muchacho contuvo la respiración mientras observaba el brillo de los ojos del yihadista, que parecía el de las chispas que salen de las piedras de los mecheros antes de encender.

—Ah —dijo el islamista con falso tono condescendiente—. Que no fuman. Te seré sincero. No os creo. No me gusta que fuméis, ni esas barbas perfectamente afeitadas, ni vuestra forma de vestir. Se parece demasiado a la de esos estúpidos jóvenes occidentales. Al principio solo pensaba detenerte a ti, por blasfemar, pero ahora vamos a registraros a todos, y si tus amigos tienen tabaco, se llevarán unos azotes en la espalda; pero eso no es nada —

dijo mirando a Ali y a Ahmed—, el problema grave es la blasfemia.

Los milicianos comenzaron a cachear a los chicos. Ali dio gracias al cielo porque en los últimos días no había tenido dinero para comprar tabaco y no podían encontrarle nada. Mohammed cerró los ojos, apretó los labios y rezó en silencio para que las manos del yihadista no notarán el paquete de tabaco que llevaba en el bolsillo de atrás de su pantalón vaquero, con dos o tres cigarrillos aplastados. Creyó haber tenido suerte cuando el miliciano no reparó en él, pero sus manos toscas sobaban y sobaban y violentaban terriblemente al muchacho. Le tocaban bruscamente, hasta que llegaron a los hombros y descubrieron su tatuaje.

—Mira esto —le dijo el yihadista a su jefe—: «Irak tiene la fuerza de Ali». Esto suena a propaganda chií. Muchacho, ¿eres chií?

—No —dijo Mohammed, tartamudeando por el miedo—. Toda mi familia es suní. Esto es solo parte de una canción que habla de la grandeza de Irak, de Zaid al Habib.

—¿Uno de esos vídeos musicales con los que el gobierno de Bagdad extiende su maldita propaganda chií? —preguntó el jefe de la patrulla religiosa— ¿No es así?

—Eh… No… —titubeó Mohammed, que bajo ningún concepto quería confesar que se había hecho el tatuaje por Ali, porque cualquier sospecha de homosexualidad podía significar la muerte—. Soy suní y no tengo contacto con ningún chií.

—¿Me tomas por tonto? —preguntó el yihadista, indignado—. ¿Crees que no sé que Ali es el imán de los chiíes? ¡Tú! —dijo mirando a Ali, que no podía apartar la mirada de los ojos de Mohammed—, vete, pero no vuelvas a afeitarte la barba. Vosotros dos os venís conmigo. Se os van a quitar las ganas de blasfemar y de haceros tatuajes chiíes.

LOS QUE ADORAN A SHAYTAN

Sinyar, Irak. Verano de 2014

Cuando las camionetas del DAESH pararon frente a la puerta de Uday la casa se llenó de miedo. Las mujeres yazidíes de los Rezo y los Ismail corrieron a ocultarse en una habitación interior y comenzaron sus plegarias a Tawûsê Melek, su ángel supremo.

—Tranquilos —dijo Uday—, yo me ocuparé.

Abrió la puerta y, tras salir, la cerró deprisa. Los yazidíes pensaron que lo hacía para que los yihadistas no los vieran. Todos menos Tahsyn, el menor de los Faris.

—Esto no me gusta —dijo el joven—. No deberíamos haber entregado nuestras armas.

—Tranquilos —repitió su padre—. Ahora no nos servirían de nada.

Minutos más tarde, la puerta volvió a abrirse. Una decena de yihadistas vestidos de negro entraron en la casa, con sus armas listas para disparar y la actitud del que sabe lo que va a encontrarse. Tras ellos entró la figura descomunal de Abu Mohamed, seguido por Uday, que caminaba con la sonrisa del lobo dibujada en sus labios hirsutos y finos.

—¿Estos son? —preguntó Abu Mohamed.

—Sí —contestó Uday, con el tono orgulloso del esbirro que ha hecho bien sus deberes —. Los Ismail y los Rezo, dos familias ricas de Sinyar. Están desarmados, y en ese otro cuarto están sus mujeres con sus joyas.

—Registradlos y atadles las manos a la espalda —ordenó Abu Mohamed.

—Pero… —titubeó el suegro de Aysha sorprendido—. Somos buena gente. Uday,

díselo.

—Vosotros —dijo Abu Mohamed— sois herejes que adoráis a Satán.

—No —intentó explicar Ali Faris en tono condescendiente—. Nuestro Tawûsê Melek, es un ángel de Dios, no tiene nada que ver con Satán. Son diferen…

—¡Cállate viejo! —le interrumpió Abu Mohamed con un fuerte empujón.

—¡Deja a mi padre! —gritó Tahsyn, que se lanzó sobre Abu Mohamed. El yihadista, acostumbrado al combate cuerpo a cuerpo, contraatacó con un fuerte puñetazo que impactó de lleno en la sien del chico. La caída fue estrepitosa, como la de un saco lleno sobre el suelo. «Pom», y Tahsyn quedó tendido, conmocionado por el golpe.

—¡No, por favor! —exclamó su padre al ver que Abu Mohamed se abalanzaba sobre el joven. Intentó evitarlo, pero otro yihadista le propinó un potente culatazo con su *kalashnikov*. El hombre cayó al suelo, inconsciente. Gracias a ello no pudo ver cómo el gigante pateaba la cabeza de su hijo con la brutalidad de un gorila. Abu Mohamed solo se detuvo cuando oyó que se abría una puerta; para entonces, Tahsyn había muerto.

—¡Para! ¡Te lo suplico! —exclamó Aysha, que al escuchar la pelea no pudo evitar salir de la habitación donde se escondían las mujeres. Su rostro estaba desencajado por la violencia con la que Abu Mohammed golpeaba a su cuñado. Sin pensar en las consecuencias se lanzó sobre el cuerpo del joven para protegerle.

—¿Esta es una de las mujeres de las que hablabas, Uday? —preguntó Abu Mohammed.

—Sí.

—¿Y ese chico? —interrogó el yihadista mirando a Halo. El hermano de Aysha estaba aterrorizado, casi llorando, mirando charco de sangre bajo el cadáver de Tahsyn.

—Es mi hermano —contestó Aysha—. Por favor, no le hagan nada.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Abu Mohamed.

—Nueve años —respondió la yazidí.

—Veamos —dijo el yihadista mientras le levantaba un brazo para ver si tenía pelo en las axilas—. Bien, de momento —ordenó al comprobar que no tenía— dejadle con las mujeres y llevad hombres al primer coche, con el cadáver. Ya sabéis a dónde.

—Ahora veamos esas mujeres de las que hablabas —dijo el líder de los milicianos.

—¡Salid del cuarto! —ordenó Uday con energía.

—Tenías razón —afirmó el yihadista cuando Rezal y Nashira se colocaron junto a su hermana Aysha—. Son muy bellas. El comandante Quteyba estará realmente contento de poder elegir una esclava entre ellas. Pero, dime, ¿cuál es la casada?

—Esta —contestó Uday señalando a Aysha.

—Muy hermosa —observó el yihadista mirándola de arriba abajo—, aunque sus hermanas lo son aún más. Que las trasladen con las demás a la casa de las mujeres. Y no quiero —advirtió en tono autoritario a sus hombres— que las toquéis. El comandante Quteyba quiere una *sabiya* y yo quiero que las vea en perfectas condiciones. Respondéis con la vida. ¿Entendido?

Los milicianos montaron a las mujeres en dos furgones que estaban junto a los que habían subido a los hombres. Ellas intentaron despedirse, pero no las dejaron.

—El comandante Quteyba —dijo Abu Mohamed mientras golpeaba el hombro de Uday en señal de aprobación— estará satisfecho, y eso es bueno para nosotros. Ha comenzado una nueva era en la que el islam se impondrá sobre todas las herejías. Hoy

sobre los yazidíes; mañana sobre cristianos y judíos. Has hecho un buen trabajo, Uday. Pronto podrás disfrutar de esa mujer que querías.

—Gracias —respondió Uday con la más sucia de las sonrisas—, así lo haré.

—De nada —asintió Abu Mohamed—. Ahora vamos a las casas de esos yazidíes a ver qué han escondido. Estoy deseoso de comprobar si eran tan ricos como decías.

EVEREST

Erbil, Kurdistán iraquí. Principios de 2017

La cena estuvo muy rica. Fueron al restaurante de un amigo cristiano de Khaled en lugar de al Teachers, todo un clásico de Erbil, en cuyos gigantescos jardines se juntan multitud de familias y expatriados en cuanto empieza el buen tiempo. Ahora menos, porque a finales de invierno, aún hace frío. Por eso decidieron cambiar y no se equivocaron. El *Kebab* estaba delicioso, en su punto de picante, y aunque Lola no suele comer carne, ha hecho una excepción. No es vegetariana, simplemente, prefiere la verdura o el pescado, sobre todo al horno, con aceite, sal y un poquito de ajo. Alex y Lola han quedado con Amy y otros cooperantes y esperan a Khaled, que se ha retrasado por cosas del trabajo.

—Bueno —dice el iraquí cuando llega—, he tardado algo más porque ya he solucionado el problema del conductor. A partir del mañana tendremos a Khalil.

—¿Cómo? —pregunta Lola con extrañeza—. ¿Qué problema hay con el conductor? Creí que el asunto de Dyar estaba solucionado.

—¿No le has dicho nada? —Khaled se dirige a Dyar con extrañeza, mientras se sienta.

—No —responde el joven—. No he podido porque estábamos con toda esta gente.

—Entonces —continúa Khaled al tiempo que se sirve *kebab* y vegetales asados— lo haré yo: Lola, nuestro conductor nos deja. Va abrir una cafetería en la que poner en práctica los conocimientos de administración de empresas que ha adquirido en la Universidad. Me lo dijo esta mañana, pero no te lo conté porque entendí que te lo quería decir él.

—No importa —responde Lola, visiblemente molesta—. Dyar, espero te vaya bien.

—Verás —contesta el joven conductor ante el malestar de Lola—, quiero centrarme en mis estudios y en el nuevo negocio. Ya tengo el local, pero hay que reformarlo. Además, mi novia y mi familia quieren que deje este trabajo. Dicen que es muy peligroso y que, si ya tengo el dinero para mi empresa, no lo necesito. Le dije a Khaled que seguiría con vosotros hasta que encontrarais un sustituto —se excusa Dyar—, pero se ha dado prisa.

—Sí —asiente el iraquí—, he aprovechado que Khalil, que es muy bueno, acaba de terminar con unos periodistas extranjeros y se quedaba sin trabajo para cogerle al vuelo.

—¡Bien! —interviene Amy para rebajar la tensión, entonces, todos contentos. Dyar tiene su empresa, su novia lo aleja de la guerra y vosotros tenéis nuevo chófer. Ya podemos seguir bebiendo.

Amy ríe y levanta su cerveza para brindar. Dyar y Lola y cruzan sus miradas y las desvían. Ella se siente extraña porque el enfado del primer momento se ha transformado en desazón a pesar de las risas y las bebidas.

Al terminar la cena, durante el camino hasta el Everest, pasan por la estatua iluminada de una virgen de piedra clara que parece observarlos desde un gran pedestal circular

sostenido por columnas. Mira hacia abajo, con los brazos abiertos como preguntando: «¿Cuándo dejaréis de mataros?». Porque parece mentira que a unas decenas de kilómetros del califato del DAESH, donde la guerra echa a los perros los cadáveres de los hijos de Irak, existan bares de copas como el Everest. En el Everest se bebe alcohol, se baila y se ríe hasta bien entrada la madrugada. Está en el ático de un hotel modesto, barato y bastante viejo del mismo nombre. Es un local grande y oscuro, con una gran barra enfrente de la puerta, una pista de baile a un lado y un espacio con mesas altas y taburetes al otro. A través de sus grandes cristaleras se ve la ciudad de Erbil que, arropada por la noche, guiña sus ojos, aquí y allá, en ventanas y balcones a quienes están despiertos para contemplarla.

Las camareras son filipinas y muchas clientas también. *Filipino girls,* dicen los locales. También hay algunas kurdas, aunque no muchas. La mayoría viene con sus parejas, en grupos que se sientan y, de vez en cuando, salen a bailar con sus acompañantes. Lola se ha fijado en un muchacho estilizado y barbilampiño que viste ropa ajustada y pantalones pitillo. Baila amaneradamente junto a una chica sin preocuparle que la gente se fije en su pose exageradamente afeminada. La complicidad entre ambos es evidente y muy llamativa en un lugar como Irak. A su lado, en otro corro de amigos, un joven asiático de aspecto etéreo, con la camisa abierta por debajo del pecho, se lo come con los ojos.

—Esto solo puede pasar aquí, en el Kurdistán —dice Dyar después de entregar una cerveza a Lola y sentarse junto a ella—. En el resto de Irak los matarían.

—Bueno —responde Lola—, tampoco es que los kurdos seáis muy tolerantes con los gays.

—Más que en el resto.

—Eso es cierto —acepta ella—. ¿Este es un bar gay?

—No —responde él mientras sonríe y da un trago a su cerveza—. Pero aquí pueden estar.

—Oye —dice Lola, a quien el vino de la cena y la cerveza le han hecho relajar su habitual hermetismo—. Siento que te vayas. ¿Es por la discusión del otro día? Me refiero a cuando no me obedeciste tras la explosión en la carretera.

—No —responde Dyar—. Es que mi familia y mi novia se han puesto muy pesados.

—Una cafetería, ¿no? —pregunta Lola con una encantadora sonrisa de circunstancias.

—Sí —afirma Dyar—. La mejor de Erbil. Para jóvenes y extranjeros. Sándwiches y comida internacional, pero sin cerveza, porque los impuestos suben si se vende alcohol. Habrá buena música y la decoración será genial. Me la diseñará una decoradora profesional amiga mía.

—Tienes muchos amigos.

—Sí. Tengo don de gentes —dice él sonriendo—. Dyar apenas ha terminado la frase cuando una rubia muy atractiva se acerca a la mesa, se cuelga de su brazo con una sonrisa de oreja a oreja y le habla en kurdo.

—Disculpa, Lola —dice Dyar con un gesto amable—. Es una amiga que quiere bailar.

Lola asiente mientras el muchacho sale a la pista con la chica, que baila como si estuviera marcando territorio. La cooperante observa furtivamente mientras habla con Amy hasta que, tras bailar un rato, Dyar se suelta el pelo para rehacerse la coleta y ella no puede evitar que los ojos se le vayan a la impresionante melena roja y ondulada del muchacho, que se mueve al compás de los acordes de una canción tradicional pero modernizada, que los jóvenes kurdos bailan extendiendo los brazos y moviendo las piernas,

a la manera típica de su tierra.

—No le quitas ojo —dice Amy.

—Es guapo —reconoce Lola—. Como otros muchos.

—Sí, pero a esos otros no los miras como a él.

—Porque no tienen el pelo rojo ni la camisa abierta.

—Ni te gustan tanto —dice Amy—. Llevas un buen rato hablando conmigo y no dejas de mirarle. Yo que tú aprovecharía esta noche. A partir de hoy ya no trabaja para ti.

—No. Llevo mucho tiempo por estas latitudes. Ya sabes lo pesados que se ponen la mayoría de los tíos. Además, tiene novia.

—¿Y crees que la dejará por una cuarentona como tú? —pregunta Amy con sarcasmo.

—Puede que no —responde Lola—, pero puede que me llame para echar un polvo cada vez que su novia no le deje tocarla. Créeme, ya he pasado por esto. Nuestro amor tendrá que esperar —ironiza Lola—. Voy a pedir otro par de cervezas.

—Bien. Yo, mientras, te espero hablando con Alex —anunció Amy—. A ti no te interesa, pero a mí me gusta. Y te advierto que deberías dejar de beber, porque te conozco y cuando bebes así, siempre acabas sin bragas.

—Gilipollas —dice Lola riendo.

—¿Gilipollas? —pregunta Amy que, a pesar de hablar español, no conoce la palabra porque es estadounidense—. ¿Otro insulto español?

—Sí —contesta la cooperante que, al bajarse de su asiento, tropieza con las patas del taburete y cae al suelo mientras lanza un sonoro grito—. ¡Su puta madre!

—Eso también es español —anuncia Amy con la lengua trabada por el alcohol, sin dejar de reír a carcajadas mientras Dyar y los que están alrededor se acercan a ayudarla.

—¿Estás bien? —pregunta el joven.

—Bien borracha —dice Amy, que no puede parar de reírse.

—Sí, estoy bien —responde Lola—. Aunque estaría mejor si esta idiota dejara de reírse.

—¿Qué ha pasado? —interviene Alex, que también se ha acercado.

—Nada —responde Amy en tono de chanza—, que hay algunas que no saben cómo llamar la atención. Pero ven, Alex. Invítame a una cerveza y te lo cuento.

—¡Vaya hostia! —exclama Lola, algo mal humorada, al comprobar que ha caído sobre la cerveza que ha derramado y se ha mojado los pantalones—. ¡Mira cómo me he puesto! ¡Qué vergüenza! Me voy al hotel.

—Espera —se ofrece Dyar—. Te acompaño.

—No es necesario —dice Lola tajantemente, de muy mal humor—. Conozco el camino.

—No es una molestia —insiste Dyar—. Puedo acompañarte y volver.

—Gracias, pero no. Tan solo tengo que cruzar la calle.

—De verdad que no es una molestia —repite el joven sin darse cuenta de que está agotando su paciencia.

—¡Qué he dicho que no, cojones! —grita Lola, fuera de sus casillas, en castellano—. ¡Que no quiero que me acompañe nadie, hostias!

—¿Qué ha dicho? —pregunta Alex, con cara de tonto.

—Que no quiere que le acompañe nadie —responde Amy —, pero en español. Siempre que Lola se enfada mucho, grita en español, y cuando se pone así, mejor dejarla

en paz.

—Ya veo —asiente Alex, que se ha quedado tan petrificado como Dyar ante esa explosión de carácter. El kurdo no entiende por qué le cae otra bronca cuando él solo trataba de ser cortés y, con los ojos abiertos como platos, observa atónito cómo Lola, irritada y llena de ira, se va mientras las luces de la discoteca se reflejan en su cabello negro.

—Tranquilos —dice Amy quitando importancia a la reacción de su amiga—. Parece la hermana borde de la mujer pantera, pero mañana se le habrá pasado.

—Ya veo —dice Dyar. El joven, algo aturdido, mira hacia la salida del local sin hacer caso a la rubia que bailaba con él. La mira mientras habla, pero ni la ve ni la escucha, aunque la tiene delante. Es la mujer invisible a pesar de que las luces de colores de la discoteca se posan sobre sus mejillas creando un curioso juego de tonos eléctricos. Morado, rojo, azul verde. Bofetones de luz que golpean la cara de la chica transparente. Unos segundos después, Dyar se marcha del local, corriendo detrás de Lola.

4

TEN CUIDADO

Mosul, Irak. Otoño de 2014

Ayash no comía en exceso, a menos que estuviera preocupado. Si lo estaba se atiborraba de chocolatinas de las que vendían en la tienda del hospital. Al volver de comprarlas, cuando pasó por la entrada principal, vio al niño, que llegaba a la carrera. Venía desgalichado y sucio, como siempre y, al ver al médico, sonrío con mucha luz.

—Osama, ¿vienes a ver a tu madre? —pregunto Ayash. El niño movió la cabeza afirmativamente, sin hablar.

—La he visto en las cocinas. ¿Quieres una chocolatina? —preguntó el médico, sin esperar que le respondiera de palabra. A pesar del autismo de Osama, y aunque rara vez hablaba, él siempre le preguntaba.

Osama asintió, tomó la chocolatina y sonrió aún más.

—¡Ayash! —exclamó el doctor Nawfah, que llegaba junto a Aklouk.

—Osama —ordenó Ayash—, ve con tu madre, anda. Luego te invitaré a un refresco.

—Gracias —dijo el pequeño en voz muy bajita, casi imperceptible.

—¡Vaya! —exclamó Aklouk, que sabía que Osama era autista—, este chico mejora.

—Sí —dijo Ayash con una sonrisa, mientras apremiaba al pequeño para que fuera con su madre—, pero dime, ¿qué sucede?

—El nuevo director económico —respondió Aklouk— está haciendo muchas preguntas sobre los presupuestos de nuestros departamentos.

—Creo que sospecha algo —intervino Nawfah.

—¿Estáis seguros? —preguntó Ayash—. Es nuevo y es normal que quiera conocer cómo funciona el hospital y lo que gasta cada departamento.

—Sí —respondió Aklouk—. Eso es normal, pero estoy seguro de que busca algo. Ese Adnan es del DAESH y es un perro de presa. Además, es sirio.

—Bueno, no nos alarmemos —les intentó tranquilizar el director del laboratorio.

TÚ MANDAS

Erbil, Kurdistán iraquí. Principios de 2017

Sin esperar siquiera al ascensor, Dyar bajó a la carrera las escaleras del Everest y salió al exterior. Distinguió a Lola al otro lado de la calle, a las puertas del hotel Classy.

—¡Lola! ¡Espera un momento!

Ella escuchó su voz y, aunque no quería hablar con el joven, se detuvo, quizá porque le apetecía ponerle a parir allí mismo, en medio de la calle. Estaba furiosa y solo quería que la

dejaran en paz.

—¿Qué quieres? —preguntó secamente cuando el joven conductor la alcanzó.

—Pedirte disculpas —dijo él, atropelladamente, con la respiración agitada.

—Si digo que no necesito ayuda, es que no necesito ayuda.

—Lo sé —afirmó él, con cara de cordero degollado—. Me quedó claro el otro día, pero no quería que nos despidiéramos así.

—Ah, ¿no? —Lola guardó silencio durante unos instantes, mientras con los ojos encendidos de rabia, miraba fijamente al joven kurdo. La carrera había hecho que se despeinara un poco y algunos cabellos rojos le caían sobre la cara. Parecía más guapo, pero lo que realmente le gustó a Lola fue el tono sumiso que adoptó Dyar—. ¿Y por qué?

—Bueno… —el joven se mostraba indeciso—, porque has sido una buena jefa y…

—Sí —sentenció ella—, pero te has despedido y se lo has comunicado a Khaled, no a mí.

—Perdona, de verdad. Iba a decírtelo, pero había mucha gente en la cena y pensé que Khaled tardaría días en encontrar sustituto. Pero ha sido un placer estar a tus órdenes.

A Lola le traían sin cuidado las disculpas de Dyar, pero empezaba a agradarle aquella situación de tensión. La furia que había sentido al principio se estaba transformando en un cosquilleo ante la actitud dócil del joven.

—¿Sí? —preguntó ella arqueando una ceja—, ¿por qué?

—Bueno —parecía que Dyar no encontraba las palabras—. Me has enseñado mucho y creo que eres una mujer muy especial. No quería ofenderte otra vez, lo juro.

—¿Especial? —insistió ella.

—Sí. Eres fuerte, me gustas. Quiero decir —Dyar intentó explicarse, consciente de que podía haberla molestado—, quiero decir, que me gusta tu forma de ser, de ser la jefa…

—Suéltate el pelo —ordenó Lola tajantemente. Ninguna expresión en su rostro delataba la excitación que se apoderaba de ella mientras Dyar obedecía con sumisión— y ven.

Sin mirar lo que hacía el kurdo, Lola se dio la vuelta, subió las enscaleras de entrada y cruzó con paso decidido en la recepción del hotel. Respondió al saludo del recepcionista antes de parase frente a las puertas metálicas de los ascensores, por cuyo reflejo comprobó que Dyar la seguía. Entraron al fondo y, tras ellos, lo hizo una pareja de recién casados, que se colocaron mirando a las puertas, delante de ellos. Lola se mordió un labio y puso la mano en la entrepierna de Dyar, que permanecía en silencio, sorprendido, con una gran erección. El ascensor se detuvo en el segundo, la pareja se bajó y las puertas de la cabina volvieron a cerrarse, Dyar miró a la cooperante y aproximó lentamente sus labios a los de ella.

—Ni lo intentes —dijo Lola mientras apretaba con fuerza los testículos del kurdo—, o te marchas ahora mismo. ¿Entendido? —Dyar asintió en silencio—. Sígueme.

—Tú mandas.

LA CASA DE LAS MUJERES

Sinyar, Irak. Verano de 2014

—¡Levantaos! —ordenó Abu Mohammed a las tres hermanas yazidíes cuando entró en la

estancia donde estaban Aysha, Rezal y Nashira. Tras separarlas de su familia, los milicianos del DAESH las llevaron a una escuela, donde habilitaron un despacho para mantenerlas apartadas de las que estaban hacinadas en las aulas. No querían que nadie las molestara, como les ordenó su jefe. Ellas estaban aterrorizadas porque no sabían a dónde habían llevado a su madre ni a su hermano pequeño, Halo, ni a los hombres.

—Tenías razón —el comandante Quteiba, un hombre de mediana edad, delgado, pero en buena forma, miraba complacido a las tres chicas—. Son muy bellas. ¿Son vírgenes?

—Ella, no —respondió Abu Mohamed señalando a Aysha—. Está casada. Las otras, sí. Uday, que nos ha sido de gran ayuda, la quiere como *sabiya*.

—Bien —aceptó Quteiba mirando al confidente que, hasta entonces, había permanecido en silencio, en actitud servil—. Uday merece una esclava.

—¡Nos has traicionado, maldito! —chilló Aysha abalanzándose sobre él informador.

—¡Sujetad a esa infiel! —ordenó Quteiba. Uno de los milicianos agarró a Aysha de los brazos mientras Uday le cruzaba la cara con dos bofetones que la hicieron caer al suelo—. ¿Estás seguro, Uday —prosiguió el comandante, sonriendo—, de que quieres a esta tigresa como esclava?

—Sí —respondió Uday—. Tenemos alguna cuenta pendiente.

—Entonces quédatela, pero deberá convertirse al islam, según las reglas.

—Muchas gracias —intervino Uday mientras observaba como el comandante escudriñaba a Nashira, la menor de las hermanas que estaba de pie, junto a Rezal, la mediana.

—Elegiría a las dos —dijo el comandante, casi riendo—, pero soy un hombre justo. El Corán dice: «Dios ordena ser equitativo, benevolente y ayudar a los parientes». Por tanto, elegiré solo una, porque sé que tú también deseas una *sabiya*, Abu Mohamed. Sin embargo, es muy difícil porque es como elegir entre la luna y una estrella.

Quteiba calló unos segundos ante la cara de pavor de Aysha, a quien ya no importaban los golpes o que la entregaran a Uday, porque temía por sus hermanas menores.

—¡Malditos! —sollozó la yazidí—. ¡Nashira es una niña! ¡Solo tiene doce años!

—¡Calla! —chilló Uday—. ¿No has tenido suficiente?

—Elijo a la más joven —sentenció Quteiba señalando a Nashira—, la otra para ti, Abu Mohamed. Ordena que las lleven a Mosul, con las demás. Uday puede quedarse con la suya. Es una pena que tengamos tanto que hacer aquí, en Sinyar, pero ya disfrutaremos de ellas cuando regresemos a Mosul. Y, sobre todo, que los hombres no las toquen.

—Gracias —dijo Abu Mohamed—. Se hará como tú dices.

SE HABRÁ QUEDADO DORMIDA

Erbil, Kurdistán iraquí. Principios de 2017

La alarma suena a todo volumen, aunque es viernes, día de descanso, porque Alex olvidó desactivarla. Le duele un poco la cabeza, por las cervezas del Everest, aunque no bebió mucho porque, cuando se fue Lola, perdió el interés por la noche, a pesar de que Amy no dejaba de tirarle los tejos. Pero él no estaba interesado en ella. Al desactivar el despertador ve un icono que anuncia un correo electrónico del director del Hospital al Azahar. Lo abre. «¡Bien!». Se ducha a toda prisa y baja a desayunar. Está deseando contarle a Lola que

Nawfah ha conseguido que la mujer de Hassan, el ayudante del doctor Ayash que fue herido la noche del incendio, les reciba.

—Se alegrará, ¿no? —se pregunta en voz alta—. ¡Claro que se alegrará! —se responde a sí mismo mientras hace una mueca de fastidio al ver que ya está hablando solo otra vez.

Baja al salón del desayuno y mira alrededor. Nada. «Bueno, aún no se habrá levantado», se dice mientras decide esperar a Lola tomando algo frente a la puerta, por si entra. Pero pasa el tiempo y el bufé está a punto de cerrar. «Voy a mandarle un WhatsApp». Minutos más tarde, los camareros empiezan a recoger la comida. «Mejor la llamo. Se habrá quedado dormida y no va a poder desayunar». Uno, dos, varios tonos hasta que salta el contestador automático. «Bueno, pues subo a su habitación y toco la puerta porque seguro que se alegrará de la noticia» —piensa en voz alta.

—¿Desea algo? —pregunta un camarero que pasa a su lado, al oírle hablar solo.

—No, perdón.

MEJOR QUE LO VEAN

Sinyar, Irak. Verano de 2014

—Ya habéis oído al comandante —ordenó Abu Mohamed a sus hombres mientras señalaba a Nashira y a Rezal, las dos hermanas yazidíes—. Las mujeres, a los autobuses, para llevarlas a Mosul. Todas menos estas dos. A ellas las llevaremos nosotros. No quiero que nadie les toque un pelo. ¿Entendido?

—Como tú ordenes —respondió su segundo al mando.

—Y tú, Uday —dijo el yihadista señalando a Aysha—, haz lo que quieras con tu *sabiya*.

—Gracias —dijo Uday antes de despedirse y dirigirse a la yazidí—. ¡Venga! ¡Nos vamos!

Pero Aysha no obedeció. Se quedó parada, con actitud altiva. Sus hermanas se aproximaron a ella temerosas, buscando protección para evitar que las separaran.

—¿Es que no has oído? —preguntó Uday, cada vez más irritado—. ¡Vamos!

La mujer reunió toda la dignidad y el coraje que encontró dentro de sí, miró a los ojos a Uday, apartó a sus hermanas y se aproximó a él.

—No iré contigo a ninguna parte —anunció con serenidad.

La ira encendió los ojos de Uday. De nuevo, incluso cuando todo estaba en su contra, la yazidí se mostraba arrogante. Pero no importaba. El Estado Islámico había llegado para poner en su sitio a aquellos malditos herejes.

—¿Cómo has dicho? —volvió a preguntar con los dientes apretados por la ira.

—Qué no iré contigo a ninguna parte —repitió ella, sin dejarse amedrentar. Sus hermanas estaban admiradas por su valor—. Mátame aquí mismo, pero no iré contigo.

Los yihadistas que permanecían en la estancia sonrieron ante el valor de la yazidí, pero Uday tenía las vísceras incendiadas por la rabia. Aysha osaba desafiarle delante de todos, sin aceptar que el comandante Quteiba se la hubiera entregado como esclava.

—Vaya, Uday —se burló uno de los islamistas—. Esta *sabiya* parece demasiado para ti.

Uday estaba furioso y tenía la mirada roja de ira, pero Aysha no solo no se amilanaba, sino que mantenía su actitud imperturbable, con la dignidad de una estatua griega.

—Ahora aprenderás —masculló entre dientes antes de volver a abofetearla con fuerza varias veces. Sus hermanas intentaron protegerla, pero los yihadistas las sujetaron—. ¡Yo te enseñaré a obedecer, *sharmuta*!

Aysha cayó al suelo por los golpes de Uday, que se había ensañado con ella en una formidable paliza. Sentía un dolor terrible, pero no abrió la boca ni le pidió que parara aquella lluvia de patadas, puñetazos e insultos que parecía no tener fin.

—¡Yo te enseñaré a obedecer, puta! —repetía Uday, furioso, mientras arrancaba su vestido a tirones. Aysha comenzó entonces una feroz resistencia, deseosa de que los golpes de Uday la mataran, pero no fue así, a pesar de que la pegó durante un buen rato. En la cara, en los pechos, en el abdomen. Ni siquiera se detuvo mientras se bajaba los pantalones, abría sus piernas y se introducía violentamente entre ellas.

—¿Las sacamos de aquí? —preguntó el yihadista que sujetaba a Nashira. La más pequeña de las hermanas quería cerrar los ojos, pero estaba tan asustada ante la imagen de Aysha desnuda y llena de sangre, con aquella bestia encima, que se había quedado paralizada.

—No —contesto el que sostenía a Rezal, que observaba la escena con una repugnante sonrisa lasciva—, mejor que lo vean y sepan lo que las espera si no obedecen.

CASTIGO EJEMPLAR

Mosul, Irak. Otoño de 2014

Aquel maldito cuarto era pequeño y estaba sucio. Cuatro paredes vacías y desconchadas sin ni siquiera un catre para tumbarse. Solo el suelo, una manta mugrienta y un barreño de plástico para cagar y mear que, con suerte, cambiaban una vez al día, porque los carceleros de Mohammed ni siquiera se molestaban en limpiar los restos de sangre después de cada paliza. Y le pegaban con frecuencia porque el DAESH no tenía ningún miramiento con los sospechosos de colaborar con el gobierno de chií de Bagdad. Durante los interrogatorios, a veces le golpeaban, otras veces le colgaban el techo y le dejaban allí durante horas. Hoy le habían soltado después de que el cable que utilizaban para suspenderle se le hundiera en la carne de las muñecas. La razón: su maldito tatuaje, en el que estaba escrito el nombre de Ali, el imán más venerado por los chiíes. Por eso querían saber si tenía algún vínculo con el gobierno o con *Al-Hashd al Sha'abi,* las Unidades de Protección Popular chiíes, una de sus bestias negras. Él, por supuesto, lo negaba, pero tampoco podía confesarles que se lo había hecho por su amigo Ali, porque ser gay podía acabar tan mal como la traición. No hacía mucho que los yihadistas habían tirado desde una azotea a dos hombres acusados de homosexuales.

Mohammed intentó tumbarse, pero le dolía todo el cuerpo. Sobre todo, las costillas y la espalda, así que se quedó en cuclillas, echado hacia delante. Cuando el dolor que le causaba la postura en las piernas comenzó a ser insoportable, se levantó y emitió un pequeño quejido que intentó amortiguar apretando los dientes. No quería recordarles a sus guardianes que estaba allí, por si les daba por venir a pegarle más. Entonces escuchó unos pasos en el corredor, tras la puerta y empezó a rezar para que no se abriera. En el tiempo que llevaba allí —no lo sabía con certeza— había deseado miles de veces convertirse en una gota de lluvia, caer sobre la tierra y desaparecer en el suelo mojado. Cuando oyó que la

cerradura que se abría no era la suya, suspiró aliviado. Luego intentó distraerse buscando formas en las manchas de humedad y en los desconchones de las paredes y del techo. Cuando la luz entraba por la ventana alta y pequeña del cuartucho podía ver un águila, grande y majestuoso; unas montañas y sobre ellas, unas nubes; una portería de fútbol y un estadio que se parecía al del Real Madrid. Pero al llegar al Santiago Bernabéu, Mohammed saltaba unos veinte centímetros, hasta la siguiente pared, para no encontrarse con otra mancha que parecía un forzudo, como su amigo Ahmed. Pobre Ahmed. En comparación con él, Mohammed se sentía dichoso a pesar de tener el cuerpo molido a golpes y un par de costillas hundidas.

—Me van a matar —le dijo Ahmed, con los ojos llorosos, un día que coincidieron antes de declarar ante el juez.

—¿Cómo? —preguntó Mohammed, incrédulo.

—Por blasfemar —respondió escuetamente el chico, casi llorando.

—No puede ser —dijo Mohammed, aún incrédulo—. Tu padre hará algo para evitarlo.

—¡Callaos! —chilló un yihadista que golpeó a Ahmed que, pesar de lo grande que era, se dobló como una ramita fina. Ya no quedaba nada del adolescente arrogante y fortachón.

El día de la ejecución los subieron a la azotea del edificio que el DAESH había habilitado como prisión y centro de interrogatorio. Desde allí podía verse una glorieta muy cercana, con un espacio diáfano en el centro donde, junto a unas plantas poco cuidadas, habían colocado cuatro estructuras metálicas en forma de T de unos dos metros de alto. Estaban hechas de robustos tubos de hierro de unos cinco centímetros de diámetro, unidos por soldaduras. Mohammed estuvo un rato elucubrando sobre para qué servirían, hasta que su atención se centró en el grupo de milicianos que conducían hacia el medio de la plaza a ocho hombres a los que habían atado las manos a la espalda. Entre ellos, la figura enorme de su amigo Ahmed podía distinguirse con claridad. Los hombres del DAESH les vendaron los ojos y seleccionaron a uno de ellos. Le ataron los brazos con seis o siete bridas de plástico a la barra horizontal de una de las cruces y, para evitar que el cuerpo cayera demasiado, le pasaron una gruesa correa por debajo de las axilas. Así, aquel pobre diablo quedó crucificado con una grotesca mueca de miedo en la cara. Al verlo, Mohammed elevó una plegaria al cielo mientras los yihadistas repetían la operación con otros tres prisioneros y se sintió aliviado cuando vio que su amigo no estaba entre los elegidos.

Luego vino el discurso en el que se exponían los crímenes cometidos, desde el asesinato hasta la blasfemia, pasando por la traición. «¡Este hombre mató a un padre de familia para robar!»; «Este traidor daba información al ejército»; «Este apuñaló a uno de los nuestros —prosiguió el yihadista mientras sacaba un gran chuchillo y se lo clavaba, entre el pecho y el abdomen, uno a uno, a los crucificados—. ¡Y esto no es peor que la blasfemia y las ofensas a Alá!», chilló el miliciano. Al oírle, a Mohammed se le heló la sangre en las venas. Las esperanzas de que su amigo saliera sano y salvo desaparecieron cuando vio cómo un yihadista le ajustaba la venda de los ojos y le obligaba a arrodillarse. Después, otros integristas se situaron tras los demás prisioneros, arrodillados como Ahmed, y les apuntaron a la nuca con sus armas. Mohammed cerró los ojos antes de escuchar uno, dos, tres, cuatro disparos secos y asesinos.

—¡Ved lo que les ocurre a los traidores y a los blasfemos! —aulló el jefe de los yihadistas que habían subido a Mohammed y a los otros presos a la azotea para que

contemplaran las ejecuciones. Cuando se percató de que el joven tenía los ojos cerrados se acercó y le dio un fuerte bofetón—. ¡He dicho que mires, perro!

Mohammed abrió los ojos y contempló los cuatro cuerpos, entre ellos el de Ahmed, tirados en medio de la plaza, con sus verdugos tras ellos, a poca distancia. Al muchacho le pareció ver la sangre saliendo de sus cabezas y algo como una neblina, que pensó que eran las almas que salían de sus cuerpos. Horrorizado, apartó la mirada, pero el yihadista le agarró con fuerza del pelo y le forzó a volver la cabeza.

—¡Quiero que mires, rata miserable! ¡Esto es lo que les pasa a los que violan la *sharia* o a colaboran con el enemigo! Vosotros —dijo mirando a los presos— habéis tenido suerte. Habéis pecado, pero el juez ha sido benévolo. Os han castigado y tendréis que asistir cursos de reeducación islámica, pero ¡ay de vosotros si reincidís!

LO DE ANOCHE

Erbil, Kurdistán iraquí. Principios de 2017

Suena el teléfono. Lola aún duerme profundamente, pero se despierta y los recuerdos comienzan a regresar: la cena, la caída en el Everest, el ascensor, ese pelo rojo tan maravilloso y los dos polvazos con Dyar.

—No respondas —le pide él mientras se da la vuelta y la intenta abrazar.

Ella no contesta, quiere ver quien la llama por si es del trabajo. «Es Alex, ¿qué querrá este ahora? Tengo que contestar, pero necesito unos minutos», piensa, casi dormida.

—Levántate y vete —ordena secamente a Dyar, mientas sale desnuda de la cama.

—¿Cómo? —pregunta el joven que aún no ha logrado despertarse del todo.

—Que te vayas. Voy a ducharme y tengo cosas que hacer. Por favor, márchate.

—¿Estás de broma? —pregunta Dyar, desconcertado por la brusquedad de Lola—. ¿Es que he hecho algo malo otra vez?

—No, al contrario. Esta vez lo has hecho todo muy bien —bromea ella—. Justo como a mí me gusta, pero si cuando salga de la ducha estás aún aquí, llamaré a recepción.

—¿Por qué? Para mí eres especial y, si no he hecho nada mal, no entiendo nada.

—Era Alex, tengo que responder y quiero que te marches ya —ordena ella secamente mientras le tiende su ropa y le apremia—. Vamos, deprisa.

—Ni que fuera tu novio.

—Tenemos algo —dice Lola, con la esperanza de quitarse a Dyar de encima. El muchacho, se queda desconcertado y la mira, sin saber si es cierto lo que dice.

—Está bien —acepta él mientras se pone los pantalones.

—¡Venga, venga! —le apremia Lola, que decide aprovechar la inercia de la situación para que el joven se marche lo antes posible. Le da la camisa y le echa, casi a empujones—. Ponte esto mientras te vas. Adiós. Y no me llames, ya lo haré yo —dice mientras cierra la puerta y suspira aliviada. Dyar, en el pasillo, desconcertado y con la camisa en la mano, se arrodilla para atarse los zapatos con la cabeza gacha mientras Alex, que había decidido subir a buscar a Lola para darle la noticia de que había conseguido la entrevista con el ayudante del doctor Ayash, sale del ascensor y enfila el corredor hacia su habitación. Al ver al kurdo con el torso desnudo y la camisa en la mano anudar los cordones de su calzado en la puerta del cuarto de Lola, se detiene en seco, sin saber cómo reaccionar. Antes de que

Dyar levante la vista y repare en él, se da la vuelta y se marcha sin hacer ruido, desconcertado.

EL TEMPLO DE LOS CUARENTA HOMBRES

Sinyar, Irak. Verano de 2014

Fueron días de sed, de calor y de muchísimo dolor. Tanto que Sefan, ciego y herido de gravedad a causa de la explosión, deseaba a menudo la muerte. Casi no comía y había perdido el interés por la vida. Su hermano Mahma se arrepentía de no haberlo dejado en el ambulatorio la noche de la batalla, cuando lo hirieron.

—Tranquilo, Sefan —le dijo Mahma en el hospital—. Te curarán y huiremos.

—Déjame aquí —le pidió Sefan, aún medio sedado—. Conmigo no llegarás lejos.

Pero Mahma no estaba dispuesto a dejarle allí porque se sentía culpable. Pensaba que Sefan estaba herido porque él se había empeñado en ir a combatir.

—Tranquilo —replicó Mahma, mientras guardaba en sus bolsillos los calmantes que le daba el médico para amortiguar el dolor de su hermano. Después, en una camilla, lo llevaron hasta el coche—. Huiremos, aunque tenga que subirte a lo más alto del monte Sinyar, al Templo de los Cuarenta Hombres.

Y eso, casi, fue lo que pasó. Con las carreteras cortadas por el DAESH tuvieron que aventurarse por los caminos de las montañas. Subieron al coche al *Sheikh* Moah, a su mujer y a su familia, porque se les había estropeado su todoterreno mientras huían. Sefan iba tumbado en el asiento del copiloto, los demás apiñados, incluso, en el maletero. Cuando se agotó el combustible, tuvieron que seguir a pie. Para llevar a Sefan, que pesaba como un muerto, improvisaron una camilla con la puerta de una casa abandonada que encontraron en el camino. Estaban cansados, pero no podían parar. Tenían que seguir subiendo la montaña porque los hombres del DAESH les pisaban los talones. Y los hubieran atrapado o matado, de no ser por que algunos yazidíes les hacían frente con sus armas de vez en cuando, lo que los obligaba a detenerse. Pero sobrevivir así era imposible porque, después de varios días huyendo, no tenían comida y el agua estaba a punto de acabarse. Luego, las heridas de los ojos de Sefan se infectaron. Las moscas venían a desayunar, a comer y a merendar a la venda ensangrentada que le cubría los ojos. Le dolían tanto que ni siquiera el recuerdo de Aysha lograba infundirle ganas de salir adelante. Ya con los calmantes agotados, solo quería dejar de sufrir.

Una mañana, los milicianos del DAESH dejaron de perseguirles porque los aviones estadounidenses les empezaron a atacar desde el aire. Después, varios helicópteros les arrojaron víveres y medicinas y alguien trajo unas pastillas para Sefan, que le hicieron dormir y pasar la noche sin dolores, pero no tardaron en acabarse y el sufrimiento regresó. Al día siguiente, una de las aeronaves se acercó al suelo levantando muchísimo polvo con sus hélices. Muchos yazidíes que se cobijaban a la sombra de unos arbustos corrieron hacia ella, con la esperanza de que los recogiera y, para sorpresa de Mahma, algunos consiguieron subirse.

—Si alguno se acerca, nos subiremos, Sefan —dijo el menor de los hermanos.

—Conmigo no lo conseguirás.

Cada vez que un helicóptero se acercaba a soltar víveres, lo intentaban, pero nunca

llegaban porque Sefan, herido y ciego, no podía caminar solo. Mahma le ayudaba, pero iban muy despacio, y solo en contadas ocasiones los militares permitían que alguien subiera. Ya habían desistido cuando, una tarde, el helicóptero descendió casi sobre ellos. Enseguida, una multitud se arremolinó bajo él para intentar subirse. Mahma trataba de ayudar a Sefan, pero había tanta gente luchando por hacerlo que era imposible.

—¡Así no podremos! —exclamó Sefan—. ¡Mahma, sube tú primero y tira de mí!

Mahma obedeció y consiguió encaramarse al helicóptero a codazos y golpes. Una vez arriba, atrapó la mano de Sefan y tiró, pero su hermano no hizo nada por subir, al contrario, se dejó superar por la multitud. Mientras el aparato ascendía, Mahma miraba impotente cómo desaparecía entre decenas de brazos levantados que suplicaban salvarse. Cuando se hizo diminuto en el aire y la multitud se deshizo, solo quedó Sefan, tumbado bocarriba, en el suelo. «El sol ya no calienta tanto», pensó, y se dejó morir.

DIÁLISIS

Mosul, Irak. Principios de 2015

—¿Está seguro, doctor? —preguntó Raed, el padre de la pequeña Hannan—. No creo que pueda pagar en mucho tiempo.

—No te preocupes Raed —dijo el doctor Ayash mientras conducía al padre y a la niña a la sala de diálisis. En los últimos meses, los riñones de la pequeña habían ido a peor. Unos médicos decían que a causa del agua, otros que por culpa de una dieta inadecuada. «¡Una dieta inadecuada! —gritó su abuela—. ¡Suerte que podemos darle de comer todos los días!». Al principio, los alimentos que necesitaba se encontraban en el mercado, pero luego su precio se disparó o desaparecieron de las tiendas. El cierre de territorios que impuso el DAESH sumió al califato en una autarquía echada en brazos del contrabando. Y como todo era cada vez más caro, incluidas las medicinas, los riñones de Hannan dejaron de trabajar bien, hasta que la diálisis fue inevitable.

—Intenta ahorrar para hacer algún pago —dijo Ayash—. Hay mucha gente como tú. Si puedes pagar algo, hazlo, para que los del DAESH no sospechen. Eso nos ayudará.

—Lo intento doctor, pero es tan difícil.

—Lo sé —contestó Ayash mientras abría la puerta de la sala de diálisis—. Raed, deja aquí a la niña. La enfermera ya la conoce, cuidará de ella. No quiero que alguien del DAESH te haga preguntas, porque si descubren que no has pagado nos sancionarán y son muy estrictos. Al que llega tarde solo unos minutos le quitan un día de sueldo y azotan a los que pillan fumando o se recortan la barba.

—Lo sé —aceptó Raed mientras soltaba la mano de Hannan para entregársela a la enfermera, que la aceptó con una sonrisa—, y se lo agradezco mucho. Volveré luego.

—Gracias —dijo Ayash, mientras miraba cómo conectaban a Hannan a la máquina de diálisis.

SÉ LO QUE PASÓ

Mosul, Irak. Verano de 2014

Habían transcurrido varios días desde que los yihadistas trasladaran a Mosul a Rezal y Nashira, las dos hermanas yazidíes. Desde entonces no tenían noticias de Aysha, su otra hermana, que tuvo que quedarse con Uday. Las llevaron a una casa grande y lujosa de alguien que huyó ante la llegada del DAESH y les reservaron un cuarto para ellas solas que debió pertenecer a los dueños, pues era muy grande, con una gran cama de matrimonio y un baño. Por la cuenta que les traía, los hombres de Abu Mohamed se ocuparon de que nadie las tocara.

Nashira, la pequeña, pasaba las horas en el regazo de Rezal, acurrucada y sin cerrar los ojos porque, cuando lo hacía, veía cómo Uday violaba su hermana. Hasta entonces, Aysha había sido la protectora de todas, pero ya no estaba. Su imagen sangrando, humillada y abofeteada, aterrorizaba a Nashira, que ya casi no hablaba, ni preguntaba por su familia o por lo que iba a ocurrirles.

—Tranquila —solía consolarla Rezal—. Sobreviviremos. Lo importante es sobrevivir.

Pero para la niña, aquello no tenía sentido. ¿Qué importaba la vida sin su hermana, sin sus padres y sin el resto de su familia? Y tampoco entendía que las obligaran a convertirse a una religión que no era la suya si querían salvar la vida ¿Y lo de que sería una esclava? Eso ni siquiera pensaba que realmente pudiera llegar a suceder.

—Pronto —intentaba tranquilizarla Rezal— el ejército nos liberará. Solo hay que resistir hasta entonces. Ya verás cómo pronto tendremos noticias de Aysha y de nuestra familia.

Y así fue. Un día, la mujer que les traía la comida, otra yazidí forzada a abrazar el islam para conservar el pellejo, otra *sabiya*, entró en su habitación con dos platos de arroz. Vestía una *abaya* negra, el vestido tradicional árabe y un *hijab* en la cabeza.

—He hablado por teléfono con mi hermana, en Sinyar —dijo con una media sonrisa —. Me ha dicho que ha visto a Aysha y que os manda saludos y mucho ánimo.

—¿Cómo está? —preguntó Rezal—. ¿Tiene buen aspecto?

—Eh… sí, sí —mintió la mujer—, lo tiene. Está en casa de ese Uday —dijo con desdén—, pero tiene buen aspecto y se puso muy contenta cuando mi hermana le contó que su marido logró escapar con su cuñado y que los vieron en el monte Sinyar.

—Has hecho bien —afirmó Rezal—. Lo importante ahora es sobrevivir. No debe venirse abajo. Tarde o temprano nos liberarán. ¿Y sabes algo más de alguien de nuestra familia?

—Nada —contestó la mujer con tono apesadumbrado—. Solo lo que os conté el otro día. A las mujeres mayores y a los hombres los separaron y los llevaron a la escuela.

—Bueno —dijo Rezal—, si no tienes más noticias, lo más probable es que estén bien.

—Puedes decirme la verdad —intervino Nashira muy seria—. Sé lo que les hicieron, se lo oí contar a los hombres del DAESH. Los mataron a todos. A unos los enterraron en una gran fosa común y a otros los tiraron al río.

La mujer y Rezal se miraron durante unos segundos, sin saber que decir.

—No digas eso —contestó Rezal—. Nadie lo ha visto. No pueden haber asesinado a tanta gente. Lo más probable es que nuestros padres y nuestro hermano estén detenidos, como nosotras. ¿No es así? —preguntó mirando a la mujer.

—Sí… sí —respondió ella señalando una bolsa que había traído, para cambiar de tema —Bueno, me voy. Ahí tenéis dos *abayas*. Abu Mohammed ha dicho que os las pongáis.

SEA DISCRETO

Mosul, Irak. Principios de 2015

A Adnan le costó mucho aprobar la carrera. No por tonto, ni por vago, sino por sus nervios. Solía quedarse en blanco en los exámenes, especialmente en los orales, incapaz de contestar las preguntas, aunque se las supiera. Tenía un cerebro privilegiado, pero no podía concentrarse bajo presión. Cuando se angustiaba, se arrancaba a pequeños tirones los pelos de la cabeza, se mordía las uñas hasta hacerse sangrar o se retorcía los lóbulos de las orejas con tanta insistencia que cogieron una llamativa forma alargada de más de un centímetro que hacía que las chicas lo miraran extrañadas, como con repelús.

Un viernes, a la salida del rezo, el imán le dijo que su madre le había contado su problema y le invitó a unirse a un grupo de reflexión y oración. Le presentó a un psicólogo que le trató gratis y así, con la ayuda de la religión y la ciencia, Adnan consiguió controlar casi totalmente su trastorno. Poco después aprobó sus estudios de economía, consiguió trabajo en un banco y dejó de morderse las uñas y de arrancarse los pelos. Lo que no había logrado reprimir, incluso décadas después, cuando se unió al DAESH, era retorcerse los lóbulos de las orejas sin cesar, cuando se sentía bajo presión. Y eso, retorcerse los lobulillos de las aurículas, era lo que el recién nombrado jefe del departamento económico del Hospital al Azahar hacía mientras esperaba a que el nuevo director, también del Estado Islámico, como él, le recibiera en su despacho.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó el doctor Omar.

—Aún no —se disculpó Adnan—, pero estoy seguro de que no tardaré.

—Espero que sea pronto —le recriminó el director, un hombre sereno de unos cincuenta años. Había hecho la carrera de Medicina, pero jamás había ejercido porque siempre se había dedicado a la política—. Usted no es un simple contable y sus acusaciones se escuchan muy arriba.

—Lo sé, doctor Omar, lo sé —volvió a excusarse el economista—, pero falta dinero. El volumen de material que gastamos no se corresponde con los ingresos.

—Aquí —observó el director— se atiende a nuestros combatientes y ellos no pagan.

—Lo he tenido en cuenta, señor director, pero, aun así, gastamos demasiado. Ayer pasé por la sala de diálisis. Todas las máquinas estaban ocupadas; sin embargo, según el registro de pacientes, solo debería haber una ocupación del setenta y dos por ciento. Puede que se esté atendiendo gratis o, lo que es peor, que alguien esté robando el dinero.

—Este hospital necesita ese dinero para seguir funcionando —observó el director—. Si sospecha de alguien, asegúrese de tener pruebas sólidas, porque esa es una acusación muy grave que conlleva un castigo muy severo.

—Aún no las tengo, pero los indicios señalan al laboratorio, porque para diagnosticar o comprobar el éxito de una terapia, hacen falta análisis. Tienen que estar involucrados.

—Entiendo —dijo el nuevo director—. Siga investigando, porque nos podría salir muy caro que nos acusaran de no estar atentos al dinero, pero sea discreto.

UN CULATAZO EN LA MEJILLA

Erbil, Kurdistán iraquí. Enero de 2017

Khaled tenía razón. El doctor Nawfah quería agradar a sus posibles donantes y se dio prisa. En un par de días, la mujer de Hassan, el ayudante del doctor Ayash, herido en la noche del incendio, accedió a que Zaida visitase a su marido en el hospital de Erbil en el que estaba ingresado. Sin embargo, la hija del médico no pudo atravesar el control de acceso a la ciudad. Un soldado de la División Dorada decidió que sus papeles no estaban en regla o, simplemente, no le cayó bien, así que, indignada e impotente, con los dientes apretados por la rabia, tuvo que darse la vuelta, aunque sus documentos eran perfectamente válidos. Zaida hubiera pagado, pero no tenía el dinero suficiente en ese momento. «¿Puede ir usted en mi lugar y preguntarle a Hassan esto, esto y esto otro?», le preguntó a Lola que, por supuesto, accedió.

En la habitación de Hassan hay otros dos pacientes y una cama vacía, aún desecha, con las sábanas sucias. Quien la ocupaba, un hombre de mediana edad, hace menos de una hora que ha salido rumbo a la morgue. Incorporado en una silla, Hassan no tiene buena pinta. Su mujer está sentada junto a él, con su hijo pequeño en brazos, sumido en un sueño intranquilo, quizá enfermo. Cuando Lola entra, ella no se levanta, solo saluda y señala al niño para indicar que está dormido. Hassan, como si llevara tiempo deseando contar su historia, empieza en cuanto la cooperante se sienta.

—Aún me duele —dice, con una mueca mientras se lleva la mano al pulmón para señalar el vendaje que cubre su herida de bala—, porque se ha infectado y se me forman neumotórax. ¿Sabe qué es eso? Aire entre los pulmones y las costillas. A veces creo que me voy morir del dolor. Pero, dígame, ¿cómo está la hija del doctor Ayash?

—Bien —asiente Lola, sin rodeos—, aunque muy preocupada. No ha podido venir, pero le agradece mucho que nos atienda. Quiere saber si su padre sobrevivió al incendio.

—Lamentablemente, puedo serle de poca ayuda —se excusa Hassan, con un aire tan sombrío que hace que la cooperante se preocupe.

—Pero usted estaba allí…

—Por supuesto — el hombre asiente al tiempo que, con dificultad, toma una bocanada de aire para empezar a hablar. Aunque acaba de conocer a Lola, quiere contarle lo que le sucedió a su jefe, porque le tenía mucho aprecio. Nada más comenzar, siente que se queda sin aire y, otra vez, le sobreviene una tos indominable. Y con ella llegan los terribles dolores en las costillas. Su mujer se levanta e instintivamente y tiende el niño a Lola para atenderle. Lo incorpora hasta que se calma un poco. Hassan trata de sobreponerse con la respiración agitada y, cuando abre sus ojos, cansados, devorados por unas grandes ojeras, los tiene muy húmedos. Por el ataque de tos y por el dolor, sí, pero también porque ha empezado a recordar. Recuerda el frío del invierno, el laboratorio saqueado por los yihadistas y la mirada de lobo de Abu Mohamed sobre el doctor Ayash, que mantiene sus ojos clavados en los del gigantón, sin desviarlos.

—Te estaba buscando, Ayash —dijo el yihadista tras unos segundos de silencio tenso —. Hoy ajustaremos cuentas.

Abu Mohamed disfrutaba como un lobo ante su presa indefensa. Lleva su mano al mango del gran cuchillo que tiene en su cinturón. Duda si disparar o degollar como a un cordero al hombre que más daño le ha hecho jamás. Le mira y sonríe.

—Debo ir a ver qué sucede y ayudar —respondió el médico, enfadado—, hay un incendio.

—Eso es precisamente lo que quiero que veas —contestó Abu Mohamed, aún con la sonrisa en la boca—. Mira por la ventana; mira lo que le va a su ceder a tu hospital.

—¡Lo estoy viendo! —gritó Ayash fuera de sí—. ¡Hay apagar ese maldito incendio! ¡Está en la sala de neonatos! ¿Es que no lo ves?

—Claro que lo veo —observó cínicamente el yihadista, que se regocija en el sufrimiento del doctor—. Creo que ha dado tiempo a evacuarlos a casi todos.

—¡Estás loco! —exclamó el médico—. ¡Primero fue el bombardeo de los americanos y ahora vosotros! ¿Cuándo nos dejaréis morir en paz?

—¡Abu Mohamed! —intervino otro yihadista que llegó a la carrera, sofocado—. ¡El director del hospital quiere verte! El ejército avanza muy rápido. ¡Hay que marcharse!

Abu Mohamed dudó, momento que Ayash aprovechó para encaminarse con decisión hacia la puerta, pero el yihadista no estaba dispuesto a dejarle marchar. Estrelló la culata de su *kalashnikov* contra su mejilla y el impacto hizo que el médico cayera al suelo.

—Tú no vas a ningún sitio —el islamista escupió las palabras con rabia—. Quiero que veas cómo arde todo, porque será lo último que hagas. Y quiero que lo veas de cerca.

—Levántame —ordenó Ayash a Hassan mientras, con un pañuelo, se tapaba la herida.

—¿Y qué vas a hacer, viejo? —preguntó Abu Mohamed tras darle una fuerte patada en la espalda que le hizo caer de nuevo, arrastrando a su ayudante.

—¡Ponedlos de rodillas! —ordenó Abu Mohamed—. ¡Con las manos en la nuca!

A duras penas, porque le dolía mucho el golpe, Ayash conseguó mantenerse de rodillas. Hassan, a su lado, miró hacia su derecha para ver cómo Abu Mohamed acercaba un machete al cuello de su jefe. Ayash sintió el contacto del metal sobre su piel. Cerró los ojos y apretó los dientes. Tanto que no escuchó el grito que atronaba a sus espaldas.

—¡Alto! —grita la mujer de Hassan, al ver que su marido vuelve a toser como un poseso. El rato que lleva hablando y la emoción de los recuerdos han hecho que le sobrevenga otro violento ataque de tos. Su esposa le tiende un vaso de agua. Bebe, pero tras una fuerte convulsión, tose de nuevo y se lleva la mano a la boca.

—¡Sangre! ¡Doctor! ¡Doctor! —exclama la mujer.

—¿Qué sucede aquí? —pregunta una enfermera, que entra al oír los gritos. Cuando ve la mano teñida de rojo de Hassan, llama apresuradamente médico—. ¡Vamos! ¡Fuera todos! ¡Hay que atender a este hombre!

—Se lo dije —dice la mujer de Hassan, entre sollozos, mientras le arrebata el niño a Lola—. Está muy mal. No ha debido recibirles. Márchense, por favor.

—Tiene usted razón —admite Lola—. Ya nos vamos. Pero necesitamos saber qué ocurrió.

—¡Ahora no puede! —grita la mujer, muy nerviosa—. ¡Tienen que entenderlo!

—Ya está bien, Lola —interviene Khaled, que ha estado callado durante todo el relato.

—Pero tenemos que averiguarlo, Khaled. Estamos muy cerca.

—Deja que yo me ocupe —le dice el iraquí, en tono sosegado—. Tendrás la información, pero ahora no puede ser.

5

EL REGALO DEL COMANDANTE

Mosul, Irak. Principios de otoño de 2014

Cuando el DAESH estabilizó la situación en Sinyar, Abu Mohamed y el comandante Quteiba regresaron a Mosul con su unidad. Habían pasado varias semanas eliminando las últimas bolsas de resistencia y deteniendo cristianos y yazidíes y ahora tenían unos días de permiso. Unos días para descansar y disfrutar de Rezal y Nashira, las dos muchachas yazidíes que se reservaron como *sabaya;* pero antes tenían un par de cosas que resolver. Como la operación contra Sinyar fue un éxito, el propio califa del DAESH, Abu Baqr al Baghdadi, había organizado una reunión para reconocer los méritos de los principales comandantes, entre los que estaba Quteiba. Solo ellos y algunos elegidos por su valor en combate.

—Termina lo que te he pedido —ordenó Quteiba a Abu Mohamed— y reúnete conmigo en la casa de las mujeres. Si alguien ha tocado a esas yazidíes, rodarán cabezas, porque nos merecemos un buen descanso con ellas. Es una pena que tenga que ser después de la reunión con al Baghdadi —bromeó Quteiba.

—Es un gran honor para todos nosotros que el Califa en persona reciba a nuestro comandante, y para mí que me hayas elegido para estar allí —dijo Abu Mohamed.

—Te lo mereces —dijo Quteiba, que no podía quitarse de la cabeza la imagen de Nashira, con sus ojos gris perla, con aquella cara de ángel. En cuanto Abu Mohamed se marchó, ordenó a su chófer llevarle a la casa de las mujeres. Al llegar comprobó que los yihadistas habían seguido a pie juntillas sus órdenes y nadie había tocado ni a Nashira ni a su hermana Rezal. Las dos vestían *abaya* negra, pero llevaban el pelo al descubierto, sin cubrir por el *hijab*, pues estaban dentro de la casa. Quteiba ni siquiera se molestó en saludar, pues estaba ansioso por volver a ver a Nashira. Se acercó, la miró y le pareció hermosísima, como si la modestia de la *abaya* resaltara aún más la belleza de sus pupilas claras. La niña sintió cómo los ojos del hombre, llenos de un deseo cenagoso, se clavaban en los suyos y los cerró. A sus doce años, nunca le habían mirado así.

—Abre los ojos —le ordenó Quteiba, secamente. Pero Nashira, aterrorizada, mantuvo la cabeza baja y apretó los párpados porque no quería ver el mundo que la rodeaba—. ¿No has oído? He dicho que me mires.

—Por favor —intervino Rezal, temerosa de que el hombre se enfureciera con su hermana—, es casi una niña. No sabe lo que hacer. Nashira, por favor, mírale.

Al levantar sus párpados, Nashira descubrió aquellos ojos grises que brillaban con la fuerza de las estrellas entre sus inmensas pestañas, oscuras como la noche. Quteiba sintió que jamás, ni aunque viviera cuarenta vidas de cuarenta siglos cada una, volvería a contemplar algo tan hermoso, y se sintió el hombre más dichoso que hubiera pisado la

tierra desde la llegada del Profeta.

—¿Ve? —continuó Rezal—. Es solo una niña y tiene miedo, pero es buena y obediente.

—Está bien, está bien —aceptó Qutaiba para, a continuación, dirigirse a uno de sus hombres—. ¿Se han convertido ya?

—No han querido —respondió uno de los milicianos.

—¿Por qué no las habéis obligado? —preguntó el comandante, con el ceño fruncido.

—Abu Mohamed nos ordenó que las tratáramos bien —se excusó el yihadista.

—Sugiero que las separemos —dijo Abu Mohamed, que acababa de llegar— hasta que reciten la *Sahada* y se conviertan al islam. O mejor, enviaremos a una de ellas a Siria.

—¡No! —exclamó Nashira, aterrada. Separarse de su hermana la horrorizaba, así que empezó a sollozar como la niña que era.

—¡Por favor! —rogó Rezal en el tono más sumiso que encontró dentro de sí —, no nos separen, yo la convenceré.

—Recitad la profesión de Fe —advirtió Qutaiba— o no volveréis a veros jamás.

—¡Por favor! —suplicó Rezal cuando vio llorar a Nashira como si le hubieran arrancado el alma. Al verla, Qutaiba se conmovió y estuvo a punto de cambiar de opinión, pero no le pareció oportuno mostrar compasión ante sus hombres por una simple yazidí.

—¡Separadlas! —ordenó Abu Mohamed—. Colocad a una en cada habitación. Os juro que si no os convertís, no volveréis a veros en la vida.

Las dos hermanas lloraban y gritaban mientras las separaban a la fuerza. Nashira tendió sus brazos hacia Rezal, pero no sirvió de nada, los milicianos se la llevaron.

—Os lo suplico —dijo Rezal—, mi hermana solo es una niña. Dejadme ir con ella, no sea que comenta alguna locura. Puedo convencerla.

—¡Calla! —ordenó Abu Mohamed, seguro de que pronto cambiarían de opinión.

EL NOMBRE

Erbil, Kurdistán iraquí. Principios de 2017

En cuanto ha recibido el mensaje de Khaled, Lola se ha puesto en marcha. Un texto breve, pero muy claro: «El ayudante del doctor Ayash quiere volver a hablar contigo. Tiene que ser ahora mismo o no podrá. Envío al conductor a tu hotel».

—Sabía que lo conseguirías, Khaled —le dice Lola cuando se encuentran en la entrada del hospital de Erbil—. ¿Cómo has convencido a su mujer? ¿Hassan está mejor?

—No, se está muriendo —responde secamente el iraquí—. Ella no quería que nos recibiera, pero él la ha obligado. Está muy mal, así que preguntas concisas y nada de cháchara. Y en árabe, para que le resulte más fácil. Y hay otra condición: si sufre otra crisis, en cuanto ella diga, deberemos marcharnos sin rechistar.

Lola asiente. En la habitación les espera la mujer, esta vez sin el niño, con cara de preocupación y lágrimas en los ojos.

—*As Salam Aleikum.*

—*U Aleikum as Salam.*

—Muchas gracias por recibirnos —le dice Lola— ¿Cómo está…?

—Mal —interrumpe la esposa—, muy mal. Por eso ha querido recibirles. Háganlo

rápido.

Hassan, recostado sobre el cabecero de la cama, sonríe cuando reconoce a la cooperante.

—Por favor, Hassan, dígame qué ocurrió aquella noche, en el Hospital al Azahar.

—El incendio era cada vez mayor. Abu Mohammed quería decapitar a Ayash y ya había puesto el machete sobre su cuello —el ayudante del doctor se detiene, tose un poco y se lleva un pañuelo a la boca. Lola teme otro ataque de tos, pero se tranquiliza al ver que el hombre consigue controlarse y continúa su historia.

—¡Alto! —gritó una voz, detrás de Abu Mohamed—. ¿Qué pasa aquí? ¡He dicho alto!

Abu Mohamed hizo una mueca de contrariedad al reconocer la voz del doctor Omar, el director del hospital. Se detuvo, pero no separó el cuchillo de la garganta de Ayash.

—Tengo una cuenta pendiente con este cerdo —sentenció el yihadista, decidido a cortarle el cuello—. Debimos matarle hace meses, pero consiguió librarse.

—¡Deténgase! —chilló el director en un tono tan autoritario que hizo dudar a Abu Mohamed—. ¡Es una orden!

—¡Me da igual! —respondió el gigantón, acostumbrado a imponer su ley por la fuerza.

—¡Es una orden directa de tu comandante! —insistió el director—. Quiere que nos lo llevemos vivo con todo el material de su laboratorio para montar un centro de transfusiones para nuestros heridos, en el oeste de la ciudad. ¡Y tiene que ser ya porque el ejército se acerca! Solo están a un par de kilómetros. ¿No oyes las explosiones?

Abu Mohammed frunció el ceño. El ruido de los combates se escuchaba cada vez más cerca y su experiencia le decía que pronto empezarían los bombardeos aéreos y de artillería. La ira crecía en sus entrañas. Desobedecer una orden directa de un comandante era una falta grave, pero lo que más deseaba en este mundo era segar el cuello de Ayash y ver su sangre regar el suelo. Le agarró fuerte del pelo. Apretó los dientes y gruñó. Después movió con fuerza la mano con la que sostenía el cuchillo sobre el cuello del doctor hacia la derecha y Ayash cayó al suelo. Hassan palideció al oír el grito del médico, que se llevó las manos a la garganta.

—¡Levantadle! —ordenó Abu Mohamed—. Ya ajustaremos cuentas más adelante. El próximo corte será más profundo y te segará el gaznate. ¡Te lo juro, Ayash!

—Has hecho bien —dijo el director del hospital—. Él es el único que puede montar esa unidad médica. No es prudente desobedecer una orden como esa.

Abu Mohamed miró con rabia a los ojos del director. Odiaba tanto a Ayash que no estaba dispuesto a que aquello terminara así.

—Le necesitamos, ¿verdad? —dijo mirando a los ojos del director mientras, lentamente, sacaba su pistola de su sobaquera y la amartillaba. El doctor Omar, que conocía los imprevisibles arrebatos de ira del yihadista abrió los ojos de par en par, aterrado —. Sí, de momento le necesitamos —continuó Abu Mohamed—. ¡Pero a su ayudante, no!

Fuera de sí, el islamista dirigió su pistola hacia Hassan, que todavía estaba de rodillas, en el suelo, y le disparó en el tórax.

—¡No! —gritó Ayash, mientras intentaba levantarse trabajosamente. El jaleo atrajo al conductor de una ambulancia cercana que, al ver a Hassan tumbado en el suelo, intentó ayudarle, pero Abu Mohamed le apartó de una fuerte patada.

—¡Quieto! —le espetó el yihadista—. ¡Tú no te entrometas!

—Está bien, está bien —aceptó el conductor, aturdido, y se fue a su ambulancia.

—¿Has visto? —preguntó Abu Mohamed a Ayash, recreándose en su impotencia—. Tiene una bala en el pulmón, disparada desde arriba. Quizá se lo ha atravesado y puede que esté en sus tripas. Con un poco de suerte se infectarán. No quiero matarle porque sé que es amigo tuyo y quiero que te vayas de aquí con la duda de si morirá o no. ¡Venga —ordenó a sus hombres—, subid al médico a esa ambulancia! ¡Nos vamos!

En la cama del hospital Hassan intenta incorporarse. Quiere continuar su relato, pero se ha puesto nervioso y la maldita tos vuelve con fuerza, incontrolable. Su mujer intenta calmarle, llama al médico y grita a Lola y a Khaled que se marchen.

—Naturalmente —dice la cooperante—, pero quizá recuerde el nombre del conductor de la ambulancia en la que subieron a Ayash. Sería importante para localizarle.

—¡Fuera! —responde la mujer de Hassan, muy nerviosa porque su marido escupe sangre y tiene los ojos en blanco, presa de un fuerte ataque de tos—. ¡Déjenle en paz! —chilla, mientras sale a buscar una enfermera.

—Lola, mira —Khaled señala a Hassan, que les hace una seña para que se acerquen. Aprovechando que su mujer ha salido, ambos obedecen.

—Abu… —Hassan tiene tanta tos que es imposible entender lo que dice, aunque lo intenta varias veces.

—¿Cómo?

—Isam… —consigue decir con mucha dificultad—. Abu Isam… Una ambulancia Toyota.

—¡Ya está bien! —grita la esposa de Hassan, completamente fuera de sí, cuando entra junto a dos enfermeras y ve que los cooperantes no se han ido—. ¿Es que no han tenido suficiente? ¡Déjenlo ya en paz!

—¡Márchense! —ordena una de las enfermeras mientras toma el pulso a Hassan, que ha perdido el conocimiento. Luego se dirige a su compañera—. Llama al doctor. ¡Deprisa!

—Vámonos, Lola —dice Khaled—. Creo que puedo encontrar a ese conductor. Vámonos, por favor.

VUELTA A CASA

Mosul, Irak. Otoño de 2014

Cuando soltaron a Mohammed ya no era el mismo. Después de presenciar el asesinato de su amigo Ahmed a manos de los yihadistas y de semanas de palizas y humillaciones había perdido el ánimo y varios kilos. Tenía un aspecto horrible por las laceraciones, las costras de las heridas y los moretones de las muñecas y la cara. Además, las costillas que le habían hundido a porrazos le obligaban caminar con dificultad, algo encorvado.

Volvió a casa por su propio pie. Nadie informó a su familia de que lo soltaban, por lo que nadie fue a buscarle a la prisión. Su padre, su madre y sus hermanos, sorprendidos, lo abrazaron y lo colmaron besos y abrazos. Habían preguntado por él muchas veces en las oficinas del DAESH, pero la respuesta siempre era la misma: «Sigue detenido», sin más. Por eso, cada vez que se anunciaba una ejecución, su madre rompía a llorar y su padre corría a ver si estaba entre los condenados. El día de la muerte de Ahmed acudió, pero no era capaz de reconocer a nadie porque se le habían roto las gafas y no tenía dinero para otras. Reconoció al grandullón con dificultad, por su corpulencia, pero no veía a su hijo. Se

peleó para atravesar la multitud y llegar la primera fila para poder ver. Miraba y miraba; se ponía las gafas rotas; se las quitaba. Entornaba los ojos y, aunque no veía a su hijo entre los reos, no estaba seguro.

—¿Está entre esos prisioneros Mohammed Shamma? —preguntó a uno de los yihadistas que se interponían entre el público y los condenados—. Es mi hijo, lo detuvieron hace días. Es que no puedo ver con estas gafas, porque se me han roto.

—No conozco el nombre de esos perros —contesto con desprecio el yihadista.

Después de dos ejecuciones, su sobrino se le acercó.

—No te preocupes, tío. Mohammed no está ahí.

El hombre dio gracias al todopoderoso y marchó a casa. Volvería en la próxima ejecución, con la esperanza de no encontrar a su hijo en ella. Por eso, cuando Mohammed regresó, le enterró en abrazos mientras su madre le ponía algo de comer.

—¿Te sirvo más? —le dijo su madre con cariño y una sonrisa que se borró de su cara cuando Mohammed extendió la mano para coger la cuchara y vio las heridas que le habían hecho las cuerdas de las que le colgaban para torturarle.

—No es nada, madre.

—¡Pobre mío! Come, hijo, come, para que te repongas de todo lo que te han hecho.

Pero Mohammed casi no comió. Su madre, preocupada, le besaba y su padre y sus hermanos se sentaron a su lado hasta que, agotado, se fue a dormir. Antes se duchó, porque no lo había hecho desde que se lo llevaron. El agua le aliviaba, pero lloró. Lloró con el alma quebrada a golpes, con el cuerpo violentado, con el espíritu roto en cuatro pedazos grandes. Intentaba arrancarse la suciedad que se había traído de su celda, pero no podía frotar fuerte, porque le dolían las llagas. "Doy pena", pensó, porque se le notaban los huesos, como a esos negros de África que se mueren de hambre en las llanuras resecas, al lado de sus vacas, tan esqueléticas como ellos.

Se secó, la toalla raspaba. No quería mirarse al espejo. Desde que lo encerraron, tan solo había visto el reflejo de su cara en los meados asquerosos del orinal que ponían en su celda. No quería, pero lo hizo. Se vio horrible, demacrado, con los pómulos marcados. En uno de ellos había un moretón muy grande y otro bajo su labio partido, que ya había tirado la costra. Cerró los ojos. Los volvió a abrir, miró su hombro, se giro y allí estaba el maldito tatuaje con el nombre de Ali. Recordó al muchacho, su imagen, su sonrisa, su calidez infinita y se sintió revivir. «Tengo que volver a verte», dijo, y apartó su mirada del espejo, asqueado, al ver la sonrisa cadavérica que se formó en su rostro demacrado.

HAZ TODO LO QUE TE DIGA

Mosul, Irak. Principios de otoño de 2014

Nashira no quiso comer, y tampoco hablaba desde que la separaron de su hermana Rezal. Echaba de menos su cariño, o cuando le decía que lo único importante era sobrevivir para reencontrarse con su familia cuanto todo terminara. Ella sabía que lo más probable era que el DAESH hubiera matado a casi todos, pero ahora que Rezal no estaba, se daba cuenta de que, aunque no la creyera, sus palabras la reconfortaban. Se sentía sola, vacía y quería llorar, pero el miedo se había bebido sus lágrimas. Era un terror tan grande que lo envolvía todo: aquel cuarto donde el DAESH la retenía, a su hermana, sus recuerdos. Nada era

bonito, todo estaba envuelto por aquella bruma maldita que convertía su mundo en una realidad espectral, como de cementerio.

—¿Has comido algo? —preguntó la mujer que le traía la cena—. Pobre niña mía —se compadeció al ver que no había probado bocado—. Anda, come o, al menos, bebe algo.

Nashira se incorporó y con una mano temblorosa, cogió el vaso de cristal que le tendía la mujer. Bebió sin gana un par de sorbos pequeños, como si le costara tragar antes de hacer un gesto para devolver el recipiente a la sirvienta, pero al hacerlo, este cayó al suelo y se rompió en mil pedazos.

—¡Oh! —exclamó la mujer—. No te preocupes, yo lo recojo.

—Deja que me agache —dijo Nashira—. Soy más joven y me cuesta menos trabajo.

—Gracias, hija —dijo la mujer, sin percatarse de que la niña escondía algo en la manga de su vestido—. Nashira, déjame que te de un consejo: no puedes hacer nada contra ellos porque te golpearán o te matarán. Debes convertirte al islam, aunque no sea de corazón, como hice yo. Así te dejarán ver a tu hermana. Luego, cuando Quteiba te lleve con él, haz todo lo que te diga sin rechistar y así no te pegará. Eres demasiado joven y no tienes a nadie que te lo explique, pero yo te contaré lo que debes hacer cuando te quedes a solas con él, después de la boda. Porque tú sabes que el comandante Quteiba se casará contigo, ¿verdad? Haz lo que yo te diga y no te pegará ¿Entiendes?

Nashira la miró aterrada. No quería oírlo, no quería quedarse sola con Quteiba ni con ningún hombre. Apenas tenía doce años y su familia y su mundo habían desaparecido de un plumazo. Solo quería salir de aquel sueño terrible. A cualquier precio.

CUESTIÓN DE TIEMPO

Mosul, Irak. Principios de 2015

A Adnan le gustaba poco salir de su despacho. Como jefe del departamento económico del Hospital al Azahar que era, prefería encerrarse allí a cuadrar las cuentas con tranquilidad, pero últimamente no hacía más que merodear por los pasillos y los almacenes acompañado de su ayudante, Walid, apuntándolo todo.

—Será un inventario exhaustivo, Walid —le repetía una y otra vez—. Nos ayudará a descubrir por qué falta dinero.

Adnan se había jurado a sí mismo que descubriría por qué no cuadraban las cuentas, aunque tuviera que revisar todo el material. Cada venda, cada aguja, cada sonda. Y eso hacía cuando miró por la ventana y vio al doctor Ayash comer barritas de chocolate junto a un niño pequeño. Llevaba en la mano un sobre blanco y se dirigía a una niña regordeta y amarilla que caminaba junto a su padre señalando con la mano el chocolate.

—Lo siento, Raed —dijo el doctor mientras entregaba el sobre blanco al padre de la niña—. Le daría una chocolatina, pero Hannan no debe comer esto. Aquí tiene los resultados de su última analítica. No ha mejorado.

—Lo suponía —afirmó el hombre—. Gracias por las molestias. Hoy tampoco puedo pagar. Quizá la semana que viene…

—Tranquilo, Raed. Ya pagarás.

Adnan, que contemplaba la escena desde su ventana, frunció el ceño. ¿Qué hacía el director del laboratorio, el departamento del que sospechaba, entregando un sobre a aquel

hombre? Ordenó a su ayudante que continuará con el inventario, bajó las escaleras, esperó a que Ayash se despidiera y siguió Raed hasta la puerta del recinto.

—¡Disculpe! —lo abordó cuando ya se había alejado del médico.

—¿Sí? —contestó el padre de Hannan.

—Me manda el doctor Ayash —dijo Adnan, con la vista puesta en el pequeño algodón que, pegado con esparadrapo, había en el brazo de la pequeña, pues Hannan tenía la manga de la chaqueta subida para poder apretárselo—, cree que hay un error en el sobre que le ha entregado ¿Me permite comprobarlo?

—Naturalmente —aceptó Raed, ajeno a las sospechas de Adnan, mientras le tendía el sobre con los resultados de los análisis que Ayash le había entregado.

—Gracias —dijo el director económico al tiempo que comprobaba su contenido—. Tome, veo que está todo en orden. No tiene de qué preocuparse.

En cuanto Raed se fue, Adnan apuntó el nombre de Hannan. Se retorció el lóbulo de la oreja y sonrió. El esparadrapo en el brazo de la niña y los análisis indicaban que estaba recibiendo algún tratamiento. Ahora solo había que comprobar si habían pagado. El círculo se cerraba.

ME QUIERO MARCHAR

Erbil, Kurdistán iraquí. Invierno de 2017

Hoy, en el hotel Classy, se desayuna en el espacio que hay entre el restaurante, un asador griego y la recepción, porque en el salón del bufé del desayuno hay un evento.

—¿Puedo sentarme? —pregunta Alex en tono cortés, pero seco, al llegar a la mesa de Lola y Khaled.

—Claro —responde Lola con una sonrisa que oculta cierta preocupación, porque hace días que ha notado una creciente frialdad en el joven. No es hostilidad, pero los esfuerzos por agradarla que hacía cuando la conoció han desaparecido y le inquieta que, por ello, Alex informe contra la financiación del proyecto para la reconstruir el hospital.

—¿Preparando la jornada? —pregunta Alex, sin demasiado interés porque, desde que vio salir a Dyar de la habitación de Lola, no se encuentra a gusto con ella.

—Ya hemos terminado —responde Khaled—. Le estaba contando a Lola que he encontrado a Abu Issam, el conductor de ambulancias que llevó al doctor Ayash al oeste de Mosul después de que hieran a su ayudante.

—Ah, ¿no se había ido con el Estado Islámico?

—Los yihadistas —explica Khaled— le obligaron a llevarlos a ellos y a Ayash al otro lado del río y, después, a trabajar con su ambulancia evacuando a sus heridos del frente. Siempre tenía que ir con alguien armado del DAESH para que no huyera, porque su familia está en el lado del gobierno, pero un día fueron a socorrer a un miliciano alcanzado por un francotirador al sur de Mosul. Mientras lo subían a la ambulancia se produjo un bombardeo y todos corrieron a esconderse. Entonces, él aprovechó para subirse a su ambulancia y huir hacia las líneas del ejército.

—¡Qué coraje! —exclamó Lola.

—Bueno —objetó Alex—, la Convención de Ginebra prohíbe disparar a las ambulancias.

—Al DAESH —contestó Khaled— le importa una mierda la Convención de Ginebra y el ejército tampoco la tiene muy en cuenta. Especialmente desde que los yihadistas cargan las ambulancias de explosivos y las lanzan contra sus controles.

—¿Disparan sobre ellas? —pregunta el estadounidense, asombrado.

—No siempre, pero si no se detienen al aproximarse o hacen algo raro, sí.

—El caso —interviene Lola, entusiasmada por haber encontrado a el conductor de ambulancias— es que Abu Issam ahora trabaja evacuando heridos en Hammam al Alil, que está al sur de Mosul. Está cerca del frente, pero se puede ir.

—Umm… —dice Alex pensativo—. Id vosotros, yo paso. Me parece que te estás obsesionando demasiado con ese asunto y estás dejando de lado nuestro objetivo.

—Creo que nunca he hecho tal cosa —objeta Lola, desconcertada—. Además, ese doctor nos podría ser muy útil para reconstruir el laboratorio y la unidad de talasemia.

—Mi trabajo —contesta Alex con cierta agresividad— es evaluar la viabilidad del proyecto, no realizar la reconstrucción, y vuestra misión es ayudarme con eso. Quisiera terminar rápido para poder marcharme de aquí.

—Pero creí —insiste la cooperante— que a ti también te interesaba Ayash.

—Sí —contesta él secamente—, me interesaba, pero ahora, quiero terminar cuanto antes.

—No entiendo, Alex —replica ella, con los hombros encogidos y los ojos abiertos.

—Pues te lo explicaré, Lola. Me parece bien que busques al doctor, pero te pido que hagas tus investigaciones cuando hayamos terminado de trabajar.

—Está bien —acepta Lola, preocupada por la hostilidad de Alex.

SOLEDAD

Mosul, Irak. Otoño de 2014

Faltaban casi dos horas para el amanecer. Nashira no había podido dormir nada porque, durante todo su cautiverio en manos del DAESH, era la primera vez que se separaba de su hermana Rezal; la primera que se quedaba totalmente sola. Todas las noches anteriores, en dirección a la luna, rezaba a Tawûsê Melek para pedirle que nunca tuviera que despedirse de ella, pero el ángel protector de los yazidíes no le hizo caso.

—¡Dejadme con ella! —le suplió Rezal a Abu Mohamed entre sollozos, mientras las separaban a la fuerza—. Puedo convencerla. Recitará la *Shahada*, se convertirá al islam.

—¿Te convertirás? —preguntó de nuevo Quteiba, deseoso de mostrar autoridad. Pero Nashira volvió a negar con la cabeza, sin dejar de llorar. Prefería que la mataran a renunciar a la fe de sus padres—. ¡Entonces separadlas! Esta noche —le dijo a Abu Mohamed— tenemos el encuentro con el Califa y terminaremos tarde, pero mañana, vendremos a por ellas para inscribirlas en el registro como nuestras *sabaya*.

Apenas había pasado unas horas separda de su hermana, pero Nashira sentía que toda la soledad del universo la rodeaba en un abrazo infinito. Durante las semanas anteriores había sentido miedo, mucho miedo, pero no soledad. Ahora no sabía qué hacer, porque solo era una niña. Se levantó y comenzó andar por la habitación, nerviosa, hasta que le sobrevino un llanto seco, casi histérico. Se sentó en su cama, se acurrucó con la espalda apoyada en la pared y se tapó los ojos con las manos, pero no los oídos. Por eso, pudo

escuchar los gritos de la otra habitación. Eran de mujer, otra violación. Recordó a su hermana Aysha. ¿Qué habría sido de ella? Su imagen ensangrentada y medio desnuda, con aquella bestia de Uday encima golpeaba su cabeza como un ariete. ¿Sería aquello lo que la esperaba cuando el comandante Quteiba viniera a por ella? Cuando los gritos se hicieron más fuertes se tapó los oídos. Sintió que le faltaba el aire, quería llorar. Abrió la boca, pero el llanto no salía. Una realidad enloquecida daba vueltas a su alrededor como un tornado que devoraba sin piedad todo su mundo.

TE LO HICIERON ELLOS

Mosul, Irak. Finales de otoño de 2014

Cada mañana desde que el DAESH lo liberó, Mohammed se despertaba con su amigo Ali en la cabeza. Con su sonrisa, con su belleza adolescente, con su forma de mirar. Cada día sentía el deseo de volver a verlo, se levantaba decidido, preparaba su camisa favorita, se aseaba pero, al mirarse al espejo, se derrumbaba. Su imagen demacrada y las marcas de las torturas le ensombrecían el ánimo. «Mejor mañana», pensaba. Y pasaba una mañana y otra, y otra, hasta que ya no pudo resistir las ganas de verlo.

—¿Adónde vas? —le preguntó su madre cuando vio que se marchaba.

—A ver a mis amigos.

—Ninguno vino a preguntar por ti mientras estabas detenido. Ni siquiera Ali.

—¿Él tampoco? —preguntó Mohamed sin poder ocultar su tristeza.

—Bueno —admitió la mujer, conmovida por la pena que manaba de su hijo—, él vino a decirnos que te habían detenido, pero no volvió más.

—Saldré de todos modos —Mohammed se dio la vuelta para que su madre no viera que se le humedecían los ojos.

—Ten cuidado —le advirtió la madre.

El chico fue al descampado donde solían reunirse y se sentó bajo la sombra de la higuera, como antes, a esperar que llegara alguno de sus amigos. Estuvo un buen rato, pero ninguno apareció. Recordó los buenos tiempos y, de repente, sintió ganas de encender un cigarrillo, como antes, pero recordó las consecuencias. Ya no fumaba. Le habían quitado el hábito a golpes; y al pobre Ahmed lo mataron por unas palabras dichas sin pensar. Él no quería blasfemar, seguro. Simplemente abrió la boca cuando no debía. «Comparado con Ahmed, he tenido suerte», se repetía una y otra vez. Pensaba en ello y en sus otros amigos. ¿Por qué no estaban allí, si era la hora a la que solían juntarse? ¿Los habrían detenido también?

Se cansó de esperar, así que se puso a caminar hasta la casa de Ali para aguardarlo apoyado en una pared, a veinte o treinta metros de la puerta. Cuando lo vio llegar, sonrió y salió a su encuentro lo más estirado que pudo, para parecer más elegante.

—¡Ali! —exclamó, para llamar su atención.

Al escucharle, el muchacho se detuvo en seco y levantó la vista. Una sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios, pero se quedó congelada antes de nacer. Ali miró a ambos lados, temeroso de que alguien los estuviera observando; Mohamed, al contrario, aceleró el paso, ansioso por llegar hasta su amigo. Iba a abrazarlo, pero Ali le tendió la mano con frialdad, como para marcar las distancias.

—¿Cómo estás, Mohammed? —preguntó secamente.

—Bien —respondió el joven, desconcertado por la falta de emoción de su compañero.

—Veo que te han soltado —dijo Ali, quien, al estrechar la mano de su amigo reparó en las costras que tenía en las muñecas, fruto de las torturas—. ¿Qué es eso?

—No es nada —contestó Mohamed al tiempo que retiraba su mano—. Ya está casi curado.

—Te lo hicieron ellos, ¿verdad?

—Sí, cuando vieron mi tatuaje, con tu nombre.

Ali puso cara de pavor, como si le hubieran mentado al mismísimo demonio.

—Y tú, ¿que les dijiste?

—Nada, que era por la canción de Zaid al Habib, pero ellos pensaron que podía ser chií, o estar con el gobierno de Bagdad y me torturaron para saber si era un informante o un traidor. Pero vamos a dar una vuelta —sugirió Mohammed, deseoso de hablar con su amigo y estar a solas— y así te lo cuento.

Ali estuvo unos segundos en silencio. No quería hablar. Tenía los ojos húmedos con las lágrimas a punto de saltar sobre sus mejillas.

—No puedo, tengo que irme a casa —dijo sin más.

—¿Y mañana? —pregunto, Mohammed, esperanzado

—No —sentenció el chico—. Es muy peligroso. Ahmed está muerto, los demás chicos tienen miedo y yo también. Ninguno se quiere juntar contigo.

—¡Pero tú y yo éramos los mejores amigos, Ali! Más que amigos. Éramos… Éramos —el muchacho titubeó buscando la palabra.

—Adiós, Mohammed —dijo Ali mientras se marchaba—. Y bórrate ese tatuaje, si es que puedes. No te ha traído más que problemas y no significa nada. ¿Me entiendes? —preguntó sin mirar atrás—. No significa nada.

—Pero yo… —dijo Mohamed sin terminar la frase. Las palabras de Ali le dolían más que todos los golpes que le habían dado en la prisión del DAESH; más que sus costillas hundidas; más que sus muñecas laceradas. Lo vio marchar y, cuando estuvo seguro de que Ali ya no podía oírle, termino la frase—, pero yo te quiero.

TIRAR DEL HILO

Mosul, Irak. Principios de 2015

—Lo he comprobado —anunció Walid, el ayudante de Adnan, el jefe del departamento económico del Hospital al Azahar—. En nuestros archivos no consta que esa niña, Hannan Ansari, haya recibido ninguna atención desde hace más de un año, cuando se le diagnosticó una insuficiencia renal crónica grave; tampoco hay ningún pago.

—¿Estás seguro? —pregunto Adnan.

—Totalmente. He comprobado todos los registros y el fichero central.

El jefe del departamento económico arqueó una ceja. Sabía que la niña estaba recibiendo tratamiento en el hospital porque había visto los papeles que le dio Ayash a su padre, pero necesitaba las pruebas concluyentes que le había pedido el director.

—Bien —dijo Adnan—, yo mismo vi un algodón en su antebrazo, lo que quiere decir que le habían hecho algún análisis o la habían pinchado, pero no está reflejado en los

libros. Sé que ese médico está dando tratamientos gratis o los está cobrando y se está quedando con el dinero, pero necesito más pruebas. Ayash está haciendo algo raro, solo hay que tirar del hilo. Si esa niña tiene insuficiencia renal crónica grave, necesitará diálisis. Walid, debes vigilar si la está recibiendo.

—Hablaré con el personal de la sala de diálisis —dijo Walid.

—No —se apresuró a decir Adnan—, aún no. Sospecho que hay más personas a las que estamos atendiendo sin que sus tratamientos consten en los archivos. Hazlo sin que sospechen.

6

SUEÑO

Mosul, Irak. Otoño de 2014

Por fin el sueño vencía a Nashira. Parecía que no llegaría nunca, que jamás podría conciliarlo, pero después de toda la noche sin dormir, al despuntar el alba, lo logró. Los párpados le pesaban y le invadió una invencible sensación de cansancio. Mientras la consciencia la abandonaba, le pareció ver a su hermana, Aysha. ¿Quién sabe? Quizá habría logrado escapar de aquel maldito Uday y tal vez, algún día, volvería a reunirse con Rezal y con ella. Sus imágenes, al principio nítidas, se volvieron borrosas y desdibujadas. Intentó levantar los párpados para ver si estaban allí, con ella, pero no pudo, era como si estuvieran cosidos así que se contentó con su recuerdo, que se desfiguraba poco a poco. También vio a su padre y a su madre, y jugaba con su hermano Halo en medio de un campo verde en el que había una mesa con mucha comida. Se sentía feliz y fresca hasta que le vino a la cabeza que, a la mañana siguiente, uno de los verdugos de su familia la tomaría como esclava o, lo que era peor, como esposa. El corazón le dio un vuelco, pero ya no tenía fuerzas para despertarse. Le aterraba que Quteiba la viniera a buscar y le hiciera lo que Uday le hizo a su hermana. Lo tenía grabado a fuego en la memoria. Sangre y dolor, sangre y dolor, sangre y dolor. No, no quería que a ella le sucediera lo mismo. Iba a llorar, pero sonrió. Sonrió al recordar cómo sacó de la manga de su *abaya* el cristal del vaso que se rompió cuando lo dejo caer al suelo, y cómo lo hizo sin que se diera cuenta la mujer que le traía la cena. No era muy grande, pero tenía una arista muy afilada. Despacio, con los ojos fijos en ella la llevó hasta su muñeca izquierda. No pensó que se atrevería, pero se atrevió. Apretó y deslizó el borde sobre su finísima piel. Dolía, pero era soportable y daba menos miedo que quedarse a solas con un comandante del Estado Islámico y ser su esclava. No quería condenarse a vivir para siempre en aquel infierno. Vio salir las primeras gotas de sangre, cerró los ojos, contuvo la respiración. A tientas, se cambió de mano el cristal y se hizo lo mismo en la otra muñeca. Esta vez más fuerte. Más rápido.

Con los ojos cerrados se tumbó sobre el colchón y se arropó con una manta. Las imágenes de su pueblo, de sus padres, de sus hermanos y de Rezal y Nashira desfilaron por su mente. Ya estaba huyendo. Sonrió y rezó a Tawûsê Melek, el ángel de los yazidíes, para que nadie entrara en la habitación y descubriera lo que había hecho antes de que consiguiera escapar de la pesadilla.

MEJOR SI NO NOS ACERCAMOS

Carretera de Erbil a Mosul, Irak. Principios de 2017

—Ya que nos han cancelado la cita de esta mañana —dice Khaled, sentado en el asiento de atrás del coche blindado— y no tenemos nada que hacer en Mosul, podríamos tomar la carretera del sur en Hamdaniya e ir a Hammam al Alil. Abu Issam, el conductor de ambulancia que trasladó al doctor Ayash la noche del incendio, está destinado allí. Recoge heridos y refugiados en el frente.

A Lola le encantaría hablar con ese hombre, pero no quiere molestar a Alex, cuya actitud distante continúa. El estadounidense tiene cara de fastidio, porque cuando les han avisado de la cancelación, ya habían salido de Erbil.

—No sé si Alex querrá hacerlo —dice la cooperante—. Quizá prefiera volver a Erbil.

—Lo prefiero —responde Alex secamente, sin dar más explicaciones.

—Es una pena —observa Khaled— porque nos llevará mucho tiempo ir a Mosul y volver. Además, si vamos a Hammam al Alil, podríamos ver esas nuevas unidades quirúrgicas móviles de Médicos sin Fronteras.

—¿El MUST? —pregunta Lola—. He oído que son impresionantes.

—¿De qué se trata? —se interesa Alex.

—Unos quirófanos montados en tráileres para actuar muy cerca de primera línea de fuego —explica Khaled—. Conocemos al jefe.

—Sí, pero ese lugar está cerca del frente y hay que atravesar varios controles —explica Lola—. Es posible que tardemos y eso sería incómodo para Alex.

—Prefiero no ir —repite el estadounidense—, gracias.

En realidad, Alex no está seguro de lo que acaba de decir. Se siente molesto desde que vio salir a Dyar del cuarto de Lola, pero tampoco quiere molestar a la cooperante. Durante unos minutos da vueltas al asunto, hasta que llega a la conclusión de que se está comportando como cuando era un adolescente estúpido que se sentía despechado cuando alguna chica del instituto que le gustaba se liaba con otro.

—Tonto —se dice a sí mismo, sin darse cuenta de que vuelve a hablar solo.

—¿Cómo? —pregunta Khaled, al oírle hablar.

—Eh… Nada —responde Alex, avergonzado—. He cambiado de opinión. Si queréis podemos ir a ese lugar…

—Pero ya sabes cómo funciona Irak —interviene Lola—. Podría ser peligroso o podrían pararnos en algún control durante mucho rato.

—Lo sé —dice el estadounidense—, pero no te preocupes.

—No sé… —insiste la cooperante, que se da la vuelta y le mira— Si ocurre algo…

—Bueno, ya soy mayorcito —contesta Alex, que no puede resistirse cuando Lola le mira así—. Además, ya hemos sobrevivido a un atentado ¿no? Pero mejor si no nos acercamos demasiado al frente —apostilla.

—Gracias —responde ella.

UNA PRUEBA DEFINITIVA

Mosul, Irak. Principios de 2015

Walid, el ayudante del jefe del departamento económico del Hospital al Azahar, llevaba días vigilando la sala de diálisis. Se dejaba caer con frecuencia con el pretexto de conocer las necesidades del servicio y se mostraba amable con enfermeras y pacientes mientras les

hacía preguntas. «¿Todo en orden, señora? ¿Le han atendido bien? Y tú, pequeña, ¿te encuentras mejor hoy? No te preocupes, no te dolerá. ¿Cuántos años tienes? ¿Cuál es tu nombre? ¡Qué bonito! Creo que conozco a tu padre, ¿cómo se llama?». Y Walid se quedaba con los nombres y la información en la cabeza y los apuntaba mientras fingía tomar notas de las cosas que hacían falta. Después se marchaba a cotejar su información con los pagos que se habían hecho.

Cuando Walid vio aparecer a Raed con su hija Hannan por el pasillo de la planta del hospital, sonrió. Desde que su jefe le puso sobre la pista de la niña, la vigiló y anotó todas las sesiones de diálisis que le daban. Comprobó que no existía ningún registro de ellas ni de sus pagos. Solo le faltaba poner la guinda al pastel, cerrar el círculo sobre la pequeña y sobre Raed que, ajeno a todo, llevaba cogida de la mano a la niña. Su piel era amarilla, como la cáscara de un limón pasado, sin brillo, pero estaba contenta porque estaba con su padre. Walid los miró e hizo como si no los hubiera visto. Esperó a unos metros de distancia para dar tiempo a que los médicos conectaran a Hannan a la máquina de diálisis antes de entrar en la sala. Unas fotos o un vídeo de teléfono móvil de la niña recibiendo tratamiento era todo lo que quería. La prueba que le había pedido su jefe.

—No se pueden hacer fotos de los pacientes —le reprendió una enfermera.

—Soy Walid Azzou, del departamento económico —respondió él con cierto desdén—. Saco fotos del equipamiento. Son de uso interno.

—Ah, no sabía —se excusó la joven—. Disculpe, es que soy nueva.

DESPIERTA, MI NIÑA

Mosul, Irak. Otoño de 2014

Aunque se había acostado tarde, el comandante Quteiba se levantó casi al amanecer. No se podía quitar a Nashira de la cabeza, no veía el momento de hacerse con esa *sabiya*. Iría a la casa de las mujeres, la recogería, la inscribiría en el registro de esclavas y luego la llevaría a los juzgados para registrar su conversión.

Cuando llegó a la casa, ordenó a la yazidí conversa que cuidaba de las hermanas que fuera a buscar a la niña. Ella obedeció y, al entrar en el cuarto, noto un olor extraño, como dulzón, que no había percibido antes. Miró a Nashira, que estaba metida en la cama, arropada hasta el cuello, con la cara cubierta por el cabello.

—Despierta, mi niña. Han venido a buscarte. —Pero Nashira no despertaba ni se movía. No le extrañó, pues sabía que le había costado mucho conciliar el sueño, así que volvió a llamarla con mucha dulzura por fuera y mucha amargura por dentro. La tocó otra vez en el hombro; con una caricia apartó el pelo de su carita de estrella y, al hacerlo, rozó la mejilla. Estaba helada, fría como el mármol de las lápidas de los cementerios.

—Seguro que has dormido destapada —dijo al moverle de nuevo el hombro. El cuerpo de Nashira se giró y quedó bocarriba. Su cara seguía siendo tan bella como antes pero ahora dibujaba una sonrisa suave, como de placidez. Sin embargo, estaba muy pálida, con unas profundas ojeras oscuras que le daban un aspecto fantasmagórico. Poco a poco, como si se temiera lo peor, la mujer descorrió la manta oscura que la ocultaba. Cuando vio que el pecho de la pequeña no se movía, sus ojos se abrieron como platos, llenos de terror. La destapó por completo y vio que todo estaba empapado de sangre.

Al escuchar el alarido de la esclava, Quteiba entró a toda prisa. Él sí reconoció enseguida el olor dulzón de la sangre. Vio a la mujer que lloraba a los pies de la cama de la pequeña Nashira y se fijó en la niña, que parecía un ángel herido, tendido sobre gran charco de sangre en una sábana blanca. El comandante apretó los puños y los dientes presa de una rabia inmensa. La miró y maldijo su suerte. Incluso muerta reflejaba todo el esplendor del firmamento. Deseó abrir sus ojos para volver a ver por última vez aquellas pupilas claras, pero no pudo.

—¡Maldita perra! —aulló, presa de una ira infinita, mientras daba una fuerte patada a la mujer que la cuidaba, que lloraba arrodillada—. ¡Debías haberla vigilado!

—Señor —se excusó la yazidí conversa—. Yo tengo que limpiar y cocinar para las otras mujeres y los soldados. No he podido estar con ella. Quizá si su hermana hubiera estado aquí, esto no hubiera sucedido. ¡Por favor! —imploró ella—, no me pegue más. Recuerde que fue ese miliciano suyo, Abu Mohamed, el que dijo que las separaran.

—¡Lleváosla de aquí! —gritó el comandante fuera de sí, mientras la seguía pateando.

Cuando se la llevaron, Quteiba hervía ante el cadáver de Nashira. El ser más bello que jamás había visto iba a ser suyo, pero ahora era un cadáver tendido sobre la sangre. Una frustración infinita se apoderó de su ánimo. Y no iba a conformarse; aquello no quedaría así. Se quedó pensativo durante unos segundos con los ojos clavados en la pequeña, a la que ya nada podría devolverle el aliento. Se agachó y tocó su cara. Quería abrazarla, besarla, pero algo se lo impedía. El frío de la muerte se había posado sobre ella como una muralla protectora. Aquella sensación, aquel contacto gélido le resultó tan insoportable que apartó la mano.

—¡Preparad a su hermana! —ordenó secamente—. Vendrá conmigo.

—Pero —dijo el miliciano— era para Abu Mohamed.

—¡Qué se busque otra! Al fin y al cabo, suya fue la idea de separarlas.

¿ESTAS SEGURO?

Hammam al Alil, Irak. Principios de 2017

—Son cinco tráileres que nos permiten montar un hospital con quirófano, sala de reanimación y unidad de cuidados intensivos en tiempo record —la voz de Marcus es grave y profunda, muy atractiva, por su fuerte acento alemán, cuando habla inglés—. Además, tenemos farmacia; podemos ser autónomos durante una semana y hacer casi cien intervenciones con nuestro propio material.

—Es impresionante —afirma Lola—. Y a ti se te ve muy orgulloso.

—Lo estoy —reconoce el médico—. Poder dirigir un súper quirófano de campaña como este es casi un sueño. Podemos montarlo y desmontarlo en unas horas y llegar muy cerca del frente. Las ambulancias traen los heridos y nosotros los curamos. Así de fácil.

—¿Te imaginas que hubiéramos tenido esto en la guerra de Libia? —sonríe Lola.

—Con esto y una cirujana como tú —afirma Marcus— hubiéramos salvado muchas vidas.

—Eso es agua pasada —dice ella y desvía la mirada.

—Es una pena —observa él con resignación—. Si cambias de opinión y decides volver, aquí tienes las puertas abiertas. Necesitamos cirujanos de campaña como tú.

—¡Eh! —interviene Khaled, en broma—. ¿No me estarás intentando robar a Lola?

—Tú también tendrías un sitio, Khaled —bromea Marcus—. No tenemos ningún vago.

—¿Nos enseñas el quirófano mientras vuelve el conductor de ambulancias?

—Lo siento, Lola —se excusa Marcus—. Pero están operando y no sé cuándo terminarán.

—Se me ocurre que —sugiere Khaled— en lugar de esperar aquí a que Abu Issam regrese con su ambulancia, podríamos ir a buscarlo, hablar con él y volver.

—Hoy el frente está tranquilo. Podéis hacerlo, pero tened cuidado —advierte Marcus.

—He hablado con Abu Issam por teléfono —dice Khaled—. Está unos veinte kilómetros al norte. Aún no puede venir porque su relevo llega en un par de horas.

—¿Cuánto tardaríamos? —pregunta Lola.

—Tenemos los permisos en regla y el conductor conoce el camino —responde Khaled —Si todo va bien, en algo más en una hora estaríamos de vuelta.

—No sé si a Alex le apetece —dice la cooperante, mirando al estadounidense.

—Si él quiere —observa Marcus—, puede quedarse aquí hasta que regreséis.

—No, gracias. Iré con mis compañeros —dice Alex que, aunque sigue algo molesto con Lola por liarse con Dyar, no quiere que lo vea como un cobarde.

—¿Estás seguro? —pregunta Lola.

—Seguro —miente Alex, mientras le da una palmada en el hombro a Khaled y le hace una seña para dirigirse al coche.

—Lola —dice Marcus cuando se quedan solos—, lo que he dicho antes sobre que si quieres volver a la medicina es en serio. Tú sabes perfectamente que lo que sucedió en Libia le puede pasar a cualquiera. Todos los médicos hemos perdido a alguien en la mesa de operaciones.

—No sigas por ese camino, Marcus —le advierte ella con expresión muy hostil.

—No hubo negligencia —replica el alemán sin hacerle caso—, ni fue culpa tuya. Hay una investigación que lo demuestra.

—No es cierto —contesta la cooperante—. Horas antes de la operación había fumado hachís y bebido hasta caerme de culo.

—¡Eso fue la noche anterior! —exclama él— ¡Era tu noche libre! Quienes no hicieron lo correcto fueron tus compañeros, que estaban de guardia. Tú tenías dos días libres y no tenías que operar. Operaste a esa persona porque era una emergencia y quienes debían hacerlo seguían de juerga y te dejaron a ti la patata caliente. No eres responsable.

—No debí operar si no estaba al cien por cien.

—Si no lo hubieras hecho tú, el paciente habría muerto igual porque ellos no estaban. Estaban bebiendo.

—¡Pero lo hice! —exclamó ella—. Fui yo quien lo mató.

—El informe no dice eso —replica Marcus en tono calmado, para intentar sosegarla —. Venía ya casi muerto. ¡No eres dios! No haces milagros. Nadie puede asegurar que hubieras conseguido salvarlo aun estando en plenas condiciones.

—Puedo asegurarlo yo —dice la cooperante con los dientes apretados, muy enfadada y casi gritando—. He salvado a otros que venían en peores condiciones y con menos medios que aquel día. He operado a hombres desmembrados, a mujeres a punto de desangrarse. Yo fui quien decidió intervenirle y no fue porque no hubiera otro. Lo hice porque me creí

superior a todos. Pensaba que era capaz, que era mejor que cualquiera de mis compañeros y que, incluso en aquellas condiciones, podía hacerlo. ¡Y ahora, déjame en paz! —chilla y se marcha de la habitación con un portazo.

¿QUÉ QUERRÁ DECIR?

Mosul, Irak. Primavera de 2015

Ayash estaba sentado junto a Osama en un banco del jardín del hospital, cerca de unos setos no muy altos. Había invitado al niño a una chocolatina y a una lata de zumo de mango que se tomaba mientras escuchaba al doctor sin decir palabra.

—Tu madre me ha dicho que no quieres —dijo Ayash—, pero tienes que ir a clase, aunque no te guste. No puedes pasarte el día merodeando por ahí. Me lo tienes que prometer.

El chico bajó la vista en un gesto que el doctor sabía que era una negación rotunda.

—Tienes que hacerlo —dijo como si le pidiera un favor—. Hemos encontrado un profesor que estuvo en Bagdad y es muy simpático. Ha enseñado muchas cosas a niños a los que no les gusta hablar, como a ti. Se sabe muchos juegos y te enseñará a pintar. Luego, cuando salgas de clase, podrás venir y enseñarme todo lo que has aprendido, por favor.

Osama frunció el ceño y miró al doctor. No asintió, pero al menos, no hizo ningún gesto de rechazo como el de antes. Ayash iba a seguir hablándole cuando sonó su móvil.

—Soy Aklouk —escuchó al descolgar. El tono del subdirector del hospital denotaba preocupación—. Tenemos que hablar. Es muy urgente.

—Estoy en el jardín, tomando una chocolatina con Osama. Si quieres voy a tu despacho.

—No. Yo también estoy en el jardín. ¡Ah! —exclamó Aklouk, antes de colgar—, ya te veo. Tenemos un problema —dijo al llegar junto a Ayash—. Me ha llamado Said, de la sección de pagos. Walid, el ayudante del jefe del departamento económico está allí. Le ha pedido los justificantes de pago por el tratamiento de Hannan, la hija de Raed, que está ahora en diálisis. Creo que saben que no está pagando.

—Vaya —Ayash puso cara de fastidio—. ¿Y qué le ha dicho?

—Que no los encontraba en el sistema informático, pero que faltaban por introducir varios pagos de los últimos días porque la electricidad se corta con frecuencia y eso impide que se puedan informatizar en el momento. Le ha dicho que los revisaría a mano, pero que tardaría un poco.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Ayash.

—Una hora o un par de ellas a lo sumo —respondió Aklouk—. ¿En qué estás pensando?

—Tengo algunos dólares en mi despacho. Puedo pagarlo yo. Al menos una parte.

—Sí —objetó Ayash—, pero el problema es que Walid se ha quedado en el departamento y no se mueve. No podemos ir con el dinero y pagar. Sospecharía de nosotros.

—Tenemos que localizar al padre de Hannan —dijo Ayash— y darle el dinero para que vaya a la caja y pague algo. Quizá eso calme a Walid.

—¿Tienes el teléfono de Raed? —preguntó Aklouk.

—Aquí no, pero en el despacho, sí. Se lo pediré a mi secretaria.

—Deprisa —le apremió el subdirector—. No tenemos tiempo.

No había terminado la frase cuando Ayash sintió unos pequeños tirones en su bata blanca. Sin hablar, Osama se señalaba al pecho y le hacía una seña para que esperara.

—¿Qué sucede, Osama? —preguntó Ayash—. No te entiendo. ¿Está ahí Raed? No lo veo.

El niño, muy nervioso, insistía. No hablaba, pero le hacía gestos para que aguardara. Como no podía hacerse entender, salió corriendo.

—¿Qué querrá decir? —preguntó Aklouk.

—No sé —respondió Ayash, que estaba concentrado en localizar al padre de Hannan —. Vamos a mi despacho. Pediré a mi asistente que llame a Raed. Si su hija está en diálisis, quizá esté cerca, esperando a que termine. Puede que le dé tiempo.

El pequeño Osama no paró de correr hasta que llegó al café donde el padre de Hannan solía hacer tiempo mientras su hija recibía diálisis. Lo conocía porque pasaba tanto tiempo merodeando cerca del hospital que lo había visto varias veces.

—Hola, Osama —saludó Raed cuando vio llegar al niño, al que conocía de verlo con el doctor Ayash—. ¿Quieres algo?

Osama asintió mientras le hacía gestos para que le siguiera, pero el hombre tardó un rato en comprenderle. «¿Quieres que vaya contigo? ¿Al hospital?». Raed palideció cuando el chaval hizo un gesto afirmativo. «¿Le ha pasado algo a Hannan?», preguntó mientas se levantaba y seguía al chico a la carrera. Cuando ya casi habían llegado, sonó su móvil.

—¿Raed? —preguntó el doctor Ayash.

—Sí, soy yo. Doctor, ¿le ha pasado algo a Hannan? —Raed estaba pálido de miedo.

—No. Tu hija está bien, pero debes venir a toda prisa, es muy urgente. Uno de los contables está preguntando por los pagos. Eso puede traernos problemas, así que te prestaremos algo de dinero para que vayas a la caja y pagues una parte al menos. Pero debes venir cuanto antes.

—Estoy en la puerta. Osama ha venido a buscarme y me ha traído casi a rastras.

—¿Osama? —preguntó el doctor con los ojos abiertos como platos por la sorpresa.

WADI HAJAR

Cercanías de Abu Saif, Irak. Principios 2017

El terreno que rodea Abu Saif, al sur de Mosul, es seco, pedregoso y está pelado de árboles, excepto la parte que pega al margen occidental del Tigris. La Policía Federal y las Unidades de Despliegue Rápido del ejército iraquí tomaron la población hace días para despejar el camino a la ofensiva sobre el aeropuerto de Mosul. El Estado Islámico se replegó, pero sus yihadistas intentaban dificultar el avance gubernamental con fuego de mortero, cohetes y coches bomba que lanzaban contra sus posiciones.

—¿No estamos demasiado cerca del frente? —pregunta Alex cuando el coche de los cooperantes rebasa el control militar, a la salida del pueblo.

—Un poco —reconoce Khaled—, pero hoy está tranquilo. El ejército avanza deprisa y el DAESH se retira hacia la ciudad. Ahora están más ocupados en el norte, intentando que el gobierno no corte la carretera con Tal Afar, por la que les llegan los suministros.

—Pero ¿Abu Issam no estaba en Abu Saif? —insiste el estadounidense.

—Sí, pero no te preocupes, Marcus nos ha dicho que hoy no hay combates. Ya casi estamos —anuncia Khaled mientras observaba la gran concentración de vehículos militares que hay a uno de los lados de la carretera—. Mirad, allí están las ambulancias.

Como están muy cerca del frente, no hay red de telefonía móvil, pero Abu Issam es bien conocido entre sus compañeros y, en cuanto preguntan por él, les indican rápidamente.

—Llegan en un día tranquilo —anuncia Abu Issam, un hombre de mediana estatura, cuarentón y algo corpulento—, pero no estará así mucho tiempo. ¿Han visto las tropas en la carretera? Van a Wadi Hajjar. El ejército solo necesita el último empujón para tomarla. No tardarán y, entonces, tendremos trabajo.

—¿Está muy cerca el frente? —pregunta Alex.

—Tras la base militar —contesta el conductor de ambulancias mientras señala con el dedo—, allí, a algo más de un kilómetro. Nosotros esperamos aquí para recoger heridos. A veces soldados, otras civiles que intentan escapar y pisan minas o les alcanzan los francotiradores. Dentro hay mucho miedo. Y no solo al DAESH, también a los bombardeos de la coalición. Créanme, lo sé por experiencia propia.

—De eso queremos hablarle —interviene Khaled—. Queremos averiguar qué ha pasado con el doctor Ayash. Sabemos que no murió en el incendio del hospital y que usted lo llevó a Mosul occidental. ¿No?

—Así es —dice Abu Issam—. No murió entonces, pero estuvo a punto. El director del hospital, un tipo del DAESH, lo evitó en el último momento. El Estado Islámico se retiraba y por eso quemaron el hospital, que había quedado dañado poco antes en un ataque de la coalición. El DAESH quería que Ayash montara un de hospital de campaña en su territorio. Eso fue lo que lo salvó. Lo necesitaban y por eso no le mataron como al desgraciado de su ayudante.

—Sobrevivió —anuncia Lola— pero, desgraciadamente, murió hace unos días.

—Vaya —se lamenta el conductor de ambulancia— lo siento, pero como le digo, nos obligaron a trasportar el equipo médico hasta su territorio a punta de pistola. Fue un camino largo, porque los puentes sobre el Tigris estaban inservibles. Los que no destruyó la aviación de Estados Unidos los dinamitaron los islamistas para retrasar el avance del ejército. Una vez allí, Ayash puso en marcha un hospital de campaña en una mezquita. Trabaja día y noche para poder atender a todo el mundo.

—¿Y no intentó escapar, como usted? —pregunta Lola.

—Sí —contesta Abu Issam—. Ayash estaba vigilado y le quitaron el móvil. Además, un yihadista llamado Abu Mohamed estaba deseando que diera un paso en falso para matarlo. Por eso habíamos contactado con un hombre llamado Firas, que pertenece a una organización que ayuda a la gente a escapar con papeles falsos.

—Pero usted —interviene Khaled— no huyó así. Cruzó las líneas con su ambulancia.

—Vi la oportunidad e improvisé. No lo tenía preparado.

—¿Y cuándo escapó usted? —pregunta Lola con avidez.

—Hace doce días —dice Abu Issam.

—¿El doctor estaba vivo entonces? —le interroga ella, sin andarse por las ramas.

—La última vez que yo lo vi, sí. Fue ese mismo día por la mañana. Él no estaba convencido de huir. Por responsabilidad hacia los enfermos, ya sabe.

—¡Bien! —exclama Lola, con una gran sonrisa—. Su hija se pondrá muy contenta, seguro. ¿Y podemos saber si ha conseguido escapar o cómo está?

—Hay una forma de averiguarlo —dice el conductor de ambulancias—, y si no lo ha conseguido, de acelerarlo.

—¿Cómo? —pregunta Lola, impaciente.

—Contactando con Firas, el hombre que iba a ayudarnos huir. A cambio de dinero, claro. Antes, El DAESH permitía abandonar su territorio depositando una gran suma o las escrituras de propiedad de alguna casa que se quedaban si no se regresaba. Eso es cada vez más difícil, porque el ejército está a las puertas de Mosul, pero Firas consigue papeles falsos del DAESH con los que se puede pasar a territorio gubernamental por lugares poco controlados. Tienen gente a este lado que se ocupa de los cobros y, si Ayash sigue vivo, por una cantidad que para un occidental no representa mucho, se pude intentar acelerar su salida. Aunque los riesgos de ser descubierto son muchos.

—Abu Issam —dice otro conductor de ambulancias que camina hacia ellos—. Mira, ya se están moviendo y vienen hacia aquí.

Un rugido lejano que precede a la gran columna de vehículos militares que habían visto en la carretera se acerca. Los primeros no tardan en rebasarlos.

—Van a Wadi Hajjar —anuncia Abu Issam—. Eso quiere decir que pronto tendremos trabajo. Creíamos que atacarían mañana o pasado —dice mirando al grupo de cooperantes con cara de fastidio—. Escuchen, cuando el DAESH se dé cuenta los atacará con todo lo que tenga. Estamos muy cerca del frente y esta zona aún no está totalmente despejada. Deberían marcharse ya porque esto puede ponerse feo.

—Pero —objeta Lola— necesitamos contactar con la organización de Firas.

—Yo les daré el contacto —dice el conductor de ambulancias.

Apenas ha terminado la frase cuando una explosión sacude la tierra y una columna de humo y polvo marrón se eleva a unos doscientos metros de ellos.

—¡Se lo dije! —exclama Abu Issam antes de que se escuchen tres explosiones más—. ¡Márchense! Ahora sí es peligroso. Apunten este contacto.

El grupo de cooperantes corre hacia el coche blindado. Las detonaciones se escuchan cada vez más cerca y a Alex se le ponen los pelos de punta. «¿Por qué habremos dejado los chalecos antibalas en el maletero otra vez?», se pregunta. Un sonido muy violento, como si algo rasgara el aire, se escucha antes de que un proyectil impacte en la fachada de un edificio que tienen a su izquierda. Alex mira hacia atrás para comprobar que Lola los sigue a poca distancia, protegiéndose la cabeza con las manos porque los cascotes caen a su alrededor mientras corren. Al llegar al automóvil, Khalil, el nuevo conductor, tiene el motor en marcha y sale disparado en cuanto suben. Apenas han recorrido quinientos metros a toda velocidad cuando varios soldados les dan el alto.

—¿Quiénes son? —les grita un sargento.

—¡Cooperantes! —responde Khaled abriendo un poco la puerta, pues la ventanilla del blindado no se baja.

—¡No pueden estar aquí! Y tengan cuidado. El DAESH usa coches bomba contra nuestros controles. Podríamos haber confundido el suyo con uno. ¡Sus documentos!

—Somos trabajadores humanitarios —dice Khaled mientras le muestra su documentación, como el resto del grupo—. Vamos a Mosul.

—Lo siento —responde el militar, que ya ha examinado documentos—. No puede ser.

Hay una operación militar en curso y tenemos orden de que nadie salga de la zona. Retire su vehículo de la carretera y márchese.

—¡Pero no tenemos a dónde ir! —replica Alex—. Nuestro hotel está en Mosul.

—¡Lo siento! —grita el soldado mientras otro de sus compañeros permite el paso a varios vehículos militares que se aproximan en dirección contraria—. ¡Y ahora quiten su coche de aquí si no quiere que lo hagamos nosotros!

El conductor mira indeciso a Khaled que le hace una seña para que dé la vuelta. El nerviosismo del soldado y la cercanía de los combates no invitan al diálogo.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Alex.

—Yo conozco un camino —dice Khalil, mientras arranca y comienza a dar la vuelta—. No suele haber controles, pero hay que dar mucho rodeo, y ya es muy tarde. Si lo vamos a tomar debemos decidirlo cuanto antes. Viajar de noche tan cerca del frente es muy peligroso porque aún hay células del DAESH.

UN TRATO

Mosul, Irak. Finales de 2014

Habían pasado varias semanas del suicidio de Nashira, tras el que Qutaiba convirtió a Rezal en su *sabiya*. Para sorpresa del comandante, la joven yazidí no solo era bella, sino también sumisa. A menudo pensaba que sería la mujer perfecta de no ser porque solo era una conversa que había abrazado el islam por miedo a la muerte. Sin embargo, estaba convencido de que pronto descubriría que era la religión verdadera, por lo que se tomó la molestia de registrar su conversión y escenificar ante un juez del DAESH uno de esos matrimonios formales que permitían violar a las esclavas sexuales conforme a la ley del Estado Islámico.

En realidad, Rezal, conmocionada por la violación de su hermana mayor y el suicidio de la pequeña, se comportaba como una mujer obediente y pasiva por puro terror. Durante el día, en la casa, hacía todo lo que el comandante ordenaba y, por la noche, se dejaba poseer cuando Qutaiba lo demandaba, sin oponer resistencia. La joven sabía que no le quedaba más remedio. Había aprendido que si quería sobrevivir era inútil resistirse; que su única opción era aguantar; no pensar.

Por su parte, el comandante, satisfecho, achacaba la falta de pasión de su *sabiya* a la muerte de su hermana y a su falta de experiencia sexual. No es que su ausencia de deseo le preocupara, pero hubiera preferido que una mujer tan bella se mostrara más pasional. Y ya había aceptado aquella situación porque, aunque no era la óptima, le resultaba satisfactoria; hasta que una noche todo cambió de repente.

Qutaiba se tumbó en la cama, junto a Rezal y, cuando acercó sus labios a los de la muchacha, ella respondió a su beso por primera vez. No podía creerlo cuando Rezal lo abrazó y se sintió dichoso cuando vio que lo miraba con sus ojos claros y que sus labios dibujaban algo parecido a una sonrisa. La joven se tragó su odio y su asco y trepó sobre el cuerpo del comandante, lo besó y comenzó a cabalgarlo hasta que un placer incontenible hizo que Qutaiba enloqueciera. Quedó tumbado bocarriba, como si estuviera tendido sobre las nubes del cielo, exhausto. Cuando recuperó el aliento, miró a Rezal, que lo observaba con una expresión amable que nada tenía que ver con la de días anteriores. Su

piel brillaba con un hermoso tono dorado por el reflejo de la luz de la lámpara amarillenta de la mesilla. Le pareció tan hermosa que pensó que soñaba. Sin embargo, él no era estúpido y quería saber a qué se debía el cambio de actitud de la muchacha.

—¿Por qué? —preguntó sin andarse por las ramas.

—Será así todos los días —respondió ella sin contestar a su pregunta.

—Pero ¿por qué? —insistió él— ¿Qué es lo que quieres?

Ella lo miró. Su expresión ya no era serena porque tenía los ojos brillantes, cargados de lágrimas que comenzaron a derramarse cuando empezó a hablar.

—Necesito ver a mi hermana mayor —respondió Rezal—. Saber qué ha sido de ella, de mi hermano pequeño, Halo, y del resto de mi familia.

Quteiba no respondió. Se sentó al borde de la cama, de espaldas a ella durante unos segundos en los que Rezal no dejó de sollozar en silencio.

—¿Solo eso? —dijo Quteiba secamente mientras se volvía hacia ella y la miraba fijamente—. ¿Estás segura de que quieres saberlo?

—Por favor —suplicó ella—. Lo necesito.

Él se giró y abrió el cajón de su mesilla de noche para sacar una libreta y un bolígrafo.

—Escribe ahí sus nombres. Te diré qué ha sido de los que encuentre vivos, pero —advirtió Quteiba seriamente— nada, absolutamente nada, de los que no encuentre con vida.

—Gracias —dijo ella, antes de arrodillarse ante él, besarle las manos y arrebatarle de ellas el papel para comenzar a escribir. El primer nombre era el de su hermana Aysha.

HABLARÁN, SEGURO

Mosul, Irak. Primavera de 2015

—No puede ser una coincidencia —dijo Adnan, el jefe del departamento económico—. Es imposible que justo cuando vamos a comprobar los pagos de una paciente, aparezca su padre con el dinero para pagar los retrasos. Y eso exactamente es lo que ha ocurrido con ese tal Raed y su hija Hannan.

—Alguien lo avisó —aseveró Walid, su ayudante—, por eso se nos han escapado.

—No se nos han escapado —contestó Adnan—. ¿Con qué personas hablaste mientras estuviste en la sección de pagos?

—Con un empleado llamado Said, pero había otra contable que nos pudo oír hablar.

—Uno de los dos advirtió a alguien. ¿No oíste nada raro? ¿Alguna conversación con algún paciente o algún médico?

—No.

—¿Y por teléfono?

—Ambos hicieron un par de llamadas —dijo Walid—, pero no las pude escuchar.

—Bueno —dijo Adnan con una sonrisa fría como el acero—. Solo hay que presionarlos y nos dirán a quién avisaron. Déjamelos a mí, sé cómo hacerlo. Hablarán, te lo aseguro.

LA ORACIÓN

—¿Y no sería mejor buscar algún sitio seguro para pasar la noche? —pregunta Alex cuando ve que el conductor deja la carretera y toma un camino de tierra. Está nervioso porque, aunque se han alejado de Wadi Hajjar, aún se escuchan los combates.

—No se preocupe —dice Khalil—. Por este camino esquivaremos el control en el que no nos han dejado pasar los militares y llegaremos a Hamman al Alil.

—No tenemos cobertura de móvil —dice Alex algo nervioso—. ¡Estupendo!

—Tranquilo —interviene Khaled—, tenemos el teléfono satelital. Avisaré a Marcus.

—Avísale —ordena Lola—. Lo más seguro es intentar llegar hasta Hamman al Alil y pedir a Marcus que nos deje pasar la noche en sus instalaciones.

Khalil va a contestar, pero hace un gruñido de contrariedad y señala al frente. A lo lejos se distingue un grupo de unos cinco hombres junto a una *pick up* Toyota beis que ponen piedras en medio del camino y se yerguen al aproximarse el coche de los cooperantes.

—¿Otro control del ejército? —pregunta Alex.

—Eso no es el ejército —dice el conductor mientras reduce la velocidad.

—¿Entonces? —pregunta el estadounidense, muy inquieto—. ¿Es el DAESH?

Nadie responde. El conductor aminora la marcha. Tiene los ojos clavados en ellos y en la camioneta cuyos cristales reflejan la luz anaranjada y cálida de los últimos minutos del atardecer, que molesta en los ojos.

—¿Tienen ustedes armas? —pregunta el conductor mientras abre la guantera del vehículo, saca una pistola del calibre nueve largo y la amartilla.

—No —contesta Lola—. Somos cooperantes. Lo tenemos prohibido.

—¿Es el DAESH? —vuelve a preguntar Alex, a quien la idea de un secuestro aterroriza. De nuevo, nadie responde. Es evidente.

—¿Tú tampoco llevas arma? —pregunta Khalil mirando a Khaled.

—No —responde Khaled—, y no creo que con solo con esa pistola puedas hacerles frente.

—Ya veremos, Khaled, pero puedes estar seguro es de que no me cogerán vivo. Son especialmente sanguinarios con quienes trabajamos para los occidentales. Nos consideran traidores, peores que los perros.

—Tienen armas ligeras —interviene Alex—. Quizá el blindaje resista.

—Tal vez —dice el conductor —, pero pasaremos demasiado cerca.

El que parece el jefe de los yihadistas les da el alto con la mano mientras los otros alzan sus armas. Todos contienen la respiración menos el chófer, que comienza a recitar:

—Bishmillah al Rahman al Rahim: Uaya al ná min béini eidihím, sádan / Uamín, khalfihím sada´n / fa ag-sheináhum fahúm la iup-sirúm

—¿Qué dice? —pregunta Alex.

—Es parte de una *sura* del Corán —dice Lola—. Una especie de oración que pide a Alá que nos haga invisibles a nuestros enemigos. Hay quien cree que vale para cruzar los controles.

—¿Y alguien puede creerse que funciona? —pregunta Alex, escéptico y aterrorizado.

—Claro que funciona —dice el conductor sin dejar de rezar:

Bishmillah al Rahman al Rahim: Uaya al ná min béini eidihím, sádan / Uamín, khalfihím sada´n / fa ag-sheináhum fahúm la iup-sirúm

Khalil recita una y otra vez, como si fuera un disco rayado, a medida que se acerca despacio al control. Los otros callan, excepto Khaled, que se une al rezo cuando están a diez o doce metros, sin quitar la vista de las armas de los yihadistas que los encañonan. Cuando llegan a su altura, el líder de los milicianos baja la mano despacio, sin dar ninguna orden. y sus hombres vuelven a lo suyo, como si no pasara nada. Khalil esquiva despacio las piedras que habían puesto en medio del camino para obligar a los coches a detenerse, pero tiene que salirse mucho a la cuneta y notan un violento bache. Luego acelera y tierra de por medio.

—¡No lo puedo creer! —exclama Alex, con los ojos abiertos como platos—. ¡Quiero aprenderme esa oración ahora mismo!

—Se lo dije —contesta el piloto, como si fuera incuestionable.

—¡Ya lo creo! —dice Alex mientras saca una libreta para apuntar aquella especie de rezo—, me la tiene que enseñar —suplica mientras suelta sonoras carcajadas casi histéricas.

—Un momento —interviene Khaled—. ¿Qué es ese ruido?

—¡Mierda! —exclama el conductor—. Hemos pinchado. Ha debido ser al salirnos a la cuneta para esquivar las piedras. Quizá tenían una cadena de clavos que no hemos visto.

—Ahora no podemos parar a cambiar la rueda —dice Lola—, no nos hemos alejado lo suficiente.

—No —responde el conductor—, pero Abu Saif está cerca y allí tengo un pariente. Continuaremos así hasta su casa y cambiaremos la rueda a salvo, lejos de esos tipos.

7

EL MECÁNICO

Abu Saif, Irak. Principios de 2017

La casa de Talal, el familiar del conductor de Lola, está algo apartada, junto a otra más grande, rodeada por una tapia alta. Las separa un camino sin asfaltar en el que han aparcado el coche blindado para cambiarle la rueda pinchada.

—¿Por qué tardan tanto? —pregunta Lola, algo inquieta.

—Hemos recorrido demasiados kilómetros con la rueda pinchada —dice Khaled encogiéndose de hombros—. La llanta se ha deformado y no pueden sacarla.

—Ya está anocheciendo —interviene Alex—. No me gustaría quedarme aquí a dormir.

—Le entiendo —dice el dueño de la casa mientras hace otro intento por aflojar uno de los tornillos de la rueda—. Es peligroso, y más para los extranjeros porque aún hay DAESH en esta zona. A veces atacan por la noche o hacen controles como el que han atravesado ustedes. Han tenido mucha suerte de que no los detuvieran y los secuestraran. Cuanto antes se vayan, mejor. Por eso he llamado a un mecánico que conozco. Es bueno —continúa Talal mientras intenta, sin éxito, girar la llave— y les cobrará un precio justo porque es un buen musulmán, de los que ya no quedan.

Unos minutos después, la mujer del dueño de la casa se acerca trabajosamente, porque está en las últimas semanas del embarazo de su primer hijo y señala al camino. Dos vehículos con las luces encendidas se aproximan.

—El mecánico —anuncia Talal.

—¿En dos coches? —pregunta Lola, extrañada.

—Quizá no vengan juntos —observa el dueño de la casa.

El conductor no dice nada. Se va al coche, abre la guantera donde guarda su pistola, la amartilla y la mete en el bolsillo del pantalón, oculta por la camisa que lleva por fuera.

—¿Tiene otra? —le pregunta Khaled, que se ha percatado del movimiento del chófer.

—No, pero hay un cuchillo grande bajo mi asiento.

ESCLAVITUD

Mosul, Irak. Principios de 2015

Los hombres de Quteiba tardaron más de lo previsto en encontrar la pista de Aysha, pues Uday se marchó a visitar a unos familiares en Samarra, al sur. Para entonces ya se había aburrido de la yazidí, cuyo aspecto había desmejorado mucho por las violaciones y las palizas diarias. Cansado de la chica, no quería llevarla con él, así que decidió venderla. Una mañana llamó a la puerta un yihadista afgano, no muy alto y bastante delgado, de la etnia

pashtún, que se la compró. El tipo la obligaba a hacer las labores de la casa y también la violaba con frecuencia, pero no era tan despiadado como Uday.

El afgano madrugaba mucho y ya tenía cierta edad, por lo que se quedaba dormido por las tardes. Un día, Aysha intentó huir por el patio trasero de la casa, pero al escalar el muro, tiró una bombona de gas que golpeó contra unas sillas metálicas. El ruido despertó a su amo, que salió pistola en mano, pensando que algún ladrón entraba a robar. No solía pegar a Aysha, pero aquel día sí que lo hizo y con bastante saña. Desde entonces, cuando salía, la encerraba en la segunda planta de la casa para que no huyera. Pero Aysha, que no sabía que su esposo, Sefan, había muerto, solo pensaba en huir para volver a verlo.

El segundo intento de fuga fue más peligroso. Aysha aprovechó otra ausencia de su amo para atar dos mantas con las que descolgarse por la ventana, que daba a una calle poco transitada. Aún era de día y había peligro de que la descubrieran, pero no quiso esperar a la noche. En cuanto se quedó sola, anudó un extremo de las mantas a una de las vigas del tejadillo del balcón, salió a la parte exterior de la barandilla y comenzó a descolgarse. Al hacerlo, su cuerpo se balanceó y se dio contra la pared de la casa, en la cabeza. Le costó sujetarse a la improvisada cuerda, pero, a pesar del dolor, lo consiguió. Sin embargo, era como si alguien tirara de ella hacia abajo con tanta fuerza que no pudo aguantar. Cerró los ojos, apretó los dientes y las manos y soltó un grito de impotencia. «Aguanta un poco», se dijo, pero le dolían mucho los brazos y las manos.

El golpe contra el suelo fue muy fuerte. Tanto, que Aysha quedó tumbada de espaldas, en medio de la calle. Notó un terrible dolor en el tobillo y no pudo evitar soltar un potente grito que atrajo la atención de una señora que caminaba por otra vía perpendicular. Sintió que alguien se le acercaba y le hablaba. Oía preguntas, pero el dolor no la dejaba responder. «¿Estás bien? —dijo una voz de mujer— ¡Menudo golpe! Pobrecilla». «Pero ¿qué hacías ahí arriba?», preguntó un anciano que pasaba por ahí.

Cuando se recuperó un poco, intentó levantarse, pero el dolor insoportable del tobillo se lo impidió. Un par de jóvenes, que se acercaron atraídos por el alboroto, la ayudaron.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó uno.

Ella asintió entre gemidos mientras, ya de pie, intentaba andar apoyada en el muro.

—Así no puedes caminar —dijo el anciano—, posiblemente tendrás el tobillo roto.

—¡Sí, puedo! —farfulló ella al tiempo que, con la mano apoyada en la pared, intentaba alejarse lo más rápidamente posible—. Tengo que irme.

—Yo puedo llevarte a un hospital —se ofreció uno de los jóvenes.

—Yo lo haré. Es mía —interrumpió una voz con acento afgano. Aysha cerró los ojos, sabía lo que su amo le haría por volver a escaparse.

¿SOIS IRAQUÍES?

Abu Saif, Irak. Principios de 2017

Con el ceño fruncido, Talal, el dueño de la casa donde los cooperantes han parado a cambiar la rueda, mira hacia los dos vehículos que se aproximan. Ha reconocido el primero, el del mecánico al que ha llamado, pero no el segundo, una *pick up* beis.

—Entra en la casa —le dice a su mujer, que obedece sin decir nada. Al llegar, los coches se detienen. Talal levanta la mano para saludar y se dirige hacia ellos.

—Talal —dice Lola mientras esconde en la manga de su camisa el bisturí que lleva siempre en su bolso—, creo que tu mecánico nos ha delatado al DAESH.

—Espero que no —contesta el hombre mientras se dirige a los recién llegados—. *As-salamu aláikúm* —dice el dueño de la casa.

—*Wa aláikúm as-salam* —contestan varias voces al unísono.

—¿Son los extranjeros? —pregunta uno de los hombres que bajan del segundo vehículo. Ya es casi de noche, pero sus armas se distinguen sin dificultad y Lola reconoce perfectamente al jefe de los yihadistas que, poco antes, estaba en el control del camino. Los islamistas han bajado de su *pick up* y les apuntan con sus fusiles.

—Este es el dueño de la casa —responde el mecánico, que señala a Talal con el dedo —. A los otros dos, a la mujer y al negro, no los conozco.

—Que nadie se mueva o mis hombres dispararán. ¡Vosotros! —ordena el jefe de los yihadistas a sus milicianos—. Registradlos, no sea que tengan armas.

—Somos médicos —explica Khaled—. Estamos aquí para ayudar a la gente.

—¿Sois iraquíes? —pregunta el yihadista mientras uno de sus hombres registra a Alex y otro, a unos pasos de Lola, les apunta con su arma.

—Sí —responde Khalil, el chófer, con actitud servil. Tiene las manos metidas en los bolsillos y los hombros encogidos—. Yo soy el conductor. Acaban de contratarme. Solo intento ganar dinero para mantener a mi familia, pero apenas los conozco.

El yihadista le mira de arriba abajo antes de responder con desprecio.

—¡Trabajas para estos perros occidentales que utilizan su ayuda humanitaria para extender sus mentiras! ¡Tú los ayudas! ¡Coges su sucio dinero! ¡Eres de los suyos!

—No, no. Por favor —suplica el conductor—. Yo soy un buen creyente que solo quiere dar de comer a su familia.

—¡Eres un traidor que colabora con los enemigos de Alá! —aúlla el jefe de los islamistas mientras Alex observa la escena con el corazón desbocado. El yihadista que le está registrando termina y se vuelve hacia Lola para cachearla a ella. La mira de arriba abajo con una asquerosa sonrisa lasciva en los labios y sonríe mientras se acerca.

—Le juro que no soy un traidor —suplica el conductor, aún con las manos en los bolsillos y la mirada baja—. Deténganlos a ellos, pero dejen que yo me marche, por favor.

—¡Tú vendrás con nosotros! —le responde el yihadista— ¡Has cogido su dinero, les has ayudado y, ahora, pagarás por ello! ¡Y muestra más respeto, perro! ¡Sácate las manos de los bolsillos cuando hables conmigo!

El conductor levanta la vista y obedece. Ya está bastante oscuro y el yihadista tarda en ver que en su mano está la pistola que había guardado en el bolsillo, ya amartillada. Cuando la tiene ante su frente, es demasiado tarde. Una detonación seca y la tapa de sus sesos salta por los aires. El miliciano que estaba junto a él, más interesado en cómo su compañero registra a Lola que en lo que sucede a su alrededor, intenta reaccionar, pero el chófer le descerraja dos tiros en el pecho. Tiempo suficiente para que el otro, el que registra a la cooperante, tome su fusil y dispare contra Khalil. Una ráfaga y un grito de dolor. Sin pensarlo, Alex se lanza sobre él y en su afán por desviar el arma lo agarra por el cañón.

—¡Agg! —grita Alex, que se abrasa las manos por el calor de los disparos, pero resiste para que no alcance a sus compañeros.

El otro islamista echa mano a la pistola que lleva en el cinturón, pero al hacerlo, se gira

hacia su derecha y expone a Lola su costado izquierdo. Ella no se lo piensa porque, como experta cirujana que fue, tiene conocimientos precisos de anatomía. Da un pequeño paso atrás, deja que el bisturí que escondía en la manga resbale hasta sus dedos, lo agarra con fuerza y de un tajo preciso secciona la garganta del yihadista. El corte es profundo y largo, certero. Un chorro de sangre sale disparado a más de un metro, mientras el hombre se echa la mano al cuello, desconcertado, antes de que Lola cargue contra él y le clave dos veces el bisturí entre las costillas, buscando el corazón.

—¡Aguanta, Alex! —grita Khaled mientras coge una gran piedra que tiene a un par de pasos y a la carrera, llega hasta donde su compañero forcejea con el otro miliciano para golpearle con ella la cabeza, con mucha fuerza, hasta que se derrumba con ella abierta.

—¡Tenemos que irnos de aquí cuanto antes! —dice Talal, el dueño de la casa, mientras señala al mecánico, que se sube en su coche y huye a toda prisa—. Ese maldito no tardará en avisar al DAESH, que aún tiene mucha gente escondida en esta zona. En cuanto sepan que habéis matado a cuatro de los suyos vendrán a vengarse y no tendrán piedad de nadie que os haya ayudado. Incluidos mi mujer y yo.

—¡Antes hay que atender a Khalil! —dice Lola que ya se ha deshecho de su atacante, y señala al chófer.

Con la ayuda de Khaled, la cooperante gira el cuerpo de Khalil, que está tendido bocabajo, casi inerte. Al hacerlo, el conductor, abre los ojos y pone una fea mueca de dolor.

—Te dije que no me cogerían vivo, Khaled.

PRESIÓN

Mosul, Irak. Principios de 2015

Adnan, el jefe del departamento económico sabía que la presión era la clave. Desde que era muy pequeño, su padre, un maestro estricto hasta la locura, se había encargado de grabárselo a fuego en cada examen, en cada prueba que el muchacho tenía que pasar. A cada momento se encargaba de someter a su hijo a una presión extenuante para que mejorara. «De la presión salen diamantes», solía repetirle una y otra vez antes de exigirle que se aplicara más para resolver un problema matemático o memorizar una lección. De ahí sus problemas de ansiedad y también que se arrancara los cabellos o se retorciera los lóbulos de las orejas. El niño sufrió mucho y lo único que aprendió fue que si se presionaba lo suficiente a alguien se podía quebrar su espíritu por fuerte que fuera. Solo había que encontrar dónde apretar. Por eso esperó a la última hora del día para acercarse a Said, que estaba a punto de salir del departamento de pagos después de una extenuante jornada de trabajo.

—Said —le dijo cuando se quedaron a solas—. Tenemos que hablar sobre lo que sucedió cuando se pidieron los pagos de Hannan Ansari, una niña que recibe diálisis.

—No recuerdo —mintió el contable.

—Yo creo que sí —contestó Adnan pausadamente, clavándole los ojos—. Verá, hemos descubierto graves incidencias económicas. Sabemos que algunos pacientes no pagan por sus tratamientos o que sus pagos no quedan registrados. Quizá se les atiende gratis, lo que no nos podemos permitir pues el sistema sanitario necesita ingresos o, lo que sería peor, alguien se está quedando con lo que pagan.

—No sé de qué me habla —dijo Said—. Creo recordar que el padre de esa pequeña pagó finalmente.

—Aaah —Adnan puso un exagerado tono de falsa sorpresa—. Veo que ya va recordando. Y también recordará que usted dio largas a Walid, mi ayudante, hasta que el padre de la niña vino a pagar. ¿Cree que soy idiota? —preguntó con una falsa sonrisa terrorífica—. No creo en las coincidencias. Creo que usted avisó al responsable de esta red de corrupción y voy a denunciarlo.

—Insisto en que no sé de qué me habla.

—Lo sabemos —continuó Adnan— porque nos lo ha contado su compañera, la que estaba con usted aquel día. Usted hizo una llamada a alguien del hospital esa mañana. Sabemos quién es esa persona, pero queremos que usted nos firme una confesión.

—Le repito que yo soy un hombre honrado y nunca me he llevado dinero alguno.

—Amigo Said —le advirtió Adnan muy serio—. El asunto es muy, muy grave. Miles, quizá millones de dinares. Las consecuencias podrían ser terribles si no colabora.

—No puedo ayudarle —insistió Said, que no pensaba delatar al doctor Ayash.

—Usted tiene dos hijos —le recordó Adnan en actitud abiertamente amenazadora—. Dos hijos que no tienen nada que ver con esto, a los que les queda mucho por vivir. Mohammed y Daoud, de catorce y dieciocho años. Edad de ser felices, de disfrutar de la vida o quizá —Adnan hizo una pausa grave— de ser enviados al frente de Siria a dar su sangre por el califato, como buenos creyentes. Algo que, sin duda podría evitarse si colabora.

Said bajó la cabeza. Podía resistir cualquier cosa menos eso.

¿LAHAM BIL AYIN?

Mosul, Irak. Principios de 2015

Abu Mohamed odiaba el invierno porque en esta época fue en la que vio con vida a su mujer y a su hijo por última vez. Se despidió de ellos para ir al trabajo y, cuando volvió, le dieron la noticia: ella fue al mercado con el niño a comprar unas paletillas de cordero para asar, pero en el camino se cruzó con una manifestación de suníes que protestaban contra el gobierno chií. Algunos arrojaron piedras a la policía, que no dudó en responder a tiros. El hombre lloró cuando le contaron que su mujer y su hijo estaban entre los muertos y también lloró en el entierro y los días posteriores. Su odio hacia los chiíes fue creciendo hasta hacerle jurar que mataría a todos los que pudiera para vengar a los suyos.

Desde entonces, Abu Mohamed no había pensado en casarse de nuevo, porque aquel hombre inmenso, terrible soldado del DAESH, tenía miedo de formar una nueva familia y de volver a perderla. Por eso, cuando recibió la noticia de la muerte de Nashira y de que el comandante Quteiba había decidido quedarse con su hermana Rezal, la esclava que le correspondía a él, no le importó demasiado. Al fin y al cabo, él solo quería una mujer para entretenerse y enfrentarse con un superior que tenía acceso directo a Abu Bakr al Baghdadi, el autoproclamado califa del DAESH, por una simple *sabiya,* no era buena idea. Al principio, lo que más le molestó fue perder el favor de su comandante, que lo consideraba responsable de la muerte de la pequeña, pero luego recordó que Rezal era muy hermosa. Tanto que quizá hubiera sido capaz de hacerle olvidar a su primera esposa,

aunque ella le hubiera dado un hijo maravilloso, sano e inteligente. En realidad, no tenía sentido pensar en serio en aquello, pues Quteiba se había quedado con ella, pero la situación hizo que la idea del matrimonio volviera a su cabeza. «Quizá en el futuro», pensó, y se subió a su coche, fue a la casa de las mujeres y compró una. Era joven y guapa, le costó más de doscientos dólares. La llevó a su casa y la violó hasta que se cansó. Después durmió toda la noche hasta que le despertó la mañana. Miró a la joven, que yacía a su lado y le pareció una simple yazidí más dispuesta a convertirse al islam solo por salvar el pellejo.

—Levanta y vístete —le ordenó. Luego la subió a su coche y puso rumbo a la casa de un individuo alto y calvo que lo esperaba en la puerta.

—¿Es esta? —preguntó el tipo cuando Abu Mohamed la hizo bajar del vehículo.

—Sí —respondió secamente el yihadista—. Si tienes el dinero, es tuya.

—Date la vuelta —ordenó el tipo mientras la miraba de arriba abajo—. ¿Sabe cocinar?

—No sé —respondió el yihadista—. La compré anoche y no la he usado para eso.

Abu Mohamed recuperó lo que había pagado. Se sentía satisfecho, pero vacío por dentro, igual que su estómago, así que pensó que lo mejor era llenarlo con un buen *laham bil ayin* del que preparaba Abu Leila en su restaurante. Estaba a quince minutos en coche, pero había tanto tráfico que los automóviles casi no avanzaban. Abu Mohamed era uno de esos tipos que se ponen de mal humor cuando tienen hambre y ya estaba a punto de explotar de ira cuando se fijó en tres figuras que formaban un corrillo en la acera. Una era Abu Leila, que hablaba con su hija y con una mujer mayor, quizá su esposa. La muchacha no era tan bella como Rezal, pero era joven y atractiva. Más alta, más fuerte y más ancha de caderas, pero eso no le importaba porque él era un hombre grande al que no le gustaban las mujeres pequeñas ni delgadas.

—¡Abu Leila! —exclamó el yihadista mientras bajaba la ventanilla—. ¡Abu Leila!

—¿Sí? —preguntó el hombre, que reconoció rápido al yihadista que solía entrar en su restaurante con la arrogancia de un pistolero del lejano oeste en el salón del pueblo.

—Verás —dijo en un tono cordial que hizo desconfiar a Abu Leila—, quiero ir a tu restaurante a comer ese delicioso *laham bil ayin*, pero hay mucho atasco. Es posible que tú conozcas un camino por el que no haya tanto tráfico.

—Claro. Tienes que tomar la primera a la derecha y luego…

—Un momento —interrumpió el yihadista, que sonreía amablemente mientras miraba a la hija de Abu Leila—. No conozco esta zona. Si vas hacia allí, puedo llevarte.

—Gracias —se excusó Abu Leila—, pero voy a acompañar a mi mujer y a mi hija a casa.

—Yo os llevaré a tu casa y luego a ti a tu restaurante. Así no me perderé.

—Está un poco lejos —se excusó el hombre, que no quería intimar con el yihadista.

—Por favor —insistió Abu Mohamed cortésmente—. Insisto.

—Está bien —aceptó Abu Leila a regañadientes, temeroso de las consecuencias de incomodar en exceso a un miembro del DAESH.

TE LO JURO

Mosul, Irak. Principios de 2015

Uno de los yihadistas que hacía guardia en puerta del garaje de Quteiba abrió la puerta

para que entrara su coche. El comandante vivía en una elegante casa de dos pisos con un bonito jardín en el que había un limonero y un granado. El limonero daba limones amarillos y olorosos y el granado, cuando llegaba la época, unas granadas gordas como sandías, que doblaban sus ramas de lo mucho que pesaban.

Quteiba saludó a sus hombres, una especie de guardia de confianza que vivía en el bajo. Tras una breve charla, subió al primero, donde se alojaba él, sin probar la comida que le habían guardado. «No tengo hambre», se excusó, pero lo cierto era que llevaba todo el día deseando ver a Rezal. Subió las escaleras despacio, sin prisa, para ocultar a sus hombres sus ansias por ver a la joven conversa. Si ellos no hubieran estado allí, lo habría hecho a la carrera. Ella, en su habitación, estaba de pie, frente al espejo de la cómoda, con su melena rizada al descubierto, impresionante y suelta.

—¿Te has puesto lo que te traje? —preguntó él.

—Sí —respondió Rezal a través del espejo, sin darse la vuelta, con las manos apoyadas en la cómoda—, lo llevo bajo la *abaya*.

Quteiba se acercó por detrás, presa de una excitación infinita que no podía contener. Toscamente puso sus manos sobre su vestido y lo levanto hasta que pudo introducirlas bajo la tela negra, que subió hasta tocar la lencería de encaje que le había regalado. Rezal dejó que la besará el cuello, que la acariciara y que la despojara del modesto vestido tradicional para contemplarla. Con cierta violencia, Quteiba la arrebató la ropa interior y la penetró allí, frente al espejo porque, cuando estaba con ella, sentía que la fuerza de un animal lo invadía y le sobraban energías para poseerla una y mil veces.

—¿Has encontrado ya a mi hermana Aysha? —preguntó Rezal cuando Quteiba se hubo recompuesto del orgasmo.

—Aún no. Uday se la vendió a un afgano.

—¿Uday la vendió? —Rezal se dio la vuelta horrorizada, sin poder contenerse, con los dientes apretados de rabia—. Lo odio tanto como a ese perro de Abu Mohamed.

—Cuidado con lo que dices —respondió Quteiba con severidad, mientras la miraba amenazadoramente—. No olvides que solo eres una *sabiya,* y ellos, soldados del califato. Me das placer, pero no creas que me importas más que cualquier muchacha de las que puedo comprar —mintió él, para intentar ponerla en su lugar.

—¡Uday violó a mi hermana mayor y el otro me separó de la pequeña antes de que se suicidara! —le espetó ella, tan enfadada que no escuchaba las amenazas—. Los odio tanto que si pudiera les arrancaría los ojos antes de degollarlos.

—No te lo repetiré —le advirtió él con agresividad, pero sin gritar—. Ten más respeto hacia nosotros o te venderé como ha hecho Uday con tu hermana o, incluso, podría matarte.

—No puedes venderme —dijo ella con mucha rabia, aguantándole la mirada con una actitud tan agresiva que sorprendió a Quteiba—. Tu ley dice que no se puede vender a una *sabiya* embarazada y, si me matas, matarás al hijo que llevo dentro. A tu hijo.

Al oír aquello las facciones del comandante se crisparon. Quteiba contuvo la respiración y el bofetón que pensaba darle a la joven. Su cabeza era una olla a presión rebosante de una desconcertante mezcla de ideas y sentimientos que no podía interpretar. La ira se mezcló con la sorpresa y poco a poco desapareció, igual que las ganas de pegar a Rezal.

—He puesto varios hombres a buscarla —respondió él, que empezaba a experimentar

algo parecido a cierta placidez que se esforzó en ocultar—. Le encontraré, pero calla o te daré una paliza. No quiero que mis hombres te oigan gritar. ¡Y déjame dormir!

HAMMAM AL ALIL

Hammam Al Alil, Irak. Principios de 2017

—Deprisa, pasad —dice Marcus cuando los cooperantes llegan a su hospital. Khaled le ha llamado para advertirle de la pelea con los hombres del DAESH y él lo ha preparado todo para atenderlos. Tras mandar a Khalil al quirófano se pone a curar las manos de Alex, abrasadas al agarrar el cañón del arma con el que el yihadista les disparó.

—¿Es grave? —pregunta Lola cuando Marcus termina de atender a Alex.

—No morirá —ironiza el alemán—, pero le dolerá bastante.

—Estoy bien —afirma Alex, que sonríe forzadamente—. No duele tanto.

—Querría pedirte perdón —dice ella—. Todo esto ha ocurrido por mi culpa.

—No te preocupes. Fui yo quien decidió ir con vosotros al frente.

—Bueno —anuncia Marcus—, yo ya he terminado, os dejo para que podáis hablar.

—Gracias —dice la cooperante—. ¿Se curará pronto, Marcus?

—De verdad, Lola, no te apures. Estoy asustado, pero bien. Todos queríamos ir, incluso el conductor —prosigue Alex—, que es quien peor parado ha salido. Khaled le preguntó delante de mí. Y si lo que te preocupa es mi informe sobre la reconstrucción del hospital —dice mirándose las manos quemadas—, estate tranquila, pienso informar favorablemente en cuanto pueda usar el ordenador.

—¡Gracias! —ella sonríe y, de la emoción, aprieta sus manos, que aún tiene agarradas.

—¡Agg! —grita Alex de dolor.

UNA BUENA FAMILIA

Mosul, Irak. Principios de 2015

Cenó algo ligero en el restaurante de su amigo Abu Leila, porque hacía tiempo que comer mucho por la noche no le sentaba nada bien. Al terminar se le antojó un paseo para despejarse un poco después de aquel día tan duro en el hospital.

—¿Ya te vas? —le preguntó Abu Leila cuando le vio pedir la cuenta.

—Sí —respondió Ayash—, quiero ir caminando a casa y hay un buen trecho.

—Espera —le pidió su buen amigo—. A mí también me apetece, me voy contigo.

El médico asintió despacio, pagó, miró a su alrededor y encendió un cigarrillo mientras esperaba.

—Ten cuidado con el tabaco —le advirtió Abu Leila cuando regresó.

—Es tarde y no hay nadie —replicó el médico—. Además, es el último. Creo que voy a volver a dejarlo porque, con la prohibición, se está poniendo carísimo.

Los dos amigos echaron a andar en silencio. La noche era algo fresca, pero se estaba bien. No hacía mucho frío, ni mucho viento, ni había polvo en el aire.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Ayash al ver a su compañero preocupado.

—No se te escapa nada —contestó Abu Leila.

—Te conozco desde antes de que naciera Sadam Husein —bromeó el médico.

—Puede que no sea nada, pero sí. Hay algo que me preocupa. Es ese yihadista gigante.

—Últimamente lo he visto mucho por el restaurante.

—Sí —Abu Leila respondió con actitud taciturna—, pero creo que no viene por la comida.

—No te comprendo.

—Verás, Salah. Me parece que ese tipo viene por mi hija Leila.

—Entiendo. Y a ti no te gusta, ¿no es así?

—No —respondió el padre de la muchacha mientras movía la cabeza de un lado a otro, sin dejar de avanzar—, no me gusta nada porque tiene fama de ser muy violento. Hay quien dice que ha matado a gente con sus propias manos, pero no solo es eso. A Leila tampoco le gusta y me ha contado que se lo ha encontrado varios días, fingiendo que era por casualidad. En la puerta de casa, en la academia de inglés, en el mercado…

—Igual es cierto —dijo el médico— y te preocupas sin motivo. Los padres que solo tenemos hijas lo hacemos a menudo.

—Ella cree que no. Dice que una vez se asomó por la ventana de la academia y lo vio merodear por la acera de enfrente. No se fue hasta que ella salió.

—Bueno —replicó Ayash—, quizá fue por otro asunto.

—Quizá. Aunque ya sabes que las mujeres tienen un sexto sentido para darse cuenta de cuando un hombre se fija en ellas. Y su madre piensa lo mismo.

—Entiendo —dijo Ayash con aire preocupado.

—Bueno —anunció Abu Leila—, ya hemos llegado a mi casa. ¿Quieres subir a tomar un té? Estoy solo porque Leila y su madre han ido a visitar a la mayor de las hermanas de mi mujer, que está muy enferma. Ya sabes, cáncer de mama.

—No, gracias. Prefiero irme a casa —dijo el doctor sin reparar, igual que su amigo, en que, a unos cuarenta metros de distancia, en la acera de enfrente, bajo una farola fundida, había una furgoneta aparcada, con las luces apagadas. Ayash pasó frente a ella inmerso en sus pensamientos, sin ni siquiera mirarla y sin fijarse en la colosal figura que había en su interior. Oculto en la oscuridad, Abu Mohamed lo siguió con la mirada. Minutos después, un coche paró en la puerta de la casa de Abu Leila. Se bajaron Leila, su madre y su tío, a quien el yihadista ya conocía, pues llevaba varios días siguiendo a la joven. Al verlo, sonrió. Le parecía bien que Leila no saliera de casa sola y que, si tenía que hacerlo, lo hiciera acompañada de su madre y de un familiar varón de confianza. Pensó que la de Abu Leila era una buena familia que había educado bien a su hija. Quizá un poco permisivos en algunas cosas, pero eran detalles que se podían corregir con un poco de disciplina.

LA CONFESIÓN

Mosul, Irak. Primavera de 2015

—¿Firmará la confesión? —preguntó el doctor Omar, director del hospital al Azahar.

—Sí —contestó Adnan, el jefe del departamento económico—. Está muy asustado.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Said es un buen hombre —respondió Adnan—, pero no aguanta la presión. Le dije que su compañera nos contó que le escuchó avisar por teléfono a alguien de que estábamos

revisando los pagos. Solo tuve que amenazarle con reclutar a sus hijos para mandarlos al frente de Siria. No ha tardado en delatar al doctor Ayash, como yo sospechaba.

—Lo más curioso —observó el director, pensativo— es que Ayash atienda gratis, que no se quede con el dinero.

—Eso no es de mi incumbencia —respondió Adnan—. Mi labor es que no falte dinero y, si falta, descubrir al responsable. Eso es lo que usted me pidió y lo que he hecho.

—¿Y de qué cantidad estamos hablando?

—No puedo dar una cifra exacta —respondió Adnan—, pero pueden ser centenares de tratamientos, análisis y medicamentos gratis. Eso es mucho dinero que debería estar en las arcas del califato, pero que no está, y alguien podría pedirnos responsabilidades si no lo denunciamos.

—Puede que Ayash actuara por buena voluntad —sentenció el director— y no por codicia, pero no podemos permitir que alguien nos acuse de no atender nuestras obligaciones con el dinero que deberíamos haber recaudado para mantener el hospital funcionando. El califato no permite la corrupción a ningún nivel. No tenemos más remedio que poner el asunto en manos de los jueces. Que ellos decidan.

EL INFORME

Erbil, Kurdistán iraquí. Principios de 2017

Han pasado varios días desde que los cooperantes se enfrentaron con los hombres del DAESH y las quemaduras de las manos de Alex han mejorado mucho gracias a los cuidados de Lola. Las manos van a mejor y su relación, también. El estadounidense se tomó un par de días de descanso, pero en cuanto pudo, volvió al trabajo, a las reuniones y a viajar a Mosul.

—¿Hoy no tienes que trabajar? —preguntó ella tras guardar el instrumental médico, las vendas y las pomadas en un botiquín con cremallera.

—No —respondió él meneando la cabeza—, ya he terminado el informe de viabilidad económica del proyecto de reconstrucción del hospital.

—Ah —dijo ella, que dudaba si preguntarle directamente, porque no quería molestarle.

—Supongo —continuó Alex— que te gustaría saber el resultado, ¿no es así?

—Sí —reconoció Lola con sinceridad—, porque de tu informe depende nuestro proyecto.

—Está ahí. Te he impreso una copia, pero ten discreción.

—Gracias —dijo ella con una sonrisa de circunstancias mientras empezaba a ojearlo.

—¿Y vas a leerlo entero en lugar de preguntarme? —bromeó él—. Te ahorraré el trabajo. La evaluación final es que es viable en los márgenes de financiación que el señor O'Connell está dispuesto a asumir y que tendrá un impacto favorable e imprescindible en la población civil a la que está dirigido, en especial a los enfermos de talasemia de la zona de Mosul que dependen, exclusivamente, de ese hospital.

—¡Bien! —exclamó ella con una gran sonrisa—. ¡Muchas gracias!

—No tienes nada que agradecerme. Si no fuera por ese hospital, no habría ningún sitio donde tratar las enfermedades sanguíneas en muchos kilómetros a la redonda.

—En cualquier caso, Alex, quiero darte las gracias porque reconozco que me he extralimitado buscando al doctor Ayash.

—Bueno, aparte de lo del conductor, estamos todos bien, y te confieso que me jode no saber qué coño ha pasado con ese médico. Te llamaré para preguntar y os echaré de menos en Amman, te lo aseguro. El trabajo allí es mucho más aburrido.

—Claro —dice Lola con expresión de fastidio—. Si has terminado, tienes que regresar.

—Así es —asiente él, con una media sonrisa—. Se acabó. En un par de días me marcho.

—¿Y no vas a volver?

—No lo sé. A partir de ahora, esto escapa de mi control y del de mi departamento. Mi trabajo, únicamente, era hacer el informe. Ahora, la fundación decidirá y casi seguro que será algo positivo, porque ya sabes que la hija del señor O'Connell padece talasemia.

—Es una pena, pero ¿sabes qué? —pregunta ella, que sonríe y coge sus manos vendadas.

—¡Agg! —grita él—. ¡Si me sigues apretando así me marcho ahora mismo!

—¡Ay! ¡Perdona, perdona! —exclama Lola, que las suelta—. Pero no creas que ni Khaled ni yo vamos a dejar que te marches sin despedirte. Habrá que hacer una fiesta antes de que te vayas. ¡En el Everest!

NO QUIERO QUEDARME AQUÍ

Mosul, Irak. Primavera de 2015

Cuando su amo afgano devolvió a Aysha a la casa de las mujeres, tras su fallido intento de fuga, la pusieron con las demás chicas en un cuarto grande y rectangular. Nada de una habitación aparte, como la vez anterior. Muchos hombres vinieron a buscar *sabiya* y se fijaban en ella, pero la descartaban porque estaba muy desmejorada, especialmente después de la paliza que la dio su dueño tras su último intento de huida. Cada vez que un yihadista pasaba de largo, ella daba gracias al dios de los yazidíes y se sentía dichosa por no parecer tan bella como antes. Pero todo cambió unos días más tarde, cuando varios hombres del DAESH entraron en la estancia. Uno la miró y la señaló; otro asintió con la cabeza y ambos se dirigieron hacia ella, que desvió la mirada y se resignó a volver a sufrir aquel ritual de esclavitud y violación.

Aysha se sorprendió porque los dos tipos, de aspecto rudo y desarreglado, no la trataron con el despecho habitual. No fueron amables, pero tampoco ariscos. Sin decirle a dónde iban, la llevaron a una casa grande y bonita, con un muro que protegía el jardín que la rodeaba. La hicieron pasar al salón, sentarse en uno de los tresillos y esperar durante unos minutos que se le hicieron eternos, porque había escuchado a otras chicas contar historias terribles sobre violaciones sucesivas, en grupo. Tenía mucho miedo y, al escuchar unos pasos apresurados que se aproximaban al salón, sintió una angustia tremenda. Cuando se abrió la puerta, el terror le impidió darse cuenta de quién entraba.

—¡Aysha! —exclamó Rezal mientras se abalanzaba sobre su hermana para abrazarla.

—¿Rezal? —preguntó la yazidí, en *shock,* pues esperaba que, en el mejor de los casos, fuera su nuevo amo. Las dos jóvenes se abrazaron y rompieron a llorar mientras se acariciaban y se besaban como enloquecidas. Era la primera cosa agradable que les sucedía

en varios meses de infierno.

Comenzó a hablar Rezal para darle a su hermana la noticia de la muerte de Nashira, que Aysha ya conocía porque se la habían contado las mujeres yazidíes de la casa de Mosul.

—¿Y sabes algo más de nuestra familia? —preguntó la mayor.

—Sí —respondió Rezal —. Halo, nuestro hermano pequeño, está bien, en un campo para jóvenes cerca de Tal Afar. Quizá Quteiba me permita hablar con él por teléfono.

—¿Quteiba? —preguntó Aysha—. ¿Quién es Quteiba? ¿Y qué haces en esta casa?

—Quteiba es quien me ha comprado. Es un comandante del Estado Islámico. Un hombre poderoso que te ha encontrado a ti y a Halo. Me trata bien. Casi como a una esposa.

—Como a una esposa —dijo Aysha con resignación.

—Me ha ayudado a sacarte de donde estabas —contestó Rezal sin dar explicaciones, porque no quería contar los detalles de su relación con el islamista—. Protegerá a Halo y está buscando a otros familiares nuestros.

—¡Oh, Rezal! —Aysha la abrazó sin hacer reproches, como su hermana esperaba.

—Yo no tengo tu valor ni tu fortaleza —se excusó Rezal— y mis principios no son tan fuertes. Yo solo sé sobrevivir. Ahora tenemos que ocuparnos de eso. Tarde o temprano este horror terminará y quizá podamos recuperar nuestra vida, porque si morimos, todo morirá con nosotros.

—No sé, hermana —Aysha aún tenía lágrimas en los ojos—. Nuestros padres y nuestros hermanos mayores han muerto y lo único que me mantiene con vida es saber qué ha ocurrido con mi marido. ¿Sabes algo de él?

—No —mintió Rezal, que había escuchado rumores sobre la muerte de Sefan, pero que quería mantener a toda costa las ansias de vivir de su hermana—. Puede que huyera junto a tu cuñado. Debes seguir adelante, para que podáis rehacer vuestras vidas.

—No sé si, después de lo que me han hecho, Sefan querrá saber algo de mí.

—¡Sefan te ama! —exclamó Rezal—. Estoy segura de que está deseando volver a verte.

Aysha sonrió y se le volvieron a saltar las lágrimas. Rezal calló y bajó la mirada.

—Habrás tenido que convertirte —dijo Aysha— y celebrar esa pantomima de matrimonios temporales con ese Quteiba, ¿no?

Rezal asintió sin decir palabra, consciente de que la respuesta era la peor que podía dar a su conservadora hermana.

—No quiero vivir bajo el techo de ese hombre —sentenció Aysha.

—No puedes. Quteiba te ha rescatado, pero no te quiere aquí. Irás a servir a la casa del imán de una mezquita del oeste de Mosul, al otro lado del río. Es un hombre bueno y mayor. Vive con su mujer y necesitan ayuda para las labores de la casa. Te tratarán bien. Es lo mejor que he podido conseguir.

—Gracias —aceptó Aysha—, seguro que será mejor que lo que he pasado hasta ahora.

8

BEBE Y CALLA

Erbil, Kurdistán iraquí. Principios de 2017

Es un día entre semana y bastante pronto, así que el bar del Everest está casi vació, pero Lola y Alex llevan ya bastante tiempo allí, hablando y bebiendo, junto a otros amigos, periodistas y cooperantes. Khaled, como siempre, llega un poco más tarde.

—He hablado con Firas, el de la organización que hace los documentos falsos para escapar de Mosul oeste —anuncia tras sentarse en uno de los taburetes de la mesa alta en la que están Lola y Alex.

—¿Y? —pregunta Lola, con los ojos muy abiertos.

—Me ha dicho que Ayash está vivo —anuncia Khaled—. O, al menos, lo estaba ayer.

—¡Bien! —exclama la cooperante levantando su cerveza para brindar.

—Entonces —interviene Alex— podemos intentar que escape.

—No —sentencia Khaled mientras sacude la cabeza—. De momento, Ayash no quiere huir porque no cesan de llegar heridos a su hospital. Dice que no puede marcharse.

—Vaya —se lamenta Alex—, pero al menos lo hemos localizado y sabemos que está vivo. Esa es una gran noticia. Su hija se alegará.

—O sea —dice Lola—, se le da la oportunidad de escapar del DAESH y se queda con sus enfermos. Ese tío es un héroe, pero deberíamos convencerle porque corre peligro y porque nos sería muy útil en nuestro proyecto. Quizá su hija pueda hacerlo. Voy a llamarla para darle la noticia y vamos a celebrarlo —anuncia riendo.

—¡Eso! —exclama Alex.

—Pide unos chupitos —ordena Lola entre risas, mientras brinda con el estadounidense.

Y de repente, la noche se vuelve maravillosa. Lola está espléndida, eufórica, después de decirle a Zaida que su padre vive. Alex baila con ella y Khaled sonríe. Hacía tiempo que no veía a Lola tan feliz. Danza, bromea y sus ojos brillan como los de una niña de las que aún no ha conocido la tristeza que destruye a los adultos.

—Estáis muy contentos —les interrumpe Dyar, su antiguo conductor, que se acerca a saludar.

—¡Hola! —exclama ella con una sonrisa de circunstancias—. ¿Cómo estás? Celebramos que hemos encontrado al doctor Ayash —explica ella sin dar más detalles.

—Me alegro —dice el joven, desilusionado porque la cooperante apenas muestra alegría por verle—. ¿Qué tal va todo?

—Bien —contesta Khaled mientras se levanta para marcharse—. ¿Y tu nuevo negocio?

—Aún es pronto para saberlo. Acabamos de abrir, pero parece que va bien.

—Me alegro —dice Lola mientras se levanta— Voy a pedir un par de cervezas más y

bailamos otro poco, Alex. Hasta luego, Dyar.

—Adiós —dice el joven que se marcha, desencantado, hacia su grupo de amigos.

—¿Se ha marchado Dyar? —pregunta Lola cuando regresa con las dos cervezas.

—Sí —responde Alex—, está allí con sus amigos. ¿Quieres que vayamos?

—No —dice ella—. En absoluto. No quiero darle a entender que quiero algo con él.

—¿Y por qué debería pensar eso? —pregunta el estadounidense sin decir que lo vio salir medio desnudo del cuarto de Lola.

—Anda, bebe y calla —dice Lola mientras ríe y sin dejar de mirarle fijamente, coge una de las jarras de cerveza y se la acerca a la boca para que beba. ¡Y vamos a bailar!

UNA DECISIÓN

Mosul, Irak. Primavera de 2015

Abu Mohamed acababa de regresar a Mosul después de pasar varios días en primera línea de fuego. Había perdido el favor del comandante Quteiba quien, azuzado por el odio que le tenía Rezal, lo destinó a otra unidad. Su nuevo grupo había estado combatiendo al sur de Mosul, por el control de Baiji, donde se encuentra la mayor refinería de Irak, capaz de producir quinientos mil barriles de petróleo diarios. El gobierno y el Estado Islámico se enzarzaron en una lucha sin fin por controlar la ciudad y su parque industrial, icono del desarrollismo iraquí y una gran fuente de riqueza. Abu Mohamed combatió con valor para demostrar su valía a su nuevo comandante. Fueron días duros en los que los yihadistas lucharon sin cuartel contra las tropas gubernamentales, cada vez más difíciles de derrotar. Antes corrían como conejos, pero ya no. De hecho, su unidad perdió muchos hombres; muchos buenos leones del califato que cayeron defendiendo el islam. Los vio caer con sus propios ojos, a su lado, y eso le hizo pensar mucho en su vida y en el futuro. Pensó en su hijo y en su esposa, muertos; pensó que, posiblemente, él también encontraría la muerte, aunque el califato triunfara. Era su misión y no le importaba, pero quería dejar algo en este mundo.

Su valor en combate pronto obtuvo sus recompensas: un acenso y el privilegio de ir a la casa de las mujeres a por una muchacha, pero aquella mañana no le apetecía. Acababa de despertar y tenía hambre. Se aseó un poco y tomó una decisión. Iría al restaurante de Abu Leila a desayunar ese delicioso *laham bil ayin* y así mataría dos pájaros de un tiro.

Minutos más tarde, cuando Abu Leila lo vio llegar, frunció el ceño. No le gustaba nada aquel tipo. Ni su actitud, ni sus formas, ni el interés que mostraba por su hija, pero con un comandante del DAESH había que andarse con cuidado.

—*¿Laham bil ayin?* —preguntó Abu Leila secamente.

—Sí —respondió Abu Mohamed—, pero no he venido por eso.

—¿Entonces? —preguntó extrañado Abu Leila.

—Quiero casarme con tu hija Leila.

Abu Leila sintió que un rayo lo atravesaba.

¿SERÁ NIÑO?

Mosul, Irak. Primavera de 2015

El comandante Quteiba no era un hombre cariñoso, ni mucho menos, pero sus atenciones hacia Rezal, su *sabiya*, habían aumentado desde que se enteró de que esperaba un hijo suyo. A ella todavía no se le notaba el embarazo y, aunque podía trabajar en la casa, el yihadista le pedía que hiciera menos cosas e incluso, a veces, le preguntaba qué quería comer y se lo traía de algún restaurante. También le dejó llamar por teléfono un par de veces a su hermana Aysha; naturalmente, con él delante.

La casa de Quteiba estaba en el Barrio de los Ingenieros, una zona rica y bonita de Mosul. Tenía un parque muy cerca, nada más cruzar la calle, con una valla de metal que lo rodeaba pero que dejaba que Rezal viera jugar a los niños. El edificio estaba cerca del hospital pediátrico Al Azahar, el que mejores medios tenía, por lo que el comandante había hablado con el director para que la joven recibiera allí las mejores atenciones.

—Me ha visto una doctora muy amable —le dijo Rezal cuando Quteiba regresó a casa, ya bien entrada la tarde— que parecía saber mucho. Me ha mandado unos análisis y me ha atendido directamente el director del laboratorio, un tal doctor Ayash.

—¿No te han hecho daño? —se interesó él.

—Nada en absoluto. Me han encontrado la vena a la primera y no he tenido que esperar.

—¿Cuándo tienes que volver?

—Cuando estén los análisis.

—¿Sabes ya si es niño o niña?

—No —ella sonrió levemente ante su ignorancia—. Es muy pronto. Pero será niño.

—¿Y no te han mandado revisiones?

—Por ahora, no. No tengo ninguna molestia. Eso es más adelante.

—Pediré que te las hagan, no quiero complicaciones —dijo él, mientras le acariciaba el pelo imaginando que su hijo se parecería a él y tendría los preciosos ojos de su madre.

A LA MAÑANA SIGUIENTE

Erbil, Kurdistán iraquí. Principios de 2017

La luz de la mañana entra con fuerza entre las cortinas descorridas, pero Lola se niega a despertar y se gira. Tose. Sus sienes palpitan y aparece un dolor de cabeza que, poco a poco, se hace más intenso, más molesto. La boca reseca le recuerda que la noche anterior, en el Everest, bebieron demasiado. Abre un ojo, está sola y no se oye ningún ruido en la habitación, ninguna respiración al lado. Sonríe. Se acuerda de Alex, bebiendo, riendo, bailando. Y luego de su torso desnudo y musculoso tumbado sobre la cama, bajo ella. La miraba con deseo mientras recorría su cuerpo desnudo con sus dedos ya curados de las quemaduras.

Lola mira el despertador; las siete de la mañana, la alarma aún no ha sonado. Alex no la ha despertado al marcharse al aeropuerto para tomar su avión hacia Amman. No se alegra, pero mejor así, porque se ha ahorrado una despedida triste. Era un poco atolondrado, pero buena gente, y se ha portado bien en el trabajo y en la cama.

ESTO ES GRAVE

Mosul, Irak. Primavera de 2015

Cuando Ayash vio que quien le llamaba por teléfono era su amigo Abu Leila, sonrió mientras pensaba en alguna frase amable que decirle. Sin embargo, su tono de preocupación le llenó de angustia.

—Salah —dijo Abu Leila—, por favor, tienes que ayudarme. Necesito consejo.

—Naturalmente, amigo. Si está en mi mano, será un placer.

—No sé qué hacer. Ayer vino a verme ese yihadista inmenso, Abu Mohamed. Me dijo que quiere casarse con mi hija.

—¿Con Leila? ¿Y tú qué respondiste?

—Que era un honor y que estaba seguro de que Leila aceptaría pero que necesitaba tiempo. La primera excusa que se me ocurrió fue la enfermedad de la tía de Leila, la hermana de mi mujer, que, como sabes, tiene un cáncer de pecho en fase terminal. Le he dicho que Leila está muy unida a ella y muy preocupada porque, además, ha notado que padece algunos síntomas de los que tiene su tía.

—¿Y cómo respondió?

—No le gustó. Se molestó bastante y me da miedo que tome represalias contra mi familia o contra mi negocio.

—Esto es grave y, por lo que me dices —dijo el médico—, entiendo que ella no quiere.

—Claro que no —respondió Abu Leila apesadumbrado—. Primero dijo que prefería arrojarse al Tigris y ahogarse en sus aguas, pero cuando cayó en la cuenta de que Abu Mohamed podría tomar represalias contra nosotros, se echó a llorar. Sé que aceptará para evitarlo, por eso tengo que ganar tiempo, porque he de confesarte que llevo meses pensando en huir de Mosul. Sé de alguien que ayuda a la gente a escapar.

—¿Y tu negocio?

—Eso, ahora, es lo que menos me importa. Lo que más quiero en mi vida es a mi mujer y a mi hija. Mejor ahora que cuando las cosas se pongan peor.

—Te entiendo. Yo tengo dos hijas. Son lo que más quiero en el mundo y me pongo en tu lugar, pero tendrás que responder a Abu Mohamed. ¿Qué vas a hacer?

—No sé, amigo, pero necesito ganar tiempo hasta que estén listos los papeles para poder marcharnos.

ALGO DE PAZ

Mosul, Irak. Primavera de 2015

La vida de Aysha cambió totalmente. Debía limpiar la casa y ayudar a la mujer del viejo imán a hacer la colada, la comida y la compra, pero no la trataban mal ni le pegaban, y las violaciones diarias habían desaparecido. Durante las primeras semanas, la relación fue fría, pero poco a poco se fue tornando más cercana porque ella se mostraba servicial. Sin embargo, su vida distaba mucho de ser agradable. Hacía meses que no tenía noticias de su marido, Sefan, del que solo sabía a ciencia cierta que fue herido de gravedad, pero no si estaba vivo o muerto. Unos le decían que se le había visto en el monte Sinyar, con su hermano; otros que, con los ojos vendados, en un coche, y vaguedades así. En su interior

crecía el presentimiento de que estaba muerto, pero como nadie se lo confirmaba, ella prefería agarrarse a las esperanzas que le infundía su hermana Rezal cada vez que el comandante Quteiba permitía que la llamara por teléfono.

Otra de las labores de Aysha era acompañar a la mujer del viejo imán al médico, pues además de insuficiencia renal y artritis reumatoide, padecía una anemia que se había ido agravando con la edad. Como no mejoraba y su marido era un prestigioso clérigo, utilizó sus contactos para que la trataran en el Hospital al Azahar, que era el más avanzado en el tratamiento de enfermedades sanguíneas de Mosul por su laboratorio y su unidad de talasemia.

Aysha esperaba junto a la mujer del imán a que a esta le realizaran unos análisis cuando, aburrida, giró la cabeza y vio a su hermana sentada unas sillas más allá.

—¡Rezal! —la llamó muy alegre.

—¡Aysha! ¿Qué haces aquí?

—He venido a acompañar a la mujer del imán. Tiene anemia y le van a hacer pruebas.

—La edad hija, la edad —explicó la señora.

—¿Estás…? —preguntó Aysha, con el ceño fruncido. El vestido largo y amplio que llevaba disimulaba bastante la barriguita de Rezal, pero al levantarse, la joven hizo ese gesto tan típico de las embarazadas—. ¿Estás embarazada?

—Sí —respondió la menor de las hermanas, temerosa—. Me han detectado una anemia leve. Nada grave, pero tengo que venir regularmente al hospital.

Aysha no dijo nada. Se acercó a Rezal, aún con las cejas fruncidas y le puso las manos en las mejillas. Despacio, su expresión cambió a la frialdad y luego al llanto hasta que se abrazó a su hermana. Cuando se separaron sonreía con cierta amargura.

EL ENTIERRO

Mosul, Irak. Verano de 2015

La madre de Leila lloraba a mares durante el entierro de su hermana, a quien el cáncer de pecho devoró rápidamente. Eran lágrimas de dolor por su fallecimiento, pero también de miedo por no saber cómo afrontar lo que se le venía encima, pues su marido le había contado tanto la petición de mano de Abu Mohamed como su intención de huir de la ciudad. Pudo contenerse durante casi todo el sepelio, pero cuando vio destacar la figura gigantesca del yihadista entre los presentes, se derrumbó. Sabía que, si Leila aceptaba, ellos evitarían las represalias de su pretendiente, pero su hija se condenaría a seguirlo hasta el fin en la guerra para mantener vivo el califato. La huida de Mosul la aterraba, por el riesgo de que los descubrieran, sin embargo, al ver a Abu Mohamed en el funeral, decidió que era lo mejor para protegerla.

—Es ese —dijo Abu Leila señalando con la mirada al yihadista, cuando el doctor Ayash se acercó a darle el pésame a él y a su mujer.

—Lo sé. Lo he visto en el restaurante —contestó el médico.

—Estoy aterrada, Salah —dijo la madre de Leila en voz baja, sin dejar de llorar—. Hemos hablado con ese hombre que saca a la gente de la ciudad.

—Shshhhh —dijo Ayash, que aprovechó que los asistentes al funeral iban a dar el pésame al marido y a los hijos de la difunta para apartar a sus amigos a un lugar más

discreto—. Que no os oigan decir eso. ¿No habéis pedido permiso? Vosotros tenéis propiedades para satisfacer la garantía que exige el DAESH para salir, aunque, claro está, si no volvéis, las perderéis.

—Las perdería de buen grado —afirmó Abu Leila—. El problema es que he solicitado el permiso, pero no me lo han concedido. Incluso ofrecí el restaurante como garantía de que regresaríamos. Por eso voy a recurrir a un tal Firas, que ayuda a la gente a escapar.

—Cambiemos de tema —dijo Ayash al percatarse de que Abu Mohamed se acercaba.

—Siento mucho el fallecimiento de Mariam —advirtió el yihadista cuando llegó hasta Abu Leila y a su mujer, a quienes saludó cortésmente.

—Gracias —Abu Leila, como su mujer, se sorprendió al ver que el miliciano conocía el nombre de la difunta. Eso indicaba que se había tomado la molestia de averiguarlo. ¡A saber cuántas cosas más sabía sobre toda su familia!

—¿Cómo está vuestra hija? ¿Muy afectada?

—Allí está, con sus primas —respondió Abu Leila mientras su mujer se echaba a llorar sobre su hombro, más que de dolor por la muerte de su hermana, por el miedo a tener que entregar su hija a aquel hombre—. Leila estaba muy unida a su tía y, como te conté, cree que tiene algunos síntomas parecidos a los de ella.

—Me hago cargo —observó el yihadista, circunspecto—. El cáncer no se puede tomar a la ligera. Ahora más que nunca, creo que sería conveniente que se haga unas pruebas.

—Sí. Estamos en lista de espera —dijo el padre, tratando de ganar tiempo—, pero va muy despacio.

—Yo puedo acelerarlo —se ofreció el yihadista—. Tengo contactos.

—Gracias, pero no será necesario —afirmó el doctor Ayash, que no quería que Abu Mohamed se entrometiera en el asunto, especialmente después de comprobar cómo había investigado sobre la familia de su amigo—. Yo trabajo en el Hospital al Azahar y me estoy ocupando de ello. Pronto la llamarán.

—Pero ese es un hospital pediátrico —objetó Abu Mohamed.

—Sí —se apresuró a intervenir el doctor Ayash—, pero tenemos un departamento de oncología que, ocasionalmente, también atiende adultos. Además, algunos de los síntomas que presenta Leila se corresponden con enfermedades de la sangre y nosotros, por nuestra unidad de talasemia, somos una referencia en ese tipo de dolencias.

—Entiendo —dijo el yihadista mientras se marchaba, pensativo—, pero si necesitas mi ayuda, Abu Leila, no dudes en pedírmela. Y recuerda que espero una contestación.

—Gracias, amigo —le dijo Abu Leila a Ayash cuando se quedaron a solas.

—No te preocupes —dijo Ayash quitándole importancia—. Ahora hay que ganar tiempo hasta que encuentres cómo escapar. Quién sabe, quizá con lo que le hemos dicho sobre lo que podría tener Leila, abandone la idea de casarse con ella.

—*Inshalla* —sollozó la madre.

NO SE PREOCUPE

Mosul, Irak. Principios de 2017

Zaida, la hija del doctor Ayash, ha llegado al hotel Classy puntual, un par de minutos antes que Lola y que Khaled, que se han entretenido por una comida con unos

diplomáticos noruegos de los que pretenden conseguir financiación.

—¿Tenemos noticias? —pregunta la iraquí en cuanto saluda a los cooperantes.

—Sí —dice Khaled—. La gente de Firas ha localizado a tu padre en Mosul oeste. Está bien, pero insiste en que aún no puede salir por sus obligaciones en el hospital.

—Pero ¿entonces? —pregunta Zaida, visiblemente nerviosa—, ¿por qué no ha contactado conmigo? Otras personas que están allí hablan con sus familias por teléfono.

—Su caso es diferente —explica Khaled—. Tu padre dirige un hospital de campaña muy cerca del frente sur. El DAESH teme que huya y no le permite tener teléfono ni salir del centro. Incluso si acepta huir, será difícil sacarlo de allí.

—¡No puede ser! —exclama Zaida, que empieza a llorar—. ¡Lo tenemos tan cerca!

—Tranquila —interviene Lola, que agarra sus manos para consolarla—. El primer paso es convencerle de que debe huir. La gente de Firas está intentando hacerle llegar un teléfono móvil para que pueda hablar con usted, pero mientras tanto, pueden hacerle llegar una carta. Queremos que le escriba e intente convencerlo para que escape.

—Naturalmente, pero mi padre no es fácil de convencer.

UNAS MANCHITAS

Mosul, Irak. Primavera de 2015

No era abundante, pero al irse a dormir, Rezal vio unas manchitas de sangre en su ropa interior. No le dijo nada a su marido, porque le daba vergüenza, pero como el sangrado no se detenía, se lo contó a su ginecóloga en la siguiente revisión.

—Placenta previa —dijo la doctora—. No es raro en embarazadas jóvenes. No tiene por qué ser grave y puede solucionarse a lo largo del embarazo, pero debería hacer reposo.

—Dejarás de hacer labores de la casa —ordenó Quteiba cuando se enteró.

—Gracias, pero hace tiempo que ya no hacía casi ninguna —dijo Rezal tocándose el vientre y haciendo una mueca de incomodidad.

—Mañana —continuó Quteiba cuando observó el gesto de la muchacha— ordenaré a uno de mis hombres que busque una mujer para que te atienda si tienes algún problema. O si lo prefieres, elige una de las que ya están en la casa.

—No será necesario —respondió Rezal—. Sangro, pero me encuentro bien.

—Insisto.

—Está bien —aceptó ella—. Pero, ya que me dejas elegir, ¿podría ser mi hermana la que viniera a ayudarme? Son cosas íntimas y tengo más confianza con ella.

—Ella sirve en casa del imán —respondió él secamente.

—El otro día me la encontré en el hospital —respondió ella—. Me contó que las labores de la casa no son demasiadas y que tiene tiempo libre. Si no te es inconveniente, preferiría que mi hermana viniera, pasara unas horas conmigo y luego se marchara a dormir a casa del imán. Entiende, por favor —la joven puso voz de súplica— que son cosas muy íntimas y que yo me encontraría más tranquila con mi hermana. Además, la doctora ha dicho que sería lo mejor para mí y también para el bebé, por los vínculos emocionales.

Quteiba volvió la cabeza y la miró con severidad, como si le hubiera faltado al respeto por insistir, pero sus palabras sobre el bienestar del feto le hicieron recapacitar.

—Ya veremos —dijo secamente.

ESTA VEZ TENDRÁS SUERTE

Mosul, Irak. Principios de 2017

El Hospital al Azahar hierve de actividad. Los pacientes entran, salen o pasean, como el personal sanitario, que se mezcla con los voluntarios que colaboran en las reparaciones del centro, comenzadas al poco de la expulsión del DAESH del este de la ciudad. Decenas de estudiantes de la Universidad de Mosul se han apuntado para colaborar en la limpieza y el desescombro de las zonas dañadas en el bombardeo de la coalición y el incendio causado por el Estado Islámico. Lola los mira y se cruza con el pequeño Osama, que está con su madre. Como ella trabaja en las cocinas, ha sacado un plato de arroz, aún humeante y oloroso, que el pequeño devora con ansia.

—Hola —dice Khaled.

—Hola —responde la cooperante— ¿Alguna noticia de Ayash?

—Sabemos que sigue en el hospital de campaña.

—Vamos —dice ella—. El director quiere enseñarnos los daños en el sistema de suministro de oxígeno y en las salas de atención.

Nawfah sale a su paso antes de que lleguen. Viste su bata blanca y lleva un fonendoscopio colgado del cuello porque la saturación de pacientes es tanta que ha dejado las labores de dirección para echar una mano a los otros doctores.

—Los combates se han reanudado —anuncia el director— y cada vez llegan más heridos. Muchos son refugiados que huyen del oeste de la ciudad. Vengan, quiero que lo vean.

Lola y Khaled acompañan al médico hasta una sala cuadrada y bastante grande en la que se hacinan los pacientes, todos niños de menos de diez o doce años. Los más pequeños están en cunas y los mayores en camas distribuidas por toda la estancia, cuyas pareces están decoradas con personajes de dibujos animados. Allí están Pluto, Mickey y Minnie Mouse, con la cara tapada con borrones de espray negro porque la intransigencia del Estado Islámico aplicó los principios de la iconoclastia hasta al pato Donald.

—Vengan —dice el doctor Nawfah mientras señala a varios médicos que atienden a los niños allí mismo. Los auscultan, los examinan y les pinchan en los brazos—. No sé qué vamos a hacer. No dejan de llegar pacientes y aún no tenemos listas las habitaciones del primer piso. Tenemos que atenderlos aquí y reservar los cuartos reconstruidos para los postoperatorios, porque la unidad de cuidados intensivos también está abarrotada.

—¿Y no pueden derivarlos a Erbil? —pregunta Lola.

—A algunos, sí —responde el director—, pero hay muchos a los que los kurdos no dejan pasar porque no tienen los permisos en regla.

—Pero son casos graves —observa Lola, conmocionada por lo que ve a su alrededor.

—Da igual —responde Khaled—. Si el miliciano de turno decide que no pasan, no pasan.

—Justo eso es lo que le ha ocurrido a este hombre —explica el doctor señalando a Raed, el padre de la pequeña Hannan, cuya insuficiencia renal se ha agravado a pesar de recibir diálisis en el hospital—. Ayer intentó llevar a su hija a Erbil, pero lo echaron para atrás en el control. Hoy le hemos hecho un certificado del hospital y lo volverá a intentar,

porque su hija está muy grave y aquí no podemos hacer nada por ella.

—Gracias doctor —dice Raed, que se separa de la cama de la pequeña Hannan. La niña, amarilla e hinchada, se queda con su madre y su abuela—. La ambulancia llegará en unos minutos y volveremos a intentarlo.

—Esta vez tendrás suerte, Raed —lo anima Nawfah mientras se vuelve hacia la puerta, por la que entran otras dos familias con dos niños que tienen la cabeza vendada—. ¿Ven? —les dice a los cooperantes—. No damos abasto.

—¿Cómo podemos ayudarlos? —Pregunta Lola.

—No pueden —dice el doctor, que ahora examina a un niño de doce años que ha ingresado con una fuerte hemorragia cerebral—, salvo que puedan reparar el sistema de distribución de oxígeno o traerme diez neurocirujanos. Llame a Aklouk —ordena Nawfah a uno de sus asistentes—. Es el mejor neurocirujano de Mosul. Si alguien puede hacer algo por este chico, es él.

—Estaba a punto de entrar en quirófano —afirma Aklouk, minutos más tarde, en cuando llega— ¿Qué sucede?

—Este chico —anuncia Nawfah.

—Conozco su caso —dice Aklouk—. He pedido una TAC. ¿La tienen ya?

—En el ordenador —dice el médico residente, a unos metros del chaval, señalando la pantalla—, pero yo diría que es un caso perdido. Como puede ver, se trata de una hemorragia aguda que ocupa gran parte del hemisferio cerebral derecho.

—¿El examen? —pregunta el jefe de neurocirugía.

—Pupilas dilatadas y no reactivas, sin reflejos encefálicos, respiración irregular y pulso cayendo. Está entrando en coma profundo; cinco en la escala de Glasgow. Prácticamente, muerte cerebral.

—Tengo un muchacho de ocho años con un trozo de metralla en la base del cráneo listo para entrar en quirófano —anunció Aklouk—. Yo solo puedo intervenir a uno y todos nuestros neurocirujanos están operando.

—Tú decides —interviene Nawfah—. El quirófano número tres está preparado.

—Lamentablemente —dice Aklouk cabizbajo—, el otro tiene muchas más posibilidades de sobrevivir que este.

Nawfah y el residente asienten, Lola también. Si ella tuviera que elegir a quién operar, tomaría exactamente la misma decisión que Aklouk. La lógica médica indica que se debe intervenir primero a quien más posibilidades tiene de sobrevivir, pues, al contrario, existe el riesgo de que mueran ambos pacientes. La cooperante da la vuelta para marcharse y entonces ve al niño tendido en la cama, junto a su madre, que le coge la mano y le acaricia la carita. Ella ha hecho cientos de operaciones como esa pocos años antes, en las guerras en las que ha estado cuando ejercía la medicina. Fugazmente, se le pasa por la cabeza ofrecerse a realizarla, pero se lo piensa. Eso es agua pasada.

—Dígaselo a su familia —oye decir a sus espaldas—. Que no se hagan falsas esperanzas.

—Un momento —dice Lola—. Si necesitan un neurocirujano, yo lo soy. He hecho operaciones así en la guerra de Libia, en Siria y en Gaza. Puedo intentarlo.

—Es muy buena —afirma Khaled mientras Nawfah mira a Aklouk, buscando su opinión.

—Es cuestión de vida o muerte —dice Aklouk mientras señala a la familia del niño

con la mirada—. No tenemos nada que perder y ellos tampoco. Nos sobra un quirófano y nos falta un cirujano.

—Bien —asiente Nawfah—. Es cuestión de vida o muerte.

—Que terminen de preparar el quirófano —pide Lola con firmeza—. Que le saquen muestras de sangre. Intubación, una sonda nasogástrica y otra urinaria.

Nawfah ordena al médico residente que lleve a Lola a la sala de operaciones y le presente al equipo. Luego, cuando Lola se ha marchado, se dirige a Aklouk.

—En cuanto termines con tu paciente —le dice—, tse vas a su quirófano a echar un ojo.

El equipo que le asignan a Lola escucha con atención y sorpresa la fluidez con la que, en perfecto árabe, les explica lo que quiere. Posición del paciente: decúbito supino con la cabeza rotada hacia el lado derecho; asepsia de la mitad izquierda con *Betadine*; incisión en la región frontotemporal en forma de interrogación; craneotomía ósea con craneótomo neumático; apertura de la duramadre en forma de herradura; incisión de la corteza cerebral en la región de la cisura de Silvio usando coagulación bipolar; aspiración del coagulo sanguíneo con irrigación con suero salino; hemostasia del sangrado venoso con *Surgicell*; cierre de la duramadre con sutura continua; reposición del hueso; inserción de drenaje *Hemovac* y sutura de la piel con hilo de seda. En resumen: levantar la tapa de los sesos, aspirar el coágulo y tapar el agujero.

Cuando todo está listo, Lola corta con el bisturí el cuero cabelludo por la marca que antes ha dibujado con el rotulador dermográfico estéril. Su precisión hace que el ATS circulante mire a la primera ayudante técnica y ponga una mueca de sorpresa al ver la rapidez con la que la cooperante maneja el periostótomo, el instrumento que se utiliza para separar la piel y los tejidos blandos de los huesos del cráneo. Luego, Lola pide el craneótomo, una especie de taladro que hace un sonido endiablado, irritante e histérico como el del torno de un dentista, pero mucho más fuerte. Uno, dos, tres, cuatro agujeros redondos en los sitios señalados.

—La sierra —ordena Lola, mientras entrega el craneótomo al ATS circulante. Lola se toma un par de segundos, comprueba que funciona antes de introducirla en uno de los agujeros que ha hecho antes y comienza a serrar el hueso en dirección al siguiente orificio mientras la ayudante derrama agua destilada sobre la hoja para evitar que se caliente y se rompa. Al principio, la cooperante nota que le falla un poco el pulso y, por un momento, se le pasa por la cabeza el recuerdo de su última operación fallida y de los que se le han quedado en la mesa de operaciones. Vacila; «lo dejo», piensa, pero pronto, en cuanto la sierra empieza a convertir el hueso del cráneo en virutas blancas, se olvida de todo lo que rodea a su paciente y los fantasmas se desaparecen.

—Todo correcto —dice el anestesista al notar que Lola le mira recabando información.

—El elevador de hueso —ordena la cirujana.

—Tome —dice el instrumentalista que, al ver la rapidez con la que Lola estaba cortando el hueso, lo ha preparado con antelación. El elevador de hueso es un instrumento metálico y largo, de unos quince o veinte centímetros, con un extremo redondeado, curvo y romo, que la doctora introduce por el corte que ha hecho. Con cuidado, pero rápidamente, separa el hueso de los tejidos para no causar daño hasta levantar un trozo ovalado, algo más grande que la palma de su mano. Debajo queda al descubierto la duramadre, una membrana blanquecina que palpita leve y rítmicamente.

—Por favor —solicita Lola—, preparen el campo quirúrgico. Necesitaré pinzas y tijera de *Metzembaum*.

Lola se toma unos segundos de descanso y, cuando todo está listo, sujeta las pinzas con la mano derecha y, las tijeras, con la izquierda, para comenzar a cortar la duramadre en el sentido de las agujas del reloj y, en un rápido movimiento, se las cambia de mano para variar el sentido del corte. Al terminar, separa la membrana con las pinzas y repite la operación con la segunda membrana, la *aracnoides* y con la tercera, la *piamadre*.

—Preparen la aspiración y el suero para el drenaje del derrame —ordena Lola, mientras tiende al instrumentalista las tijeras y las pinzas.

—Excelente —observa una voz masculina frente a ella.

—Doctor Aklouk —saluda la cooperante—. ¿Cómo ha ido su operación?

—Mucho más sencilla de lo que esperaba —contesta el médico, que obedeciendo al director del hospital, ha terminado su intervención y se ha acercado al quirófano en el que está operando Lola para supervisar la suya—. He terminado muy deprisa.

—¿Quiere usted continuar con este paciente? —pregunta ella.

—En absoluto —responde cortésmente Aklouk—. No lo haría mejor que usted. Llevo un rato observándola y debo decir que tiene usted una técnica excelente. La felicito. Su rapidez es asombrosa. Si este chico sobrevive, se lo deberá a sus prodigiosas manos.

—Gracias —acepta Lola mientras se dispone a aspirar el derrame—, pero todavía nos queda mucho trabajo.

ANÁLISIS

Mosul, Irak. Verano de 2015

Abu Mohamed recibió la noticia de que pronto saldría para el frente y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió mal. Abu Leila aún no había respondido su petición de mano y él no se podía quitar a su hija de la cabeza. Pensaba en la muchacha a todas horas y se imaginaba junto a ella, rodeado de hijos, una vez terminada la guerra. Le importaba, claro está, que la joven pudiera tener una enfermedad grave, como había sugerido su padre, y por eso llamaba por teléfono al que consideraba su futuro suegro con frecuencia. El hombre lo escuchaba cortésmente, pero le daba todas las largas que podía. «Leila está muy afectada por la muerte de su tía», «Se encuentra mal», «Estamos esperando el resultado de los análisis», «Ella cree que puede tener lo mismo». Un día, harto de tanto aplazamiento, fue al Hospital al Azahar, en el que supuestamente atendían a la muchacha, para preguntar por el resultado de las pruebas. Allí le dijeron que no podían darle esa información, pues solo se la daban a los interesados o a sus familias, pero cuando hizo valer su condición de miembro del DAESH y empezó a amenazar a quien lo atendía, y lo mandaron al laboratorio.

—Hay fuera hay uno del Estado Islámico —anunció Hassan, el ayudante del doctor Ayash al entrar en su despacho— que pregunta por los resultados de unas pruebas de una chica. Le he dicho que no podemos dárselos, pero él insiste en hablar con usted.

Enseguida, Ayash supuso que se trataba del yihadista que quería casarse con la hija de su amigo Abu Leila y lo confirmó nada más verlo.

—Ahora no puedo atenderle —le dijo el médico, pues sabía que su amigo había

inventado la historia de los análisis para ganar tiempo mientras gestionaba su huida de Mosul—, tengo una reunión urgente con el director del hospital, pero vuelva mañana. Buscaré los análisis y se los explicaré con todo detalle. Cuando el yihadista se marchó, Ayash telefoneó a Abu Leila.

—Ha venido el yihadista que quiere casarse con Leila —dijo Ayash— y me ha preguntado por los análisis que se supone que le hemos hecho. Ha amenazado a todo el mundo.

—¿Y tú que le has dicho?

—Que estaba muy ocupado, que volviera mañana y le explicaría los resultados.

—Pero no le has hecho ningún análisis a mi hija —dijo Abu Leila.

—Eso puedo solucionarlo —dijo Ayash, pensativo—. Cogeré los análisis de alguien con alguna enfermedad y cambiaré su nombre por el de tu hija, pero eso no garantiza que Abu Mohamed desista de casarse con ella.

—Solo necesito unos días para que Firas consiga los papeles falsos y nos marchemos de Mosul —dijo el padre de la chica—. Abu Mohamed me ha contado que lo vuelven a destinar al frente. Le diré que acepto el matrimonio, pero que Leila está aún muy afectada y que será mejor preparar la boda para cuando él vuelva. Con un poco de suerte, para entonces, ya nos habremos marchado de Mosul.

—Amigo —dijo Ayash con resignación— intentaré ayudarte, pero te la juegas.

EL ÚLTIMO CONTROL

Carretera de Erbil a Mosul, Irak. Principios de 2017

En cada control, Raed reza y pide a Alá que los dejen pasar. Tiene agarrada la manita de Hannan, su hija, que se ha dormido tendida en la camilla de la parte trasera de la ambulancia. Está hinchada y su piel tiene un aspecto poco saludable y amarillento, como de hoja de margarita lacia. Su insuficiencia renal se ha agravado tanto que no se puede tratar en Mosul y su vida depende de que llegue a alguno de los hospitales de Erbil.

Al contrario que el día anterior, cuando su padre la intentó llevar en su propio coche, no les han parado ninguna vez. «Se nota que vamos en una ambulancia», piensa Raed y sonríe, porque todo va sobre ruedas. El pobre hombre se imagina dentro de unos años, contándole orgulloso a su hija cómo consiguió llevarla a Erbil y salvarla de una muerte más que segura en Mosul.

Han recorrido más de la mitad del camino sin contratiempos y, si todo sigue así, en media hora como mucho Hannan estará a salvo en la capital del Kurdistán iraquí. Allí, a tan solo unas decenas de kilómetros hay hospitales modernos con los equipos y las medicinas que su hija necesita para sobrevivir. «Aquí no podemos hacer nada por ella, debes llegar a Erbil como sea», le dijo el doctor Nawfah en el Hospital al Azahar. Recuerda aquellas palabras cuando la ambulancia se detiene, un mal presagio. Escucha al conductor hablar con uno de los *peshmerga* que custodia el control y reza para que les deje pasar, pero la ambulancia no reanuda la marcha. Después de un chasquido metálico, el portón trasero se abre para mostrar un rostro joven, de aspecto amable, que se asoma al interior del vehículo.

—Documentos —pide el *peshmerga* con buen tono—, por favor.

—Tome —Raed tiende sus papeles al kurdo, que los examina durante unos segundos.

—Lo siento —dice el miliciano—, pero no puedo dejarles pasar. Este papel del hospital es solo un certificado civil. Necesita el documento de identidad válido.

—Verá —contesta Raed cabizbajo—. El DAESH me quitó mis documentos y eso es lo único que tengo, pero necesito llegar a Erbil. Mi hija está muy enferma.

—La niña —interviene el conductor de la ambulancia, que se ha bajado del vehículo para intentar ayudar a Raed— está muy grave y en Mosul no hay ningún hospital con las máquinas que puedan curarla. Si no llega a Erbil, morirá. Mire esto —dice mientras señala el sello que hay en los papeles—, es un certificado médico oficial que lo acredita. Por favor, ayúdenos. Además, mis documentos sí que están en regla y yo respondo por este hombre y por su hija.

El joven, que no llega a los diecinueve años, lee los papeles, sube a la ambulancia y mira a Hannan que, sumida en un sueño intranquilo, tiene carita de angustia.

—¿Qué le pasa? —pregunta mientras inspecciona que no haya armas o explosivos.

—Tiene una insuficiencia renal muy grave —contesta el conductor—. Necesita que le limpien la sangre cada día o morirá, pero las máquinas que hay en Mosul no valen porque su enfermedad está muy avanzada. Sin embargo, los hospitales kurdos tienen buenos equipos. Máquinas modernas, capaces de limpiar cualquier sangre.

—Esta vez le dejaré pasar —anuncia el muchacho mientras sale de la ambulancia y le devuelve los documentos a Raed—, pero debe conseguir otros papeles.

—¡Gracias! —exclama el padre mientras estrecha la mano del joven—. ¡Qué Alá lo bendiga! ¡Qué Alá lo bendiga!

Raed se guarda los papeles sin dejar de dar las gracias al miliciano con aspavientos exagerados y todas las fórmulas de cortesía que concoce. Ya va a subirse a la ambulancia cuando oye una voz a sus espaldas.

—¡Un momento! —la orden proviene de otro miliciano que pasa la cincuentena y se acerca atraído por los aspavientos de Raed—. ¿Qué pasa aquí?

—Nada, mi sargento —responde el joven—. La hija de este hombre está muy enferma y necesita llegar a Erbil para que la atiendan en uno de nuestros hospitales.

El sargento, una sanguijuela con muchos años de experiencia a las espaldas, ha desarrollado un sexto sentido para descubrir quién no tiene los papeles en regla y, por tanto, a quién se le puede sacar dinero para dejarle pasar.

—A ver esos documentos —dice el hombre tendiendo la mano a Raed, que le entrega sus papeles. Los ojea durante unos segundos, para luego dirigirse al joven *peshmerga* con tono autoritario—. Vuelve al puesto, necesitan ayuda.

—Sí, mi sargento —acepta el muchacho, sin rechistar.

—Lo siento —se excusa el suboficial, que presenta un aspecto bastante desaliñado y la barba de varios días, sin afeitar—. Sus papeles no están en regla. No pueden pasar.

Raed no puede creerlo. Hace tan solo unos segundos tenía el paso franco hacia la salvación de su hija y, en un momento, se le han cerrado las puertas del cielo. Es como si le hubiera caído una losa encima.

—Es lo único que tengo —dice Raed—. El DAESH me quitó los documentos y he tenido que pedir estos provisionales, pero aquí tengo los certificados médicos. Además, el conductor, que sí que tiene todos sus papeles en regla, responde por nosotros.

—Lo siento —insiste el sargento—. Esos papeles no son válidos. Sin embargo, si

ustedes pagan las tasas especiales, podrán pasar.

—¿Qué tasas? —pregunta Raed—. No he oído hablar de esas tasas.

—Verá —explica el *peshmerga* sin ningún tipo de pudor—, la gente que no tiene sus papeles en regla puede pagar esas tasas especiales.

—Bien —acepta el padre, que ya se ha dado cuenta de que le están exigiendo un soborno y está dispuesto a hacer cualquier cosa para salvar a su hija—, ¿y cuánto cuestan esas tasas?

—Cincuenta dólares —responde el kurdo, consciente de la necesidad de Raed.

—¡Cincuenta dólares! —exclama el padre—. Pero yo no tengo cincuenta dólares. He gastado casi todo lo que tenía en medicinas para mi hija. Tome —dice sacando de su cartera un billete de diez dólares y algunos dinares iraquíes—, es todo lo que tengo.

—Lo siento —replica el sargento—. No es suficiente. Consiga el resto y vuelva.

—¡Pero mi hija está muy enferma! —suplica Raed, que entra en la ambulancia para coger en brazos a la niña y enseñársela al suboficial—. Por favor, déjenos pasar.

—Yo no la veo tan mal —objeta la sanguijuela.

—Mire —le advierte el padre—, voy a coger a mi hija en brazos y voy a cruzar su maldito control. Ella necesita llegar a Erbil o morirá, y yo no voy a consentirlo. Si usted quiere impedírmelo, dispare.

Raed coge a su hija y con paso firme comienza a andar hacia el otro lado del control. Está totalmente decidido a cruzar aunque le cueste la vida.

—¡Detengan a ese tipo! —ordena el sargento a sus hombres mientras Raed cierra los ojos y continúa andando—. ¡Rápido! ¡Y metedlo en el calabozo!

Un par de *peshmergas* que están cerca dejan lo que están haciendo y corren hacia Raed para sujetarlo por los brazos. El padre, que anda sin detenerse, agarra con fuerza a su hija. Intenta seguir andando, pero los soldados se lo impiden. Aprieta los dientes y unas lágrimas de rabia se escapan de sus párpados cerrados.

—¡Un momento! —grita el conductor de la ambulancia, al tiempo que se dirige hacia Raed, que ha comenzado a forcejear con los *peshmergas,* sin soltar a la niña. Uno de ellos le arrebata a Hannan mientras otros lo sujetan con fuerza y lo golpean—. ¡Un momento! Dejen que yo me ocupe de esto. No lo detengan, por favor.

—Tengo que llevarla a Erbil —suplica Raed, que llora con lágrimas de rabia pura mientras intenta escapar de los soldados y recuperar a Hannan—. ¡Tengo que sacarla de aquí! ¡Tengo que llevarla a Erbil!

—¡Raed! —grita el conductor—. Tienes mujer y dos hijos más que te necesitan. ¿Qué ganarás si te arrestan? ¡Dime! ¿Y qué haremos contigo en el calabozo y con la niña aquí, sin poder pasar? Vámonos e intentemos conseguir el dinero.

Raed se da la vuelta y, con los dientes apretados de rabia, se queda quieto, mirando a Hannan, que llora porque aquellos hombres con armas sujetaban a su padre.

—¡Tengo que sacarla de aquí! —suplica Raed—. ¡Tengo que llevarla a Erbil!

—Ya nos vamos, ya nos vamos —dice el conductor de ambulancias dirigiéndose al sargento, que hace una seña para que le devuelvan la niña a Raed—. Iremos a por el dinero, pero por favor, no lo detenga. Tiene mujer e hijos.

—¡No quiero su dinero! —exclama el sargento, haciéndose el ofendido porque quiere ocultar a sus hombres ha exigido un soborno a Raed—. ¡Y váyanse de aquí antes de que los detenga por intentar sobornarme!

9

SALDREMOS ADELANTE

Mosul, Irak. Verano de 2015

—No te levantes —dijo Aysha y fue al cuarto de baño a coger un bote de crema para las manos que quería Rezal. Finalmente, el comandante Quteiba accedió a que la joven ayudara e hiciera compañía a su hermana durante el embarazo, pero con la condición de que se marchara cuando él regresara por las noches. Aysha hacía sus tareas en la casa del viejo imán por la mañana temprano y, luego, atendía a Rezal hasta que el yihadista volvía. No era una vida feliz, como la de antes de su cautiverio, pero al menos pasaban mucho tiempo juntas y se daban ánimo—, ya te lo traigo yo esa crema.

—No es necesario —contestó Rezal en voz baja—. No soy una enferma y, si te soy sincera, exagero un poco cuando Quteiba o sus hombres están delante.

—Lo he notado —afirmó Aysha con una sonrisa de complicidad—, pero el sangrado no es teatro y la doctora te ha mandado reposo. No quiero que te pase nada ni a ti ni a tu pequeño. Estoy deseando que nazca, aunque me apena mucho que mi sobrino no vaya a ser un yazidí, como nuestra familia.

—Lo será —respondió la menor de las hermanas ahora, susurrando—. ¿Acaso crees que el califato durará para siempre? Tarde o temprano, caerá.

—Dios te oiga, hermana. Pero de momento son muy fuertes.

—He oído a Quteiba hablar por teléfono. A veces, durante las llamadas, yo me hago la dormida y escucho. De momento son fuertes, pero están muy preocupados porque el gobierno de Bagdad ha conseguido el apoyo de los americanos y de los iraníes. Yo no sé nada de política, pero no se puede ganar una guerra contra los dos.

—No sé, Rezal. No sé.

—Aysha, tarde o temprano, el califato caerá y los detendrán o los matarán a todos. Entonces nos liberarán y nos marcharemos a casa. Para mí será difícil, porque seré una viuda o la esposa de un preso, pero te aseguro que mi hijo será yazidí.

—Tranquila —dijo Aysha—. Si Sefan sigue vivo, cosa que cada vez dudo más, vivirás con nosotros, claro está, si es que no me repudia después de lo que me han hecho. Y si lo hace, ya veremos cómo salimos adelante.

—Eso es, Aysha —contestó Rezal, decidida a ocultarle la muerte de su marido para que no se viniera abajo—. Eso es. Saldremos adelante como sea y cueste lo que cueste.

¿CUÁNTO LE QUEDA?

Mosul, Irak. Principios de 2017

—¿Qué ha sucedido? —pregunta Lola cuando, tras terminar la operación del niño, vuelve junto al doctor Nawfah y ve regresar a Raed con su hija Hannan. Entra deprisa, con los ojos llorosos, en la sala donde estaba antes de marchar hacia Erbil.

—Me lo han contado, Raed —dice su esposa para consolarlo—. No podías hacer más. Si te llegan a detener, ¿de qué hubieran comido tus otros hijos? Tranquilo, los médicos la cuidarán.

Pero Raed no encuentra consuelo. Se separa unos metros y se apoya en la pared, como si fuera a derrumbarse. Lola lo ve y busca con la mirada al doctor Nawfah que, junto con Aklouk, atienden a un equipo de televisión para explicarles la situación caótica del hospital. Cuando termina la entrevista, el cámara, un español delgado y muy alto que viste el típico chaleco de bolsillos de los periodistas, y el operador de sonido, más bajito, empiezan a tomar imágenes de la sala y se centran en Hannan.

—He visto a la niña —dice Lola a Nawfah, con preocupación—. No está bien.

—Así es —responde él—. Ya estaba grave cuando salió para Erbil.

—¿Cuánto le queda?

—Si no la evacuamos —dice el doctor, resignado—, cuarenta y ocho horas. Quizá menos.

Los dos se acercan a Hannan. Ella, enfundada en sus pantaloncitos naranjas y su *sweater* rosa, parece haberse recuperado milagrosamente y echa los brazos a su madre, que le intenta colocar una mascarilla de oxígeno transparente, conectada a un tubo verde. La cama-cuna es lo bastante ancha como para que ambas se sienten juntas, con las piernas cruzadas sobre el colchón gris oscuro, al lado de un paquete de pañales. El padre, algo más recompuesto, habla con los periodistas de la televisión.

—Por favor —le dice al cámara—, ayúdenos. Ella va a morir si no la sacamos de aquí.

—¿Y qué podemos hacer nosotros? —pregunta el informador.

—Llévenla en su coche —suplica Raed— a Erbil. A mí no me dejan cruzar el control. Aquí morirá en un par de días. Por favor, llévela con ustedes y déjenla en un hospital.

El cámara se queda callado, sin saber qué decir ni que hacer, como el resto de su equipo. Después traga saliva y baja la mirada.

—¿Podemos hacerlo? —le pregunta a su traductor.

—Podríamos intentarlo —dice el intérprete encogiéndose de hombros—. Pero ¿qué ocurrirá si nos paran en el mismo control y ven que la niña no tiene papeles y viaja con extranjeros? ¿O si tiene una crisis durante el viaje? Nosotros no somos médicos.

—Eso es muy arriesgado, Raed —interviene el doctor Nawfah, que acababa de llegar con Lola al grupo.

—Nosotros lo intentaremos —anuncia Lola—. Conozco a un general de las Fuerzas Especiales. Le pediré que nos ayude con los permisos.

—Gracias —dice Raed con las lágrimas a flor de piel—. No sé cómo agradecérselo.

El padre se lleva la mano al pecho e inclina la cabeza, como haciendo una reverencia. Una sonrisa comienza a dibujarse en su cara, pero, antes de que tome forma, el llanto de su mujer se eleva sobre el murmullo de la sala, abarrotada de pacientes.

—Parada cardiorrespiratoria —anuncia con preocupación el médico que está con la niña al tiempo que sube el *sweater* rosa de Hannan para auscultarla. El hombre mueve el fonendoscopio con pequeños saltitos, de un lado a otro, sobre su pechito desnudo. Busca como un loco el latido de la vida, pero solo encuentra silencio. Se incorpora y empieza el

masaje cardiaco. Los dedos pulgares sobre el torso. Una, dos, tres, cuatro, cinco compresiones. Otras cinco y otras más. Quita la mascarilla de oxígeno del tubo de plástico por el que le llega el suministro, lo coloca directamente en uno de los agujeros de la nariz de Hannan y repite el masaje. Así hasta que la enfermera trae una especie de balón de plástico transparente conectado otra máscara que coloca a la pequeña y lo presiona al ritmo de la reanimación que practica el doctor. La madre llora, el padre reza. Con los ojos rojos acaricia la cabecita de Hannan mientras la abuela sujeta a su hija, a punto de desmayarse. Ella es la más vieja; la que más muerte ha visto y sabe reconocerla cuando se acerca. El masaje cardiaco se vuelve frenético.

—¡Perdóname, hija! —suplica Raed llorando, apoyado sobre el borde de la cama cuna —. ¡Perdóname por no haber podido cruzar ese control! ¡Perdona a tu padre por no haber sabido salvarte la vida!

Raed mira a su hija y, por un momento, percibe un ligero parpadeo que lo llena de esperanza. Se acerca y la besa en la frente. Aún está caliente, pero algo le dice que está besando un cuerpo vacío, sin alma, y le entra un sudor frío. Un gran vacío empieza a tomar forma frente a él, pero entonces, otro parpadeo y otro más. Raed no puede creerlo, está a punto de gritar de alegría, de estallar de júbilo como cuando vio nacer a la niña, pero los parpadeos cesan cuando el médico abandona el masaje cardiaco para volver a auscultarla. Sus ojos se cruzan con los del padre y los esquivan para volver a fijarse en Hannan. Saca una linterna pequeñita y le mira las pupilas. La vuelve a auscultar y menea la cabeza. Raed levanta la vista hacia el techo y como si pudiera ver el cielo, alza un dedo hacia arriba para pedirle a Alá por su pequeña. Después se derrumba en un llanto desconsolado junto a su esposa.

PROBABILIDADES

Mosul, Irak. Primavera de 2015

—¿Y bien? —sentado frente a la mesa del despacho del doctor Ayash, Abu Mohamed tenía prisa por conocer el resultado de los análisis de la hija de Abu Leila y arreglar lo antes posible su matrimonio con ella.

—Bueno —dijo el doctor Ayash serio, pero relajado, tras tenderle unos folios llenos de datos médicos que el yihadista cogió con la esperanza de entender algo—, gracias al todopoderoso, Leila no tiene cáncer de pecho como su tía.

—Bien —dijo Abu Mohamed con una pequeña sonrisa de satisfacción.

—Sin embargo —continuó el médico—, tiene unos índices extremadamente bajos de factor VII en la sangre. Lo normal es que estén entre el cincuenta y el doscientos por ciento, pero en su caso son inferiores al cuarenta por ciento.

—Y eso, ¿qué significa? —preguntó el yihadista, que miraba los análisis sin entender absolutamente nada.

—No es grave y no quiere decir, necesariamente, que sus hijos fueran a tener una enfermedad seria, pero —Ayash estaba dando un rodeo deliberado con la intención de poner nervioso al yihadista— podría ser que…

—¡Vaya al grano! —sentenció el miliciano—. ¿Está enferma o no?

—En realidad, no —contestó Ayash con actitud deliberadamente dubitativa—, pero…

—Pero ¿qué? —respondió Abu Mohamed, que cada vez estaba más impaciente.

—Pues que esos niveles tan bajos de factor VII, unidos a sus antecedentes familiares, nos indican, casi con total seguridad, que es portadora de la hemofilia de tipo A.

—¿Está seguro, doctor?

—Su abuelo era hemofílico, con lo que su descendencia femenina es, casi con toda seguridad, portadora de la mutación genética que produce esa enfermedad. Ello, unido a los resultados de los análisis de Leila, es casi concluyente.

—La hemofilia —dijo Abu Mohamed— es esa enfermedad que impide que coagule la sangre y que los que la tienen no dejan de sangrar si se hacen heridas, ¿no es así?

—Así es —afirmó el doctor—, pero eso no quiere decir que vuestros hijos vayan a desarrollarla. Solo un cincuenta por ciento de los niños varones que nacen de una madre portadora desarrollan la enfermedad. Otros solo son portadores.

—¡Pero la tienen! —exclamó Abu Mohamed—. ¡Y la hereda su linaje! ¿No?

—Sí —respondió Ayash en actitud falsamente tranquilizadora—, pero hacen vida normal.

—Pero sus hijos y los hijos de sus hijos —insistió Abu Mohamed— tendrán ese gen. Eso, sin contar que tiene un cincuenta por ciento de probabilidades de desarrollarla. Es decir, que, si tengo dos hijos, uno la tendrá, ¿verdad?

—En realidad —puntualizó el doctor con la intención de preocupar más al yihadista —, podrían tenerla los dos, porque no se trata de que la mitad de tus hijos la tenga y la otra no, sino que cada niño tiene un cincuenta por ciento de posibilidades de desarrollarla. Podrías tener dos hijos enfermos, pero hoy en día pueden tener una buena calidad de vida. Quizá no puedan hacer deportes violentos, como el futbol, o ser grandes soldados, como su padre, pero pueden hacer cosas más tranquilas. Nada que un matrimonio que se ama no pueda superar con la ayuda de Alá y las atenciones adecuadas y constantes. Son enfermedades incómodas —continuó el doctor—, pero rara vez mortales.

—Entiendo —dijo Abu Mohamed—. ¿Está seguro de que esos análisis están bien?

—Totalmente —ofreció el doctor—. Tenemos la única unidad de talasemia de la provincia y, por eso, nuestro laboratorio es único. El mejor.

—Gracias, doctor —dijo el yihadista mientras se levantaba preocupado y de mal humor.

CUÉNTAME MÁS

Mosul, Irak. Verano de 2015

—¿Sabes algo de mi marido? —preguntaba Aysha, casi a diario, a su hermana Rezal. Aún no conocía la muerte de Sefan. Lo sospechaba, pero no tenía la certeza.

—No —respondía siempre Rezal, que pensaba que su cuñado había muerto, pero no quería a desanimar a su hermana—, pero seguro que está vivo.

A medida que el embarazo de Rezal avanzaba, Aysha se centraba más y más en sus cuidados y las preguntas sobre su marido se fueron espaciando hasta que desaparecieron. La joven parecía absorta en lograr que la gestación llegara a buen puerto y lo demás pasó a un segundo plano. Atendía a su hermana pequeña con sumo cuidado y pasaban horas y horas conversando, aunque Rezal nunca sacaba el tema de Sefan o lo esquivaba para que

Aysha no pensara en ello. Y lo cierto es que lo consiguió hasta que una mañana, temprano, la mujer del imán mandó a la joven a hacer la compra al mercado y se encontró otra yazidí cautiva, Salma Hasan, a quien su amo también había enviado a por algunas verduras frescas.

—Aysha —le dijo Salma, una de esas mujeres sin mala voluntad pero incapaces de mantener la boca cerrada—, siento mucho lo de tu marido. Me lo contó mi primo Ali. Estuvo con él hasta el último momento, pero no pudo hacer nada.

Aysha se quedó helada, sin saber que decir, hasta que logró recomponerse.

—Cuéntame más —dijo, haciendo de tripas corazón, tiesa y seria como una estatua. Aysha no abrió la boca mientras Salma le contaba todo lo que sabía. Cuando terminó, la joven viuda le dio las gracias y se marchó.

—Aysha —le dijo la mujer del imán al verla llegar pálida, descompuesta y sin haber comprado nada—, ¿y la compra? ¿Es que te han robado por el camino? ¿Qué te ocurre?

—Mi marido ha muerto —anunció Aysha, que rompió a llora—. Me lo acaban de contar.

—Pobrecilla —dijo la mujer en tono comprensivo—. Siéntate y cuéntame, anda.

Pero Aysha solo quería llorar. Había soportado palizas, violaciones e, incluso, la muerte de sus padres y de su hermana pequeña. Creía que podría aguantarlo todo y, aunque suponía que Sefan había muerto, la confirmación fue un golpe devastador.

CHOCOLATINAS

Mosul, Irak. Principios de 2017

—Deberían estudiar a este niño —dice el propietario de la tienda del Hospital al Azahar cuando llegan Nawfah y Aklouk. Está junto al pequeño Osama, que tiene en las manos una caja de chocolatinas—. Le he dado esos chcocolates hace dos horas, los ha vendido por el hospital y me ha traído el dinero metido en ella sin que falte un solo dinar. Miren —dice mientras abre la caja y se pone a contar—. ¿Lo ven? Está todo.

—¿Y cómo calcula el cambio? ¿Sabe sumar y restar?

—No sé —responde el tendero mientras le da una chocolatina y varios billetes—, pero hoy ha vendido dos cajas. Yo le doy una parte de lo que vende, no crean que me aprovecho de él, y también algún chocolate, pero no mucho, para que no se le piquen los dientes.

—¡Osama, vámonos a casa! —grita la madre del pequeño desde lejos. El niño sale corriendo hacia ella mientras con una mano se sube los pantalones para taparse la hucha del culo y, con la otra, agita el dinero para que ella lo vea y se alegre.

—Es increíble —observa Aklouk.

—Bueno —contesta el tendero con tono de suspense—, ya saben que dicen que es un chico especial. Que habla con su hermano muerto.

—¡Por dios! —exclama Nawfah a quien, como buen hombre de ciencia, le indignan aquellas habladurías—. ¡Claro! —ironiza—. Y su hermano, desde el más allá, le echa la cuenta y le chiva el cambio. El niño solo es autista —intenta explicar al tendero, que lo mira con los ojos muy abiertos—, y debe usted saber que hay sujetos con autismo que son extremadamente inteligentes, como algunos casos de asperger.

—Y esos asperger —pregunta el tendero entornando los ojos—, ¿hablan con los

muertos?

—No —responde Nawfah, resignado, meneando la cabeza.

—Pues entonces no es eso —insiste el tendero—, porque él habla con los muertos. Se lo digo yo. A veces se queda mirando a los cadáveres que salen de la morgue como si hablara con ellos.

—Claro, pero sin hablar, porque es autista —Nawfah pone tono de resignación, como si conversara con un muro impenetrable al conocimiento humano—. ¡Cuántos hombres de ciencia nos harían falta en Irak para acabar con tanta superstición inútil!

—Hombres de ciencia —observa Aklouk— o mujeres como esa doctora extranjera, Lola Allamand. Lo que hizo con ese niño del derrame cerebral fue sorprendente. Es una pena que ya no ejerza. Le he preguntado a Khaled, su compañero, pero no me ha dado muchas explicaciones. Por lo que me ha dicho, creo que tiene algún sentimiento de culpa por la muerte de algún paciente.

—Los médicos —explica Nawfah con tono de suficiencia— no somos Dios. Él decide quién vive y quién muere. Sin embargo, la inseguridad de las mujeres, a veces, les hace sentirse responsables de cosas que no lo son, por eso su sitio está donde está.

—Amigo —dijo Aklouk con convencimiento—, he visto miles de operaciones y de médicos y te aseguro que el sitio de esa doctora está en la mesa de operaciones. Es, quizá, el mejor neurocirujano que haya visto nunca. Incluyéndome a mí.

HAN VENIDO A POR MÍ

Mosul, Irak. Verano de 2015

Ayash se sorprendió cuando vio que, a la entrada del despacho del doctor Omar, había dos milicianos del DAESH. Era extraño, pero no le dio importancia hasta que se fijó en el semblante del director del hospital.

—El asunto por el que le he llamado es muy grave —anunció el doctor Omar—, por eso quiero escuchar su versión de los hechos antes de que le tomen declaración. Tras una investigación hemos descubierto que el hospital ha dejado de ingresar dinero por algunos tratamientos e incluso por operaciones. Además, faltan medicinas y otros insumos médicos de la farmacia. Sabemos, porque le han delatado, que usted está detrás de todo esto. ¿Qué tiene que decir?

—Que es cierto —admitió el doctor Ayash sin andarse por las ramas.

—¿Nada más? —dijo Omar—. Son acusaciones muy graves. Si se ha quedado con dinero del hospital podría enfrentarse, incluso, a la pena de muerte. No es cosa a broma.

—Doctor Omar —dijo seriamente el analista—, lo sé, pero yo no me he quedado con dinero. Lo único que he hecho es atender gratis a la gente que no podía pagar. La responsabilidad es únicamente mía. Les hice análisis, les di medicinas y pedí a algunas personas para que retrasaran los pagos o no los cobraran, pero le aseguro que no me he quedado con dinero. Hable con los pacientes o con nuestro personal. Puede creerme.

—Lamentablemente —dijo el doctor, que puso los codos sobre la mesa y juntó las manos—, lo que yo crea ya no tiene importancia. Aunque no me parece usted un corrupto, he tenido que poner el caso en conocimiento de los tribunales. Uno de los pilares del éxito del califato es la lucha contra la corrupción que durante tanto tiempo ha estado presente en

el gobierno de Bagdad. Eso nos diferencia y por eso nos apoya la gente.

—Entiendo —dijo el doctor Ayash—. Y supongo que esos milicianos de ahí fuera han venido a por mí, ¿verdad?

—Así es —asintió el director—, lo llevarán a prestar declaración. Que tenga suerte.

SE HAN MARCHADO

Mosul, Irak. Verano de 2015

Después de hablar con el doctor Ayash sobre la enfermedad de Leila, Abu Mohamed estaba convencido de que la joven no le convenía, pues no quería que su descendencia padeciera hemofilia o cualquier otra enfermedad hereditaria. Luego llegaron las jornadas en el frente durante las que, a pesar de repetirse una y otra vez que hacía lo correcto, no se podía quitar a la chica de la cabeza.

El primer día que pasó en Mosul a su regreso pensó en ir a la casa de las mujeres a por una nueva *sabiya*, pero no lo hizo. La mañana del segundo se sintió desgraciado por hacerse ilusiones con la hija de Abu Leila, porque parecía tan hermosa y tan sana que era difícil creer que tuviera una enfermedad genética. El tercero recordó que el doctor Ayash también le dijo que era posible que sus hijos no desarrollaran la enfermedad y que, en el caso de hacerlo, se podría dedicar al estudio del Corán y ser un eminente religioso. Al fin y al cabo, la violencia solo era un medio para implantar la paz del califato y, cuando ella reinara, se necesitarían maestros para enseñar el islam, médicos y abogados. En realidad, sus hijos no tenían por qué ser soldados, podían ser hombres de paz y, además, siempre podía tener más esposas que le dieran niños sanos para combatir. Al cuarto amanecer ya estaba convencido de que no tenía por qué renunciar a Leila.

Su última etapa en el frente le hizo caer en la cuenta de que estaba solo. La muerte de su mujer y de su hijo le habían dejado vacío y, cuando visitaba a alguno de sus hermanos y los veía disfrutar de su familia y de sus hijos, sentía envidia de ellos porque su vida, al contrario, era circular, monótona. Pronto volvería al frente y, si no lo mataban, regresaría a Mosul y se haría con otra *sabiya* que vendería antes de retornar al combate. Así hasta que lo mataran o acabara la guerra, pero quizá, entonces, ya sería demasiado viejo para disfrutar de una familia. Aunque parezca mentira, Abu Mohamed, aquel combatiente poderoso que parecía de hierro, se sintió triste. «Me casaré con Leila», pensó.

Se vistió y marchó a desayunar aquel delicioso *laham bil ayin* y a decirle a Abu Leila que, a pesar de todo, se casaría con su hija. Quizá por primera vez desde hacía mucho tiempo sentía amor. No se puso su uniforme, sino una *dildasha* blanca para ir luego a la mezquita a rezar y dar gracias a Alá por haberle iluminado el camino, pero cuando llegó al restaurante, el cierre estaba echado.

—Lleva varios días cerrado —le dijo un hombre que pasaba por allí—. Creo que Abu Leila se ha marchado de la ciudad.

—¿Que se ha marchado? —preguntó el yihadista—. ¿Por la enfermedad de su hija?

—Que yo sepa, Leila estaba sana —dijo el hombre, amedrentado por la actitud inquisitiva de Abu Mohamed—, pero hay quien dice que tenía problemas con el Estado Islámico.

—¿Qué tipo de problemas? —El miliciano se acercó amenazadoramente al paisano,

que dio un paso atrás.

—Yo no lo sé, solo soy su vecino, pero allí vive su primo, en esa casa. Él sabrá algo.

El hombre se quedó parado mientras observaba la figura gigante del yihadista andar a grandes pasos hacia el edificio y llamar con violencia a la puerta.

—¿Eres primo de Abu Leila? —preguntó al tipo que le abrió, bastante bajito.

—Sí. Me llamo Ali. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Se ha ido?

—Sí —respondió el primo.

—¿Adónde? —interrogó Abu Mohamed agresivamente—. ¿Y por qué?

—No lo sé —dijo Ali.

El yihadista le miró a los ojos y, sin mediar palabra, le pegó un fuerte puñetazo en la nariz, que se partió y comenzó a sangrar con abundancia. El primo de Abu Leila dio un par de pasos para atrás y cayó al suelo.

—¿Esperas que me crea que eres su primo y su vecino y no sabes a dónde ha ido? —preguntó Abu Mohamed mientras le pateaba en el suelo—. Te he visto en su restaurante y sé que os llevabais bien. Estoy seguro de que te lo ha contado.

—No sé nada —dijo el pobre desgraciado que, a pesar de las patadas, no quería delatar a su primo—. Se lo juro.

—¡No le pegue más! —gritó la esposa del hombre, que salió de la casa al oír los golpes y las voces—. ¡No le pegue más o llamaré a la policía!

—¡Quita, mujer! —exclamó Abu Mohamed antes de darla un manotazo que la lanzó contra la pared—. Llama a la policía. Si para cuando lleguen tu marido no me ha contado a dónde ha ido Abu Leila, les ordenaré que lo detengan y a tus hijos los mandaré a que combatan a Siria. Soy del Estado Islámico y si no me dice lo que quiero saber, le romperé los huesos uno a uno.

—No sé nada —repitió el hombre a pesar de que seguía recibiendo patadas.

—¡Yo se lo diré! —accedió la mujer en tono suplicante—, pero no pegue más a mi marido, por favor. Se han marchado. Toda la familia.

—¿Cuándo volverán? ¿Y qué problemas tienen con el Estado Islámico? ¡Dímelo o mato a tu marido!

—Abu Leila ya no aguantaba más la situación —confesó ella—. Temía que lo detuvieran porque un miembro del Estado Islámico quería casarse con su hija, pero ella no.

—¿Y ella? ¿No estaba enferma?

—Estaba completamente sana —reconoció la mujer mientras el yihadista ardía por dentro—. Su padre convenció a un médico amigo suyo para que falsificara unos análisis. Yo oí cómo se lo contaba a mi marido, pero, por favor, no le pegue más

Abu Mohamed estaba lleno de rabia. Alzó su pierna sobre la cabeza del primo de Abu Leila y la pisó con fuerza varias veces hasta que el cráneo cedió. Después juró que haría lo mismo con Abu Leila y con aquel maldito médico que lo había engañado.

UN BUEN TIPO

Mosul, Irak. Principios de 2017

El dinero aún no ha llegado pero las buenas noticias sí. Lola sabe, por los correos de Alex,

que el informe sobre la viabilidad y la importancia de la rehabilitación del hospital pediátrico ha sido muy favorable y que, pronto, la fundación para la que trabaja el estadounidense aprobará los fondos que necesitan. Por ello, las visitas a Mosul se han hecho más frecuentes y las reuniones con Nawfah, el director, casi diarias.

—Está siendo más fácil de lo que creía —dice Lola, cuando se despiden del doctor Nawfah y suben a su coche blindado.

—Ahora te respetan —afirma Khaled—. Lo que hiciste en la mesa de operaciones con aquel chico los impresionó, y no es fácil impresionar a un doctor iraquí. Están acostumbrados a operar a heridos muy graves y casi sin medios.

—Ya —responde ella, con expresión taciturna.

—Quizá —continua él, a sabiendas de que se mueve por arenas movedizas— deberías pensar en volver a ejercer la medicina.

—Para serte sincera, fue muy gratificante ver que todavía tengo buen pulso para operar, pero ahora debemos centrarnos en la reconstrucción. Alex ha hecho un gran trabajo en Aman, y si este proyecto sale adelante, será en gran medida, gracias a él. Era pesado, torpe y miedoso, pero buen tipo.

—Y guapo —apunta Khaled con una sonrisa cómplice—, para ser negro. ¿No te parece?

—Casi prefiero que vuelvas a intentar convencerme de que vuelva a la medicina que hablar de hombres contigo —bromea ella.

PODEMOS ESTAR TRANQUILOS

Mosul, Irak. Verano de 2015

En cuanto Nawfah y Aklouk se enteraron de que Ayash había vuelto al hospital, fueron al laboratorio a verlo. El analista no había querido que lo visitaran durante los días que estuvo bajo arresto para mantenerles alejados del asunto, aunque su participación era evidente. Sin embargo, el empeño de Ayash por cargar con el mochuelo y del director del hospital, el doctor Omar, para que el caso no se llevara por delante a sus directivos más importantes, el jefe de oncología y el de neurocirugía, los mantuvo a salvo.

—Para nosotros ha sido fácil —explicó Nawfah—, vinieron a tomarnos declaración y dijimos que no sabíamos nada. El director sabe que no te has quedado con el dinero y que nosotros estamos involucrados, pero no quiere que llegue la sangre al río.

—No es que nos tenga aprecio —intervino Aklouk con tono de suficiencia—. Es que, si nos meten en la cárcel a los tres, de golpe, no tiene nadie para reemplazarnos. Los buenos profesionales se han marchado o los han matado ya.

—No sé, Salah —dijo Nawfah en tono pensativo—. De momento estás aquí, de una pieza y sin un solo golpe. Te han tomado declaración y poco más. Los tres tenemos amigos influyentes, cierta solvencia económica y somos buenos musulmanes. Cuando llegue ese juicio, si es que llega, jugaremos esas bazas.

—Quizá solo se quede en una sanción administrativa —observó Ayash— o en una multa.

—Así es —afirmó Aklouk—. No hay de qué preocuparse. Vayamos a comer.

—Sí —respondió Ayash—. Es una pena que Abu Leila se haya marchado, si no

podríamos ir a comer su maravilloso *laham bil ayin*. Iremos a otro lado, aunque habrá que esperar porque ahora tengo una cita un comandante del Estado Islámico. Un tal Quteiba que viene con su mujer, que está embarazada, para unos análisis. Se los tenían que haber hecho hace unos días, pero como yo no estaba, han preferido esperar. Él insiste en que el jefe del laboratorio supervise personalmente las pruebas a su mujer. Está obsesionado porque es su primer hijo y es varón. Ya sabéis.

Apenas había terminado la frase cuando la puerta del despacho de Ayash se abrió de golpe para dejar paso a la figura gigantesca de Abu Mohamed, que entró hecho una furia. Hassan, el ayudante de Ayash, se excusaba por no haber podido detenerle.

—¿Qué tenía la hija de Abu Leila? —preguntó el yihadista, sin saludar siquiera.

Ayash titubeó, sorprendido por la interrupción y porque era evidente que el hombre sabía algo del engaño que había urdido para dar tiempo a su amigo para escapar.

—Un momento —dijo el jefe del laboratorio ante la mirada atenta de sus dos amigos, que permanecieron en el despacho por si podían ayudarlo—. Déjeme consultar el historial, pero si no recuerdo mal, era hemofilia.

—¡Mentira! —rugió el yihadista, entre dientes, muy enfadado—. La mujer de su primo me ha confesado que estaba sana y que tú falsificaste el test para convencerme de que no me casara con ella y darles tiempo a huir de Mosul mientras yo estaba en el frente.

—Eso no es cierto —dijo Ayash al tiempo que le tendía unos folios con los resultados.

—¡Basura! —exclamó el yihadista dando un manotazo a los papeles y lo agarraba por el cuello—. ¡Voy a estrangularte con mis propias manos!

Aklouk y Nawfah intentaron interponerse mientras pedían ayuda a gritos, pero la fuerza del miliciano era muy superior a la de ambos. Hassan y los otros empleados del laboratorio se les unieron, pero Abu Mohamed, manotazo va y mamporro viene, les apartaba con una mano mientras con la otra trataba de estrangular a Ayash.

—¡Alto! ¿Qué sucede aquí? —preguntó el comandante Quteiba, que acababa de llegar con Rezal para sus análisis y entró en el despacho alertado por el griterío.

—¡Este hombre está intentando matar al jefe del laboratorio! —exclamó Hassan.

—¡Alto, he dicho! —repitió Quteiba.

Abu Mohamed se detuvo como un resorte cuando reconoció la voz de su antiguo comandante. Aunque ya no estaba bajo su mando directo, seguía siendo un superior.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó Quteiba.

—Esta rata —respondió Abu Mohamed con la respiración agitada, aún sin soltar al médico— ha falsificado unos análisis para que yo creyera que mi prometida tenía una enfermedad y no me casara con ella.

—Aún no era su prometida —objetó Ayash— y yo no he falsificado nada.

—¡Por favor, Abu Mohamed! —exclamó el comandante—. ¿Quieres acabar en la cárcel o degradado? Este hombre es un médico de gran reputación y tú lo vas a estrangular delante de varios testigos porque crees que ha conspirado para impedir tu matrimonio. ¡Suéltalo de una vez si no quieres meterte en un lío, hombre!

—¡Sí! —dijo el yihadista sin soltar a Ayash—. Voy a matarlo.

—¡Suéltalo! —ordenó Quteiba—, o les diré a mis hombres que te detengan.

El yihadista soltó un gruñido y titubeó unos instantes. Conocía a su antiguo superior lo suficiente como para saber que siempre cumplía sus amenazas. Luego soltó un violento rugido, lanzó al médico contra la pared y se marchó lleno de deseos de venganza.

LA VÍA LÁCTEA

Mosul, Irak. Verano de 2015

Cuando supo de la muerte de Sefan, Aysha deseó marchar con él. Estuvo un día entero llorando, hasta que, al anochecer, salió al patio de la casa del viejo imán. Allí, sola bajo la capa del firmamento, se puso dirección a la luna y en silencio, de pie, sin hacer ningún gesto, rezó a Tawûsê Melek, el ángel protector de los yazidíes. El imán la vio a través de la ventana de su habitación y pensó en decirle que entrara, pero entonces sintió una mano sobre su hombro. A su espalda, su mujer negó con la cabeza y le hizo un gesto para que regresara a la cama. Aysha no se dio cuenta de aquello, ni de nada de lo que sucedía a su alrededor en aquella noche clara en la que la luz de las estrellas hacía brillar las lágrimas en sus mejillas. La joven pidió que Tawûsê Melek la llevara pronto con su marido allí donde él estuviera, quizá, en el corazón del camino blanco que dibujaba la Vía Láctea. Luego oró por su hermana Rezal y por el hijo que llevaba dentro, para que pudiera salir sana y salva de ese infierno y cumplir su promesa de educarlo en la fe de los yazidíes. Estuvo así un buen rato hasta que el frescor de la noche la empujó a regresar a su habitación. Cuando se tumbó, no podía quitarse a su hermana y a su futuro sobrino de la cabeza. Ella no se dio cuenta, pero las lágrimas habían desaparecido de cara.

Al día siguiente, Aysha se levantó triste y serena. Su alma estaba llena de una extraña calma interior, como un mar al que le han robado las olas. Fue a la cocina a fregar los cacharros, pero la mujer del imán ya lo había hecho hacía un buen rato porque estaban bien secos, como el gran cuchillo de cocina que descansaba sobre un trapo blanco. Al contemplar su ancha hoja vio su reflejo, que le hablaba de Nashira, su hermana pequeña y de seguirla a ella y a su marido en el sendero de la reencarnación de las almas en la que creen los yazidíes. ¿Quién sabe? Quizá aquel filo le estaba marcando el camino hacia a las estrellas.

—Querría ver a mi hermana —dijo al sentir la presencia de la mujer del viejo imán.

—Ve, hija, ve.

Al llegar a la casa del comandante Quteiba, Rezal la estaba esperando con avidez y se echó a sus brazos. Sabía que su hermana había descubierto la muerte de Sefan porque, al ver que no venía, como todos los días, pidió a su esposo que llamara a casa del imán para averiguar lo sucedido.

—Aysha, querida… —comenzó a consolarla antes de que su hermana la cortara.

—Tranquila, no pasa nada —dijo Aysha en un tono que tenía algo de comprensivo—. Como tú dices, lo importante ahora es sobrevivir y que tú y ese pequeño salgáis adelante para que puedas devolverlo a la fe de nuestros padres. No les podemos derrotar con las armas, pero esa será nuestra victoria.

—Eso es —dijo Rezal con lágrimas en los ojos mientras la abrazaba.

—No te dejaré sola —afirmó mientras en silencio, con los ojos abiertos, juró no seguir a Sefan y a Nashira, al menos, hasta que el hijo de su hermana viera la primera luz.

EL ASCENSO

Sur de Mosul, Irak. Verano de 2015

—Te arriesgas demasiado, pero eres un ejemplo para nuestros hombres. Sigue así y te ascenderé —le dijo su nuevo comandante a Abu Mohamed después de que capturara a aquel soldado, que se había quedado dormido durante su guardia en una de las trincheras del ejército iraquí. El yihadista se acercó despacio a su posición, la más alejada del campamento, reptando, sin hacer ruido. Bajo la oscuridad de aquella noche sin luna desenvainó su bayoneta, la puso sobre el cuello del joven y le tapó la boca. Cuando soldado abrió los ojos, estaba desorientado e inmovilizado por la fuerza y el peso de aquel gigante.

—Si gritas o haces algún ruido, te corto el cuello —le advirtió Abu Mohamed.

El muchacho, aturdido, tardó un poco en saber qué ocurría. Cuando comprobó que no podía moverse y sintió la hoja fría de la bayoneta del yihadista sobre su cuello, asintió con los ojos muy abiertos. A su lado, en el suelo de la trinchera, yacía el cadáver de su compañero, con el cuello abierto.

—Ponte estas esposas —le ordenó Abu Mohamed— y no hagas un solo ruido, o te mato.

Cuando el joven, delgado y bajito obedeció, el miliciano lo amordazó con cinta americana y lo obligó, a punta de pistola, a caminar agachado hacia las posiciones del Estado Islámico. Allí, con golpes y amenazas lo interrogaron hasta que dio todos los detalles sobre su posición y sobre los hombres y el armamento del que disponía su unidad. Horas más tarde, con Abu Mohamed a la cabeza, los yihadistas lanzaron un ataque que acabó con el destacamento gubernamental.

Poco a poco, Abu Mohamed se fue ganando la confianza de su nuevo comandante. «No sé por qué Quteiba no te quiere entre sus hombres», le decía cada vez que lograba una nueva hazaña en combate. «No te da miedo morir». Y así era porque, tras la huida de Leila, solo lo movía el odio hacia el doctor Ayash y hacia el padre de la chica.

—Vas a reemplazar a Ahmed —le dijo su superior cuando uno de sus lugartenientes murió en combate—. Serás uno de mis hombres de confianza.

—Preferiría seguir en primera línea —dijo Abu Mohamed.

—Lo harás, pero quiero que ocupes su puesto. Necesito hombres como tú a mi lado. Estamos luchando bien y nuestros éxitos han llegado a oídos del Califa. Sé, por experiencia, que Abu Bakr al Baghdadi recompensa bien los éxitos de sus comandantes, así que no quiero excusas. Si seguimos así, mi reputación y mi influencia pronto serán muy grandes. Pídeme lo que quieras a cambio, pero es una orden.

—Está bien —aceptó Abu Mohamed—. Quizá haya algo en lo que puedas ayudarme.

—Tú dirás.

—Hay un hombre —dijo Abu Mohamed pensativo—. Un tipo miserable que me ha engañado y que se enfrenta a un juicio por corrupción por robarle al califato.

—Eso es muy grave —le interrumpió el comandante.

—Sí —asintió Abu Mohamed—, pero tiene amigos influyentes que posiblemente sean tan corruptos como él y que tal vez puedan salvarlo de la condena que merece.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Qué si está en tu mano, influyas para que lo condenen a la pena más severa. Si es posible, a muerte. Si lo haces, te aseguro hare todo lo posible para que tus éxitos militares superen a los de cualquier otro ante los ojos del Califa. Aunque me cueste la vida.

—Debes odiarle mucho, Abu Mohamed. Haré lo que pueda. Pero, dime, ¿cómo se llama?

—Ayash. Doctor Salah Ayash.

BUENAS NOTICIAS

Erbil, Kurdistán iraquí. Principios 2017

Esta vez lo celebran en el Teachers. Sus grandes jardines están abarrotados de locales adinerados, diplomáticos, personal de las Naciones Unidas y otros expatriados con dólares frescos que gastar. Lola y Khaled han reservado una mesa para festejar junto a otros miembros de su organización que han recibido oficialmente la concesión de la ayuda económica de la Fundación O'Connell.

—En poco tiempo llegarán los primeros fondos —anuncia Lola, con una amplia sonrisa— y pronto podremos empezar a reconstruir el hospital.

—Me extraña que el dinero llegue tan rápido —observa Khaled, escéptico.

—He hablado con Alex —dice ella—. Me ha contado que ya se ha emitido la primera orden de transferencia y que están buscando una persona para que supervise la ejecución del proyecto personalmente. Es una pena que eso ya no dependa de su departamento, porque él sería la persona ideal. Conoce el proyecto y nos llevamos muy bien.

—Sí —asiente Khaled mientras pincha un trozo de un delicioso guiso de cordero con vegetales que sirven acompañado de arroz con almendras—. Es una pena. Seguro que nos ponen un auditor al que solo le importará que cuadren las cuentas y que será un perro de presa.

—Esperemos que no —dice Lola—. Por cierto ¿has podido averiguar algo más de Ayash?

—Claro. La gente de Firas, el hombre que facilita los papeles para salir de Mosul, ha contactado con él. Como nos contó el conductor de ambulancias, cuando lo llevaron a Mosul le encargaron montar un hospital en una mezquita que está a cargo de un viejo imán muy respetado. Tiene un patio grande y varios edificios aledaños donde ha instalado las camas de los heridos y el laboratorio con las máquinas para los análisis. Trabaja mucho y duerme allí mismo, porque no dejan de llegar heridos que necesitan transfusiones sanguíneas. Los yihadistas le han acondicionado un par de habitaciones. Una para que duerma y otra, más grande, donde puede leer y hacer vida. Está bien atendido porque una de las sirvientas del imán, una yazidí conversa, le lava la ropa, le hace la comida y le atiende.

—¿Sigue vigilado? —pregunta ella.

—Constantemente, pero le permiten hacer algunas salidas. Siempre acompañado, claro. Eso dificultará su huida.

¿CÓMO ESTÁ BAGDAD?

Mosul, Irak. Verano de 2015

Ayash hacía que leía para que su mujer no notara que estaba preocupado. Por más que

Aklouk y Nawfah, sus dos amigos, le dijeran que el asunto del hospital quedaría en una simple sanción administrativa, él presentía que no sería así, porque la investigación afectaba a muchos tratamientos y su valor podía ser muy elevado. Tenía amigos influyentes, eso era cierto, pero también lo era que, en aquellos tiempos convulsos, uno no podía estar seguro de si estarían dispuestos a arriesgarse para ayudar. Pensaba en ello cuando sonó su teléfono móvil. No reconoció el número, pero respondió de igual forma.

—¿Ayash? Soy yo, Abu Leila, ¿cómo estás?

—¡Amigo mío! —exclamó Ayash— ¡Me alegro de oírte! ¿Cómo estás?

—Estamos todos bien. Salimos sin problemas de Mosul con la documentación falsa que nos proporcionó la organización de Firas. Llegamos a Erbil y, desde allí, a Bagdad. Ahora estamos en casa de mi hermano. Ha sido bastante fácil. Si me permites, amigo, creo que vosotros deberíais hacer lo mismo. Me han dicho que tienes problemas serios.

—Bueno —respondió el médico—, espero que al final no sea grave.

—Nawfah me lo ha contado todo, incluso la pelea con Abu Mohamed en el laboratorio. Él también cree que la cosa del hospital acabará con alguna sanción leve, pero no me fío nada del DAESH. Mira, creo que lo mejor sería que os fuerais de Mosul. Los papeles son caros, pero si no tienes dinero, yo te lo daré. Puedo pedirle a un primo mío, Khalil Khassari, que te lo haga llegar.

—Te lo agradezco, amigo —dijo Ayash sinceramente—, pero no será necesario. No creo que me condenen a nada grave por atender a la gente pobre. No sería justo.

—¡No seas tonto, Salah! —exclamó Abu Leila—. ¿Crees que a esos tipejos les interesa la justicia? Si esperas al proceso y te condenan, no podrás huir. Debes hacerlo ya.

—No será nada grave —dijo Ayash tratando de quitar hierro al asunto—. No puedo dejar el hospital y, además, huir con un proceso abierto es muy arriesgado. Si nos descubren, será mucho peor. Te lo agradezco, pero creo que no necesito tu dinero, amigo.

—Claro que lo necesitas. Además, estoy en deuda contigo por lo que hiciste por nosotros al falsificar esos análisis. Ello me dio el tiempo necesario para poder huir.

—No te preocupes, de verdad. Si lo necesito, hablaré con tu primo —insistió Ayash antes de cambiar de tema—. Pero cuéntame, ¿cómo está Bagdad?

UNA PROMESA

Mosul, Irak. Verano de 2015

Faltaba más de un mes para la cesárea de Rezal, que los médicos habían programado por la placenta previa que le diagnosticaron, pero el parto se adelantó.

—¡Aysha! —exclamó al notar que había roto aguas.

Rezal le había contado todo sobre el embarazo a su hermana, además de que le harían una cesárea porque, en un parto natural, la placenta previa podía causar un sangrado abundante y poner en riesgo su vida y la del bebé.

—Tranquila —respondió Aysha con cara de preocupación—. Voy a avisar.

Cuando llegó al hospital, Rezal sangraba mucho. Los enfermeros empujaban su camilla a toda prisa por los interminables pasillos, camino del quirófano, mientras el comandante Quteiba la acompañaba, pues había ordenado que se le avisara para el nacimiento de su primer hijo. Trataba de mostrar cierta distancia, pero su preocupación era

evidente. Aysha, al contrario, no ocultaba su angustia e intentaba tranquilizar a su hermana con caricias en el pelo y frases amables. Pero Rezal estaba aterrada y pálida por la pérdida de sangre. Sus ojeras eran oscuras e inmensas como un cielo sin estrellas en el que, poco a poco, se apagaba el brillo cálido de sus pupilas claras.

—¡Aysha! —exclamó con las pocas fuerzas que le quedaban mientras la preparaban para el parto—. ¡Aysha!

—Estoy aquí, hermana.

—Prométeme —dijo mirándola a los ojos— que, si me pasa algo, cuidarás del niño.

Aysha asintió, a pesar de que sabía que, si su hermana moría, ella, una mujer, una simple esclava, una *sabiya*, no tenía ninguna capacidad de decisión.

EL PROBLEMA

Mosul, Irak. Verano de 2015

El doctor Nawfah salió pronto del hospital para llegar puntual a la hora de la cena. Cuando llegó a su casa, los niños correteaban por el jardín junto a sus primos, entre risas y gritos. Su mujer había puesto la mesa en el interior con un gusto exquisito y la comida estaba buenísima, sobre todo el *Yaprakh*, la especialidad su esposa. Se trata de una receta típica a base de arroz, berenjenas y cordero a la que le daba un atractivo toque picante con unas guindillas locales que, en verano, eran especialmente chisposas. Cuando terminaron de comer, ellas se quedaron charlando y el médico y su primo salieron al jardín.

—¿Cómo ves el caso de Ayash? —preguntó Nawfah sin andarse por las ramas.

—No sé —dijo su primo con cierta cara de preocupación—. Llevo veinte años trabajando en los juzgados y creo que hay algo extraño. La experiencia y mi intuición me dicen que alguien está moviendo los hilos contra él. No sé quién, pero juraría que es poderoso.

—Si es cuestión de dinero, no será un problema —dijo el médico.

—Ese es, precisamente, el problema, que no es cuestión de dinero. Conozco bien a varios integrantes de la comisión que se nombró para ocuparse del caso. Me aseguran que su informe irá en la línea de que Ayash cometió un error al no cobrar a los pacientes, pero que no se enriqueció. Sin embargo, hay algo extraño: hace unos días, cambiaron el juez que llevaba el caso, al que conozco bien. Ahora lo lleva Juhayman al-Haram, un saudí muy estricto, de la línea más dura del DAESH. Ha condenado a muerte a varias personas por cosas tan simples como hurtos menores. Es un tipo imprevisible sobre el que tenemos menos influencia. He hablado con varios amigos influyentes, pero no han podido evitar el cambio de magistrado, a pesar de ser personas importantes. Uno de ellos, sin ir más lejos, es un antiguo parlamentario suní con Sadam Husein. Todo es muy extraño.

—Un juez extranjero —observó Nawfah—. Eso complica las cosas.

—Mis contactos son influyentes —insistió el primo de Nawfah con gesto preocupado — y creo que al final podrán ayudarnos, pero ese juez, al-Haram, es imprevisible.

10

UN PARTO DIFÍCIL

Mosul, Irak. Verano de 2015

El hijo de Rezal nació sano a pesar de las complicaciones en el parto. Tenía los ojos claros de su madre y lloraba con la fuerza de los pulmones de un tenor de los que llenan teatros. Ella tuvo menos suerte. Perdió tanta sangre que parecía que la que los médicos habían previsto para las transfusiones no sería suficiente. Poco a poco, Rezal se fue quedando sin fuerzas, hasta perder el conocimiento.

—Se nos ha ido —dijo una asistente cuando vio que los ojos de la muchacha se quedaban en blanco. Buscó pulso en sus muñecas, en el cuello, pausadamente, sin éxito. Sin embargo, Rezal no estaba dispuesta a marcharse; para ella, lo importante era sobrevivir.

—Todavía no —dijo el doctor tras auscultarla con el fonendo.

Quteiba, mientras, esperaba fuera de la sala de partos, sentado en una silla y sin hablar, tratando de no mostrar su nerviosismo.

—Estamos haciendo lo que podemos —le dijo el médico que salió a informarle de la situación—. El niño ha nacido sano, pero la madre… Haremos todo lo que podamos, pero quizá no sea suficiente. Está en manos de Alá.

En cuanto se lo permitieron, el comandante fue a ver a su hijo, que estaba tumbado en una cunita, en una habitación que habían preparado expresamente. A su lado había una cama grande, vacía, en la que debía estar su madre. Quteiba tomó en sus brazos al niño y lo estrechó contra su pecho con una delicadeza extraña para un hombre de guerra.

—Se llamará Mohammed, como el profeta —dijo con una sonrisa triste. Aysha, que entró con él siguiendo las órdenes del comandante, callaba—. Tú, Aysha, te ocuparás de él, de momento. Hablaré con el imán para que te dispense de tu trabajo durante el tiempo que sea necesario y tendrás uno de mis hombres cerca. Pídele lo que necesites.

FINANCIACIÓN

Erbil, Kurdistán iraquí. Principios de 2017

—Adelante —dice Lola, que lleva varias horas en su despacho, esperando a que llegue el supervisor de la fundación O'Connell, la que va a financiar la reconstrucción del hospital. Khaled ha ido al aeropuerto a recogerlo, pero el vuelo ha llegado con mucho retraso.

—Buenas tardes, Lola —dice Khaled al abrir la puerta—. Ya estamos aquí. Hemos venido primero a la oficina, porque el vuelo ha llegado tardísimo y hemos pensado que era mejor hacer las presentaciones primero, para que luego nuestros invitados puedan irse a

descansar al hotel. Están cansados porque han tenido un día muy largo.

—¿Nuestros invitados? —pregunta Lola—. Creí que solo venía el señor Lottard.

—Parece que ha habido algún cambio —dice Khaled mientras deja paso a los empleados de la fundación—. Este es el señor Daniel Lottard. A Alex Martin ya lo conoces.

—Claro —dice Lola, que a duras penas consigue contener una amplia sonrisa—. Qué alegría volver a verte. No sabía que venías.

—Ha sido un cambio de última hora —dice el estadounidense—. Hasta el último momento tampoco yo lo sabía. El señor Lottard te explicará.

—Encantado —dice el hombre, un británico que supera los sesenta años. Viste un elegante traje claro y una camisa azul, del mismo tono que sus ojos—. Soy Daniel Lottard, director del área de Oriente Próximo, del que depende su proyecto. He de confesar que nos estaba resultando muy difícil encontrar a alguien que estuviera dispuesto a vivir entre Erbil y Mosul durante varios meses y, además, tuviera los conocimientos necesarios. Muchos no querían por miedo o por razones personales, porque la gente con familia, aunque sea de la zona, son reacios a venir a un país en guerra. Habíamos pensado en algún jordano —bromea Lottard—, pero les pagamos demasiado bien como para que cambien las comodidades de Amán por los disparos de Mosul.

—Entiendo —dice Lola, que sonríe al captar el chiste de su donante.

—Finalmente —Lottard vuelve su mirada hacia Alex—, el señor Martin se ofreció y pensamos que, ya que había elaborado el informe, podía ser un buen candidato. No es nuestra política que quienes hacen los informes de viabilidad supervisen las ejecuciones, pero dadas las circunstancias, creímos conveniente hacer una excepción.

—Para nosotros —interviene Khaled— será un placer volver a trabajar con Alex. Seguro.

—En líneas generales —dice el señor Lottard que, por su actitud, parece un hombre acostumbrado a dar órdenes—, él me remitirá periódicamente informes de gastos y progresos hasta el fin del proyecto. Los detalles, si no les importa, los discutiremos mañana, porque estoy algo cansado y me gustaría darme una buena ducha.

—Por supuesto —dice Lola—, tenemos varios días para hacerlo.

—Estamos en el hotel Classy —interviene Alex—. Si os parece bien y sigues hospedada allí, podríamos cenar juntos en el restaurante. Quizá a Khaled le apetezca venir.

—Naturalmente —dice Lola mientas el iraquí asiente con la cabeza.

—Espero que me disculpen —responde el señor Lottard con una sonrisa—, pero estos viajes, a mi edad, pesan como una losa. Sería el peor de los conversadores. Si no les importa, preferiría pedir algo en el servicio de habitaciones e irme a la cama pronto. Necesito recuperar fuerzas.

LA SENTENCIA

Mosul, Irak. Otoño de 2015

El proceso fue rápido y la sentencia, inesperada. El primo del doctor Nawfah, el que trabajaba en los juzgados, había movido todos sus contactos para lograr un dictamen favorable en el caso del doctor Ayash, aunque tenía sus temores. No pudo impedir que en

la comisión de investigación hubiera miembros del DAESH, pero logró que fueran los menos radicales. El informe que redactaron dictaminó que el médico había obrado mal al dispensar análisis y tratamientos gratis, pero que no se quedó con dinero. Ello debía ser suficiente para que la cosa terminara con una sanción económica o administrativa, nada más.

Cuando el magistrado al-Haram los citó para comunicarles la sentencia, todos tenían un semblante relajado menos Muna, la mujer del doctor Ayash, que siempre se ponía en lo peor y no solía equivocarse. Al escuchar las palabras del juez, el director del laboratorio del Hospital al Azahar se quedó helado, como si no comprendiera. Incluso cuando se lo llevaron para ejecutar la condena, no se lo podía creer.

—¡Es inaudito! —le dijo Nawfah a su primo, que ya le esperaba en su despacho, en otro piso del mismo edificio—. Acaban de dictar sentencia ¿Te has enterado?

—Me lo acaban de contar —respondió con gesto preocupado—. Te dije que ese juez era estricto e imprevisible. Ha entendido que Ayash cometió un delito muy grave al no cobrar a los pacientes, pues mermó los ingresos del hospital.

—¡Pero es una locura! —exclamó Nawfah—. ¡No se le puede cortar una mano por eso!

—Pues te confesaré que hemos tenido suerte —observó el primo—. Me he enterado de que Al-Haram quería condenarle a muerte porque considera que no está probado que no haya cobrado y se haya embolsado el dinero. Si no ha podido hacerlo es porque en estos momentos no hay nadie idóneo para llevar a cabo la dirección del laboratorio del hospital. En eso ha tenido mucho que ver el director del centro, que es del DAESH, pero ha presionado mucho para que le rebajaran la condena.

—Pero ¿qué pasa con el dictamen de la comisión? ¿No vale para nada?

—Entiendo que ha contribuido a rebajar la pena. Pero si quieres mi opinión, primo, te diré que creo que hay alguien que ha movido los hilos contra Ayash. Esta condena es muy extraña. Estoy seguro de que tu amigo tiene enemigos poderosos.

La sentencia se cumplió inmediatamente, como ordenó el magistrado del DAESH. Llevaron a Ayash a un patio grande en cuyo centro, en el suelo, había un tronco de madera de unos cincuenta centímetros de diámetro y otro tanto de alto. Tenía en la superficie dos correas de cuero clavadas con varios clavos de hierro muy gruesos. Dos milicianos las utilizaron para inmovilizar la mano de Ayash quien, de rodillas, vio como uno de ellos desenfundaba un sable de hoja larga y ancha. Parecía bastante afilado, pues su hoja tenía marcas de desgaste mecánico, de las que hacen los tornos que se usan para amolar el metal. Cuando el verdugo levantó su arma, Ayash cerró los ojos con fuerza. Aún no se podía creer que en pleno siglo xxi fuera a recibir un castigo propio de la edad media. Sintió algo parecido a un fuerte golpe y, a pesar de que había apretado los dientes con fuerza, no pudo contener un horroroso alarido.

COMO SI FUERAS MÍO

Mosul, Irak. Finales de 2015

Aysha sujetó en brazos al pequeño Mohamed para darle unas palmaditas en la espalda. En cuanto el niño sintió el calor de su pecho y el latido de su corazón, dejó de llorar. Durante aquellas semanas sin su madre había creado un fuerte vínculo con su tía.

—Bien hecho —lo reconfortó Aysha antes de cubrirlo de besos en la mejilla—. Si tu madre te viera, estaría orgullosa de un niño tan guapo. Pero todavía estas sin vestir y se nos está haciendo tarde. Ya casi es la hora y quiero que estés muy, muy, muy guapo.

La *sabiya* puso al niño en la cama para cambiarle el pañal. Después fue a por los patucos que había dejado junto al resto de su ropita, apilada en un sillón amplio de terciopelo rojo oscuro. Una a una, le puso las prendas con sumo cuidado, sin dejar de hablarle con mucho cariño, como si fuera su propio hijo porque, en realidad, así lo sentía. El comandante Quteiba había accedido a que, al menos al principio, Aysha cuidara de su hijo, como le había oído pedir a Rezal cuando estaba tan grave, poco antes de entrar en el quirófano para el parto. Su hermana había aceptado, por supuesto, porque además de ser su sobrino, sentía una pena enorme al ver al niño solo en un mundo tan hostil. Sin darse cuenta, encontró en el bebé una excusa para seguir adelante pues, en cierto modo, aunque no era suyo, lo veía como el niño que siempre quiso tener con el amor de su vida, su marido Sefan. Algo que tras su muerte era ya imposible.

—¡Vamos! —gritó la voz autoritaria de un yihadista al otro lado de la puerta—. ¡Ya están aquí! Y el comandante quería que tuvieras listo al niño.

—¡Ya estamos! —respondió la joven mientras ponía unas gotas de colonia al pequeño. Parecieron agradarle, pues sonrió y sus ojos se iluminaron con la misma luz que tenían los de su madre. Luego, con él en brazos, salió corriendo hacia la puerta, que abrió contanto ímpetu que casi arrolla al miliciano que estaba al otro lado.

—¡Ten cuidado al bajar las escaleras! —le espetó el yihadista—. ¡A ver si se te va a caer!

Pero la joven no escuchó al miliciano. Atravesó el corredor a toda prisa y se detuvo al borde de los peldaños que conducían al recibidor, en el piso de abajo. Miró hacia allí, con los ojos húmedos por la emoción.

—Mira —le dijo Aysha al bebé, sin poder contener las lágrimas, que brotaban incontenibles como dos manantiales de la montaña—, es tu madre. Por fin vas a conocerla. Casi muere cuando tú naciste, pero ya está mejor, deseando estar contigo.

La joven comenzó a bajar mientas miraba a su hermana que, en el recibidor, sentada en una silla de ruedas, los esperaba con una gran sonrisa que no lograba ocultar el terrible cansancio que sentía. Sus ojeras eran profundas y oscuras, como un pozo insondable que se había tragado el brillo perenne de sus ojos claros.

—¡Hijo, mío! —dijo Rezal alzando trabajosamente los brazos hacia el bebé. Su hermana se agachó para tenderle al niño, que ella enterró en un mar de besos. Apenas tenía fuerzas, pero lo estrechó contra su pecho mientras el comandante Quteiba la observaba y su hermana la abrazaba como si hubiera regresado de entre los muertos.

LINER DE SILICONA

Mosul, Irak. Finales de 2015

—Vamos, doctor Ayash —dijo Rafik, un muchacho joven, de familia adinerada que había estudiado neurorrehabilitación en Europa y renunciado a un futuro prometedor allí para volver a su país a ayudar a su gente—, debo cambiarlo de posición.

—¿Otra vez? —preguntó Ayash en tono comprensivo, pero que dejaba traslucir cierta

incomodidad. Hacía una tarde poco calurosa, tan agradable que se había quedado dormido en la cama de su habitación sin siquiera oír entrar al joven.

—Es necesario para asegurar buena movilidad y evitar que aparezcan úlceras de presión.

—El muñón está algo hinchado, Rafik.

—Lo he visto, pero no parece grave. En los casos de amputación quirúrgica desaparece en una semana más o menos, pero la suya ha sido muy traumática, por lo que tardará más. A usted le han cortado la mano como hace un siglo, y esto deja expuestos los nervios. Si no lo tratamos con sumo cuidado, podría tener muchos dolores más adelante.

—Buenos días —dijo al entrar en la habitación el doctor Aklouk que, en cuanto conoció la noticia de la condena a su amigo, usó todas sus influencias para que lo atendiera rápidamente el mejor especialista de Mosul—. Estás en buenas manos con el doctor Rafik. ¿Qué tal va? —preguntó al especialista.

—Bien —dijo Rafik mientras él mismo retiraba el vendaje compresivo para examinar la herida—. Lo ideal sería tener un *liner de silicona,* que es como una especie de molde para que el muñón cicatrice con la forma adecuada —dijo mirando a Muna, la mujer de Ayash, que lo observaba atentamente—, pero no es así. De cualquier forma, si hacemos lo correcto con estas vendas elásticas, no habrá problema. Ya estamos trabajando en la prótesis.

—Eso está bien —dijo Aklouk—. Pronto podrás volver a trabajar.

—Podrá —afirmó el neurorehabilitador—, pero una lesión como esta es complicada porque, aunque cicatrice por fuera, puede tardar más de un año en sanar totalmente.

—El director —prosiguió Aklouk— me ha transmitido que quiere que te reincorpores cuanto antes porque te considera una pieza fundamental para el hospital. No lo ha dicho, porque es del DAESH, pero creo que desaprueba tu castigo.

—Nawfah piensa que, de no ser por él —observó Ayash—, la sentencia hubiera sido aún más dura.

—Sí —afirmó Aklouk—. En alguna conversación ha sugerido que alguien con influencias movió los hilos en tu contra.

—Entonces —bromeó el analista— debo volver cuanto antes. Si descubren que mi ayudante lleva el laboratorio mejor que yo, dejaré de ser imprescindible y me matarán.

—No temas —Aklouk le siguió el chiste—, Hassan se está ocupando de que no lo parezca.

ALGUNOS CAMBIOS

Erbil, Kurdistán iraquí. Principios de 2017

Algo nervioso, Alex espera a Lola sentado en la barra del restaurante del hotel Classy, una parrilla griega decorada al estilo moderno. Ha pedido una cerveza, que le han servido demasiado fría para su gusto, con una bandeja de frutos secos para picar. Como siempre, ella se retrasa, así que saca su teléfono móvil, pero lo vuelve a guardar porque últimamente pasa demasiado tiempo pegado al maldito aparato. Como la espera es aburrida, decide observar el bar, con su camarero alto, bien parecido, que lo ha reconocido nada más verlo y lo ha saludado con una sonrisa y un «¿Cómo está, señor? ¿Qué desea?». Apenas habían

cruzado un par de frases cuando le tocan en el hombro. Al volverse, es Lola, con su maravillosa sonrisa y aquellos ojos verdes y brillantes como gotas de rocío sobre hojas de menta fresca.

—¿Cómo estás? —pregunta sin importarle interrumpir la charla con el camarero. Lola lo abraza y le planta un beso en cada mejilla. El saludo es tan efusivo que Alex siente un agradable cosquilleo en el estómago, aunque él hubiera preferido un solo beso, pero en los labios.

—Bien. ¡Tenía tantas ganas de verte —bromea él— que no me ha importado esperarte todo este tiempo, como siempre!

—Pues no te quejes de mí, porque, como siempre —recalca ella—, tendremos que esperar a Khaled, que me acaba de llamar para decirme que se retrasará.

—Para serte sincero —Alex continúa con la broma, aunque lo que dice es totalmente cierto—, casi prefiero que no venga. Así te tendré para mí solo.

—Pero vendrá —responde la cooperante.

—Lamentablemente, sí. Así que creo que será mejor que nos sentemos. Pero dime —Alex y Lola se acercan a la mesa que les señala un camarero—, ¿cómo va todo?

—Bueno —contesta entusiasmada—, estamos avanzando mucho en la reconstrucción del hospital y, en cuanto lleguen los fondos de vuestra fundación, lo haremos más.

—No me refiero a eso —la interrumpe él con una sonrisa forzada. Desde que supo que volvería a Irak, había pensado mucho en cómo hablar con Lola sobre la noche que pasaron juntos pero, como si fuera un adolescente enamorado, le atemoriza su reacción y ni siquiera está seguro de si debe hacerlo—. Me refiero, a cómo te va todo.

—Ah —dice Lola, cuya sonrisa se enfría un poco, pero no desaparece—. Hay algunos cambios importantes que ya te comentaré, pero yo estoy bien, porque el trabajo va bien y hemos localizado al doctor Ayash. Sabemos que está vivo, en Mosul, y quizá pronto podamos convencerlo de que intente huir.

—¿Aún no lo habéis conseguido?

—Todavía no —responde ella con preocupación—. De momento lo estamos preparando todo con ese tal Firas, el que se dedica a sacar a la gente de Mosul.

—Estupendo —dice él, preocupado por los cambios en su vida que Lola le ha anunciado. Sigue enamorado y teme que ella haya conocido a otro hombre—, pero dime, ¿cuáles son esos cambios de los que hablabas?

—Verás —dice ella con un tono de duda que pone aún más nervioso a Alex—, esto no lo sabe nadie, solo Khaled y ahora tú, por lo que te pido discreción.

—Dispara —insiste él, cada vez más nervioso.

—He decidido —continúa la cooperante— dejar la organización para la que trabajo. Voy a aceptar la oferta de Marcus, el médico alemán que conociste en Hamman al Alil, el que te curó las manos, para volver a ejercer la medicina de campaña.

—Pero —Alex se queda pensativo durante unos segundos— ¡eso es estupendo! —exclama finalmente—. Cuando volvíamos del aeropuerto, Khaled me ha contado cómo operaste a aquel niño y que todo el mundo dice que eres una gran profesional. ¡Es una gran decisión!

—Gracias. Lo malo es que tendré que dejar mi organización e incorporarme a Médicos sin Fronteras. Pero continuaré hasta que nuestro proyecto esté encauzado.

—No te preocupes. Pero dime, ¿qué opina de esto Khaled?

—Él es quien más me ha empujado para que aceptara.

—Te aprecia y quiere lo mejor para ti. Yo también, aunque siento no trabajar contigo.

—Gracias.

QUE SOY ZURDO

Mosul, Irak. Finales de 2015

La rehabilitación del doctor Ayash fue bien. Era un buen paciente, se quejaba poco, y tanto el joven doctor Rafik como el resto del personal sanitario lo atendieron con especial cariño. Primero, porque se trataba de un colega de profesión que había sufrido un brutal castigo, pero también por su buen carácter. A pesar de todo, Ayash insistió en irse a casa cuanto antes, porque estar en el hospital le deprimía mucho.

En cuanto la inflamación remitió, el doctor Rafik en persona le enseñó a Muna a realizar vendajes de compresión decreciente para dar al muñón la forma adecuada para la prótesis. Durante los primeros días, hasta que la herida cicatrizó correctamente, se lo retiraban cada poco tiempo, a veces ni siquiera había pasado una hora. Gracias a ello lograron una cicatrización perfecta que aceleró la recuperación. Luego, lo enviaron a casa, aunque el doctor Rafik y el fisioterapeuta lo visitaban casi a diario.

—¡No necesito tantos ejercicios! —se quejaba Ayash, en tono de broma, cuando se sentía cansado—. Me cortaron la mano derecha, pero soy zurdo. Si antes no la utilizaba, ahora que no la tengo, lo haré menos.

—Gracias al todopoderoso —dijo el fisioterapeuta con una sonrisa— ellos no lo sabían, pero mi trabajo es fortalecer ese miembro para que pueda manejarse con la prótesis.

—¡Vaya si lo estás haciendo! —se quejaba Ayash fingiendo enfado—. Dentro de poco tendré más fuerza en el brazo manco que en el otro, y dime, amigo ¿para qué quiero tener fuerza en un brazo sin mano?

—Vamos, vamos —intervino Nawfah, que entró en el salón junto a Aklouk y a la mujer de Ayash—, me han dicho que ha llegado la prótesis y que pronto volverás a trabajar.

—Puedo trabajar ya —replicó Ayash—. Os recuerdo que soy zurdo. Esos idiotas se han equivocado y me han cortado la mano que no era.

—Shhhh —intervino Muna para reprender a su marido—. ¿Es que no has tenido suficiente? ¿Quieres que te maten?

—Querida —contestó Ayash lacónicamente—, si no lo han hecho, es porque no pueden.

—¡Pero si sigues así —respondió ella, enfadada—, lo harán en cuanto encuentren un analista capaz de dirigir tu laboratorio!

—Bueno —interrumpió el fisioterapeuta—. Yo me marcho, que por hoy ya es suficiente.

—Tu mujer tiene razón —dijo Nawfah tras despedirse de él.

—¡Bah! —dijo Ayash con desprecio.

—No te hagas el gallito —le advirtió Aklouk mientras cogía uno de los vasitos de té que le tendía Muna—. Podría irte peor si no te andas con ojo.

—Es cierto, amigo —afirmó Nawfah—. He vuelto a hablar con mi primo, el que

trabaja en los juzgados. Debemos tener cuidado todos, pero en especial tú. Ha hecho averiguaciones y parece que un alto comandante del DAESH ha movido los hilos para que tu condena fuera lo más severa posible. Se llama Ali al Masri, ¿lo conoces?

—No —respondió Ayash.

—Creemos —intervino Aklouk— que ese yihadista gigante que quería casarse con la hija de Abu Leila, al que engañaste con los análisis, podría estar detrás. Nos hemos informado y sirve en la unidad de ese comandante.

—No creo que tenga tanto poder —respondió Ayash.

—Pues yo creo que sí —objetó Nawfah—. Piensa que mi primo tiene amigos influyentes, algunos de ellos magistrados del DAESH, que no han podido evitar tu condena y me han advertido de que la próxima vez quizá no puedan ayudarnos.

RECUPERACIÓN

Mosul, Irak. Principios de 2016

El llanto del bebé en la habitación de al lado la despertó. A pesar de que lo oía llorar, Rezal estaba tranquila porque sabía que estaba en buenas manos con su hermana Aysha, que le daría su biberón y lo arrullaría hasta que se calmase. Eso se lo debía, en gran medida, a la ayuda de la mujer del viejo imán. La anciana, que no era mala, recomendó al comandante Qutaiba que, hasta que su mujer estuviera bien, Aysha se quedara con ella para ocuparse de los cuidados del niño y de ayudarla. «Es lo mejor para tu hijo y para su madre», le dijo, y Qutaiba aceptó porque, aunque no quería admitirlo, estaba enamorado de la joven yazidí, cuya convalecencia fue muy dura. Los primeros días fueron horribles, sin embargo, cuando le contaron que el niño salía adelante gracias a los cuidados de su hermana, sacó fuerzas de flaqueza. Una energía que se multiplicó la primera vez que lo llevaron a verla al hospital, tan pequeñito, tan guapo, tan brillante como el lucero del alba. Desde entonces solo pensó en curarse para verlo crecer. Además, el ánimo de su hermana también mejoró mucho al ocuparse del pequeño. Su sonrisa cuando lo arrullaba o las falsas regañinas al cambiarle el pañal, dejaban claro que empezaba a recuperarse de la muerte de su marido. Rezal sabía que ella lo cuidaría siempre, pasara lo que pasara, por eso sonrió mientras se levantaba trabajosamente.

—Ten cuidado —le dijo Qutaiba que, además de acceder a que Aysha cuidara de su hijo y de Rezal, había reducido el número de yihadistas que vivían en la casa, antes convertida en una especie de cuartel general de su unidad. En el piso de arriba ya no había ninguno y en el de abajo, solo quedaban cuatro hombres que hacían las veces de secretarios y de guardia personal—, Rezal, no necesitas levantarte. Tu hermana cuidará de él.

—Lo sé —dijo ella en un tono que denotaba el esfuerzo de levantarse—, pero quiero hacerlo. Quiero ver al niño y darle el biberón.

La convalecencia en el hospital hizo que se le retirara la leche, de modo que Rezal no pudo amamantar a su bebé. Al principio, a Qutaiba no le gustó el sistema del biberón, pero cuando vio que su hijo crecía sano y que ganaba peso a la velocidad del rayo, pensó que no era tan malo y que Aysha se daba buena maña con el pequeño.

—Deja que te ayude —dijo el comandante, con gesto de preocupación—. Aún estás débil.

La ayudó a vestirse y a llegar hasta la habitación del niño. Cuando Quteiba vio cómo Rezal lo miraba y lo acariciaba, se conmovió y puso una leve sonrisa que no pudo ocultar cuando ella levantó la vista y sus ojos se encontraron.

—Comandante —dijo una voz al otro lado de la puerta.

—¿Qué sucede?

—Es importante —dijo el joven miliciano sin entrar en la habitación—. Hay movimiento en el frente sur.

—Voy —anunció Quteiba mientras salía.

—El niño crece muy fuerte —afirmó el yihadista—, será un buen soldado.

—Sí —dijo Quteiba—, y su madre se está recuperando, aunque llevará tiempo.

—¿Ha pensado en tomar otra mujer? —preguntó el joven con inocencia.

Quteiba se paró en seco en mitad de las escaleras, se volvió hacia el joven para mirarlo fijamente. No esperaba sentirse mal ante aquellas palabras, pero su pregunta lo irritó mucho, como si le hubieran retorcido las pelotas.

—Sí, lo he pensado —mintió—, lo he pensado.

COGE ESTO

Mosul, Irak. Principios de 2016

Según avanzaba el día, el entusiasmo se fue rindiendo a la fatiga, que llegó sin que Ayash apenas lo notara. El regreso al trabajo, tras su convalecencia por la amputación, fue agradable: saludos, sonrisas y reconocimientos, pero después empezó el papeleo atrasado. Circulares internas e informes sobre el estado del departamento que solía ventilar en poco tiempo, pero que aquel día se le atragantaron porque el cansancio se le enredó en el cuerpo sin que se diera apenas cuenta. Cuando lo percibió, ya era como una pesada losa mental que le impedía pensar con claridad porque, además, reapareció el dolor en el muñón. Aguantó todo lo que pudo, pero nada. Como no desaparecía, se quitó la prótesis que le acaban de colocar para aliviarse un poco. El aparato, desde lejos, simulaba con buena calidad una mano, pero en cuanto uno se acercaba, se veía como un plástico zafio; como una burda imitación rígida y pálida. De vez en cuando, Ayash se paraba a observarlo con extrañeza para verlo desde todos los ángulos posibles, porque aún le resultaba un objeto extraño. Le dio por pensar cómo sería un bofetón propinado con aquella infamia o que podía quitársela y lanzarla contra alguien para defenderse si lo atacaban. Intentó reírse, pero el dolor aumentaba sin cesar. Cuando se hartó de aguantarlo, abrió un cajón, sacó el bote de los potentes calmantes que le habían recetado y se tomó uno con un sorbo de agua del vaso que tenía sobre su escritorio. Pronto, el dolor empezó a remitir, pero lo sustituyó el sueño. Parpadeó para enfocar la vista al folio que sostenía con la mano izquierda mientras con la derecha intentó colocarse las gafas, pero no pudo. No había mano al final de aquel brazo. La extremidad estaba en su mente, pero ya no existía, aunque a veces le parecía, incluso, que sentía dolor en ella.

—Doctor —uno de sus empleados abrió la puerta casi sin llamar y se asomó—, aquí hay un hombre que quiere hablar con usted. Dice que lo conoce.

—Que pase.

—Soy Khalid Khassari —dijo el recién llegado tras saludar con cierta familiaridad,

pero sin saltarse las normas de cortesía—. ¿Me recuerda?

—Claro —contestó Ayash—, usted es familia de Abu Leila, lo he visto en su restaurante.

—Sí. Somos primos lejanos. Me ha pedido que venga a verlo.

—Es un buen amigo —respondió el jefe del laboratorio mirando su muñón—. Después de sucederme esto, he hablado con él por teléfono un par de veces y ya le he dicho que estoy bien. ¿Es que no se fía de mí y le manda a usted a comprobarlo? —bromeó.

—En absoluto —dijo el hombre con una sonrisa—. Mi primo me envía para convencerlo de que se vaya usted de la ciudad con su mujer y su hija.

—Si estuviera solo —interrumpió Ayash— lo haría, pero no quiero arriesgar sus vidas.

—Doctor, yo puse en contacto a mi primo con los hombres que lo ayudaron a escapar. Tiene sus riesgos, es cierto, pero casi siempre se consigue y, si usted quiere, podríamos sacar primero a su familia y, después, a usted. Para ellas sería más sencillo.

—Eso tiene sentido —dijo Ayash, pensativo—, déjeme que lo piense.

—Naturalmente —aceptó el hombre, que se levantó, sacó un sobre del bolsillo interior de su americana y se lo entregó a Ayash—. Tome, mi primo me ha pedido que se lo entregue. Dentro está mi tarjeta de visita y tres mil dólares, por si cambia de opinión y decide marcharse. De momento será suficiente. Créame, es lo mejor.

Ayash le estrechó la mano y le sonrío. Sacó del sobre la tarjeta de visita, pero le costó leerla porque estaba tan cansado que ni siquiera reparó en que el hombre ya se había marchado. «No necesito este dinero. Lo llamaré para devolvérselo», pensó sin molestarse en contarlo.

LA ÚNICA FORMA DE CONVENCERLO

Mosul, Irak. Principios de 2017

El aire está como muerto, parado. Generalmente, a aquella hora de la tarde sopla una brisa suave que mece los juncos de las orillas del Tigris, a un lado y a otro, a un lado y a otro, como si los acariciara. Sin embargo, aquel día nada, solo quietud.

La casa del doctor Ayash no está lejos de la rivera, pero tampoco demasiado cerca. Desde su segundo piso se ve la alfombra de cañas y plantas que crecen al frescor de las aguas y también el río que discurre lento, como si la guerra no fuera con él, a pesar de que en su lecho duermen centenares de cadáveres de combates y ejecuciones. Zaida, la hija del doctor Ayash, ha salido a la terraza a disfrutar de la brisa del Tigris mientras mata el tiempo, pero esa tarde, nada, no hay nada, solo una tranquilidad mortecina. Y ella no puede dejar de mirar el reloj.

—Ya están aquí —anuncia su madre, mientras franquea el paso a Lola y a Alex.

—Tranquila —la intenta reconfortar Lola con una sonrisa amable—, todo saldrá bien. Khaled ya está reunido con Firas. En cuanto termine vendrá hacia aquí.

—Es muy angustioso saber que mi padre está tan cerca —dice Zaida mirando a Mosul occidental, al otro lado del río—. Y lo peor es haberle mentido.

—Era la única manera de convencerlo —replica Lola—. Si no lo hubiera hecho, él no habría aceptado. Cuando descubra que su mujer no está enferma, puede que se enfade, pero ya estará aquí, sano y salvo.

—Madre —dice Zaida—. No quiero ver cómo se pondrá cuando se entere.

—¡Bah! —exclama la esposa del doctor Ayash con un exagerado tono de burla—. Le diremos que todo ha sido idea tuya, que eres su ojito derecho, y así no dirá nada, porque todo lo que hace su hija preferida está bien hecho, ¿sabe, Lola?

La broma hace sonreír a Zaida, que apoya las manos en la barandilla de la terraza. En silencio escucha a su madre conversar con los cooperantes y piensa. Piensa que se siente contenta porque su padre ha aceptado huir de Mosul oeste, pero también preocupada porque, aunque es un paso adelante, sabe que es difícil lograrlo. Él dirige un hospital importante en el que se atiende a los heridos del DAESH y, como no es de la organización, está vigilado para que no huya. Además, ha tenido problemas con los yihadistas y no es de su confianza. Eso, sin duda, había pesado en su decisión de huir, pero lo que realmente lo convenció era la historia de que su mujer estaba enferma. La habían urdido madre e hija, con la ayuda de sus dos amigos, los doctores Nawfah y Aklouk. Ellos le contaron a Zaida lo que debía decir cuando su padre la llamara, pues la red de Firas se encargó de hacerle llegar un teléfono móvil.

—Aquí tiene las cinco cajas de jeringuillas, doctor Ayash —le dijo el proveedor de material médico cuando entró en su despacho, aprovechando que los guardias del DAESH estaban almorzando.

—¿Solo cinco? —preguntó el doctor, que se extrañó al ver que el repartidor traía el material a su despacho, en lugar de al almacén—. Necesitamos el doble.

—Lo sé —dijo en voz baja el hombre, que dejó las cajas en la mesa. Abrió una y apartó las jeringas para mostrar un teléfono celular—, pero mire esto. Guárdelo donde no puedan encontrarlo y, cuando tenga una ocasión, llame a su hija Zaida. Su mujer está enferma.

—Lo haré ahora mismo —dijo el médico, visiblemente impactado.

—Tenga cuidado de que no lo descubran. Hágalo cuando esté seguro de que no lo ven y no lo escuchan. Quizá esta noche, en su cuarto. Ella no lo llamará para evitar el riesgo de que suene cuando esté acompañado. Además, el teléfono está en silencio, por si alguien lo llama por error. Tenga cuidado.

A Zaida no le fue difícil convencer a su padre, que tenía auténtica devoción por su esposa. Sabía que solo algo así podía hacerle abandonar sus obligaciones con los enfermos ya que él nunca se perdonaría no estar al lado de su mujer en caso de una enfermedad tan grave como el cáncer. «Es de colon —le dijo con la voz preocupada y temblorosa—. Sangraba al ir al baño y le dolía el abdomen. Ha perdido mucho peso. Según las primeras pruebas, es maligno». Ayash sintió que el estómago se le encogía hasta caberle en un puño apretado. «Quiero hablar con ella. Dile que se ponga, por favor». Pero Zaida, quería intranquilizar aún más a su padre, así que se negó.

—Ahora no —se excusó— está dormida y no quiero despertarla porque le cuesta mucho conciliar el sueño a pesar de los calmantes ha recetado tu amigo, el doctor Nawfah. Llámale —le dijo—. Él te dará más detalles. La está ayudando mucho, ¿sabes?

En cuanto colgó, todavía con lágrimas en los ojos, Ayash llamó a su amigo. Estaba tan nervioso que le costó teclear su número, le temblaban los dedos.

CONSEGUIRÉ MÁS

Mosul, Irak. Primavera de 2016

—Esto es absurdo —dijo el doctor Nawfah mientras buscaba la aprobación Aklouk. Ambos habían quedado con Ayash durante el descanso que solían hacer a media mañana para tomar algún tentempié—. Es un despropósito, no tiene sentido.

—Sí lo tiene —replicó Ayash, que caminaba en el centro de ambos. Al salir del hospital giraron a la izquierda por las amplias aceras de la Autovía de la Universidad. Es una gran avenida, que baja hacia el río Tigris, de seis carriles por los que circulaban a toda velocidad algunos automóviles.

—No —insistió Nawfah—. No puedes seguir dando dinero a los pacientes, es peligroso.

—Lo necesitan para pagar los tratamientos de sus hijos —insistió el jefe del laboratorio—, y te recuerdo que somos un hospital pediátrico.

—Y yo te recuerdo —intervino Aklouk en tono de reproche—, que ese dinero te lo dio Abu Leila para que huyeras de Mosul.

—Ahora no puedo marcharme. Al menos hasta que mi ayudante esté preparado para llevar el laboratorio. De momento debo seguir aquí por un tiempo.

—¡No digas tonterías! —exclamó Nawfah—. Hassan está perfectamente preparado. Lo ha hecho muy bien mientras estabas convaleciente.

—Pero Hassan —objetó— también está pensando en marcharse. Si nos vamos los dos, nadie podría dirigir el departamento.

—Eso es una tontería y lo sabes —dijo Aklouk—. Ya encontraríamos a alguien. Los analistas os creéis imprescindibles, pero no lo sois.

—Claro que lo somos.

—No —no insistió Aklouk—, no lo sois. Además, has dado dinero a más de una veintena de pacientes. Sabes que el DAESH considera que ese dinero es limosna y que ellos son los únicos que pueden administrar el *Zakat*. Ya te han cortado una mano por algo similar. Esta vez será peor.

—Nadie tiene por qué saberlo —replicó Ayash

—Pero tarde o temprano —objetó Aklouk— se te acabará el dinero. ¿Qué harás entonces?

—Conseguiré más —respondió Ayash como si fuera algo obvio.

—¡Claro! —exclamó Nawfah—. Le pedirás más dinero a Abu Leila. ¿Has pensado en qué pensaría él si supiera en qué te has gastado el dinero que te dio para huir?

—No solo sabe —respondió Ayash mirándolo a los ojos—, sino que le parece bien.

11

EL CAMINO VERDADERO

Mosul, Irak. Otoño de 2016

El comandante Quteiba no echó a Aysha de inmediato, pero en cuanto Rezal pudo valerse por sí misma, ordenó que la mayor de las hermanas regresara a servir a casa del viejo imán. Rezal alargó su recuperación con toda clase de excusas: «Me duele aquí; siento nauseas; me mareo», para que Aysha permaneciera con ella, pero llegó un momento en el que su mejoría era tan evidente que el yihadista se mostró inflexible.

—Podría quedarse para ayudarme —sugirió Rezal, pero Quteiba no cedió. Lo que sí pudo conseguir fue que la siguiera visitando cuando terminaba su trabajo en casa del imán, que no era poca cosa, pues la esposa del religioso se lo permitía con frecuencia. Al principio, Aysha se sintió molesta por tener que marcharse, pero poder ver casi a diario a su hermana y a su pequeño sobrino la consolaba y desdibujó la promesa que se hizo a sí misma de seguir a su esposo y a su hermana Nashira en el camino de la transmigración de las almas cuando Rezal estuviera curada.

—Llévale esto a tu hermana, Aysha —le dijo la esposa del imán—. Le gustará. Son unos dulces de miel que aprendí a hacer de mi abuela.

—Seguro —respondió Aysha, con una sonrisa—. Se parecen a los que hacía mi madre.

—Sí. Son típicos de esta zona. ¿Está mejor?

—Mucho mejor.

—¿Quteiba la trata bien?

—Sí —respondió Aysha, pero la sonrisa que puso cuando la mujer le dio los dulces se borró de su rostro.

—Entiendo. La trata bien, pero a ti no te gusta. No te sientas mal. Debes comprender. Él es un guerrero de dios. Todo lo que hace lo hace por nuestro bien.

—Lo sé —mintió Aysha, que pensó en recordarle que Quteiba, además, pertenecía al mismo ejército que había matado a toda su familia, pero prefirió callar, pues temía que si la importunaba no le permitiría volver a visitar su hermana.

—Gracias a él —continuó la mujer con un tono de voz suave y agradable— habéis conocido la fe verdadera. Ahora sentís dolor, es normal, por todo lo que habéis pasado, pero con el tiempo os daréis cuenta de que ha merecido la pena.

—Naturalmente —dijo Aysha, mientras cogía los dulces uno a uno, con cuidado, para meterlos en una bolsa de plástico.

—Luego, cuando todo esto haya acabado —continuó la mujer, al tiempo que salía de la habitación—, porque puedes estar segura de que acabará tarde o temprano, al menos habréis conocido el camino verdadero.

EL SOBRE

Mosul, Irak. Finales de 2016

—¡Osama! —exclamó el doctor Ayash cuando vio al niño. El chaval levantó la cabeza, se subió los pantalones y echó a correr hacia él—. Toma, coge esta bolsa. Dentro hay un jersey de lana, porque ya empieza a hacer frío. Te lo ha hecho mi mujer. Anda, vamos a comernos una chocolatina.

Se encaminaron a un banco del jardín y se sentaron juntos. Con la vista al frente, casi sin mirarse, pelaron sus chocolatinas a la vez. El analista despacio, para darle mordiscos pequeños que masticó pausadamente, saboreándolos, al contrario que Osama que, rápido como un rayo, peló y engulló a grandes bocados su chocolatina.

—¿Otra? —preguntó el doctor cuando vio que el niño se metía el último pedazo en la boca.

Osama movió la cabeza de arriba abajo sin hablar y Ayash sonrió al pensar que, en esta ocasión, no lo hacía por ser autista, sino porque tenía la boca tan llena que de chocolate que se le salía por las comisuras de los labios.

—Anda, ve a la cocina y dale el jersey a tu madre para que te lo guarde —continuó el médico—. Esta mañana he hablado con ella. Está muy contenta. Dice que haces muchos progresos con el nuevo profesor. Me ha contado que el otro día te oyó cantar.

Osama encogió los hombros, pero no dijo nada.

—Eso está muy bien. ¿Quieres cantarme esa canción? Te daría otra chocolatina más.

El niño miró a Ayash durante unos segundos y luego negó con la cabeza.

—Bueno —dijo el médico con resignación—. No te preocupes. Otro día será. Pero sí que me gustaría que me hicieras un favor.

El niño meneó la cabeza afirmativamente.

—¿Ves esa mujer de allí, en la puerta principal? La que lleva un niño de la mano y un pañuelo azul en la cabeza. —Ayash esperó a que el pequeño asintiera y le entregó un sobre y otra chocolatina—. La barrita es para ti y, esto, para ella. Quiero que vayas y se lo des. Pero que no se te pierda, porque dentro hay algo de dinero para que compre medicinas. ¿Entiendes?

Osama volvió a asentir, se levantó y marchó a la carrera. El analista lo siguió con la mirada, con la certeza de que el chaval haría exactamente lo que le había pedido.

PRONTO LO SABREMOS

Mosul, Irak. Principios de 2017

—¿Ha conseguido hablar con él de nuevo? —pregunta Lola.

—Sí —responde Zaida. La hija del doctor Ayash remueve el té que le ha traído el camarero del hotel Classy con aire preocupado—, anoche. Me llamó para preguntarme por mi madre. Sigue creyendo que está enferma.

—¿Y cómo está de ánimo?

—Bien —contesta la hija del doctor Ayash sin dejar de remover el té, que no se toma porque no tiene hambre ni sed. Lo ha pedido por cortesía, para no desdeñar la invitación

de Lola, pero no le apetece. Está muy nerviosa porque, si todo va bien, en unas horas su padre estará de nuevo con ella, pero si algo falla acabará detenido en una prisión del Estado Islámico—. Fuerte de ánimo, a pesar de los riesgos.

—No se preocupe —intenta consolarla Lola—, Khaled ha hablado con Firas y me ha contado todos los detalles. Su organización ha sacado a mucha gente y saben cómo hacerlo. Ya tienen los documentos falsos y aprovecharán la hora de la comida. Su padre suele almorzar solo en su despacho y luego descansa alrededor de hora y media para volver a atender a los enfermos hasta la noche. Disponen de ese tiempo para atravesar el control del DAESH, es más que suficiente.

—Quizá tendrán algo más. Mi padre tiene muy buena relación con la mujer que le lleva la comida, le hace la habitación y lo atiende. Es una joven que trabaja en casa del imán de la mezquita donde han montado el hospital de campaña. Le ha prometido que no descubrirá su ausencia.

—¿Está segura de que es de confianza? —pregunta Lola, con mucha preocupación—. ¿Y si decide traicionarlo?

—No tema —responde Zaida, segura de sus palabras—. Es una yazidí a la que capturó el DAESH. Mataron a su marido y a casi toda su familia. A ella y a su hermana pequeña las han convertido en sirvientas. Los odia tanto que no solo no le delatará, sino que ha prometido ayudarlo en todo lo que pueda.

—Pronto lo sabremos —dice Lola algo más tranquila—, porque mañana es el día.

LA ADVERTENCIA

Mosul, Irak. Finales de 2016

Hacía frío y había llovido durante gran parte de la mañana. Antes de salir del portal de su casa, Ayash se subió el cuello del abrigo mientras miraba al cielo, gris y encapotado, que amenazaba con descargar otro diluvio sobre la capital del califato, como había hecho poco antes. «Compraré y me daré prisa en volver a casa», pensó mientras, con cuidado, ponía un pie sobre la acera, que se había convertido en una especie de pista de patinaje. La lluvia, ausente durante meses, había precipitado el polvo suspendido en la atmósfera en forma de un barro marrón muy resbaladizo. El médico repasaba mentalmente todo lo que le había mandado comprar su mujer, Muna, cuando una voz familiar llamó su atención.

—Doctor Ayash —escuchó decir a su derecha a Khalil Khassari, el primo de Abu Leila, el que le había entregado el dinero para huir de Mosul—, ¿cómo está?

—Bien, ¿y usted?

—Demos un paseo —dijo Khassari. Desde hacía algún tiempo, Ayash y él solían verse a menudo para que el empresario le entregara dinero.

—Claro —aceptó Ayash—. Acompáñeme, voy al mercado.

Caminaron un rato mientras hablaban de vanalidades, de la familia y de los negocios del primo de Khassari que, cuando creyó que era el momento apropiado, entregó al médico una bolsa de plástico negro. Era una de esas corrientes, de las que se usan para hacer la compra.

—Tome —dijo Khassari—. Dentro, bajo unas naranjas de un árbol que tengo en mi jardín, está el dinero. Las naranjas son muy dulces, le gustarán.

—Gracias —Ayash sonrió antes de coger la bolsa—. Esta vez hay mucho.

—Cuando necesite más, pídalo. Conozco más gente que quiere ayudarle a usted y a los que no tienen para pagar por ir al médico. La cantidad que le entrego hoy no es solo mía. También han colaborado algunos hombres de negocios que tienen una buena posición económica y saben guardar el secreto, pero tenga cuidado. El DAESH considera que estas donaciones son *Zakat* y que solo ellos tienen derecho a administrar la limosna. Utilizan esas donaciones para sus fines y si entienden que usted les está quitando ese dinero, se lo harán pagar. Piense que ya le han condenado una vez —advirtió Khassari.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó el médico.

—No sé —dijo Khassari—. Pero tenemos que pensar en algo porque usted ya ha tenido problemas serios con el DAESH. Quizá, en lugar de darle este dinero, podría enviarnos a los pacientes que lo necesiten. De esta forma, usted seguiría coordinando quién necesita ayuda y quién no, pero sería casi imposible que nadie le podría responsabilizar.

—Pero a ustedes, sí.

—Es solo una idea —afirmó Khassari con aire pensativo—, pero tenemos que hacer algo.

—Permítame invitarlo a comer —sugirió el médico—. Hablaremos de ello.

SEGURO QUE SÍ

Mosul, zona gubernamental. Principios de 2017

Zaida ya llevaba un buen rato despierta cuando sonó la alarma de su despertador. Había pasado la noche arropada por el insomnio, a pesar de estar agotada porque los últimos días habían sido terribles. Lola le había informado puntualmente de todos los detalles sobre la operación de rescate de su padre, pero eso, en lugar de calmarla, la había puesto aún más nerviosa. Le habían asegurado que saldría bien, que la organización de Firas había sacado a cientos de personas de Mosul y que todo estaba preparado al dedillo, pero daba igual. Ella no conseguía calmarse ni dormir.

Dejó que pasaran unos segundos tumbada bocarriba, con los ojos abiertos y la mirada perdida en la penumbra del cuarto. Apagó la alarma para no despertar a su madre, se vistió y fue a la cocina para prepararse el desayuno.

—Buenos días —le dijo Muna, su madre, mientras le ofrecía un vaso que despedía un agradable vaporcillo que olía a menta—. Me he levantado pronto y he preparado té.

—¿Tu tampoco has podido dormir?

La madre sacudió la cabeza de un lado a otro sin decir palabra. Estaba tan nerviosa como su hija, pero no quería perturbarla más con sus temores.

—Madre, no te preocupes —dijo Zaida, que puso un tono neutro para intentar aparentar aplomo—. Dentro de unas horas, papá estará con nosotras otras. ¡Preparemos algo para cenar con él cuando regrese! —exclamó con falso entusiasmo, para animar a su madre.

—Seguro —afirmó Muna, que no lo dijo, pero sentía la misma zozobra que cuando perdió a su hijo en aquella maldita guerra con Irán. Estaba segura de que algo iba mal.

BAGLA BEL DIHIN

Mosul, zona controlada por el DAESH. Principios de 2017

Los tres o cuatro hombres del DAESH que vigilaban a Ayash dormían, cenaban y comían en la estancia aledaña a la habitación del doctor, en la mezquita donde habían habilitado el hospital de campaña. Tanto el templo como los edificios auxiliares daban a un patio cerrado por un muro que Aysha atravesó con una bandeja circular y grande en la que llevaba varios platos con *bagla bel dihin*, un desayuno tradicional iraquí hecho con judías que, al cocerlas, se oscurecen. Luego se pelan, porque la piel es muy gruesa, se colocan sobre una base de trozos de pan plano que se riega con el caldo de la cocción y se rematan con unos huevos fritos por las dos caras que se adornan con trocitos de tomate y perejil cortados finitos. Eso cuando hay huevos y verduras frescas, porque en aquellos tiempos de escasez, la receta se quedó en pan mojado con judías.

La joven yazidí llevó primero la comida a los yihadistas y, luego, al doctor Ayash que, al verla entrar en su habitación, se levantó para ayudarle con la bandeja.

—Gracias —dijo Aysha casi sin mirarlo a los ojos.

—De nada —respondió el doctor—. Huele muy bien. ¿Lo ha cocinado usted?

—Sí —afirmó ella mientras se daba la vuelta para marcharse.

—Aysha —la interpeló Ayash con delicadeza—, un momento, por favor.

—¿Sí?

—Nos conocemos desde hace poco tiempo, pero quisiera darle otra vez las gracias. Se arriesga usted demasiado al ayudarme hoy.

—En realidad, no —contestó ella—. Solo tengo que dejar las puertas de la cocina abiertas para que usted pueda entrar en ella y salir a la calle.

—Si sospechan de usted, se lo harán pagar.

—Hay más puertas en el hospital, doctor.

—También deberá dejar la comida en mi habitación sin decir que yo no estoy.

—Eso pasa a menudo —respondió ella—. A veces, yo le dejo la comida y usted está trabajando. Cuando no podré ayudarle, será si ellos entran a buscarlo.

—No se preocupe, Aysha. Eso solo pasará si empiezan a llegar muchos heridos de golpe, pero correré ese riesgo. Por cierto —pregunto Ayash—, ¿usted no ha pensado en huir?

—No me interesa —contestó ella—. Mataron a mi marido y a casi toda mi familia. Solo me quedan mi hermana pequeña y su bebé, y están aquí.

—Entiendo —dijo el doctor, que captó enseguida que la joven tenía heridas abiertas de las que no quería hablar—, en unas horas veremos qué pasa.

EL DÍA DE LA FUGA

Mosul, zona controlada por el DAESH. Principios de 2017

Era un día feo, de esos nublados con el ambiente cargado y el aire denso, difícil de respirar. Un día de esos en los que parece que va llover de un momento a otro, pero las nubes no terminan de soltar agua. Al salir de la sala de los enfermos, Ayash miró al cielo que, lleno

de nubes grises, se extendía infinito sobre Mosul. «Si llueve —pensó — los milicianos del DAESH serán más reacios a patrullar la frontera. Eso me ayudará a escapar». Cuando echó a andar hacia el otro lado del patio, se cruzó con Aysha que, como todos los días, lo atravesaba con una bandeja de comida en dirección a su cuarto. Ella, como si no lo viera, continuó su camino con el cuerpo encogido por frío. El médico estaba seguro de que la yazidí no lo traicionaría.

Ayash se frotó las manos antes de meterlas en los bolsillos del abrigo que se había puesto sobre la bata blanca. La entrada de la cocina estaba a poco más de una docena de metros frente a él, tras un grupo de cuatro heridos casi recuperados que charlaban al aire libre y a otro de tres yihadistas que miraban el teléfono móvil de uno de ellos. De repente, las nubes se abrieron y un rayo de sol iluminó la puerta y el banco de madera que había junto a ella.

—Sentémonos allí —dijo uno de los islamistas, señalando al poyete—, que ha empezado a dar el sol. Estaremos más calientes.

Ayash maldijo cuando los vio sentarse en la puerta de la cocina. Pensó que si lo veían entrar podían sospechar algo o incluso seguirlo para ver a dónde iba, así que prefirió esperar a que se levantaran y regresó a su cuarto. Al entrar se encontró con Aysha, que acababa de dejarle la comida.

—¿Qué hace aquí? —preguntó ella sorprendida—. Está perdiendo un tiempo precioso.

—He visto a unos guardias en la puerta de la cocina. Pensé que, si me veían entrar, podían sospechar algo.

—Yo los distraeré —dijo ella, resuelta—. Cuando vea que me siguen, vaya a la cocina. Tendrá otros cinco o diez minutos. No podré entretenerlos más tiempo.

—No, Aysha. Es arriesgado.

—Calle y hágame caso —respondió ella—. Pediré a los guardias que me ayuden a traer unos sacos de patatas del almacén. Lo hacemos a menudo, porque son muy pesados. Recuerde cerrar las puertas cuando salga y coma algo, no sea que entren a buscarlo y vean que no ha tocado la comida.

—Gracias, pero tenga mucho cuidado —dijo Ayash mientras la joven salía de la habitación. A través de la ventana, el médico vio cómo Aysha se encaminaba hacia el grupo de milicianos. Mientras observaba, tomó una cuchara y comenzó a devorar la comida a grandes bocados.

La yazidí habló unos segundos con los tres yihadistas. Ellos la miraron con atención, asintieron y se levantaron del poyete de la cocina para dirigirse, tras ella, al almacén. En cuanto se alejaron un poco, Ayash salió al patio a grandes zancadas para atravesarlo lo antes posible. Cuando se dio cuenta de que su paso apresurado podía llamar la atención lo aminoró hasta llegar a la cocina, que estaba vacía pues, a esa hora, quienes trabajaban allí, como Aysha, estaban repartiendo la comida a los enfermos.

Ayash atravesó a toda prisa la estancia, pero se paró en seco al escuchar unas voces de hombre que se aproximaban desde la habitación contigua, que hacía de despensa. El médico sintió que el corazón se le aceleraba mientras buscaba donde esconderse.

—Ni siquiera queda pan —dijo uno de ellos—. Cada vez hay menos comida.

—No te quejes —dijo el otro yihadista al entrar en la cocina—. Si te oyen, te castigarán.

—Y si nos pillan robando comida, también —contestó el primero—. Anda, mira en la

olla, a ver si ha quedado algo. Yo miraré en el armario.

Escondido tras la alacena a la que se dirigía el yihadista, Ayash contuvo la respiración. Rezó todo lo que sabía para que hubiera algún resto de comida en los pucheros y que los milicianos del DAESH no tuvieran que buscar en el mueble tras el que se ocultaba.

—¡Mira que tenemos aquí! —exclamó el más joven de los yihadistas.

—¿Qué?

—¡Ha sobrado arroz! —dijo el que había ido a los pucheros. ¡Ven, deprisa!

—Cojámoslo y vámonos, rápido.

Cuando oyó que se marchaban, Ayash soltó un profundo suspiro y salió de su escondite. Sin pensárselo, se dirigió a la puerta de la calle y tiró del picaporte, pero no se abrió. Repitió varias veces, pero nada. Maldijo su suerte, volvió a girar el asa con más fuerza y tiró de nuevo. «Clac», esta vez, sí. Salió a la calle, caminó, giró a la derecha, avanzó unos metros, volvió a girar.

—Aquí, doctor —le dijo una voz que salía de un vehículo aparcado en su lado de la acera—. ¡Suba, deprisa!

Ayash reconoció enseguida al falso repartidor de suministros médicos que le había llevado el teléfono móvil escondido en la caja de jeringuillas, tiempo atrás.

—¿Ha ido todo bien?

—Sí —respondió Ayash, aún muy nervioso—, pero por poco.

—Bien —dijo el hombre—. Coja un sobre que hay en la guantera. Dentro encontrará su documentación falsa, aunque no debería necesitarla porque vamos a cruzar al lado gubernamental por el sur, en un lugar en el que el frente es muy permeable y solo hay una patrulla del DAESH. Hemos sobornado a su comandante para que no esté en el lugar por donde vamos a pasar nosotros, pero por si acaso, memorice el nombre, la fecha de nacimiento y los demás datos que figuran en esos papeles, por si nos pararan en algún control. ¡Y alégrese! —exclamó sonriendo—, en unas horas estará en casa.

El chófer condujo hacia el suroeste, al principio por calles anchas, luego más estrechas, hacia los suburbios donde termina la ciudad. A Ayash le parecía que iban exageradamente despacio, pero al mirar el reloj se dio cuenta de solo habían pasado unos minutos y de que eran sus nervios los que le hacían sentir ese insoportable agobio. Una sensación que creció cuando se metieron en aquel atasco en el que los coches parecían clavados al asfalto.

—¿Es normal tanto tráfico a esta hora?

—No —respondió el conductor.

—Quizá deberíamos regresar —observó el médico.

—Demasiado tarde —dijo el chófer señalando al frente—. Un control del DAESH. Con este atasco no podemos evitarlo o dar la vuelta sin levantar sospechas. Asegúrese de que ha memorizado los datos de sus documentos. Un fallo y a la cárcel.

UNA PEQUEÑA MENTIRA

Mosul, zona controlada por el DAESH. Principios de 2017

Aysha entró en la cocina seguida por los tres yihadistas. Cada uno llevaba a la espalda un pesado saco de comida del almacén que dejaron donde ella les indicó. Les dio las gracias y tres panes de pita que sacó, sin que la vieran, del lugar donde las cocineras solían

esconderlos para que nadie los robara. Con su recompensa en la mano, se abalanzaron sobre las ollas para untar en las sobras de la comida, apenas pura grasa. La joven aprovechó el momento para acercarse a la puerta que daba al exterior, por la que había salido el doctor Ayash y cerrarla para que no la relacionaran con su huida.

Cuando los tres milicianos se marcharon, Aysha se sentó en la cocina, sola, a disfrutar de su pequeño triunfo. No era gran cosa, pero había ayudado a escapar del DAESH a alguien, y eso le supuso una satisfacción tan grande que no pudo contener una risilla nerviosa.

—¿De qué te ríes? —La voz de otra de las chicas que trabajaban en la cocina, que entró en ese momento, la sobresaltó, pero Aysha no contestó. Imaginaba al doctor libre, tras burlar los controles de sus verdugos—. ¿Estás bien? ¿Te pasa algo? —volvió a preguntar la chica, preocupada por la risilla nerviosa y tonta de la yazidí, que no podía hablar ni quería hacerlo. Cerró los parpados, rezó por el médico para que tuviera suerte y sus mejillas se llenaron de gruesas lágrimas de felicidad.

EL REGRESO

Mosul, zona controlada por el DAESH. Principios de 2017

A medida que se acercaban al control del DAESH, el chófer del vehículo se ponía más nervioso. Para tranquilizar al doctor Ayash, adoptó un tono de falsa calma.

—No pasa nada —afirmó con impostada seguridad—, usted déjeme hablar a mí.

Uno de los yihadistas del control, que llevaba el fusil en ristre, se aproximó al vehículo mientras les indicaba que bajaran la ventanilla del copiloto.

—No pueden pasar —dijo con autoridad—. Hay combates un poco más adelante.

—Solo vamos a casa de mi primo —mintió el chófer—. Está a menos de trescientos metros. Nos está esperando.

—¡He dicho que no pueden pasar! —exclamó el miliciano, ahora visiblemente más enfadado, mientras uno de sus compañeros abría paso a una ambulancia que transportaba heridos en dirección contraria—. Hay una ofensiva del ejército en esta zona y tenemos órdenes de no dejar a nadie vaya hacia allí. ¿Está claro?

—Lo sabemos —asintió el conductor—, mi primo nos ha llamado para que vayamos a por él y a por su familia. Tienen miedo de los combates y quieren que los saquemos de allí y los traigamos a esta parte, a mi casa.

—¡He dicho que no se puede pasar! —gritó el miliciano—. ¿No oyen los combates? Esos perros de Bagdad están muy cerca. ¡Dense la vuelta ahora mismo!

—Pero mi primo está en peligro —insistió el conductor para intentar convencerlo—. Le aseguro que solo vamos a recogerlos a ellos y volveremos a mi casa, en el centro.

—¡Bájense ahora mismo del vehículo! —aulló el yihadista, harto ya de cháchara, mientras se echaba hacia detrás y amartillaba su fusil *kalashnikov*—. ¡Están detenidos!

—Está bien, está bien —suplicó el chófer—. Ya nos vamos, pero no se ponga así.

—¡Vamos, márchense! —aceptó el miliciano, que lo único que quería era hacer que todos los automóviles se dieran la vuelta para poder marcharse de allí y buscar un lugar seguro antes de que se intensificaran los combates—, ¡o les disparo ahora mismo!

El conductor giró el volante para dar la vuelta mientras tragaba saliva. Lo había

intentado y había estado a punto de salir muy mal.

—El DAESH no quiere que los civiles abandonen la ciudad —dijo con una mueca de fastidio, cuando se alejaron—, ni las zonas atacadas. Los muy estúpidos creen que, si usan a la gente como escudos humanos, el ejército no bombardeará. Ilusos —añadió con desprecio y resignación—, los matarán a todos, aunque se escondan tras sus familias.

—Quizá huyan —interrumpió Ayash.

—No lo creo. Son fanáticos. Lucharán hasta la muerte.

De pronto sonó el teléfono móvil del chófer, que contestó a toda prisa. Durante unos segundos escuchó atentamente a su interlocutor con el semblante serio.

—Malas noticias —dijo tras colgar—. Era mi jefe. Dice que hay muchos combates y que es muy peligroso atravesar el frente con estos enfrentamientos. Debemos regresar.

—Es muy arriesgado. Puede que hayan notado mi ausencia.

—Usted suele tomarse un descanso de una hora y media para comer, pero solo han pasado unos treinta minutos —respondió el conductor—. Si volvemos ahora, llegaremos en un cuarto de hora. Puede que no hayan notado su ausencia. Si no, tendíamos que esconderle del DAESH durante mucho tiempo y eso sería muy complicado.

—Está bien. Si hay una ofensiva —dijo Ayash, preocupado—, pronto empezarán a llegar heridos y me buscarán. Dese prisa, por favor.

CRISTALERAS DE COLORES

Erbil, Kurdistán iraquí. Principios de 2017

La ciudadela de Erbil se levanta grandiosa como un coloso de piedra sobre los barrios nuevos. Está situada en un montículo en forma de elipse de unas diez hectáreas de superficie y unos treinta metros de alto. Por eso, los muros de sus edificios exteriores parecen una impresionante muralla que se vuelve dorada al reflejar los rayos del sol.

En el lado que da a la plaza hay un café cuya fachada de ladrillo visto tiene siete arcos decorados con cristales rojos, azules, verdes y amarillos que, a ciertas horas, al atravesarlos el sol, crean un curioso juego de luces cálidas que se deja intuir desde el exterior del local. Pero ese día el cielo estaba nublado, y Khaled no podía percibirlo desde su mesa de la terraza, en la que disfrutaba de un humante vasito de té con menta. Estaba muy caliente, como a él le gustaba, especialmente en mañanas de invierno como aquella, en la que parecía que iba a llover, aunque el cielo no terminaba de arrojar el agua sobre aquella tierra, el lugar habitado sin interrupción más antiguo del mundo. Siete civilizaciones, nada menos, siete. Desde los babilonios hasta nuestros días, pasando por los asirios, han visto generaciones de seres humanos matándose unos a otros durante más de seis mil años. Incluso el mismísimo Alejandro Magno se dignó a llegar hasta aquí para aplastar el cráneo a sus enemigos y mangarle el imperio persa a Darío III. Nada más y nada menos. O eso dicen las crónicas.

Cuando Khaled giró la cabeza, vio a Lola y a Alex acercarse. Bajaban las escaleras que desembocan en las tiendas de *souvenirs* donde los visitantes compran artesanía para regalar a su regreso. Tras aceptar la oferta de Marcus para trabajar para Médicos sin Fronteras y abandonar su ONG, ella tenía unos días libres antes de incorporarse a su nuevo trabajo.

—¿Nos vamos? —preguntó ella cuando llegó hasta Khaled. Habían quedado allí para

ir a reunirse con Zaida, la hija del doctor Ayash, que estaba en Mosul este esperando la liberación de su padre. Después de tanto tiempo, Lola estaba ansiosa por compartir ese momento y la iraquí aceptó por todo lo que la había ayudado.

—Desgraciadamente —respondió Khaled, taciturno, con la mirada puesta en su móvil —, la fuga se ha cancelado. Hay combates y es demasiado peligroso. Han tenido que regresar.

—Pero ¿él está bien? —pregunto Lola, angustiada por la suerte del médico.

—Las últimas noticias dicen que sí.

—¿Y han podido volver al hospital sin problemas? —le interrumpió ella— Si el DAESH descubre que estaba huyendo, lo matarán.

—No lo sé, y tampoco sé si lo matarán, pero tendrá problemas, seguro. He llamado a Firas para que me confirme que ha podido regresar y le he pedido que le diga a Ayash que se ponga en contacto con nosotros para saber cómo está.

—Khaled —Lola adoptó un tono de súplica—, ya sé que es inútil, pero ¿podríamos ir a Mosul de todas formas? Me gustaría hablar con Zaida. Lo estará pasando fatal.

—Tenemos tiempo —dijo Khaled con gesto de conformidad—. Estamos de vacaciones.

OFENSIVA

Mosul, zona controlada por el DAESH. Principios de 2017

Aysha salió al patio del hospital con una sensación maravillosa dentro del pecho, como si estuviera llena de aire fresco y de gotas de lluvia fina. Pasó miedo al ayudar a escapar al doctor Ayash, pero valió la pena. Estaba tan contenta con su pequeña victoria sobre sus verdugos que tardó un poco en escuchar, a lo lejos, las sirenas de las ambulancias.

—¿Qué sucede? —preguntó la muchacha a un hombre que pasaba a su lado.

—Un ataque, en el suroeste. El ejército está a punto de romper la línea del frente. Escuche, se oyen las explosiones. Ya están llegando heridos y parece que hay muchos.

Al principio, Aysha no le dio importancia. Un ataque más que, con suerte, tendría éxito. Pero luego empezó a darle vueltas. Pensó en el doctor Ayash, en que quizá no pudiera cruzar al lado gubernamental debido a la ofensiva y en que tendría que regresar. «Si vuelve —dedujo—, no querrá hacerlo por la puerta principal. Sería más discreto por la cocina», pero entonces reparó en que ella había cerrado la puerta.

—¡Aysha! —escuchó decir a sus espaldas cuando se dirigía a volver a abrir el portón de que daba a la calle. Enseguida reconoció la voz del viejo imán—. Mi mujer te llama. Quiere que vayas a su habitación, ahora mismo.

—Naturalmente —respondió ella mientras cambiaba de dirección.

CÓMO PESA

Mosul, zona controlada por el DAESH. Principios de 2017

—Bájese aquí —ordenó el chófer, que pisó el freno con brusquedad al llegar a una calle a un par de minutos a pie del hospital—. Es mejor que llegue andando.

—Gracias —dijo el doctor Ayash, que solo pensaba en regresar cuanto antes.

—Suerte —le deseó el hombre mientras Ayash se bajaba del automóvil para desandar el trayecto que había hecho poco antes, cuando la posibilidad de volver a ver a su familia aún le parecía real. Al escuchar las sirenas de las ambulancias aceleró aún más el paso, dobló la esquina con la vista puesta en la puerta de la cocina, por la que había salido del hospital y rezó para que todavía estuviera abierta. Al llegar, echó mano al picaporte, lo giró, empujo la puerta. Una, dos veces, pero nada. Estaba cerrada a cal y canto. La golpeó con rabia antes de darse la vuelta para dirigirse a la entrada principal con la esperanza de que entre aquel barullo los guardias no se dieran cuenta de su entrada. Tenía que darse prisa, porque seguro que ya habrían notado su ausencia, especialmente si los heridos necesitaban transfusiones sanguíneas. Apenas había echado a andar cuando escuchó una voz a sus espaldas.

—¡Doctor! ¡Doctor! —exclamó Aysha tras abrir la puerta—. Entre, deprisa. Supuse que no podría escapar por el ataque y regresé a abrir la puerta, pero la mujer del imán me ha entretenido. Corra, pase. Están empezando a llegar muchos heridos.

El doctor atravesó la cocina a toda prisa, salió al patio y enseguida pudo ver el trasiego de camilleros que llevaban a los heridos. Corrió a la estancia que hacía las veces de laboratorio, donde sus ayudantes ya preparaban las transfusiones para los heridos a pesar de que él no estaba. Como los había entrenado bien, casi no se notó su ausencia.

—¿Cuál es la situación? —preguntó mientras se abrochaba su bata blanca.

—Mala —dijo uno de sus asistentes, preocupado—. Han avisado por radio de que van a venir muchos heridos. El ataque está siendo muy duro, especialmente en el suroeste. Como no lo encontrábamos, hemos empezado a preparar la demanda de los quirófanos.

—Perfecto —dijo Ayash sin dar explicaciones—. Yo voy a hablar con el doctor Yasser, por si necesita algo en especial.

El médico volvió a salir al patio, cuyas puertas estaban flanqueadas por varios yihadistas que regulaban el tráfico de las ambulancias que entraban y salían sin cesar mientras lanzaban al aire destellos siniestros y ululaban con estridencia. Eran dos hombres que hacían aspavientos y daban órdenes a los conductores para que no bloquearan el paso. En medio de aquel caos absoluto, una ambulancia casi atropella a unos enfermeros que regresaban del interior del edificio después de dejar a un joven de apenas veinte años, con un tiro en el abdomen. Al esquivarlos, en medio de aquel jaelo, chocó contra otra ambulancia que quedó bloqueada.

—¡Eh, vosotros! —espetó un enfermero a los dos miembros del DAESH que intentaban poner orden—. ¡Echadnos una mano a bajar a este tío! Pesa mucho.

Ayash también se acercó para ayudar. Entre todos consiguieron sacar la camilla del vehículo bloqueado. Los dos enfermeros y los milicianos cogieron las asas de la camilla mientras que el doctor, con su única mano, agarró un lateral. El peso era tan grande que, aun así, costaba. El hombre, con los ojos cerrados, parecía inconsciente y malherido. Su cara estaba totalmente cubierta de una mezcla maloliente de barro oscuro y sangre a medio coagular que formaba pegotes con los pelos de su poblada barba.

A toda prisa entraron en una sala abarrotada de heridos. El doctor Yasser examinaba al joven del disparo en el abdomen mientras daba algunas órdenes de manera muy precisa, a su estilo.

—¿Dónde dejamos a este? —preguntó el enfermero.

—En la primera cama libre que encuentren.

Una vez que lo dejaron, Ayash se dio la vuelta para preguntarle al doctor Yasser si preveía alguna necesidad especial. Apenas se había girado cuando notó que una mano lo agarraba del brazo con fuerza. Se volvió algo asustado. Era el herido que acababan de dejar en la cama que, con los ojos abiertos como platos, lo miraba con rabia. El médico intentó zafarse, pero el hombre no soltaba. Entonces cayó en la cuenta de quién era ese tipo inmenso que le había pasado inadvertido por lo precipitado de la emergencia y porque su rostro estaba cubierto de sangre y barro.

—Ven aquí —ordenó Abu Mohamed con los dientes apretados de rabia y la voz entrecortada por el doloroso delirio que le producían las heridas—. Ven aquí.

Ayash intentó resistirse, pero el yihadista, aún herido, tenía suficiente fuerza como para arrastrarle hacia él. El médico sintió miedo. Recordó el tiro que Abu Mohamed le había pegado a Hassan, su ayudante, la noche del incendio del hospital y cómo le había prometido encontrarlo y matarlo a la primera oportunidad.

—Escucha —dijo el yihadista, con la voz trémula cuando tuvo la cabeza del médico junto a la suya—, más te vale dejarme morir aquí, malnacido, porque si salgo vivo de esta cama, lo primero que haré será matarte —advirtió, antes de que Ayash consiguiera zafarse de su mano.

12

ME TIRARÉ AL TIGRIS

Mosul, zona gubernamental. Principios de 2017

El frío del invierno desapareció como por encanto. Sin previo aviso, tras un día de lluvia, las nubes de agua se marcharon para dejar su sitio en el cielo a otras blancas y colosales que daban sombra, pero raras veces dejaban caer algunas gotas. Para Zaida, la hija del doctor Ayash, aquella era la mejor época del año. Fresca y serena, era la de la brisa suave, la de los atardeceres fugaces en los que se asomaba a su terraza a mirar como el sol dejaba de reflejarse en el Tigris para ocultarse tras los juncos de la rivera oeste. Últimamente salía a verlo cada tarde, a mirar cómo los últimos rayos de luz formaban chiribitas plateadas sobre las aguas del río hasta que se ahogaban en ellas, apagándose poco a poco. Podría haber sido un espectáculo maravilloso si no fuera por las columnas de humo que se veían al otro lado; por las explosiones y por los tiros que se escuchaban cada vez con más frecuencia. Al otro lado, el ejército avanzaba y el DAESH se retiraba hacia el casco antiguo. El televisor y las redes sociales aireaban sin cesar imágenes de soldados, de bombardeos, de explosiones, de civiles abandonando la ciudad. Decían que los perros del Estado Islámico tenían sus días contados y que no pararían hasta liberar el último palmo de Mosul, pero también que los yihadistas utilizaban a la población como escudo humano y que los bombardeos mataban a muchos inocentes. Ella no dejaba de pensar que su padre estaba allí y que podía ser uno de los que morirían aplastados por las mismas bombas que pretendían liberarlos.

—No te preocupes, hija —le dijo Ayash en su última conversación—. Estamos en un hospital y no van a bombardear un hospital.

—Bombardearon el tuyo —replicó ella— y otros muchos. No sería la primera vez.

—Tranquila, mi niña —el médico puso un tono muy agradable, que a ella le encantaba. Era el mismo que usaba cuando era pequeña y la consolaba tras alguna caída o algún revés—. Las tropas del gobierno están a un par de kilómetros. Pronto romperán el frente y nos liberarán. Entonces podré volver a casa.

—Eso si no vuelven a llevarte con ellos. Necesitan médicos.

—Esta vez, no. Me tiraré al Tigris si es necesario y lo cruzaré a nado.

—Ten cuidado, por favor.

—No te preocupes y, por cierto —dijo él, cambiando de tema—, si no te llamo en los próximos días, no te preocupes. La cobertura de teléfono es cada vez más débil y casi no me queda saldo en la tarjeta. Hasta que consiga recargarla o me haga con otra, no llamaré, por si lo necesito para emergencia.

—Vale —aceptó ella con un nudo en la garganta—, pero manda algún mensaje.

MAÑANA SERÁ UN DÍA DURO

Hammam al Alil, Irak. Principios de 2017

La noche era suave pero fresca y estaba salpicada de los claroscuros que las nubes arrojaban sobre la tierra al tapar la luna llena, grande y redonda. Lola, sentada junto a la puerta que daba al patio interior del complejo donde se alojaba el personal de Médicos sin Fronteras en Hamman al Alil, las miraba moverse arrastradas por el viento. El jefe de la misión, Marcus, se acercó por detrás y le puso una manta sobre los hombros.

—Gracias —dijo Lola con una sonrisa.

—No quiero perder a una de mis mejores cirujanas por un resfriado —contestó el alemán, que llevaba otra manta en los hombros—. He venido a fumarme un cigarro contigo antes de irme a la cama, porque mañana será un día duro. Y tú deberías hacer lo mismo.

—Y tú no deberías fumar —respondió ella en tono de amable reproche.

—Sí, pero siempre me pongo nervioso antes de una operación importante. Mañana estaremos en Mosul, casi dentro de la ciudad.

—A mí también me pasa —reconoció ella—. Además, hace años que no participo en una actuación tan cerca del frente. Desde Libia.

—Lo harás mejor que nadie —afirmó Marcus—, como siempre. Durante los pocos días que llevas con nosotros he comprobado que no has perdido práctica.

—Gracias —sonrió ella—. Salimos a las cinco de la mañana, ¿no?

—Sí —dijo el alemán—. Montaremos el *MUST* lo más cerca del frente que podamos. Hemos encontrado un lugar próximo al aeropuerto. Es grande, la zona es bastante segura y está lo suficientemente cerca de la primera línea como para atender a los civiles heridos que escapan de Mosul o a los de los combates.

—Lo tengo todo preparado —dijo ella.

—Estaba seguro.

—Khaled me ha ayudado a organizarlo todo.

—Lo sé —afirmó Marcus—. Él también ha sido un buen fichaje. Me alegra que venga con nosotros mañana. Si hay algún problema, conoce el terreno y, sobre todo, es de fiar. Bueno —el alemán apagó su cigarrillo, pero no lo tiró al suelo, sino que lo mantuvo en la mano para arrojarlo a alguna papelera y cambió de conversación—. Por cierto, Khaled me ha hablado de un médico al que llevas tiempo intentando sacar de Mosul oeste.

—Es un bocazas —dijo ella.

—Sabes que los procedimientos de seguridad de nuestra organización son muy estrictos, ¿verdad?

—Lo sé —dijo ella.

—Espero que no hagas ninguna tontería. Sabes que podrías poner en serios apuros a nuestros compañeros y que la organización podría ser expulsada del país. Si violas los protocolos o comprometes a la organización, tendré que despedirte, ¿entiendes? Hay mucha gente que depende de nosotros y de nuestros hospitales para seguir con vida.

—No temas —dijo ella con una sonrisa—, no te meteré en ningún lío.

QUÉ FÁCIL SERÍA

Mosul, zona controlada por el DAESH. Principios de 2017

Ayash estaba nervioso. Metió la mano en el bolsillo, rebuscó entre unos papeles y encontró la chocolatina que buscaba. Como había templado, se notaba que el chocolate estaba bastante más blando y se acordó del pequeño Osama, porque al niño también le gustaba que no estuviera duro para se derritiera en la boca al masticarlo. Sujetó la chocolatina con su única mano para pelarla con los dientes. La destreza que había adquirido desde la amputación le hizo cierta gracia porque ya era capaz de hacerlo a medida que se la iba comiendo sin romperla, sin que se le cayera, sin mancharse los dedos ni los labios. Cuando se la terminó, dio un sorbo de agua y volvió al trabajo. Una nota sobre su escritorio le recordó que había quedado con el doctor Yasser para estudiar cómo enfrentarse al aumento de pacientes de los últimos días. El ejército ya estaba muy cerca, combatiendo duro, calle por calle, casa por casa. Antes de atacar un barrio lo bombardeaban a conciencia para debilitar la resistencia, por lo que cada vez llegaban más yihadistas y, sobre todo más civiles heridos. No civiles de los que intentaban huir, no; a esos los dejaban morir en tierra de nadie. Eran de los que no habían podido marcharse, cuyas casas eran alcanzadas a diario. Miró en el papel la hora de la cita: las siete y eran más de las nueve y media. Dejó lo que estaba haciendo, se puso la bata blanca y se dirigió a la sala de los heridos. Con un poco de suerte, su colega, que solía salir bastante tarde por la carga de trabajo, aún estaría en su despacho. Atravesó el patio con mucha prisa para entrar en la sala donde se amontonaban los pacientes. Era una estancia alargada con casi una veintena de camas a cada lado que dejaban un pasillo central en cuyo final estaba el despacho del médico. La luz encendida le indicó que aún estaba en su interior. Entró, se disculpó, se sentó y despacharon la reunión en algo más de media hora porque el doctor Yasser tenía prisa por volver a casa.

—Discúlpeme, Ayash —dijo Yasser—, pero me están esperando.

—Al contrario. He sido yo quien se ha retrasado. Es culpa mía, pero es que tenía tanto trabajo que no me he dado cuenta de la hora.

—Lo entiendo —afirmó Yasser—. Estos días todos estamos así. Por cierto, ya que usted se queda en el hospital, ¿podría pedirle un favor?

Ayash asintió. Tenía buena relación con su colega, un hombre educado y muy creyente. Tan religioso que a veces estaba muy próximo a los planteamientos del DAESH, pero sin llegar a ser miembro.

—Verá —continuó el cirujano—. Tengo que llevar esas cajas de *propofol* y esas jeringuillas a la enfermería, pero tengo mucha prisa, ¿le importaría hacerlo usted?

—Claro que no —respondió Ayash, que se levantó para coger la bolsa que le tendía su colega. Cuando salió del despacho ya era tarde, hacía un buen rato que habían dado las diez de la noche y la sala de los heridos estaba vacía de personal médico, envuelta en una semioscuridad atenuada por las luces que emitían algunos aparatos. Los heridos dormían, casi todos, ayudados por potentes sedantes. Mientras caminaba por aquella penumbra Ayash se fijó en una cama sobre la que había un bulto gigantesco. Abu Mohamed dormía bocarriba con dos viales pinchados en las fosas cubitales de sus brazos. Al contemplarlo, el médico recordó cómo lo había amenazado de muerte cuando ingresó malherido en el hospital de campaña. Un escalofrío recorrió su columna vertebral de arriba abajo.

Revivió la noche del incendio del Hospital al Azahar y cómo el yihadista disparó a sangre fría a su ayudante, Hassan, con la única intención de causarle una muerte horrible.

Entonces empezó a notar cómo la rabia crecía dentro de su estómago. Era un sentimiento que sabía controlar, porque no le gustaba dejarse llevar por las emociones, y menos por las que consideraba despreciables o mezquinas. Sin embargo, aquella noche la dejó extenderse por todo su ser, desde dentro de las tripas, hasta inundarse por completo. Quizá lo hizo porque lo rodeaba la guerra, quizá por el miedo, o puede que por el deseo de librar al mundo de un individuo tan despreciable como Abu Mohamed. El caso es que permitió que aquella ira se convirtiera en un terrible deseo de venganza.

Ayash pensó que, con aquella penumbra, sería fácil deshacerse de Abu Mohamed, pues en la bolsa que tenía en la mano había decenas de ampollas de un potente anestésico y jeringuillas. Volvió a mirar el vial del brazo del yihadista y cayó en la cuenta de que solo tenía que inyectarle una sobredosis del *propofol* que le había dado el doctor Yasser; así de fácil se habría quitado de encima uno de sus principales problemas y habría vengado a su ayudante. No tendría otra oportunidad mejor porque a su alrededor todos dormían. Mañana, simplemente, habría un muerto más, uno de tantos. Tenía lógica, así que sacó una de las cajas de *propofol*, observó su contenido lechoso y sonrió, pero una idea molesta se abrió paso en su cabeza: él era médico. No podía hacerlo, iba contra sus principios. Volvió a mirar la ampolla, a lo lejos se escuchaba el rumor sordo de los combates que le recordaron de nuevo la noche en la que Abu Mohamed disparó a Hassan. «No puedes hacerlo», pensó. Estaba tan absorto en su dilema que no se dio cuenta de que el sonido de la sirena de una ambulancia se escuchaba cada vez más cerca. «Al diablo. Claro que puedo», dijo en voz baja mientras extraía el contenido de la ampolla con una jeringa. Por primera vez en muchos años, Ayash dio rienda suelta a un deseo de venganza que lo abrasaba por dentro. Nunca en su vida se había abandonado así, nunca había cedido, pero ahora aquella sensación le proporcionaba un placer que parecía sin límites, más satisfactorio, más delicioso que cualquier sentimiento que hubiera experimentado antes. Cargó la jeringuilla al máximo de *propofol* e introdujo su punta en el vial, que estaba pegado con esparadrapo blanco a la fosa del codo de Abu Mohamed.

El corazón latía a mil por hora, la sangre palpitaba en sus sienes, sentía tambores de guerra, como si decenas de almas poseídas por algún espíritu maligno y seductor danzaran a su alrededor, extasiadas. Comenzó a apretar la jeringa despacio, observando las primeras gotas del líquido blanquecino entraba en el vial de su víctima. Cerró los ojos, estaba borracho de placer, cuando escuchó un grito a sus espaldas.

—¡Doctor! —dijo un enfermero que entró de golpe en la estancia, seguido de otros compañeros que encendieron las luces.

—¿Sí? —respondió Ayash sobresaltado, mientras se giraba extrayendo bruscamente la jeringuilla.

—Perdón —continuó el hombre—. Creí que era usted el doctor Yasser. Lo estamos buscando porque han llegan varios heridos. ¿Dónde los ponemos?

—Allí hay sitio —dijo Ayash mientras escondía disimuladamente la jeringuilla en su bolsillo—. Yasser acaba de salir, pero el doctor Ibrahim está de guardia. Vaya a buscarlo. Y dígale que, si me necesita, estaré en mi despacho.

El médico salió de la sala mientras los enfermeros acomodaban a los heridos. Caminó un par de pasos en la oscuridad del patio y se sentó en el banquete que había pegado a la pared. Introdujo la mano en su bolsillo para sacar la jeringuilla, todavía llena de aquel líquido blanquecino que le recodaba al calcio que antes les daban a los niños. Ayash cerró

los ojos y echó para atrás la cabeza, aturdido. Acababa de intentar matar a un paciente, de saltarse sus principios más elementales y, sin embargo, Abu Mohamed seguiría vivo a la mañana siguiente. «Quién sabe —pensó— quizá es mejor así». Pero ya nada era lo mismo. Miró la sala con los pacientes tumbados. Todo lo que antes había dado sentido a su vida, ahora empezaba a dejar de hacerlo.

Y TÚ, ¿QUÉ HARÁS?

Mosul, zona controlada por el DAESH. Principios de 2017

—Quizá deberías marcharte, Rezal —Aysha hablaba a su hermana con el miedo de quien sabe que está rodeado de peligros que desconoce, porque los bombardeos de la coalición liderada por Estados Unidos eran cada vez más frecuentes y más intensos y las tropas gubernamentales ya estaban muy cerca. Una vez que los soldados penetraron en Mosul oeste combatían casa por casa, en cada tejado, en cada balcón, en cada plaza. Por eso, las visitas de Aysha se habían espaciado. Era peligroso andar por las calles, además de que cada vez había más trabajo en el hospital. Pero siempre que podía, aunque fuera arriesgado, Aysha visitaba a Rezal—. Muchos del DAESH han mandado a sus familias a Siria, todo el mundo lo sabe. Allí, el bebé y tú estaríais más lejos de los combates. ¿No los oyes? —dijo señalando a la calle—. Si tu marido te lo vuelve a ofrecer, acepta.

—¿Estás loca? —respondió Rezal como si su hermana le hubiera sugerido la posibilidad de ir al infierno—. ¿Crees que voy a marcharme de Mosul para meterme en Raqqa o en cualquier otra ciudad dominada por el DAESH y volver a vivir este infierno? El miedo, el hambre, la esclavitud. No, hermana, no. No hay que ser muy lista para saber que ya han perdido. Si me marcho, me llevarán a otra ciudad que pronto será asediada por el ejército o lo que es peor, por los sirios o los americanos. No, prefiero seguir aquí. Quteiba está decidido a morir entre las ruinas de la ciudad vieja con sus hombres, y yo me quedaré en esta casa y esperaré a que los soldados liberen el vecindario. Si me matan me da igual, lo que no pienso hacer es volver a vivir este infierno.

—Entonces —dijo Aysha—, quizá deberíamos intentar huir. Cruzar las líneas.

—¿Cómo? —preguntó Aysha—. Escapar es demasiado peligroso para el niño. Mucha gente ha muerto al intentarlo. Los hombres del DAESH disparan y hay campos de minas. Prefiero esperar a que liberen la ciudad. Ahora mismo estamos cercados y es imposible huir. Ellos lo saben, pero no lo dicen. Cuentan a la gente que habrá un contraataque desde Siria, pero eso es imposible. Lo sé, porque se lo he oído decir a Quteiba. Cuando el ejército avance, ellos se replegarán a la ciudad vieja. Allí han cavado túneles bajo las casas, que las conectan, para resistir hasta la muerte.

—¿Y tú que harás? ¿Y si Quteiba os lleva con él a los túneles?

—Intentaré convencerlo de que no lo haga —respondió Rezal, sin poder esconder su preocupación—. El otro día varios comandantes tuvieron una reunión. Hablaban de organizar un grupo de mujeres y niños para buscar una forma de evacuarlos, como en Siria.

—¿Y qué decidieron? —preguntó Aysha.

—De momento, no quieren. Escucha, hermana, yo debo quedarme aquí, pero tú no tienes por qué hacerlo, puedes intentar huir como ese médico amigo tuyo.

—¡Ni soñarlo! —Aysha desechó la idea con un aspaviento—. Mi marido y mi familia

han muerto. Tú y tu hijo sois todo lo que tengo y no voy separarme de vosotros.

YO, SÍ

Mosul, zona gubernamental. Principios de 2017

Pocas cosas desgarran tanto como no saber nada de quien se quiere. Zaida llevaba varios días sin tener noticias de su padre y estaba muy alterada, como su madre, Muna. A ello contibuyó que, poco a poco, la cobertura de red fue menguando hasta que desapareció por completo en la zona del hospital. El último «estoy bien» lo mandó Ayash a través de un teléfono satelital que le prestó el doctor Yasser, y de eso hacía ya mucho. Aquella falta de noticias sumió a la joven en un nerviosismo inestable del que se contagió su madre, pesimista por naturaleza. Zaida apenas comía y pasaba mucho tiempo tumbada en la cama, mirando al techo y pensando. Por eso, cuando recibió la llamada de Lola en la que le decía que estaban a unos pocos kilómetros del hospital de campaña del doctor Ayash, renació como si lloviera sobre un campo agostado por el verano.

—Mañana entraremos en la periferia de Mosul a montar el *MUST* —anunció Lola—, que es un hospital avanzado de campaña. Khaled se ha informado y dice que no muy lejos, al otro lado del frente, está el sanatorio de su padre.

—¿Tiene noticias de él? —preguntó Zaida.

—No, pero Khaled cree que en unos días el ejército tomará esa zona. Cuando sepamos exactamente en qué edificio está el hospital, hablaremos con algunos contactos que tenemos en la Policía Federal y las Fuerzas Especiales para comunicarles que es un sanatorio y que no debe ser atacado. Ustedes también conocen gente influyente. Sería buena idea hablaran con el director del Hospital al Azahar. Quizá él pueda tocar alguna tecla para coordinar una evacuación o que, al menos, no lo bombardeen.

Zaida no sabía si su padre aún estaba vivo, pero no quería pensar lo contrario, así que, sin pensárselo dos veces, se puso un abrigo y salió de casa hacia el Hospital al Azahar para hablar con el doctor Nawfah. «Espérame, te acompaño», le dijo su madre.

El doctor Nawfah, como siempre, las recibió en cuanto supo que estaban allí. Las escuchó atentamente, se deshizo en atenciones, descolgó el teléfono e hizo delante de ellas, para que se quedaran más tranquilas, varias llamadas sus contactos en el Ministerio de Sanidad. Todos eran altos cargos de la provincia de Nínive y de la ciudad de Mosul. En Bagdad también llamó a un primo suyo, coronel de las Fuerzas Especiales, cuyo suegro era miembro del miembro del Parlamento.

—Haré todo lo que esté en mi mano —les prometió con sinceridad—, pero, y disculpen mi atrevimiento, ¿tenemos alguna noticia de él?

—Hace días nos mandó un mensaje por SMS que decía que estaba bien —respondió la madre, que no podía ocultar su cara de preocupación—, pero desde entonces no sabemos nada. Hemos hablado con la organización que iba a sacarlo y nos dijeron que la semana pasada lo vieron con vida, pero en esa zona hay muchos bombardeos y no podemos asegurar que ahora lo esté.

Al oír a su madre, Zaida sintió que el tórax se le estrechaba y que no podía respirar. Tenía el corazón muy acelerado, tanto que respiraba agitadamente. No pudo más y comenzó a llorar.

—No es nada —se excusó ante Nawfah y ante su madre—, solo que son muchas emociones juntas. Necesito salir a la calle un momento a tomar el aire. Ahora regreso.

—Discúlpela —dijo la madre—. Quiere mucho a su padre y la incertidumbre de no saber si sigue vivo la está matando. El director del hospital hizo un gesto comprensivo mientras la miraba salir.

Una vez fuera, Zaida atravesó el jardín del patio para sentarse en uno de los bancos que había frente a la maternidad. Tenía las rodillas juntas, los hombros encogidos, la cabeza gacha metida entre las manos y lloraba sin darse cuenta de la figurilla que se sentó a su lado y la miraba sin decir palabra. Estuvo así un rato, hasta que el frescor de las últimas horas de la tarde la ayudó a serenar el ánimo. Entonces percibió una presencia junto a ella, levantó la vista y allí estaba el pequeño Osama, mirándola serio, casi sin expresión. Antes de sonreírle, lo acarició con ternura. Lo había visto a menudo junto a su padre, cuando iba a visitarlo al hospital, y sabía del cariño que le tenía porque, en casa, muchas veces hablaba de él. Ayash solía comentar cosas sobre su autismo, sobre los esfuerzos que hacían entre todos para que mejorara y sobre las habladurías de los supersticiosos que aseguraban que hablaba con su hermano muerto y que tanto enfadaban al médico.

—¿Qué tal, Osama? ¿Estás bien?

El niño sonrió al tiempo que asentía con la cabeza, sin decir nada.

—Yo estoy preocupada por mi padre, que se lo ha llevado el DAESH, ¿sabías?

Osama volvió a asentir sin dejar de mirarla, sin hablar.

—Lo estamos buscando. No sabemos nada de él. Por eso lloro, porque ni siquiera sé si está vivo o ha muerto.

El niño la seguía mirando en completo silencio.

—Adiós, Osama —Zaida se levantó y le acarició el pelo antes de darse la vuelta para ir a reunirse con su madre. Apenas había echado a andar cuando notó que alguien le tiraba de su abrigo. Al darse la vuelta comprobó que era el chico, que se había puesto de pie tras ella y tiraba con una manita mientras con la otra se sujetaba los pantalones para que no se le cayeran—. Dime —le preguntó con una sonrisa amable, con una sonrisa—, ¿qué quieres?

El chaval seguía en silencio, mirándola fijamente. Con los ojos húmedos esbozó algo parecido a una sonrisa.

—No está muerto —dijo el niño, con una vocecita nasal y quebradiza.

—¿Cómo? —preguntó Zaida, que sonrió al ver hablar al niño. Pensó que los esfuerzos de su padre habían valido la pena y el pequeño decía eso para darle ánimos. ¿Qué dices?

—Que tu padre no está muerto.

—Gracias por tus ánimos, Osama —dijo ella, sonriendo—, pero llevo días sin noticias suyas y hay muchos combates. Yo no estoy tan segura

—Yo sí —dijo el niño mientras se subía los pantalones—. Me lo ha dicho mi hermano —añadió mientras se daba la vuelta y se alejaba corriendo sin ver que la sonrisa de Zaida se había helado en sus labios.

SIN RED

Mosul, zona controlada por el DAESH. Principios de 2017

Fue muy difícil dormir aquella noche en Mosul oeste. Los combates apenas cesaron y los bombardeos fueron muy intensos. Hacía tiempo que Aysha, igual que el viejo imán y su mujer, había abandonado su habitación, que daba a la calle. Se habían trasladado a cuartos interiores para reducir el riesgo de que les alcanzara algún proyectil o la metralla. De momento, el improvisado hospital, la mezquita y la casa se habían salvado, pero las bombas cada vez caían más cerca y su onda expansiva ya había roto algunos cristales de las ventanas.

Los enfrentamientos cesaron en cuanto amaneció. Con las primeras luces todo se inundó de un silencio siniestro que terminó unos minutos más tarde, cuando un extraño jaleo empezó a llegar del patio. Aysha se asomó a la ventana del cuarto de baño, una de esas cuyas hojas rectangulares están divididas en seis cuadrados de cristal. Abajo distinguió varios vehículos en los que algunos yihadistas cargaban a toda prisa cajas y otros objetos. Abrió el grifo del lavabo para asearse, pero como el suministro de agua estaba cortado, no pudo. Se vistió y bajó las escaleras hasta el patio.

—¿Qué sucede? —le preguntó al doctor Ayash en cuanto se cruzaron.

—Se marchan, Aysha —anunció el médico.

—¿Cómo? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

—¡Que se van! —Ayash intentaba contener la emoción. Esta vez, al contrario que la noche del incendio del Hospital al Azahar, no era una evacuación organizada, sino una desbandada en la que los yihadistas corrían como pollos sin cabeza ante el avance del ejército, ya muy cerca—. Se llevan algunas medicinas y a sus heridos que pueden luchar, pero dejan aquí a los más graves. Se repliegan hacia el casco viejo.

—¿Y nosotros? —preguntó la joven mientras observaba cómo unos hombres del DAESH ayudaban a sus compañeros a subir a las camionetas. Algunos cojeaban, otros tenían heridas graves, pero todos los que podían moverse, aunque fuera a rastras, preferían huir. Cualquier cosa antes que caer en manos de las tropas gubernamentales. Después de años imponiendo su ley a sangre y fuego, ahora les tocaba el turno de responder por sus desmanes y sabían que a sus enemigos no les temblaría el pulso a la hora de pedirles cuentas por cada decapitación, por cada asesinato, por cada violación.

—¿Y qué será de nosotros? —preguntó Aysha con mucha inquietud.

—El personal médico debe quedarse con los heridos más graves hasta que llegue la Media Luna Roja o el ejército para ocuparse de ellos —explicó Ayash, que no pudo contenerse y la cogió por los hombros, emocionado— ¡Esta pesadilla está a punto de acabar, Aysha!

—¿Eso quiere decir que, cuando se hayan marchado, seremos libres? —Aysha le miraba con los ojos muy abiertos. No sabía si reírse o echarse a llorar.

—Si no te llevan con ellos sí, pero tú estás al servicio del imán, que es un hombre respetado, por lo que no creo que lo hagan. Pero por si acaso, yo intentaría pasar desapercibida y me metería dentro de casa.

—No puedo —objetó Aysha, preocupada—. Debo ir a buscar a mi hermana y a su hijo. No viven muy lejos, cerca de la ciudad vieja. Ellos me necesitarán.

—Esa zona es peligrosa. Aún no sabemos si está liberada. Espera unas horas, hasta que lo sepamos. Entonces, quizá podamos mandar una ambulancia a buscarlos.

Pero Aysha ya no le escuchaba. Se dio la vuelta y salió corriendo entre el caos que reinaba en el patio de hospital, dispuesta a llegar a la casa donde vivía su hermana.

—¡Espera! —Ayash intentó detenerla, pero la joven tenía cuarenta años menos que él y sus piernas eran mucho más veloces. Dio unos cuantos pasos tras ella, pero se dio por vencido al poco tiempo. Con cara de resignación, metió la mano en el bolsillo de su bata y sacó el teléfono móvil que le había dado el falso repartidor de medicinas. Lo encendió para intentar llamar a su hija, pero nada; dos rayas de batería y ninguna de cobertura.

DÍAS DIFÍCILES

Mosul, zona controlada por el DAESH. Principios de 2017

—Recoge tus cosas y las del niño —ordenó el comandante Quteiba. Traía el uniforme sucio, lleno de polvo y su aspecto era el de un hombre muy cansado que llevaba días sin dormir, quizá combatiendo en primera línea. Aysha se sorprendió un poco al verlo, pues no lo esperaba hasta la noche. Últimamente, su esposo llegaba tarde a casa o pasaba varios días en el frente. Cuando la situación lo permitía y los combates eran menos intensos, regresaba a pasar unas horas con ella y con el niño, pero cada vez con menos frecuencia—. Tenemos que marcharnos.

—¿Cómo? —preguntó Rezal. Aquella casa no era tan lujosa como la del Barrio de los Ingenieros, donde vivían antes de abandonar Mosul este, pero estaba bien y ya se había acostumbrado a ella—. ¿Adónde vamos?

—Tenemos que irnos, van a lanzar un asalto final contra estos barrios. ¿No has oído los bombardeos de esta mañana?

—Sí —afirmó Rezal, pálida de miedo. No temía por los bombardeos, sino por la posibilidad de que su marido la enviara fuera de Mosul, a Siria, o a cualquier otra ciudad controlada por el DAESH—. Han sido más fuertes que de costumbre.

—Mucho más —dijo el yihadista, que se había acercado a la ventana y señalaba hacia unas torres altas, erguidas al sureste—, y están concentrando tropas allí. Además, en las últimas horas, han bombardeado las casas de varios comandantes y altos mandos. Esta podría ser la próxima. Estar aquí es peligroso. Os llevaré a un sitio más seguro.

—¿Nos vamos de Mosul? —preguntó ella aterrorizada.

—De momento, no —contestó Quteiba apesadumbrado—. La ciudad está rodeada.

—¿Y tú que harás?

—Seguir combatiendo —dijo él mientras la abrazaba. Después fue en busca de su hijo, que se movía inquieto en la cuna, se agachó sobre él, le besó en la frente—. Prepárate, hijo, van a ser días difíciles.

UN COMPAÑERO DE ARMAS

Mosul, zona controlada por el DAESH. Principios de 2017

—¡Vamos levántate o tendremos que dejarte aquí! —gritó uno de los dos yihadistas, pero Abu Mohamed no respondía. Estaba semiinconsciente por la fiebre y la infección que le había causado su herida de la pierna—. ¡Vamos! Tenemos que marcharnos. El ejército llegará pronto.

El miliciano estaba nervioso. Había luchado codo a codo con Abu Mohamed decenas

de veces, era su compañero de armas y no quería dejarlo allí, así que seguía intentando despertarlo.

—Es inútil —les dijo un enfermero—. Lo han sedado porque tiene una fuerte infección en la pierna que le produce muchos dolores, pero aunque estuviera despierto, no podría caminar. Tendrán que llevarlo ustedes.

—Imposible —dijo el otro yihadista mirando los casi ciento sesenta kilos de peso y dos metros de estatura de Abu Mohamed—. Entre los dos no podemos con él y ya se han marchado todos. Debemos irnos ya.

—Váyanse —dijo el enfermero en apoyo del segundo miliciano—. Su pierna está gangrenada y si no se lo llevan a un hospital donde puedan tratarlo, morirá. Yo diría que su única esperanza es que la Media Luna Roja llegue pronto, lo evacúen y lo traten.

—¡No! —chilló el yihadista—. Los soldados lo torturarán.

—Lo que yo les recomiendo —dijo el enfermero, que era afín al DAESH— es que le quiten cualquier documento o cosa que pueda demostrar quién es o que es de los nuestros. Yo diré que es un civil y, con suerte, si no averiguan quién es, lo evacuarán o lograremos que se recupere y huya, pero si lo sacan de aquí, tiene las horas contadas.

—¿Y le creerán? —preguntó el amigo de Abu Mohamed.

—No lo sé, pero donde vais vosotros, los combates serán a muerte. Él no puede luchar, pero consumirá comida y medicinas que podrían servir para otro combatiente y, además, morirá tarde o temprano. Aquí, al menos, tendrá una oportunidad si logramos que la Media Luna Roja lo evacúe antes de que los soldados descubran quién es.

—Está bien —aceptó el yihadista.

ESTA VEZ, NO

Mosul, zona controlada por el DAESH. Principios de 2017

Colgó el teléfono, meditó unos segundos y pensó en no decir nada de aquella conversación a Lola, al menos hasta que hubieran pasado un par de días. Khaled sabía por experiencia que lo más lógico, por seguridad, era dar tiempo al ejército a eliminar las bolsas de resistencia del DAESH y consolidar la zona antes de ir. Sin embargo, también sabía que Lola iba a ponerse furiosa cuando se enterara de que le había ocultado esa información. Ella llevaba mucho tiempo trabajando para encontrar al doctor Ayash, y ahora que estaban a unos pocos kilómetros, no iba a dejar que se le escapara entre los dedos porque hacía tiempo que el asunto se había convertido en una obsesión personal.

—Lola —le dijo en cuanto la vio, después de pensarlo mucho—. El ejército está varias calles más allá de la mezquita donde el doctor Ayash estableció su hospital; sin embargo, la zona aún no es segura.

—¿Sabes algo de él?

—Aún, no. He conseguido hablar con el coronel Daouk. Me ha dicho que sus tropas han expulsado al DAESH, pero que aún puede haber bolsas de resistencia y contraataques, por lo que no se puede ir. Cree que en un par de días o tres será más segura.

—¿Tienes preparado el coche, como te pedí? —Lola no podía ocultar su nerviosismo.

—Sí. Un coche que no es de nuestra ONG. Nada que ver con Médicos sin Fronteras.

—Pues en cuanto termine mi turno, vamos —dijo ella, con decisión.

—Lola —dijo Khaled en tono de advertencia—. Te repito que aún es muy peligroso ir. Sería mejor esperar a que la zona esté limpia de gente del DAESH y eso lleva tiempo. Quizá en un par de días la Media Luna Roja llegue al lugar y podremos localizar a Ayash a través de ellos.

—¿Varios días? —Lola preguntaba con incredulidad—. Imposible, debemos llegar antes.

—Pero es muy peligroso —objetó él, a sabiendas de que era imposible convencerla—. Además, Marcus nunca te autorizaría. Sabes que las normas de seguridad de la organización lo prohíben tajantemente.

—Lo haré fuera de mi turno, cuando esté librando.

—Marcus no lo admitirá y le crearás un problema.

—No tiene por qué enterarse —sugirió ella—, y no es para tanto. Tenemos permisos oficiales, vamos en un coche particular y solo serán un par de horas. Ayash está a solo unos kilómetros. Vamos, Khaled —dijo mirándolo a los ojos—, hemos hecho cosas más peligrosas.

—Sí, Lola —dijo Khaled decidido a gastar su último cartucho—, pero esta vez es diferente. Los del DAESH están locos y acorralados. Es muy peligroso porque son como una bestia herida. Tienen francotiradores escondidos en las casas y suicidas con bombas pegadas al cuerpo para hacerlas estallar contra cualquier objetivo. Lo siento, pero esta vez no te acompañaré. Quiero volver a ver a mi mujer y a mis hijos. No quiero arriesgar la vida por un médico que, posiblemente, ya esté muerto. Esta vez no puedo —dijo mirándola a los ojos, con expresión de impotencia—. Esta vez, no.

Lola se quedó de piedra. Era la primera vez desde que conocía a Khaled que el iraquí la dejaba tirada. Nunca había ocurrido y nunca pensó que fuera a ocurrir, pero estaba pasando. Lo miró fijamente a los ojos y forzó una sonrisa.

—Está bien, Khaled —aceptó ella mientras intentaba sobreponerse del *shock* —. Sé que es pedirte demasiado. No te preocupes, lo entiendo. Solo te pido que me dejes el coche listo y que no se lo digas a Marcus, por favor. Estaré de regreso en unas horas.

VENGANZA

Mosul, zona controlada por el DAESH. Principios de 2017

Aysha caminaba deprisa, pero sin correr. Daba pasos pequeños y enérgicos porque quería llegar a casa de su hermana Rezal cuanto antes. El imperio del DAESH en Mosul se desmoronaba, sus soldados se retiraban a su último bastión y ella intuía que su hermana, la esposa de uno de sus comandantes, la iba a necesitar a su lado. Mientras pensaba en ello, se dio cuenta de que poco le importaba que el ejército iraquí los liberara, porque Rezal y su hijo eran su único mundo.

La joven yazidí tomó una de las calles paralelas al Tigris, de las que van hacia el norte. Vio pasar una columna de Humvees de la División Dorada y otros vehículos militares que ni siquiera repararon en ella. Cuando veía soldados a pie, cambiaba de dirección o los evitaba metiéndose en algún portal abierto. Al llegar a los alrededores del Museo de Mosul, los disparos se escuchaban demasiado cerca. Las unidades de la Policía Federal, con sus uniformes mimetizados en tonos azules, se apostaban tras sus vehículos blindados y

disparaban de vez en cuando contra las bolsas de resistencia del DAESH que quedaban entre el Museo y el Banco Central. Aysha dio un pequeño rodeo para llegar a casa de su hermana, que ya solo estaba a unos cientos de metros. Casi había llegado cuando la puerta del edificio se abrió de repente con violencia y ella se apretó contra la pared. Reconoció a dos de los guardias personales del marido de su hermana que salieron corriendo a grandes pasos, con sus armas en las manos, perseguidos por tres o cuatro policías que, nada más llegar a la calle, les dispararon. El miliciano más joven cayó al suelo inerte, el otro siguió corriendo mientras los agentes no dejaban de hacer fuego sobre él, sin acertar.

—¡Vamos! —dijo el que llevaba la voz cantante—. Hay que cazar a ese bastardo.

Mientras sus compañeros emprendían la persecución, uno de los policías federales remató de dos tiros al yihadista caído y los siguió a la carrera. Aysha cerró los ojos al escuchar los disparos y apretó aún más la espalda contra la pared. Cuando estuvo segura de que se habían marchado, salió de su escondite y entró en la casa de su hermana con sumo cuidado, porque no quería encontrarse con más combatientes. Parecía que no había nadie, al menos con vida, y era evidente que había habido lucha. Algunos muebles estaban tirados y vio restos de cosas quemadas que interpretó como que serían de alguna explosión. Subió las escaleras a toda prisa, hacia la habitación de su hermana, agarrándose con fuerza al pasamanos de la escalera. Cuando llegó al piso superior, vio dos cuerpos tirados en el suelo. Eran guardias del comandante Quteiba que estaban cubiertos de sangre, ya muertos. Pasó por encima del que estaba justo en la puerta del cuarto de Rezal y al hacerlo, sin querer, le pisó en el pecho.

—¡Rezal! —gritó Aysha al entrar en la estancia—. ¡Rezal! ¿Dónde estás?

Pero no hubo respuesta; su hermana ya no estaba allí, la habitación estaba vacía. La joven buscó en todos los cuartos, debajo de las camas, dentro de los armarios, en el garaje, en todas partes con la esperanza de que se hubieran escondido, pero nada. Cuando se dio por vencida, se echó a llorar, de rodillas en el suelo. Estuvo así un buen rato, hasta que el dolor en las rótulas se hizo insoportable y la obligó a levantarse trabajosamente para sentarse en la primera silla que encontró. Parecía que estaba más tranquila, pero no era eso, era que ya no le importaba nada. Lo único que le quedaba en el mundo, lo único que le mantenía con vida después de la pérdida de su familia y su marido eran su hermana y su sobrino y acababan de desaparecer sin dejar rastro. Quién sabía si el comandante Quteiba no se los habría llevado a Siria o a cualquier otro sitio; quién sabía si volvería a verlos alguna vez.

Aysha se levantó, volvió a secarse las lágrimas, miró a su alrededor en busca de algo a lo que aferrarse, pero solo encontró destrucción. Fuera seguían escuchándose disparos, muchos disparos, estaba harta. Harta de guerra, harta de muerte, harta de los hombres que habían destruido su mundo, su familia, su vida. Pensó que quizá ese era su destino: soportar ese sufrimiento o morir, así que, erguida como un junco de la rivera del Tigris, salió a la calle sin importarle lo que había fuera. Los disparos se escuchaban hacia el noroeste y puso rumbo hacia allí, sin ni siquiera agacharse, sin hacer caso de nada hasta que al pasar por el cuerpo del joven yihadista que habían abatido los policías en la calle, le pareció verlo respirar. Se paró, lo miró sin compasión alguna durante unos instantes y se arrodilló a su lado. Como el joven respiraba con dificultad le zarandeó un poco; al hacerlo, el yihadista abrió los ojos trabajosamente.

—¿Sabes dónde han llevado a la mujer de tu comandante y a su hijo? —preguntó sin

mostrar afección alguna por el sufrimiento del joven, que agonizaba con los ojos clavados en ella. El yihadista asintió antes de empezar a hablar con mucho trabajo.

—Una casa —dijo entrecortadamente—. A una casa cerca de la Gran Mezquita de al Nuri. Con otras mujeres del Estado Islámico.

Aysha se levantó mientras observaba fijamente la agonía que se reflejaba en aquellos ojos vidriosos y perdidos. El hombre levantó su brazo hacia ella, que permaneció de pie, a poca distancia de él, inmóvil, hasta que terminó de verlo morir. Entonces se dio la vuelta y se marchó, erguida como un junco de la rivera del Tigris.

CUÉNTEME COSAS

Mosul, zona controlada por el DAESH. Principios de 2017

Khaled conducía a cierta velocidad, pero con la prudencia suficiente para sortear los cascotes y los agujeros que las explosiones habían dejado sobre el asfalto. Cada vez que se aproximaba a un control del ejército o a un grupo de soldados, reducía la marcha para que no lo tomaran como una amenaza porque, en aquellas calles desiertas, cualquier automóvil podía ser uno de los coches bomba con los que DAESH atacaba los *checkpoints* militares. Los fabricaban con automóviles normales a los que soldaban gruesas chapas de acero y los cargaban de explosivos, gasolina y tornillería para hacer de metralla.

—Ya casi hemos llegado —anunció el iraquí al doblar por una amplia avenida en dirección al río Tigris—. Saben que vamos porque lo he coordinado con las Fuerzas Especiales, así que los soldados nos estarán esperando. Pero no podemos quedarnos mucho tiempo porque es muy peligroso estar aquí por la noche.

—Claro —dijo Lola con semblante serio, tensa al estar tan cerca del frente. A su lado, como siempre, el iraquí conducía con los ojos atentos al exterior porque, aunque había jurado que en aquella ocasión no la acompañaría a buscar al doctor Ayash, estaba allí, como siempre. Una vez más, Khaled se comportaba como el amigo leal que era, de esos que, incluso en las vidas largas, solo se encuentran unos pocos—. ¿Y has podido hablar con el doctor Ayash? Me gustaría saber si está dispuesto a venir con nosotros.

—No. No hay red de telefonía. Gracias a nuestro amigo, el coronel, he hablado con el mando militar de Hamman al Alil y, ellos, con el pequeño destacamento que custodia el hospital para decirles que vamos. Más que para proteger a los heridos, están allí porque saben que algunos son del DAESH y no quieren que escapen antes de interrogarlos. Primero les sacarán toda la información que puedan y luego, si siguen vivos, los meterán en la cárcel hasta que se pudran allí o algún juez los condene a muerte.

Unos minutos más tarde, Khaled detuvo el coche a unos treinta metros de la entrada de una mezquita que tenía la cúpula verde. Esperó unos segundos antes de dar varias veces las luces largas y las cortas para llamar la atención de los dos soldados que se parapetaban tras una barricada hecha con sacos terreros y bidones rellenos de cemento.

—Espérame aquí —le dijo a Lola mientras abría la puerta del coche, despacio.

—Voy contigo —respondió Lola—. No sospecharán de una mujer occidental.

—¡Somos médicos! —Khaled gritó a los soldados mientras avanzaba hacia ellos con actitud relajada pero prudente—. He hablado con el comandante Hussein, en Hamman al Alil, y él ha llamado por radio al sargento Yassin, tu superior, para comunicarle que íbamos

a venir. ¿Podrías avisarle?

Uno de los militares que estaba en la puerta les hizo señas para que se acercaran. Minutos después, el responsable del destacamento los recibió a la entrada y los llevó con el doctor Ayash, que los esperaba en su cuarto. Lola lo reconoció enseguida por las fotos que le había enseñado su hija Zaida y se acercó a grandes pasos. Se sentía tan emocionada que le costó contenerse y no darle un fuerte abrazo.

—¡Doctor Ayash! Encantada de conocerlo —dijo mientras le tendía la mano derecha.

—Es un placer —contestó él mientras retiraba su muñón, pues se había quitado la prótesis y le tendía la extremidad izquierda.

—Soy Lola Allamand —contestó ella, algo azorada—, amiga de su hija Zaida. Hemos estado intentando rescatarle durante semanas, pero no hemos podido. Khaled —dijo señalando al a su compañero— fue el que organizó su intento de fuga, el que no funcionó. Tenía muchas ganas de conocerlo.

—Yo también —respondió Ayash con una sonrisa—. Mi hija me ha hablado de usted en alguna de las pocas conversaciones que hemos mantenido gracias al teléfono que me enviaron. Pero, por favor, dígame, ¿cómo está mi mujer?

—La última vez que la vi —dijo Lola, que estaba al corriente del engaño que había tramado Zaida sobre la salud de su madre— estaba bien, aunque, claro, esas enfermedades tan graves, ya se sabe… Sé que le echa mucho de menos y está deseando reunirse con usted. Lo quiere mucho.

—Y yo también a ella —Ayash no pudo contener las lágrimas, que se le saltaron de los ojos. Lola, conmovida, tomó su mano para consolarlo—. Si pudiera me marcharía ahora mismo con ustedes, pero lamentablemente tendré que esperar unas horas más. El sargento nos ha dicho que debemos quedarnos aquí hasta que lleguen los médicos del ejército. Ellos nos relevarán.

—¿Y no pueden hacer una excepción con usted? —insistió Lola—. Sus circunstancias familiares, la enfermedad de su mujer, todo el tiempo que ha pasado aquí.

—No lo harán —respondió el médico—. Alguien tiene que ocuparse de los heridos porque algunos están graves. Muchos de ellos son combatientes del DAESH que tienen información que interesa a los militares. Nos quieren aquí para mantenerlos con vida hasta que lleguen sus médicos. Luego, nos dejarán marchar, porque no quieren testigos incómodos, e interrogarán a los que puedan hablar. Pero, por favor —insistió—, cuénteme cosas de Zaida y de mi mujer. Se lo agradecería mucho.

UNA HERIDA GANGRENADA

Mosul, zona controlada por el DAESH. Principios de 2017

Abu Mohamed despertó aturdido, con la boca acartonada, como si llevara meses sin beber. Le costó un poco recordar que estaba en el hospital, le ayudó el fuerte dolor que le producía la herida infectada de su pierna.

—Despierta —le dijo el enfermero que solía tratarle—, tienes que despertarte.

—¿Qué pasa? —le preguntó el yihadista, extrañado porque el enfermero le hablaba en voz baja, como si ocultara algo.

—La cosa se ha puesto fea —afirmó el enfermero—. Mucho peor de lo que esperaba

porque el ejército ha tomado el hospital y ya han empezado a preguntar por los heridos. Quieren saber quiénes son del Estado Islámico. Yo les he dicho que tú eres un mecánico cuyo taller está a tres calles de aquí, porque sé que el dueño y su familia murieron hace semanas. No sé cuánto tiempo tardarán en descubrirte, pero seguro que te interrogarán tarde o temprano. De momento, solo hay ocho hombres, pero están esperando refuerzos. ¿Puedes andar?

Abu Mohamed hizo una mueca de fastidio. Intentó tragar saliva, pero no tenía, así que le pidió por señas al enfermero que le pasara el vaso de agua que había en la mesita del lado derecho de su cama. Bebió y le indicó que lo ayudara a levantarse.

—Duele mucho —le dijo al enfermero, con los dientes apretados—, pero creo que podré andar si me das unas muletas.

—Bien —asintió el sanitario—. Tengo un amigo que puede esconderte unos días. Será difícil, pero si esperamos a que lleguen refuerzos a los soldados lo será aún más. Toma —le dijo tendiéndole una *dildasha*, el tradicional vestido masculino de Siria e Irak y un bote con pastillas—, ponte esto y toma estas píldoras. Son metanfetaminas, no te dejarán dormir, pero te darán mucha energía y mucha fuerza durante algo de tiempo. Yo te ayudaré a salir del recinto. Después tendrás que apañártelas solo, pero si te pillan aquí, te interrogarán y luego te matarán.

—Lo sé —dijo Abu Mohamed—, pero no me interesa huir. Mi pierna está gangrenada. Si no me mata la gangrena, lo harán los soldados. Además, tengo un asunto que resolver.

—¿A qué te refieres? —preguntó el enfermero.

—Ese médico, Ayash, el jefe del laboratorio. Dime, ¿sigue por aquí?

—Está en su habitación —respondió el enfermero— junto con unos doctores extranjeros. Un hombre y una mujer que han venido a verlo.

—Ayúdame a vestirme e indícame donde está —ordenó Abu Mohamed.

EL JOROBADO

Mosul, zona controlada por el DAESH. Marzo de 2017

Durante toda aquella tarde de principios de marzo los combates no cesaron. Ante la retirada del DAESH, las tropas del gobierno trataban de avanzar más y más, para aprovechar el desconcierto entre las filas yihadistas. Aquel caos benefició a Aysha que, envuelta en su *hijab*, puso rumbo hacia la zona de la mezquita de al Nuri, donde el miliciano moribundo le dijo que habían trasladado a su hermana. Tenía miedo de que los soldados no le permitieran llegar, pues estaba en el territorio controlado por los islamistas, por ello, en cuanto los veía, los evitaba. Ellos, por su parte, estaban más preocupados por localizar miembros del DAESH y evitar sus ataques que por una mujer delgada y de aspecto frágil que vagabundeaba por las calles.

Cuando el sol empezó a descender, antes de que cayera la oscuridad, las tropas gubernamentales decidieron consolidar lo que habían ganado y detuvieron la ofensiva. Un silencio funesto envolvía las sombras que se estiraban cada vez más a medida que pasaban las horas. Aysha llegó a una calle casi desierta en la que todo parecía haber saltado por los aires. Trozos de cristales rotos y cascotes alfombraban el asfalto agujereado por varias

explosiones de proyectiles de mortero pesado. Aysha, a quien conocer el paradero de su hermana y de su sobrino había dado nuevos ánimos, empezó a cruzarla sin saber que esa era la nueva línea del frente. El soldado que la vigilaba, oculto tras un muro semiderruido, la encañonó con su fusil y pensó en dispararla, pero no lo hizo. «¿Para qué? —se preguntó —, descubriría mi posición por abatir a una simple mujer». Y lo mismo pensó el yihadista que, desde la ventana de una casa cercana vigilaba que las tropas de Bagdad no cruzaran la calle. Unos minutos después, justo antes de que la luz del día abandonara Mosul, al doblar una esquina, Aysha miró hacia arriba para cerciorarse de que no había francotiradores en las ventanas y vio recortarse en el cielo una silueta que parecía inclinarse sobre ella. Era el Jorobado, *al Habda*. Así es como se conocía el minarete inclinado de la Gran Mezquita de al Nuri, la misma en la que Abu Bakr al Baghdadi proclamó, años antes, el califato del DAESH. Estaba torcido, como siempre y parecía que iba a derrumbarse con un simple empujón, pero nunca terminaba de hacerlo. Sin embargo, aunque Aysha no lo sabía entonces, le quedaba poco tiempo.

METANFETAMINAS

Mosul, zona controlada por el DAESH. Marzo de 2017

—Debemos irnos —intervino Khaled nada más colgar el teléfono. El iraquí llevaba unos minutos esperando el momento adecuado para interrumpir la conversación entre Lola y el doctor Ayash, pero no lo había encontrado hasta entonces. La cooperante estaba deseosa de saber más sobre aquel hombre al que llevaba tanto tiempo buscando y el doctor no paraba de hacer preguntas sobre su hija y, sobre todo, sobre su mujer. Había hablado con ellas un buen rato porque Khaled le había prestado su teléfono satelital, un *Thuraya* de los que no necesitan red de telefonía móvil, pero, aun así, no era suficiente—. Me acaban de informar de que hay un contrataque del DAESH no muy lejos de aquí. No parece muy fuerte —continuó Khaled, mientras hacía una seña para que prestaran atención a algunas explosiones que se oían amortiguadas por los muros—, pero nunca se sabe y, sobre todo, debemos regresar antes de que anochezca.

—Sí —dijo Ayash, levantándose cortésmente—, es mejor que se vayan antes de que se haga tarde, porque la zona aún no está asegurada. Yo estaré bien y puede que, en unas horas, cuando lleguen los médicos del ejército, podamos marcharnos a casa.

—Zaida está deseando verlo —Lola se levantó y le tendió la mano al doctor. Sus ojos estaban húmedos de la emoción, pues había sido una larga búsqueda que tocaba a su fin. Intentó volver a reprimirse, pero esta vez no pudo evitar darle un abrazo porque solo Khaled estaba en la habitación— y su mujer no piensa en otra cosa.

Ayash los acompañó hasta la puerta sin darse cuenta de que fuera, en la calle, una figura inmensa los observaba desde la ventana. Apoyado en las muletas que le había llevado el enfermero, Abu Mohamed había cruzado el patio hasta colocarse allí, oculto a la vista, en la semioscuridad del atardecer. Un guardia que vigilaba desde una ventana lo vio atravesarlo trabajosamente, acompañado de un sanitario, por eso no sospechó de sus intenciones y volvió a lo suyo. Khaled y Lola, al salir de la habitación del doctor en primer lugar, tampoco se sorprendieron de ver a un enfermo con muletas. Repararon en su gran tamaño, sí, pero como no conocían personalmente a Abu Mohamed, no se alarmaron y

siguieron andando. Antes de que dieran unos cuantos pasos más, escucharon el grito ahogado del doctor Ayash. Sin darle tiempo a reaccionar, el yihadista se apoyó todo su peso en una de sus muletas para darle con la mano que le quedaba libre un fuerte golpe que le hizo caer hacia atrás, al suelo de la habitación. Torpemente, pues no podía moverse con rapidez por la herida de su pierna, se lanzó sobre él con todo su peso y, posiblemente lo hubiera matado con sus casi 160 kilos si no fuera por la rápida reacción del médico, que se echó hacia atrás pataleando rápidamente. Ayash consiguió separarse, pero el yihadista alargó el brazo y atrapó una de sus piernas.

—¿Qué sucede? —preguntó Khaled extrañado.

—No sé —dijo Lola mientras hacía una seña para que intentara separarlos.

Los dos se abalanzaron con sobre Abu Mohamed con la esperanza de poder sujetarlo o al menos, separarlo del médico.

—¡Pidan ayuda! —chilló Ayash mientras luchaba por liberarse del agarrón de Abu Mohamed, que tiraba de él—. ¡Quiere matarme!

Lola salió al exterior a llamar a los guardias del patio mientras Khaled intentaba separar al yihadista de su presa sin lograrlo. A pesar de estar enfermo, conservaba una enorme fuerza, aumentada por las metanfetaminas que le había dado el enfermero, que prudentemente se había esfumado sin dejar rastro a sabiendas de que, aunque el yihadista consiguiera matar al médico, los soldados no tardarían en abatirlo.

—¡Cálmese, hombre! —gritaba Khaled, que aún confiaba en hacer entrar en razón a aquel gigantón porque, como nunca había visto a Abu Mohamed, no sabía de lo que era capaz—. ¡Los soldados lo detendrán si no se está quieto!

Pero Abu Mohamed no escuchaba. Solo tenía la mente puesta en llegar con sus manos al cuello de Ayash y, cuando lo consiguió, se puso de rodillas y comenzó a apretarlo con fuerza.

—¡Suéltelo! —gritaba Khaled, que intentaba sin éxito que Abu Mohamed apartara las manos de la garganta de su víctima. Ayash también lo hacía, pero las metanfetaminas y la adrenalina no solo habían mitigado el dolor que el yihadista sentía por la herida de su pierna, sino que parecían haberle devuelto toda su portentosa fuerza.

—¡Quieto! —gritó un soldado que entró a la carrera, avisado por Lola y que, sin éxito, se unió a los esfuerzos de Khaled para separarlos.

—¡Déjame a mí! —chilló otro militar, que se acercó a grandes zancadas y propinó un fuerte golpe con la culata de su fusil en la cabeza de Abu Mohamed. El gigante se dobló tras el impacto y soltó a Ayash. Parecía que iba a caer, pero su inclinación se detuvo. Se giró y miró al soldado, que no podía creer que no se hubiera derrumbado, pues le había golpeado con todas sus fuerzas. Lanzó un segundo golpe, pero el yihadista, que parecía no sentir dolor, se echó ligeramente hacia un lado. Con un brazo, desvió el impacto del fusil, mientras con la otra mano consiguió arrebatárselo y le hizo perder el equilibrio. El otro militar, al verlo, cogió su pistola, la amartilló y disparó sobre Abu Mohamed, pero no fue lo suficientemente rápido. A pesar de recibir un impacto de bala, el yihadista logró apuntarle y apretar el gatillo. El joven, con un tiro en el pecho, cayó al suelo antes de que su enemigo volviera su arma hacia su compañero e hiciera varios disparos más. Luego, con la respiración entrecortada, Abu Mohamed ordenó a Khaled que se apartara del doctor Ayash. El médico, aturdido por el estrangulamiento de su atacante, intentaba recuperar la respiración y, aún tumbado en el suelo, se masajeaba el cuello con las manos.

—¡Quieto! —ordenó Abu Mohamed mientras se giraba hacia Ayash y le apuntaba con el fusil.

LOS QUE OBSERVAN

Mosul, zona controlada por el DAESH. Marzo de 2017

Aysha caminaba en dirección a la Gran Mezquita de al Nuri. Aún no había anochecido del todo, pero era tarde y las calles estaban casi desiertas porque la ofensiva del ejército y el contraataque del DAESH habían hecho que quienes vivían allí se refugiaran en sus casas. De vez en cuando notaba algún movimiento en las ventanas que daban a la calle. Gente que cotilleaba temerosa, tras las cortinas, pero cuando miraba, las figuras se echaban atrás para desaparecer en la penumbra de los cuartos. Solo algunas veces permanecían allí, quietas en la semioscuridad interior, observándola sin marcharse. Vio un hombre mayor, con bigote gris que, apoyado en los barrotes oxidados de la reja de la ventana de un tercer piso parecía querer decirla algo, pero solo la miraba. Tampoco hacía ninguna seña, así que le mantuvo la mirada durante un rato mientras andaba con pasos cortos, pero elegantes, como solía hacerlo ella.

—¡Alto! —exclamó una voz masculina que surgía desde la oscuridad de un portal protegido por sacos terreros. Al dejar de mirar al hombre de la ventana, Aysha reparó en el yihadista que la apuntaba con su *kalashnikov*, apoyado en los sacos—. ¿Quién eres y adónde vas?

—Soy la cuñada de uno de vuestros comandantes —respondió ella proyectando con fuerza la voz, pero sin chillar—. Mi hermana Rezal está casada con el comandante Quteiba. Sé que han trasladado a varias mujeres de combatientes a esta zona. Quiero reunirme con ella y con su hijo.

Hubo unos segundos de silencio en los que Aysha se quedó totalmente quieta mientras oía que el miliciano hablaba con alguien en voz baja.

—Ven —dijo finalmente—. Te llevaremos con las demás.

¡CIERRA LA MALDITA PUERTA!

Mosul, zona controlada por el DAESH. Marzo de 2017

Abu Mohamed permanecía de rodillas en el centro de la habitación mientras apuntaba con su fusil a Ayash. Sabía que pronto aparecerían los demás soldados porque, sin duda, habrían escuchado los disparos, así que debía ser rápido. Apuntó al doctor, pero, antes de que apretara el gatillo, Lola se interpuso entre ambos.

—Por favor —suplicó la cooperante—, no lo mate. Es un buen hombre.

—¡Por favor, no dispare! —dijo Khaled, que se aproximó a ella también con los brazos en alto. Cuando el yihadista le apuntó, Ayash, que había conseguido recuperar algunas fuerzas, aprovechó su distracción para esconderse en el servicio y cerrar la puerta.

—¡Sal de ahí o los mato! —ordenó Abu Mohamed, que luego se dirigió Lola, a quien encañonaba amenazadoramente— ¡Tú, mujer, cierra la maldita puerta de la habitación y echa el seguro antes de que vengan los soldados u os mato a los dos ahora mismo!

Lola obedeció y, con las manos en alto, se encaminó a la puerta, que estaba tras Abu Mohamed. Pasó por encima del primer soldado que había abatido el yihadista, que agonizaba en el suelo, con su arma aún entre las manos y cerró con pestillo.

—¡Ayash, maldito perro! ¡Sal ahora mismo o mato a esta gente! —ordenó Abu Mohamed mientras encañonaba a Khaled. En el interior, el médico se apartó de la puerta y apoyó la cabeza en la pared, respirando entrecortadamente, pensando qué podía hacer. Sabía que, si no salía, el yihadista cumpliría su amenaza y que, si lo hacía, nunca volvería a ver a su mujer y a su hija. Pasados unos segundos, se oyó girar el picaporte. Lentamente se abrió la puerta y el médico salió con las manos en alto.

CANDILES EN EL SÓTANO

Mosul, zona controlada por el DAESH. Marzo de 2017

Los yihadistas llevaron a Aysha ante su superior, que ordenó que la condujeran a la casa donde los hombres del DAESH tenían a algunas de sus mujeres y sus hijos. Era una casa de cuatro pisos que no estaba muy castigada por las bombas, a poca distancia de la Gran Mezquita de al Nuri. Ya era de noche cuando entraron en el portal, oscuro como la boca del lobo, desvencijado y sucio. Un hombre, con el que habían hablado por radio antes, los estaba esperando con el fusil en una mano y una linterna en la otra.

—Pasad —les dijo sin demasiada cordialidad—, están en el sótano. Es el lugar más seguro.

Bajaron a unas escaleras que se abrían a un espacio grande y oscuro. Un sótano en el que habían tirado colchones, mantas y cojines de colores que se atisbaban a la luz trémula de varios candiles eléctricos a cuyo alrededor se agrupaban mujeres y niños formando grupitos tristes y llenos de miedo.

—¡Aysha! —exclamó Rezal cuando vio a su hermana. Estaba sentada junto a otras dos mujeres, pero se levantó enseguida, con su hijo en brazos, y la abrazó con mucho cariño—. Me han avisado de que te habían encontrado. ¿Cómo estás?

—¡Bien! —exclamó Aysha muy emocionada, mirando y acariciando al niño—. ¿Y vosotros?

—Estamos bien, pero pasamos mucho miedo —contestó Rezal en voz baja cuando el yihadista que había acompañado a su hermana se marchó—. Nos han metido aquí abajo por los bombardeos. En el piso superior y en la azotea han colocado a los que vivían en este edificio porque creen que así los aviones de la coalición no bombardearán.

—Calla —dijo Aysha entre dientes, señalando con la vista a las otras mujeres que estaban con ella.

—Tranquila —respondió su hermana señalando a sus dos compañeras—. Mariam es cristiana y Ashwak es yazidí. También eran *sabaya,* esclavas como nosotras.

—De todas formas, ten cuidado —insistió señalando a las otras con la vista—. Las paredes oyen. Temía que te hubieran llevado a Siria.

—No pueden salir de Mosul —intervino Mariam—. Están rodeados.

—¿Y los hombres? —preguntó Aysha—. Aquí solo hay mujeres

—Combatiendo —respondió su hermana—. Solo tenemos un par de guardias.

—¿Has pensado en huir? —pregunto Aysha—. Las tropas del gobierno están muy

cerca. La mezquita donde yo servía al imán ya está en su poder y he cruzado el frente sin problemas.

—Los guardias no nos dejarían salir —dijo Rezal—, pero hemos hablado de ello y en cuanto tengamos la más mínima oportunidad, lo intentaremos.

Las otras dos mujeres asintieron sin decir nada. El hecho de ver a alguien que había conseguido cruzar y conocía cómo hacerlo les infundió ánimos.

—Mi problema —intervino Mariam— es que tengo dos niños pequeños y solo puedo llevar en brazos a uno.

—Yo llevaré al otro —se ofreció Aysha.

—Resho aún es muy pequeño —objetó Rezal.

—¿Resho? —preguntó Aysha al escuchar como su hermana llamaba a su sobrino—. Su padre le puso Mohamed.

—A Qutaiba lo matarán en la ciudad vieja y el niño se llamará Resho, como su abuelo y será yazidí —afirmó Rezal en voz baja para que no le oyeran las mujeres del DAESH—. Y si salimos de aquí, nadie, nunca jamás, le hablará de cómo era el hombre que lo engendró. Esa será mi venganza.

EL FINAL

Mosul, zona controlada por el DAESH. Marzo de 2017

La puerta se abrió lentamente para dejar paso a la figura pequeña del doctor Ayash, que salió del servicio con los brazos en alto y el rostro totalmente serio, rígido de miedo. Conocía de sobra a Abu Mohamed y sabía que no solo le dispararía para matarlo, sino que lo haría para causarle la muerte más dolorosa posible, como hizo con Hassan, su ayudante. El yihadista sonrió y lentamente aumentó la presión sobre el gatillo del arma con el que encañonaba al médico. Disfrutaba de aquel momento, pero no quería dilatarlo porque los gritos y los pasos de los soldados que cruzaban a la carrera el patio del hospital se escuchaban ya con claridad. Debía terminar con aquello ya, porque pronto echarían la puerta abajo y, entonces, lo matarían como a un perro. No tendrían piedad.

Cuando Ayash escuchó el primer disparo cerró los ojos y apretó los dientes. Luego otro y otro más que retumbaron en la habitación. Abu Mohamed se quedó de rodillas, con la sonrisa congelada en los labios y notó que las fuerzas le fallaban. Al caer hacia adelante, apretó el gatillo, pero su arma ya no apuntaba a Ayash, sino al suelo. Lola, con la pistola que había cogido a uno de los soldados muertos, todavía humeante en las manos, permanecía inmóvil a su espalda.

—¿Está bien, doctor? —preguntó la cooperante mientras se acercaba a Ayash, que no pudo evitar abrazarla mientras le daba las gracias.

—¡Abran! —gritó uno de los soldados al otro lado de la puerta cerrada.

—¡Voy! —respondió Khaled—, pero no disparen. Abriré despacio y me separaré de la puerta. ¡Estoy desarmado y mis compañeros también!

—¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó el sargento con los ojos fuera de las órbitas al ver a sus dos hombres muertos.

—Ese yihadista los ha matado —respondió Khaled— y también ha intentado matarnos a nosotros.

—¿Le ha disparado usted? —inquirió el militar

—Ella —dijo Khaled, señalando a Lola

—¿Está muerto? —volvió a preguntar el soldado.

—Creo que sí —respondió Lola mientras se acercaba a Abu Mohamed para tomarle el pulso en el cuello. Apenas le había tocado cuando el yihadista abrió súbitamente los ojos y la agarró por la garganta, atrayéndola hacia él. Apretaba tan fuerte que a Lola se le nubló la visión, pero encontró el aplomo suficiente para disparar, de nuevo, el arma que aún llevaba en la mano. Rápidamente, Khaled y Ayash se arrodillaron junto a ella, la ayudaron a levantarse y la separaron del cuerpo tendido de Abu Mohamed.

—No volverás a levantarte —dijo el sargento mientras le saltaba la tapa de los sesos con un disparo en la frente—, *ibn sharmuta.*

EPÍLOGO

Mosul, zona controlada por el DAESH. Primavera de 2017

Los últimos días pasaron mucho miedo, pero Aysha y Rezal habían aprendido a soportarlo después de tanto tiempo guarecidas en aquel sótano, junto a las otras mujeres y a sus hijos. Planearon muchas veces su fuga, pero los guardias del DAESH nunca abandonaban la puerta del edificio y hacía tiempo que, desde la calle, el ruido de los combates y las explosiones llegaba cada vez más fuerte. A veces, cuando todo temblaba y parecía que la casa iba a derrumbarse para enterrarlas bajo los escombros, ellas se echaban sobre el pequeño Resho para protegerlo.

Los soldados del gobierno ya habían penetrado en el barrio de *al Faruk* y combatían casa por casa ante la feroz resistencia de los yihadistas que aún permanecían con vida en Mosul, a quienes no quedaba otra opción más que morir matando. Aquel encierro eterno e insalubre hacía que las mujeres, a menudo, perdieran la noción del tiempo.

El día de la gran explosión Rezal y Aysha no sabían con certeza cuánto llevaban allí. Nunca habían sentido una sacudida tan grande, ni siquiera el par de veces que algún proyectil alcanzó directamente el edificio. En realidad, fueron varias explosiones, pero tan seguidas y tan fuertes que pareció una gigantesca, como si algún meteorito colosal hubiera chocado contra la Tierra. Luego, todo se quedó en silencio y en su sitio. Al principio, nadie se atrevió a salir a la calle, solo se miraron unos a otros hasta que, pasados unos minutos, empezaron a especular sobre lo que podía haber sido. El miedo del principio fue conteniéndose porque el edificio seguía en pie, pero pasó un rato bien largo hasta que una mujer árabe decidió levantarse para ir, con otras dos compañeras, al piso de arriba a preguntar a los guardias que custodiaban la entrada de la casa.

—Todo está lleno de polvo —anunció una de ellas al volver— y los guardias se han ido.

—¿Estás segura? —preguntó Aysha.

—Totalmente. No hay nadie.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó otra mujer, algo más mayor—. Casi no tenemos comida para los niños, ni tampoco agua. Si ellos se han ido y no nos traen víveres, nadie lo hará. Tendremos que ir a buscarlos nosotras.

—Podríamos entregarnos al ejército —dijo una árabe.

—¿Estás loca? —se quejó otra —. Somos mujeres de los soldados del Estado Islámico. Nos violarán y nos matarán. Debemos intentar reunirnos con nuestros maridos.

—Es muy peligroso salir —intervino una chica muy joven, que tenía acento sirio y estaba aterrada—. Yo soy extranjera. Vine a casarme con un combatiente, ¿os imagináis lo que me harán?

—Vámonos —dijo Rezal a su hermana—. Nosotras somos yazidíes. Entreguémonos al ejército, quizá no nos hagan nada. Cualquier cosa será mejor que esto.

Se levantaron, cogieron al pequeño Resho y a los otros niños, los pocos víveres que les quedaban y dejaron atrás a las mujeres del califato con sus discusiones. Otras chicas yazidíes y cristianas las siguieron sin decir palabra. Cuando llegaron a la calle, una gran

nube de polvo lo envolvía todo a pesar de que habían pasado varios minutos de la gran explosión. No se veía casi nada, pero al menos, se podía respirar, aunque con cierta dificultad. Caminaron tapando su rostro y el de los niños con lo que podían. Con los *hijab* unas, con el velo del *nikab* otras y con las faldas de sus camisas o de sus camisetas los pequeños. A medida que caminaban, más personas se les fueron uniendo hasta formar un grupo nutrido que bien pasaría de la veintena o, quizá, la treintena. Aysha los lideraba a todos, pero estaba desorientada, pues no conseguía localizar a *al Habda*, el jorobado, el minarete torcido de la Gran Mezquita de al Nuri, que era su referencia. Lo achacó a la nube de polvo y puso rumbo hacia donde ella creía que estaba el territorio controlado por el gobierno. A pesar de que buscaba y buscaba con la mirada, *al Habda* había desaparecido como por arte de magia, y eso hizo que se sintiera insegura, temerosa de perder a todos los que la seguían en medio de aquella destrucción que les rodeaba.

Al primer soldado que los vio salir de la nube de polvo, con sus ropas y sus rostros blanquecinos y demacrados por semanas de privaciones, le parecieron un pelotón de muertos vivientes que acababa de escupir el infierno. Cuando se recompuso de la impresión, hizo una seña a sus compañeros que, parapetados tras las defensas de su posición, llamaron a su superior.

—¡Manténganse a distancia, no se acerquen! —gritó uno de los militares—. ¡Las mujeres a la derecha, los hombres a la izquierda! ¡Y con los brazos en alto!

Cuando los soldados estuvieron seguros de que no llevaban armas o explosivos pegados al cuerpo, separaron a los hombres para interrogarlos y se llevaron a las mujeres. Les explicaron que estarían sanas y salvas y que las conducirían con otras chicas, la mayoría yazidíes y cristianas como ellas, que también habían sido secuestradas por el DAESH. Escoltadas por los militares, caminaron un buen trecho hasta llegar a un edificio donde una larga cola de hombres con sus documentos en la mano desaparecía en la entrada. Lo bordearon y, al llegar a la parte de atrás, una puerta metálica de doble hoja se abrió con un chirrido largo y siniestro. Salieron varios soldados y detrás un grupo de cinco o seis hombres vestidos con *dildashas* beis llenas de manchas de la sangre que manaba de las heridas que tenían en la cabeza y el cuerpo. Luego, más militares que los hacían avanzar a golpes sin molestarse en dirigirles la palabra. Los prisioneros tenían la cara tumefacta, los ojos hinchados a golpes y los labios partidos por la brutal paliza que se habían llevado en el interrogatorio. Los coágulos que la sangre había formado al escurrir por sus pobladas barbas y por sus cabellos les conferían un aspecto tan terrible que Aysha no pudo evitar fijarse en uno de ellos, que caminaba trabajosamente, cojeando y tenía los tobillos en carne viva, como si hubiera estado encadenado. Llevaba las muñecas atadas con alambre, y las facciones de su cara, ocultas tras las huellas de los golpes y la hinchazón, le recordaron los peores episodios de su vida. A Rezal también le resultó conocido y, tras unos segundos de silencio, no pudo evitar lanzar una pregunta a su hermana.

—¿Es Uday? —preguntó Rezal cuando creyó reconocer al confidente del DAESH que había traicionado a su familia y violado a su hermana.

—Qué más da —respondió Aysha con los ojos vidriosos, pero altiva y serena—. Todos ellos lo son.

GLOSARIO

Allahu akbar: Alá es el más grande. Además de su significado formal y religioso utilizado en la oración y en textos oficiales, también se usa en multitud de situaciones para mostrar admiración y sorpresa.

Aracnoides: Una de las tres meninges que hay bajo el cráneo situada entre la duramadre y la piamadre. Su aspecto es claro y sedoso, por lo que recuerda a una tela de araña. De ahí su nombre.

As-salamu aláikúm: La paz sea contigo o Dios te de protección y seguridad. La contestación es *wa aláikum as-salam*

Al-Hashd al Sha'abi: Milicia paramilitar chií de Irak. Siglas en árabe de las Unidades de Movilización Popular (PMU, en inglés). Se crearon por una Fatwa o edicto religioso del Gran Ayatollah, Alí Sistani, una de las máximas autoridades religiosas del chiísmo, poco después de que el DAESH tomara Mosul. Fueron fundamentales para contrarrestar el avance yihadista. Están mayoritariamente compuestas por grupos chiíes y han sido acusadas de cometer crímenes de guerra contra la población suní en varias poblaciones.

Bacha: Guiso típico iraquí hecho a base de cabeza de cordero.

Bagla bel dihin: Desayuno típico iraquí con judías, pan plano, huevos fritos, trocitos de tomate y perejil.

Chií: Corriente del islam mayoritaria en Irak, pero no entre los musulmanes del mundo**.** A menudo enfrentada con los suníes, que en Irak solo son una quinta parte de la población. El dictador Sadam Husein —musulmán suní— llevó a cabo una dura represión sobre ellos. Tras su caída y la celebración de elecciones llegaron al poder, y gran parte de los suníes de Irak los acusaron de acosarlos en busca de venganza. Por ello, muchos dieron suníes dieron su apoyo al DAESH, que se enfrentó al gobierno chií de Bagdad.

Cisura de Silvio: Hendidura que recorre el cerebro humano desde su base por los dos lados.

Craneotomía: Una craneotomía es una operación quirúrgica en que parte del hueso del cráneo se extrae para exponer el cerebro y las estructuras del sistema nervioso central. Ese trozo se retira temporalmente y se recoloca al término de la cirugía.

Craneótomo: Instrumento para realizar craneotomías.

Checkpoint: control de seguridad. Es un término inglés que ya se ha internacionalizado.

Decúbito supino: Posición en la que el cuerpo está acostado bocarriba.

DAESH: Acrónimo de Dawlat al Islam fil Irak al Sham, es decir, Estado Islámico de Irak y Levante.

DAWLA: Nombre con el que la población árabe en Irak y Siria se refiere al Estado Islámico. Proviene del nombre oficial del grupo: Al Dawla al Islamiya fi al Irak wa al Sham. Es decir, Estado Islámico de Irak y Levante (si se acepta el término «al Sham» como «Levante», sobre lo que hay distintos pareceres. Mucha gente, sobre todo los afines al grupo terrorista, prefieren este término y no el de DAESH, que repudian. El término DAESH incluso llegó a estar prohibido en algunos círculos de la organización, ya que tiene connotaciones negativas por sus similitudes sonoras con otras palabras despectivas en árabe.

Dildasha: Nombre que se da en Irak y Siria al vestido típico de hombre.

Duramadre: Meninge externa del cerebro.

Glasgow, escala de coma de: escala utilizada para medir el nivel de conciencia de una persona. Evalúa la respuesta ocular, motora y verbal de un paciente. La puntuación más baja es tres y significa que no tiene ninguna respuesta.

Habibti: Amiga, querida. A diferencia del término *Habibi*, que significa amigo entre hombres, solo se utiliza si se tiene mucha confianza con la mujer a la que se le dice.

Haram: Prohibido.

Hemovac: Tubo de drenaje.

Hijab: Pañuelo con el que algunas mujeres musulmanas se cubren el pelo.

Hisbah: Policía religiosa del Estado Islámico.

Humvee: Acrónimo de **H**igh **M**obility **M**ultipurpose **W**heeled **V**ehicle, es decir, vehículo sobre ruedas multipropósito de alta movilidad. Se utiliza principalmente para el transporte de personal por el ejército de Estados Unidos y sus aliados en Oriente Próximo. En un principio no llevaba blindaje, pero

debido a las elevadas pérdidas en combate se les dotó de él. En el caso de la División Dorada de Irak son fácilmente reconocibles porque están pintados de negro. Muchos incorporan una torreta con una ametralladora pesada operada por uno de sus ocupantes. El Humvee, cuya versión civil se conoce como Hummer, ha sido fundamental en las campañas de Irak y Afganistán.

IED: Artefacto explosivo improvisado (del inglés: **I**mprovised **E**xplosive **D**evice). Muy utilizados en multitud de conflictos, especialmente por guerrillas rurales y urbanas.

¡Jalla, Jalla!: ¡Vamos, vamos!, en árabe.

Kalashnikov: Fusil de asalto AK-47, Avtomat Kalashnikova, que recibe el nombre de su diseñador, el militar soviético Mikhail Khalashnikov y de su año de creación, 1947. Por su fiabilidad, rudeza y precisión ha sido utilizado por numerosos países en innumerables conflictos y tiene el récord de fabricación, ochenta millones de unidades en sus diferentes versiones. De él se ha dicho que podría ser considerado un arma de destrucción masiva, pues ha acabado con más vidas que las químicas o nucleares.

Kebab: Uno de los platos típicos de la cocina árabe y turca que consta de carne picada y suele llevar distintos aderezos, casi todos a base de sal, ajo, cebolla y perejil. En occidente solemos llamar así a la *shawarma,* unos grandes rollos de carne que giran frente a un fuego y se cortan en pequeños trozos.

Laham bil ayin: Especie de pizza típica de Mosul y sus alrededores. Se trata de una fina masa sobre la que se coloca una salsa hecha a base de tomate y carne.

Murid: Laicos. Tercera casta de los yazidíes, la más numerosa.

Narguile: También llamada shisha. Se trata de una pipa de agua en la que se coloca un tabaco aromatizado de frutas en la parte superior y mediante un sistema de tubos se crea un vacío que filtra el humo al pasar por el líquido elemento produciendo su característico gorgoteo.

Peshmerga: Milicia kurda.

Piamadre: Meninge interna de las tres del cerebro. Es tenue, muy rica en vasos y está en contacto con el tejido nervioso del encéfalo y de la médula espinal.

Sabaya: Plural de *sabiya*. Palabra que en general se refiere a una mujer joven pero que también se aplica a una cautiva como botín de guerra. Los miembros del DAESH la utilizaban para referirse a yazidíes, cristianas y otras mujeres no musulmanas que tomaban como esclavas sexuales.

Shahada: Profesión de fe en el islam.

Sharmuta: Prostituta, puta.

Sharia: Ley islámica. En algunos lugares tiene connotaciones jurídicas reales.

Pir: Ancianos o dirigentes. Segunda de las castas de los yazidíes. También se les atribuyen algunas propiedades curativas.

Sheikh: En español, jeque. Cabeza o líder de un grupo de gente respetado por su edad o sabiduría. En el islam también suele aplicarse al imán de una mezquita que suele ser un hombre con grandes conocimientos religiosos. A menudo, su autoridad moral se traduce en autoridad real no institucionalmente recogida en determinadas comunidades o tribus. Los cristianos árabes también lo aplican, en ocasiones, a alguno de sus líderes, igual que las tribus beduinas. Otras veces se utiliza como tratamiento de cortesía.

Entre los yazidíes, los sheikh o jeques constituyen la casta más alta, superior a la de los pir y los murid. Tienen atribuciones sacerdotales para celebrar circuncisiones, bautizos, bodas, funerales y dirigir fiestas religiosas. Descienden de los seis ángeles subordinados a Tawsi Malek y la pertenencia a su casta es hereditaria. A esta casta pertenece su mayor autoridad social, el Mir o príncipe, y religiosa, el Jeque Baba. A las diferentes familias se les atribuyen propiedades extraordinarias tales como la clarividencia o la curación de enfermedades mentales, físicas e incluso mordeduras de serpientes.

Suní: Perteneciente al sunismo, la corriente mayoritaria del islam, en la que se incluye el Estado Islámico.

Tawûsê Melek: Principal de los siete ángeles a los que el dios de los yazidíes, encargó poner orden su creación. A menudo es confundido con el Ángel Caído o Lucifer.

Wa aláikúm as-salam: Respuesta al saludo islámico *As-salamu aláikum.*

Yazidíes: La religión yazidí es un culto monoteísta y muy endogámica que nació en Persia, el actual Irán, hace unos cuatro mil años. Sus raíces están en el zoroastrismo y la adoración a Mitra, aunque posee también elementos propios del cristianismo y el islam, como la circuncisión o el bautismo, si bien los

yazidíes no son proselitistas. No creen en el infierno, pero sí en la transmigración de las almas. Su máxima autoridad religiosa, el Baba Sheikh o Jeque Padre encabeza un Consejo Espiritual de cinco miembros que dirige la comunidad. Rezan en dirección al sol y la luna a Tawsi Malek, el principal de los siete ángeles que Dios envío para poner orden en la Tierra, al que veneran en forma de pavo real. El nombre de este ángel, también conocido como Shaytan, ha causado que se los confunda con adoradores de Satán, lo que les ha acarreado muchos problemas con algunos grupos musulmanes suníes. Se dividen en tres castas, *sheikh* o jeques, *pir* o ancianos, y *murid*, la más numerosa, que no pueden casarse entre ellas. Esas castas se dividen también en clanes y familias.

Los yazidíes rezan cinco veces diarias. Su día sagrado es el miércoles y el de descanso, el sábado. Entre sus alimentos prohibidos están las habas, la lechuga, la coliflor, las aves y el pescado. No pueden escupir en el suelo, vestir ropas de seda o de color azul o verde.

Se calcula que hay entorno a un millón y medio de yazidies en todo el mundo de los que aproximadamente unos quinientos mil están en el norte de Irak. Principalmente hablan kurdo y también árabe. Fueron objeto de una feroz represión por parte del Estado Islámico en la que, según el informe de la Public Library of Science recogido por el diario *The Independent,* murieron más de diez mil personas. Además, casi siete mil fueron secuestradas. La mayoría eran mujeres y niñas, a las que los islamistas convirtieron en esclavas sexuales. Los yazidíes afirman haber sobrevivido a setenta y cuatro genocidios.

Zakat: Limosna para los pobres. Es el tercero de los cinco preceptos del islam, junto con la profesión de fe («la Ilaha illa Allah»: No hay más Dios que Alá), la oración diaria (cinco veces), el mes sagrado del Ramadán y la peregrinación a La Meca.

AGRADECIMIENTOS

Sin el doctor Usama Aklouk, jefe de neurocirugía del hospital de Shifa, en Gaza, hubiera sido imposible recrear algunas de las operaciones que se describen en este libro. El tiempo que perdió conmigo bien merece que uno de los personajes lleve su nombre. Gracias a él y a los médicos iraquíes que conocí en 2017, durante la batalla de Mosul; y a José Luis de la Torre e Ignacio Villanueva, que compartieron conmigo aquellos días y me animaron en los momentos iniciales del proyecto. Quiero, además, agradecer el esfuerzo de Jaime, que le echó un ojo a la parte del funcionamiento de las ONG, y a Fernando y a Médicos Sin Fronteras. También a Ángel y a Íñigo, de la editorial Kailas, por volver a confiar en un libro que lleva en sus páginas el trabajo de un excelente equipo de colaboradores y amigos: Lourdes, Amor, Gonzalo, Capi y, especialmente, gracias a nuestra querida Olga, que ya no está con nosotros.